

colección **biografías y documentos**

David Graiver:
El banquero de los Montoneros

JUAN GASPARINI

David Graiver:
El banquero de los
Montoneros



GRUPO
EDITORIAL
norma

Buenos Aires, Bogotá, Barcelona, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Miami, Panamá, Quito, San José, San Juan,
Santiago de Chile, Santo Domingo

www.norma.com

Índice

Gasparini, Juan
David Graiver: El banquero de los
Montoneros - 1ª ed. - Buenos Aires :
Grupo Editorial Norma, 2007.
/// p. ; 21x14 cm.
ISBN 987-///-///-
1. ////////////// I. Título
CDD 923.2.

©2007. Juan Gaspari
©2007. De esta edición:
Grupo Editorial Norma
San José 831 (C1076AAQ) Buenos Aires
República Argentina
Empresa adherida a la Cámara Argentina de Publicaciones
Diseño de tapa: Marcela Dato
Fotografía de tapa: Gentileza de las archivistas Marisel Flores
y Graciela García Romero

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

Primera edición: abril de 2007

CC: 38055
ISBN: 987-545-///-/
Prohibida la reproducción total o parcial por
cualquier medio sin permiso escrito de la editorial

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Libro de edición argentina

PROLOGO

MOTIVOS

MUERTE PREMEDITADA

“MELLIZAS” I

EL IMPERIO DE PAPEL

“MELLIZAS” II

EPÍLOGO

ANEXO

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Las víctimas son consecuencias.

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN,

Los mares del Sur

Prólogo

Cada ser humano tiene su historia escondida

ARTURO PÉREZ-REVERTE,
La Reina del Sur

La primera edición de este libro se publicó en 1990. Su validez se conserva intacta pues ninguna revelación periodística o judicial ha modificado el contenido y los contornos de lo indagado oportunamente. Las pruebas materiales y los testimonios que se han producido en estos diecisiete años transcurridos confirman y refuerzan la hipótesis formulada originalmente, es decir que David Graiver fue liquidado por un órgano de seguridad de los Estados Unidos. Salvando las distancias y obedeciendo a las circunstancias particulares de cada tragedia, del mismo modo que el cineasta Oliver Stone exploró en la película *JFK* la hipótesis según la cual una mafia de cubanos anticastristas acabó con John Fitzgerald Kennedy, esta crónica cumple un cometido similar para con los victimarios de David Graiver.

A tales fines consulté los sumarios judiciales ventilados en la Argentina, examiné también publicaciones nacionales e internacionales, verificando los datos con fuentes propias, cuyo anonimato perdura en esta segunda edición. Ningún desmentido, demanda civil o querrela penal se ha producido contra un texto que permanece incólume no obstante el paso del tiempo, y que ahora se reintegra actualizado. En

los Anexos, la escritura de la inversión de los Montoneros en el grupo Graiver se halla hoy sostenida por una documentación más amplia que la exhibida con anterioridad. Y en la cobertura fotográfica se ofrecen instantáneas exclusivas, entre ellas las de Roberto Quieto en Cuba, el desaparecido dirigente montonero que se encargara de armonizar con David Graiver el traspaso de los casi 17 millones de dólares pertenecientes a la organización guerrillera peronista. Con ese dinero, el intrépido banquero apuntalaría su expansión fuera del país hasta que le cayera la muerte súbita.

Este ensayo periodístico pretende ser leído como una novela, reverso de las novelas que se leen como noticias. La narrativa puede ser un ejercicio lúdico donde la importancia suele radicar más en la forma de contar que en las verdades o fantasías relativas a los sucesos que se relatan. Exponer hechos inventados con técnicas de *non-fiction* tiene su contrapartida en lo que los críticos y observadores han denominado *faction*, vale decir restaurar los puntos oscuros de la realidad con recursos inherentes a la ficción, sin perder de vista lo constatado por la historia. Estos géneros se compaginan y delimitan fronteras cuando no se sabe claramente cómo ocurrieron los hechos, o cuando se conoce parcialmente lo que pasó y se asume el desafío de abordar el caso. El castellano acuña la palabra *docudrama* para caracterizar, en el plano de la creación cinematográfica, la mezcla entre lo documental y el drama. Este libro persiste en traducir, negro sobre blanco, una versión equivalente en el campo del reportaje periodístico.

JUAN GASPARINI,
Ginebra, marzo de 2007.

Motivos

Vivir es recordar.

JOSÉ LUIS CEBRIÁN, *La rusa*

Este relato responde al reto de desacralizar la historia oficial del “caso Graiver”.

Apelando al sensacionalismo, al antisemitismo y a la simplificación perversa, esa historia fue manipulada por la dictadura que asoló la Argentina entre 1976 y 1983. Su desarrollo escondió ciertos enredos entre civiles y militares y pregona la delirante versión de que un sosías reemplazó al joven banquero en el avión estrellado en México el 7 de agosto de 1976.

Dicha tesis es asistida por un examen malintencionado del descalabro financiero que siguió a su muerte. Haciéndose digno del mote de avaricia adjudicado exclusivamente a los judíos, David Graiver habría fugado no se sabe con cuántos millones de dólares, arrastrando a sus empresas a la quiebra y dejando familiares y amigos a merced de la represión.

A la par, y para colmo de infortunio, el financista de 35 años absorbió una inversión multimillonaria en dólares proveniente de los Montoneros, la guerrilla peronista que fuera aniquilada cuando trataba de implantar el socialismo en la Argentina.

Graiver capitaneó un grupo económico que nucleó alrededor de treinta empresas en la Argentina y otras tantas en el resto del mundo. Entre ellas, dos bancos con veinte

sucursales en la Argentina y cuatro más en el exterior. En 1974 –estiman algunos– sus ganancias se elevaron a 40 millones de dólares. Todo fue forjado en la tumultuosa década que signó el pasaje de los regímenes militares de los 60 a la restauración de la democracia en los 70. Su fortuna se acumuló a horcajadas de la dictadura del general Alejandro Lanusse y el retorno del general Juan Perón, montándose a su vez en el voluntarismo guerrillero.

Graiver no sería indiferente a los bríos de cambios sociales y políticos que marcaron ese lapso de la historia argentina, ni a la violencia que fue su rasgo característico.

Cuando estalló el escándalo, al hundirse los bancos de Graiver en Nueva York y Bruselas, muchos pretendieron que la capa dirigente argentina era ajena a sus andanzas en la política y la economía. Le negaron ser hechura de los años de transición entre el eclipse de los regímenes dictatoriales inaugurados con el derrocamiento de Perón en 1955 y la precaria recuperación institucional a partir del 11 de marzo de 1973. Lo usaron, en cambio, como uno de los chivos expiatorios de los males del período peronista 1973-1976, que las Fuerzas Armadas se sintieron llamadas a reparar, fase en la que Graiver, a pesar de su juventud, fue una figura determinante para la empresa privada y el gremialismo patronal.

Quien se burlara de los sectores que sacaban capitales del país a través de sus bancos, porque los reintroducía a hurtadillas en compañías nacionales, mereció los peores epitafios. Era el escarmiento ejemplar para un empresario que produjo un gran vaciamiento del mercado financiero internacional, robando de afuera hacia dentro y suministrando de ese modo cuantiosos fondos a la producción argentina.

¿Podría aventurarse que Graiver fue un marxista-leninista infiltrado en las altas finanzas? ¿Encarnó al típico ejecutivo

progresista con suerte? ¿Lo guió una moral de izquierda como a muchos militantes de su generación? ¿Se trató de un guerrillero reciclado en los negocios, o de un vulgar estafador? Conjugando la alucinante realidad con la propicia invención, y en aproximaciones sucesivas, esta crónica sale al cruce de tales interrogantes.

Este libro no es pura ficción política. Lo nutre una investigación periodística, partiendo de un escrutinio milimétrico de hombres y mujeres, fechas, sitios, actos y otros datos. Aquí se reseña la edificación de una multinacional cuyo valor rondaba los 200 millones de dólares. Dicha construcción giraba sobre la vida, pasión y muerte de un solo individuo quien, en su ambición, articuló amistades políticas y sindicales, conexiones guerrilleras, contactos militares y relaciones mundanas, amasándolos en los, a menudo repugnantes, manejos del quehacer financiero.

Por necesarias concesiones a la coherencia de un texto que agota la consulta de fuentes humanas y documentales, sin desatender las razones de la imaginación, algunos hechos y ciertos nombres fueron modificados u omitidos. Sin embargo, este tratamiento no vulnera la verdad histórica ni exculpa los errores informativos que, involuntariamente, el autor pueda haber cometido.

Reflotando las pruebas y contextualizando un episodio que no puede explicarse ni entenderse separado del conjunto de la sociedad de entonces, estas páginas asimismo formulan y desarrollan la hipótesis del homicidio deliberado de David Graiver. He tratado de dilucidar el porqué y el para qué de ese atentado. Al fin y al cabo, a todo asesinato, por irracional que parezca, lo sostiene una lógica. Y sus efectos suelen ser imprevisibles.

Efectivamente, nadie presintió, por ejemplo, que restaurada nuevamente la democracia en 1983, el gobierno de Raúl Alfonsín iba a clausurar el tema indemnizando a los herederos de David Graiver con 84 millones de dólares y la devolución de cuarenta inmuebles, en calidad de compensación por los daños y perjuicios ocasionados durante el régimen militar. Así se puso término a los reclamos judiciales por la usurpación de sus bienes, estigmatizados por las acusaciones de las que se hizo eco la prensa, estragos debidos al procesamiento de sus allegados ante un Consejo de Guerra, expediente después trasladado a la justicia civil. Como se verá, la suma no era exorbitante. Reflejaba que no había millones de dólares volatilizados luego de la catástrofe aérea: el dinero, en efecto, estaba en la Argentina.

La aprobación del monto, concertada entre el Estado y los damnificados, pareció cerrar las causas judiciales. Sin embargo el expediente se reabrió cuando Carlos Menem llegó a la presidencia, en 1989.

Un magistrado con inclinaciones fascistas que retomó la causa judicial embargando a los herederos del extravagante banquero, e impulsando una investigación sobre el destino final de la fortuna, arrojó sospechas sobre la restitución de los bienes. Esta indagación descorre el velo de misterio sobre ciertas claves que explicarían tales sucesos, siguiendo las huellas hasta nuestros días. Todos aquellos que me ayudaron a escribirla, reciban la expresión de mi gratitud.

JUAN GASPARINI,
Ginebra, Suiza, diciembre de 1989*.

* La primera edición de este libro se tituló *El crimen de Graiver* y fue publicada por Ediciones B en 1990. La presente edición es una versión ampliada, corregida y definitiva.

Muerte premeditada

En un momento determinado, tuve la tentación de pensar que, de alguna manera y espero que anónimamente, iba a convertirme en primer actor de la historia; que mi acción serviría para trastocar la historia, para cambiarla... Fue una veleidad muy infantil. Lo más que puedo cambiar es una serie de anécdotas históricas en un mundo donde los sistemas se han comido al individuo y sobreviven a pesar de los individuos

ÁNGEL MONTOTO, *Blanco*

A las 10 y 07 del viernes 6 de agosto de 1976, David “Dudi” Graiver tomó una decisión que le acarrearía la muerte. Pulsó la tecla del intercomunicador y cayó en la trampa.

–Gigi, no llego al vuelo de la Eastern Airlines de las 17. Como no hay otro, llámame a Hansa y que me reserven un jet para las 19 y 30.

–Sí, señor –contestó Gigi Tejerero, argentina, 31 años, secretaria trilingüe.

Él la tuteaba. Ella no. Hansa Jet Corporation, dirigida por Robert Abplanalp –viejo amigo del ex presidente Richard Nixon– formaba parte de la Colonial Alliance Corporation, un emporio de industrias y comercios con 124 millones de dólares de capital. Todo era propiedad de Arthur Cohen, destacado miembro de la comunidad judía de Nueva York. Su rúbrica garantizaba la locación de automóviles y oficinas, y la adquisición, pagadera en mensualidades, de

un piso de dieciséis habitaciones en el 978 de la Quinta Avenida, elegido por Graiver para instalarse en la capital financiera del planeta el 28 de mayo de 1975.

El Estado de Nueva York le había congelado la solicitud de visa permanente hasta que la Superintendencia de Bancos de la Reserva Federal autorizara la compra del American Bank and Trust (ABT), en la que estaba empeñado desde hacía once meses. Para no transgredir los reglamentos sobre la residencia de extranjeros, David Graiver se ausentaba los fines de semana. Volaba todos los viernes a su provisorio domicilio legal en la ciudad de México. En una mansión de Lomas de Chapultepec, alquilada al arquitecto Carlos Pedroso, de San Diego, lo esperaban Lidia Elba Papaleo, su mujer, y María Sol, la hija de ambos, nacida el 19 de noviembre de 1974. En el barrio también habitaban sus padres, Juan Graiver y Eva Gitnach, su hermano Isidoro Miguel y su cuñada Lidia Brodsky, con sus tres hijos.

Un genuino oligarca de Puebla le obtuvo fácilmente la residencia mexicana. A Gabriel Alarcón Chargoy le bastó una llamada telefónica para que los Graiver tuvieran los pasaportes argentinos en regla. No podía ser de otra manera para quien a los 68 años era pontífice de Cadena de Oro, la exhibidora de películas más importante de América Latina, dueño de la franquicia de la tarjeta de crédito Diners Club en México. Este personaje era accionista del Banco Internacional y del Crédito Mexicano, con fuertes inversiones en la petroquímica y la industria textil, propietario del cotidiano *El Heraldó* e integrante del Consejo de Administración de PIPSA, el monopolio papelerero mexicano.

David retornaba a Nueva York en la noche del domingo o a primera hora del lunes. La visa de turista que le permitió vivir en los Estados Unidos los primeros tiempos después

de abandonar la Argentina amenazado por la Triple A, caducó en el plazo normal: tres meses, renovable por otros tres. El arreglo verbal al que llegó Theodore Kheel, su abogado, con los funcionarios de migración, fue de consentirle permanecer en la ciudad de lunes a viernes en virtud del puesto de director *ad referendum* de la compra del ABT. La adquisición por 7,5 millones de dólares del Century National Bank (CNB), en 1974, la primera inversión neoyorquina de los Graiver, con casa central en el 37 de la Avenida Broadway, no le servía para afirmar el trámite de residencia, pues la institución estaba a nombre de su padre. Pero Juan Graiver había dado un paso al costado a favor de su hijo mayor. Para John Heimann, “comandante” de la “policía bancaria” en el Estado de Nueva York, no pasaba inadvertido lo que era *vox populi*: detrás o delante del trono, David Graiver ejercía casi todo el poder, tanto en el CNB, como en el ABT.

En el ABT faltaba solamente la aceptación formal de su relativa posición mayoritaria sobre la totalidad de las acciones. Concertó la transacción con José Klein, financista húngaro-chileno, de ascendencia judía, residente en Ginebra, donde poseía el Continental Trade Bank en el 15-17, Quai des Bergues. Era un pulpo bancario de 230 millones de dólares de capital, 2.000 empleados distribuidos entre la casa central y seis sucursales o filiales en grandes ciudades del globo, con una carpeta de operaciones que sobrepasaba holgadamente los 2.000 millones de dólares.

Por 21 millones de dólares Klein le cedió a Graiver la opción al 51 por ciento de los títulos del 37° banco entre los 253 que operaban a la fecha en la plaza financiera de Nueva York. Así figura en el acta firmada el 4 de septiembre de 1975 ante notarios del estudio del doctor

Fabrice Walluser, con lujosos despachos en el 16 de la Rue de la Corraterie, la Wall Street en Ginebra.

A decir verdad, el ABT valía 60 millones de dólares. Entregando 21 y asumiendo obligaciones por 11,6 Graiver alcanzaba los 32,6 millones de dólares necesarios para embolsar definitivamente el 51 por ciento de las acciones. Esa deuda no le impidió depositar las formalidades de compra ante las ventanillas del ente de regulación bancaria de Nueva York en enero de 1976.

Coronando un año de tentativas, el traspaso del ABT era la segunda operación entre Graiver y Klein. Este, después de cumplir 70 años, sólo pretendía una vejez tranquila a orillas del lago Lemán. Guardaría el Continental Trade Bank Ginebra para mantenerse ocupado y cedió el ABT a Graiver por el precio acordado, imponiéndole la condición de que tomara el Swiss-Israel Bank de Tel Aviv a cambio de 4 millones de dólares. El comprador accedió, pero también puso una condición, que el vendedor terminó aceptando. Antes de transferirlo ordenó al ABT que otorgara un préstamo por esa misma suma a quien sería su próximo dueño. Graiver se embarcaba entonces en la compra del Century National Bank de Nueva York, agregando de su bolsillo 3,5 millones de dólares. Lo hizo suyo por 7,5 millones de dólares en total.

La movida de Graiver presentaba un futuro sin riesgo. Con 7,5 millones de dólares en la mano, compraba dos bancos por el valor de uno. La deuda de 4 millones de dólares la contrajo con el ABT, que pronto le pertenecería. Llegado el momento, podría renegociarla convenientemente. Los 21 millones de dólares que le fueron imprescindibles para adquirir este banco tampoco eran suyos. Eran de aliados políticos que habían encontrado en él la punta de lanza para perforar el mercado financiero internacional. Si Klein

pretendía servirse de Graiver vendiéndole dos bancos en lugar de uno, este subía la apuesta comprando tres en vez de dos.

Políticamente, la triple compra constituía una ecuación sutil y aseguraba una honda penetración en la pulpa bancaria. Primero porque había elegido la puerta principal de entrada, tratándose de un banquero latinoamericano: la isla de Manhattan, el corazón de la metrópoli monetaria mundial. Allí, ser de origen judío y poseer bienes en Israel es una cualidad suplementaria para la adquisición de dos instituciones fuertemente implantadas en los hábitos locales y nacionales: retratos de próceres republicanos adornaban la sala del directorio del CNB y severos demócratas miraban desde los muros del ABT. La tradición de la posguerra confirma que los judíos son un pilar de las finanzas norteamericanas, particularmente en Nueva York. Los Estados Unidos constituyen, por lo demás, el sostén principal del Estado de Israel desde su fundación en 1949.

El evento ejemplificaba asimismo el buen funcionamiento del sistema. Comprar bancos norteamericanos con dinero producido en el Tercer Mundo, significaba importación de divisas que seguramente no eran ajenas a inversiones previas de capitales norteamericanos. Era el reembolso de ganancias a exportaciones anteriores de la misma procedencia. Mostraba, en suma, que la rueda del capitalismo monopólico funcionaba a pleno en América Latina.

La operación también tomaba en cuenta las condiciones específicas de la coyuntura. Los dólares que aportaba Graiver no llegaban de Asia o de Medio Oriente, donde los Estados Unidos empezaban a tener dificultades. El shock petrolero de la OPEP de 1973, que triplicó los precios, y la influencia económica infligida por Japón, horadaban la autonomía financiera de los Estados Unidos. Importar capitales

y dar poder a extranjeros que expandían el capitalismo estaba bien, pero no tanto si eran árabes y japoneses que amenazaban los intereses de los Estados Unidos desde el propio campo de la economía de mercado.

Financieramente el paso de Graiver tampoco carecía de cálculo. Los bancos se pagarían prácticamente solos. La clave estaba en haber conseguido los mínimos capitales iniciales. El resto lo haría un dosaje conveniente del uso del tiempo, combinado con las rústicas matemáticas de la contabilidad: lo que entra, compensa lo que sale. Para Graiver era así de simple. Odiaba la pesada verba de los economistas. El drenaje que ocasionaría la amortización del pasivo debía producirse en relación con la tasa de crecimiento normal de los bancos, que se fortalecería con las transfusiones de nuevos negocios que el propio Graiver iba a inyectarle.

Pero entre el cielo y la corteza de la tierra, de las ideas a los acontecimientos, el trecho sería árido.

El ABT dependía de un holding del mismo nombre. Los bancos pagan impuestos al capital y a las ganancias. Los holdings sólo pagan sobre el capital. El banco trasladaba parte de su operatividad al holding, eludiendo así las obligaciones impositivas. Graiver lo usó como subterfugio haciéndose nombrar consejero del holding American Bank and Trust. Hasta que se oficializara la posesión del banco, ello le permitió inaugurar una oficina en Nueva York.

Los amplios ventanales de su despacho se abrían a la Quinta Avenida, en su intersección con la calle 46. Ocupaba el ala sur del piso 23, en el Olympic Towers, rascacielos de hormigón y vidrio enclavado en el centro de Manhattan donde Graiver había arrendado oficinas a Cristina Onassis con el aval de Arthur Cohen.

El banquero perdió su mirada en el enjambre de autos y peatones que se movían como hormigas decenas de metros abajo. Repasó mentalmente las actividades que los esperaban en el resto de la jornada. La búsqueda de equilibrios y arbitrajes en la dirección de un centenar de firmas diseminadas en tres continentes llenaba rutinariamente sus horas. No obstante, una ansiedad desconocida le mordía el estómago. ¿Por qué se retrasaba tanto el “OK” de la Superintendencia de Bancos a su adquisición del ABT? ¿A qué se debía el hermetismo de John Heimann? Aborrecía la incertidumbre. Detestaba la falta de claridad en alguno de sus negocios. Temía lo desconocido. Era acosado por la punzada del miedo a que algo pudiera complotarse a sus espaldas. David comenzaba a sentir la formidable carga de la sospecha.

Aquella mañana de agosto de 1976 Graiver exhalaba el aliento fétido del insomnio. Hacía unas semanas que había abandonado la costumbre de no fumar hasta la tarde, el único modo de no sentir el sabor avinagrado como la bilis que las noches en vela daban a su saliva. El sillón giratorio de cuero negro se estremeció cuando la corpulencia del barbado ocupante decidió encender el noveno cigarrillo del día. A tientas el brazo buscó un More, de papel negro, con filtro, a mano en una caja de madera tailandesa, en el extremo derecho de su escritorio. En la otra punta, la luz roja del intercomunicador directo con la jefa de sus secretarías comenzó a titilar.

—¿Qué pasa, Gigi? —preguntó acercándose al micrófono.

—Su avión para las 19,30 está confirmado, señor.

—¿Quiénes son los pilotos?

—Los de siempre: Michael Bann y Kevin Barnes.

De un envión Graiver dio una ráfaga de instrucciones.

–Bueno, llámalos y avísales que esta vez no vamos a ciudad de México sino a Acapulco. Mi familia hoy empieza allí sus vacaciones. Pregúntales a qué hora estiman la llegada y después avísale a Lidia al Hotel Las Brisas, para que me vaya a buscar. ¡Ah!..., que Mike y Kev no olviden pedirle a la *handling* que llene la heladera para que cenemos en el viaje, como siempre... Invítalos de mi parte a pasar el fin de semana en Acapulco. Si no pueden, quiero una reservación en el último vuelo de regreso que haya el domingo. Y por favor, indícale a Franco que traiga el auto; tengo que pasar por el departamento a recoger unas cosas pues me iré directamente de aquí al aeropuerto. Además me tiene que llevar a comer a Le Cirque, donde tengo un compromiso. Por favor, Gigi, llámame cuando Franco esté en la puerta. ¿Te ocupaste de mandar flores al Waldorf Astoria?

–Sí, señor.

Almorzaría con José Ber Gelbard. El ex ministro de Economía del entonces recién derrocado gobierno peronista estaba inquieto. Sin residencia fija desde el golpe del 24 de marzo de 1976, Gelbard deambulaba entre Caracas, Los Angeles y La Habana. Atendía sus múltiples asuntos económicos en el exterior mientras la Junta Militar le embargaba sus bienes en la Argentina incorporándolo al “Acta de Responsabilidad Institucional”, que incautaría posesiones de jefes peronistas el 18 de junio de 1976. La dictadura se ensañaría con Gelbard despojándolo de la ciudadanía argentina y solicitando a Interpol su detención preventiva por “estafas reiteradas” en grado de “partícipe necesario”. El escándalo derivaba de los enjuagues de María Estela Martínez de Perón en una cuenta de la “Cruzada de Solidaridad Justicialista”, abierta a instancias de Gelbard en el Banco Comercial de La Plata, propiedad de Graiver.

La dictadura encabezada por el General Jorge Videla también había intervenido a la CGE (Confederación General Económica), la gremial de la pequeña y mediana empresa, entidad de cuarto grado que agrupara a empresarios de la producción, la industria y el comercio, de la que Gelbard fue el *alma mater* desde su fundación, en 1953. Bajo cuerda la régimen militar impulsaba al propio tiempo una instrucción penal sobre la compra por parte del Estado de la usina nuclear de Embalse Río Tercero, en Córdoba, a un consorcio italo-canadiense cuando Gelbard ocupara la cartera de Hacienda. Se presumía que Gelbard había recibido una sustanciosa “comisión”, guardada en una cuenta suiza numerada.

Uno de los motivos del sorpresivo viaje de Gelbard a Nueva York para ver a Graiver, lo constituían 7 millones de dólares que el patrón de la CGE había “prestado” a su delfín y virtual sucesor al frente del sindicato patronal de mayor representatividad en la Argentina. De este modo, Graiver había redondeado los 21 millones de dólares necesarios para obtener la mayoría relativa del paquete accionario en el ABT.

 Por qué la Reserva Federal dejaba pasar tanto tiempo para dar el visto bueno a esa compra, efectuada once meses atrás? La pregunta también carcom a a Gelbard. Y además:  qu  rol jugaría en el Consejo Administrativo del quinto banco neoyorquino el último ministro de Economía del presidente Perón? Por lo pronto, ese dinero “muerto” no podía seguir inmovilizado en acciones que no producían oficialmente intereses. La situación de hecho impedía un uso pleno del poder en uno de los bancos más dinámicos de Nueva York, con 180 millones de dólares de capital, 30.000 clientes, y representaciones en la Argentina, Colombia, Uruguay y Panamá.

Al volante de un Mercedes Benz 220 gris metalizado, Franco Grimaldi, el chofer portugués de Graiver, lo conducía al dúplex de dieciséis habitaciones de los pisos 7° y 8° de la Quinta Avenida y 81, pagadero en cuotas hasta completar su valor de 300.000 dólares. En el asiento de atrás, el financista de 35 años se arrancaba distraídamente algunos pelos de la espesa barba. Trataba de imaginar los interrogantes que Gelbard podría llegar a presentarle. Al costado izquierdo, los árboles del Central Park desfilaban sin ser vistos. A diferencia de Gelbard, María Estela Martínez de Perón y los dirigentes del peronismo, Graiver consiguió que sus firmas no cayeran bajo el control de las Fuerzas Armadas después del 24 de marzo de 1976, cuando se identificó como enemigos a “los subversivos y los corruptos”. Aquel esquivo al golpe militar fue el asidero para reunirse expresamente con dos de los más duchos abogados de los círculos políticos nacionales, a los que encargó terminaran de sanear su imagen, poniéndola a tono con el cambio de gobierno. Con tal propósito convocó a una reunión en el Hotel Copacabana de Río de Janeiro a los doctores Mariano Montemayor e Hipólito Jesús Paz, a quienes encomendó un plan de acción para minar en sus raíces la usina de rumores que lo presentaban como protegido de Gelbard. El “Tucu” Paz había sido director de Institutos Penales de 1943 a 1945, asesor legal del Ministerio de Justicia de 1945 a 1949, canciller de Perón entre 1949 y 1951, y embajador en Washington desde 1951 hasta 1956. Su misión era podar la hojarasca en medios justicialistas de forma que la desgracia de Gelbard no ensombreciera el nombre de Graiver. El abogado Mariano Montemayor, un amigo del ex presidente Arturo Frondizi, debía ocuparse de similar cometido en el frente militar, donde contaba con los mejores contactos.

A las relaciones del mismo Graiver en el Ejército, Montemayor contribuía con el ingrediente de ser asesor político del nuevo hombre fuerte de la Junta, el almirante Emilio Eduardo Massera.

El cónclave había tenido lugar semanas antes. ¿Se habría enterado Gelbard?

Una vena palpitaba en la sien derecha de Graiver. ¡Cómo le hacía falta Lidia a su lado en un momento como ese! No confiaba en nadie más que en su mujer. Licenciada en Psicología en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata en 1967, poseía un intrigante conocimiento de los vericuetos del cerebro humano. No por casualidad Lidia era la psicóloga preferida de los intelectuales de la farándula, como el clan del cineasta David Stivel. Graiver analizaba con ella cada entrevista difícil. Gelbard era un animal político intrincado. Más allá de la objetividad de las técnicas y de las relaciones de fuerzas determinantes de los negocios que unían a los dos, estaba el factor psicológico. Cada uno lo escondía en los pliegues del inconsciente. Las circunstancias le mudaban permanentemente el aspecto. Descubrirlo y sojuzgarlo era parte del oficio, hacía al dominio de uno sobre los otros, significaba recorrer desapasionadamente esa especie de misterioso sendero que conduce a las profundas verdades del alma. Había que abrirse paso con seducción, desafío, ansias de poder, hundiéndose en la mente de los mortales según la personalidad de cada uno.

¿Cuál sería el secreto, ese mismo día, para que Gelbard capitulara?

Un dibujo de Hermenegildo Sábat mostraba a Graiver más gordo de lo que era. Acaso para significar todo el poder económico y político que reuniera en la meteórica carrera de

nueve años, amalgamando bancos, compañías de seguros, empresas constructoras, explotaciones mineras, diarios, el Canal 2 de la televisión de La Plata, hoteles, sociedades import-export, agencias de PRODE, e industrias varias. También propiedades inmobiliarias de todo formato, como el Bristol Center de Mar del Plata de un costo superior a los 60 millones de dólares, varias estancias, decenas de departamentos, y un centenar de predios, cocheras, locales y otras fincas.

Graiver miró por enésima vez el cartón del festejado dibujante uruguayo, colgado en la penumbra del living, en el deshabitado piso. Sonrió. ¡Cuánta agua había pasado bajo los puentes desde que en 1967 se filtrara en las grandes empresas y en las finanzas! Ese año, su padre, Juan Graiver, acababa de fracasar con el Banco Popular Argentino, acoplado al *avis satanica* de la curia platense: el arzobispo Antonio Plaza. El Banco Central lo cerró cuando la quiebra golpeaba a las puertas de la inmobiliaria familiar, cuyo pasivo de 10 millones de dólares no encontraba dinero fresco que la rescatara de la ciénaga. David decidió tomar el toro por las astas. Su progenitor no tenía la capacidad, la energía, ni la edad para transformar ese revés en victoria y resolver la crisis creciendo. Aquel inmigrante polaco que empezó vendiendo corbatas por la calle, transfigurándose luego en prestamista y más tarde en rematador y constructor, para llegar a ser síndico titular de la Cámara de Comercio Argentino-Israelí, había alcanzado su tope. Sangre nueva debía reemplazarlo. Isidoro, el hijo menor, no poseía muchas luces. David, el mayor, apuntaba alto. Traía ideas innovadoras, mucha imaginación y no menos apetito de poder y, tal como ordena la tradición, todo cuadraba para que el primogénito hiciera el relevo.

La lucha que David entabló con los bancos para salvar a Juan Graiver Inmobiliaria de la desintegración, grabó con letras de molde la divisa que guiaría su carrera. En la Argentina, el atajo para consolidar el poder económico pasaba por la posesión de bancos, pues el 75 por ciento del aparato productivo estaba en sus manos. En vez de ir a pedir créditos, nada mejor que tener la estructura apta para hacerlos otorgar cuando se los necesitaba, ahorrando los trámites. La oportunidad de llevar esa convicción a la práctica se presentó el 15 de octubre de 1968 al morir el doctor Héctor Isnardi, dueño del Banco Comercial de La Plata y de la concesionaria de automóviles Chevrolet. David lo conocía pues una de las primeras actividades que acometiera independientemente de su padre fue la compra-venta de autos. Por esa razón también había trabado relación con José Iturreria, miembro del directorio del mismo banco, concesionario de Dodge en La Plata.

La viuda de Isnardi no quería seguir y la institución se deslizaba por la pendiente: o se le incorporaban nuevos capitales, o se transferían las acciones a otro propietario, de manera que se rehiciera la solvencia necesaria para recuperarlo del puesto 158, el último entre los bancos argentinos de tercera categoría. El grupo financiero Santamaría, subsidiario del complejo Techint, había hecho una oferta. Graiver se adelantó. Obtuvo avales del Crédit Suisse de Zürich gracias a Martín Antonio Aberg Cobo, del Banco Torquinst, y lo arrebató por el equivalente a 3 millones de dólares. La familia vació sus bolsillos, los amigos, entre ellos el padre de Susana Rotenberg, la primera esposa de David, y Enrique Brodsky, el suegro de Isidoro, ayudaron como pudieron.

Corría 1969. “Dudi” Graiver acababa de cumplir 28 años.

Luego todo pareció sobrevenir sin esfuerzo, tal vez porque, como suelen repetir los hombres de empresa, un

negocio trae otro. El Banco Comercial de La Plata dejó de ser provincial. Cobró estatura nacional, con cabecera en la Capital Federal, y triplicó el número de sucursales. Le confiaron sus cuentas corrientes desde el Arzobispado de la Provincia de Buenos Aires hasta el Hipódromo de La Plata, pasando por grandes gremios de trabajadores como la UPCN (Unión Personal Civil de la Nación) y SMATA (Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor). La inmobiliaria platense se reprodujo en Buenos Aires y Mar del Plata. Construyó edificios por doquier, consiguió muchas licitaciones de obras públicas, compró y vendió casas, campos, chacras, pisos y terrenos. Y con la misma astucia aplicada en la apropiación del Banco Comercial de La Plata, o sea comprar una institución con dificultades para luego revalorizarla sacándola adelante, David Graiver –también con sostén del Banco Torquinst– se aventuró adquiriendo el Banco Hurlingham. En 1970, por 6 millones de dólares, lo incorporó a su grupo. Rápidamente lo hizo escalar posiciones gracias a los aportes de la comunidad judía, que se había quedado sin un banco de confianza al desaparecer el Israelita. El Hurlingham fue el banco dominante del barrio comercial de Plaza Once, en Buenos Aires.

Rememorar el andamiento que había posibilitado en 1973 su propulsión al exterior, expandiendo sus dominios financieros a bancos en Israel (Swiss-Israel Bank), Bélgica (Banque pour l'Amérique du Sud) y los Estados Unidos (CNB y ABT), renovó la confianza de Graiver. Decidió no llamar a Lidia a Acapulco como se le cruzó por la mente en el ascensor. Ahora estaba seguro de que se hallaría disfrutando de la playa con María Sol, restableciéndose de la interrupción de su segundo embarazo en noviembre de 1975 y de los malestares intestinales posteriores que le impedían

recobrar su peso normal. No iba a preocupar a Lidia por una charla con Gelbard que finalmente podía dominar sin ayuda.

Una oleada de ternura lo invadió al fantasear con su esbelta mujer en bikini, jugando con la niña en las aguas de Acapulco. ¡Cómo había costado que quedara embarazada! Tuvieron que encerrarse un fin de semana en el Sheraton de Bruselas cuando Lidia calculó que estaba ovulando. Dejaron plantados a empresarios europeos ansiosos de conocer al banquero prodigio del Cono Sur. Se deslizaron entre las sábanas, lamiéndose estremecidos por el deseo de un hijo. Fogosos, unieron sus cuerpos hasta que el cansancio pegoteó sus huesos. Mientras se sumían en el sueño, en el vientre de Lidia maduraba María Sol, la heredera de David.

La evocación de los prolegómenos sexuales de la apertura de su banco belga, persiguió a Graiver hasta el dormitorio. Cambió de camisa. Huyó del espejo ni bien se anudó la corbata. Le disgustaba encontrarse con sus propios ojos. Puso los regalos semanales para la familia y algo de ropa deportiva en la valija Gucci de cerradura con combinación de seis dígitos. Se sentó en la cama. Desde el teléfono de la mesa de luz marcó el interno de su auto.

–¡Franco!

–Sí, señor.

–Suba a recoger la valija y después la lleva al banco. Cambié de parecer: iré a pie al Cirque. Pase a buscarme por allí a las 14.

El mediodía neoyorquino no estaba desagradable a pesar de la calidez del verano. Una brisa refrescaba la transpiración que la temperatura y la tensión nerviosa derramaban en las axilas y en la frente de David. El cómodo traje de fina gabardina gris confeccionado por Ignacio Jorge Mazzola, “George”, su sastre de Buenos Aires, lo enflaquecía. Nueva

York apasionaba a Graiver. Allí serpenteaban los meandros de la banca mundial, la estructura por excelencia del capitalismo, la que decide la vestimenta, la comida y el techo de miles de millones. Ahí estaba el dédalo del poder donde él entraba para quedarse.

Resopló excitado. Los 96 kilos abultaban su estatura mediana. Enfiló por Quinta Avenida. Adoraba el Upper East Side, su nuevo barrio, abarrotado de supermillonarios, con sus mansiones de cincuenta habitaciones estilo ítalo-franco-británico de finales del siglo XIX, su concentración de un tercio de las galerías de arte de la ciudad, sus casas de antigüedades y tiendas excéntricas. Siendo la pintura una de sus pasiones, David de tanto en tanto encontraba un hueco en su agenda para regalarse con alguna exposición. Y si perseguía serenidad, remontaba la Quinta Avenida hasta la 103 para visitar el Museo del Ayuntamiento, haciendo escala en el Metropolitan, el Guggenheim, el Jewish Museum y el Centro Internacional de Fotografía.

Ahora sus pasos se dirigían en sentido inverso. Descendió hasta la 78. Al doblar hacia Avenida Madison, vio el Museo de Bellas Artes y su memoria se abrió como una flor. ¿Qué sería de la vida de Nelson Blanco, Dalmiro Sirabo, César Paternostro, Alejandro Puente, Lalo Panceira y Horacio Elena, los principales integrantes de “SI”, el primer grupo de 18 pintores informalistas de la Argentina que se estructurara en La Plata a principios de los 60, del cual David fue el mecenas? Imágenes de otra década, de sitios lejanos y de amigos perdidos le impidieron ver el Sotheby Parke Bernet, en Madison y 77, una de las galerías de arte de mayor prestigio en Nueva York, y, dos calles más abajo la pirámide invertida del Whitney Museum of American Art.

Siguió caminando por Madison. Antes de cruzar la 65, una nota de desesperación despejó su mirada acuática. Se dio cuenta de que había recorrido trece manzanas como enajenado. Emergió del letargo girando la cabeza hacia Park Avenue, buscando el 58 East de 65. En diagonal, divisó el restaurante. Al abotonarse el saco se sintió relajado por la caminata, aunque la camisa de seda celeste estuviera empapada. Dio cuerda al Blancpain de oro, una reliquia que se había dejado de fabricar en 1970 cuando el cuarzo desbarató la tradición en la industria relojera suiza. Marcaba las 12 y 34. Giró el picaporte y entró. Gelbard no había ido con Dina Askill.

* * *

Los hombres se abrazaron. El de más edad era bajo y rollizo. Vestía un clásico saco azul y pantalón gris, camisa blanca y corbata de seda roja, con lunares negros y celestes.

—¡José!, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Y vos, “Dudi”?

—Muy bien. ¿Por qué no trajiste a Dina?

—Dice que se aburre en las conversaciones de negocios. Prefirió quedarse en el hotel. Te agradece las flores.

—¡Por favor! —exclamó Graiver mientras se sentaban.

Cada uno abrió un menú y ambos se abstraieron del murmullo ambiente. En el “4° restaurante” de Nueva York, según las recomendaciones de la guía Michelin, ¿quiénes podrían imaginarse que esos dos anónimos comensales, algo trabajados por la obesidad, habían hegemonizado la economía argentina durante tres años? Uno como ministro y dirigente empresario. Otro como asesor del Banco Central y *factotum* de un líder en la economía y las finanzas. Los dos

treparon a las cumbres empezando prácticamente de la nada. A sus 59 años, Gelbard podía pasar por el padre de Graiver, con apenas 35. De allí que lo tutelara paternalmente y lo llamara con el sobrenombre de David en idisch: “Dudi”.

Las alianzas políticas y económicas, y las rivalidades por mayores fracciones de poder, los unían y los enfrentaban. Los dos supieron servirse del apogeo de la dictadura del general Lanusse, maniobrando con éxito la transición hacia el gobierno peronista. Gelbard logró conseguir el monopolio de la fabricación de aluminio a través de la compañía Aluar, en 1971, y Graiver aparejó sus iniciales armas políticas como subsecretario de Francisco Manrique en el Ministerio de Bienestar Social, haciendo adjudicar licitaciones a granel a su empresa constructora Fundar.

David supo retribuir. Colaboró financieramente con la campaña presidencial de la oficialista Alianza Federalista Popular de Manrique-Martínez Raymonda mediante la “Fundación del Palo”, en la que todos los meses reunía gente importante que pagaba un millón de pesos por una comida. Ello no le impidió arrimar fondos a la fórmula peronista Cámpora-Solano Lima, o contratar a los hijos del dictador amigo: Marcos Lanusse en el directorio de Electro Erosión, una fábrica de jeringas descartables, y Virginia Lanusse, su primera secretaria privada. A ella la nombró empleada jerárquica en la sección personal del Banco Comercial de La Plata, y lo asistió en armonizar la labor de 600 empleados distribuidos en 18 sucursales desde Sarmiento 372, sede en la Capital del “banco fuerte” como se jactaba su eslogan publicitario. Virginia Lanusse sería esposa de Mario Bartolomé, de la Policía Federal, jefe de la custodia de los Graiver, el mismo Bartolomé que integraría más adelante la protección personal del siguiente dictador, general

Jorge Rafael Videla. Decididamente David Graiver era de aquellos que no ponían todos los huevos en una sola canasta.

Valiéndose de prestanombres diversos, Gelbard y Graiver estaban asociados en inversiones varias: Sabina Siegler, Juan Manuel Palli y Mario Seoane en Rivadavia Televisión (Canal 2); Manuel “Lito” Werner en tres campos en Carlos Tejedor, General Villegas y La Pampa (Santa Cecilia, Indalco y Timbo). En el avión “Criagro”, tuvieron por piloto al vicecomodoro Jorge Alezza. Y el general de Brigada (RE) Delfor Félix Otero, los unió a Héctor Ricardo García en los cotidianos *Última Hora* y *Crónica*.

Por otro lado se involucraron con el ahogo “reglamentario” que el Ministerio de Economía habría impuesto al Grupo Civita de Editorial Abril para que cediera a Graiver, en diciembre de 1973, el 26 por ciento de las acciones de Papel Prensa. Este era un proyecto para monopolizar la fabricación de papel de diario en la Argentina con tecnología nacional, combinando la pasta química (fibra larga obtenida de coníferas) con pasta mecánica (fibra corta obtenida de salicáceas). El Estado era socio en el 25 por ciento y tutelaba aquel diseño para producir 105.600 toneladas anuales de papel, programando invertir en 30.000 metros cuadrados de usinas y 150 hectáreas de forestación evaluadas en 62 millones de dólares. El 49 por ciento restante del paquete accionario lo ampararon unos 30.000 anónimos accionistas. A poco andar, Graiver otorgó parte de las grandes obras de construcción (3.000 toneladas de hierro y 20.000 toneladas de hormigón armado) a Ingeniería Tauro, Rey y Loreti, uno de cuyos directivos era el antes mencionado Werner, quien con la venia de Gelbard pasó a integrar el directorio de Papel Prensa con Graiver. El traspaso de Civita a Graiver del 26 por ciento de acciones necesarias para el

control de la sociedad se concretó con créditos del Estado que Gelbard hizo acordar a Graiver, quien también obtuvo que los pagos regulares de impuestos fueran varias veces diferidos.

La trama se extendería a la CGE, donde Gelbard reinaba sobre dos mil cámaras afiliadas y 1.200.000 empresarios a través de Julio Broner. Entonces Graiver capitaneaba la corriente de mayor peso interno, la Confederación Económica de la Provincia de Buenos Aires (CEPBA), encabezada por Juan Ramón Nazar, uno de sus fieles lugartenientes, a quien David facilitara los fondos para editar el diario *La Opinión de Trenque Lauquen*.

Como pasa a la mayoría de los argentinos, por las venas de ellos circulaba sangre extranjera: uno era polaco naturalizado argentino, el otro hijo de polacos naturalizados. Gelbard se parecía en algo al padre de David: ambos eran vendedores ambulantes que hicieron fortuna, estableciéndose en el país durante la década de los 30, tras huir del nazismo que devastaba Europa. Al igual que Juan Graiver, José Gelbard contrajo matrimonio con una judía y trajo dos hijos a este mundo, Fernando y Silvia. Paradójicamente David se asemejaba a Gelbard no en el éxito sino en una desgracia que los marcara por igual, pues habían sucumbido a la voluntad de José López Rega, consejero de “Isabelita” Martínez de Perón, la efímera presidenta argentina. Gelbard fue eyectado del Ministerio de Economía el 21 de octubre de 1974. Graiver se alejó antes del Banco Central. Escapó de Buenos Aires cuando Osvaldo Papaleo, uno de sus cuñados –marido de la actriz Irma Roy, secretario de Prensa y Difusión de Isabelita– le sopló que figuraba en las listas de futuros blancos de la Alianza Anticomunista Argentina, la Triple A. Días antes, el 14 de mayo de 1974, hacia las

9 de la noche, su hermano Isidoro se libró por milagro de que lo raptaran mientras caminaba por la calle Ayacucho, entre la Avenida Corrientes y Lavalle, en el centro comercial de Buenos Aires. David tuvo la certeza de que no eran guerrilleros quienes estaban detrás de él.

Gelbard culminaba su ciclo y lo aquejaba una dolencia cardíaca. Iba para los 60 años, había sufrido un infarto en 1974 y varias veces debió internarse preventivamente por dolores torácicos, ahogos y transpiraciones repentinas. Graiver gozaba de buena salud y se postulaba como su sucesor. Los cortesanos de la época afirmaban que David era para José el hijo varón que le habría gustado tener. El suyo, Fernando, estaba todavía lejos de abandonar la música y el cine por la diplomacia, decisión que tomó en 1989, cuando aceptó la embajada argentina en Francia, invitado por el presidente peronista Carlos Menem.

Mientras Fernando Gelbard prefería tocar la flauta o el piano con Jorge López Ruiz, el Chivo Borraro o el Pocho Lapouble en las cuevas de la bohemia del jazz porteño, y su hermana Silvia se enamoraba de Juan Pablo Warroquiers, dueño de la *boîte* de moda en Punta del Este, David Graiver seguía a “don José” hasta las madrugadas diseñando el futuro del empresariado argentino. Para llegar hasta allí el joven se supo mantener en un segundo plano, eludiendo conductas que pudieran contrariar a quien amaba como a un padrino. Poco a poco consiguió que lo tratara de igual a igual. Las suspicacias se despejaron. El segundo apuntaló decididamente el crecimiento del primero a cambio de contraprestaciones políticas y un porcentaje en las ganancias. Cuando Perón ofreció a Graiver la presidencia del Banco Central, este declinó, aunque no se apartó del caudillo justicialista, proponiéndose como asesor *ad honorem* de

la entidad bancaria estatal. De ese modo no haría sombra a Gelbard ni disgustaría al general, con quien había compartido fatigantes caminatas, ganando su confianza en la quinta “17 de Octubre”, de Puerta de Hierro, en Madrid.

Gelbard devolvió el gesto. No pocas licitaciones de obras públicas recayeron en las constructoras de Graiver. El Banco Industrial dio un préstamo para levantar la planta impresora de *La Opinión* –diario que asociara a Graiver con Jacobo Timerman– y gran parte de las cartas de crédito de los 1.200 millones de dólares de exportaciones que produjo la reanudación de relaciones con Cuba, luego del giro diplomático de 1973, se tramitaron por el Banco Comercial de La Plata, que se convirtió así en el primer corresponsal del Banco Nacional de Cuba en América Latina. Dividendos equivalentes produjo el establecimiento de vínculos comerciales con los países socialistas del Este europeo.

Graiver supo hasta jugar de instigador de la venalidad, como a la sazón pregona la prensa. En el vestíbulo del poder se habrían repartido con Gelbard 5 millones de dólares con los que la CIFARA –el organismo de los representantes de la industria automotriz y productores de repuestos– consiguió que un impuesto del 15 por ciento que deberían pagar sólo las empresas sin que se transfiriera al precio de los autos, se transformara en otro de 10 por ciento que en cambio recaería exclusivamente sobre los compradores. ¿Cuál fue el ardid? ¿Tal vez el asesor del Banco Central ofició de mediador convenciendo al ministro de que la carga fiscal bien podía cambiar de espaldas por la friolera de 2,5 millones de dólares para cada uno? Ni uno ni otro despejaron la duda jamás.

La defenestración de Gelbard del Palacio de Hacienda pospuso el negociado que hubiera barnizado con otros nombres el final de la compañía de la Compañía Ítalo-Argentina

de Electricidad (Ítalo), abastecedora de corriente eléctrica en Buenos Aires y subsidiaria de la helvética Motors Columbus. Mientras el ministro instaba al gobierno a tasar alto, David Graiver en su nombre y Manuel “Lito” Werner en el de Gelbard, habían comprado 125.000 acciones baratas en la bolsa de Ginebra. Desalojando a Gelbard, López Rega interrumpió la maquinación. La retomarán los hermanos Juan y Roberto Alemann, Francisco Soldati –director del Banco Central y, justamente, hijo del presidente de la Ítalo– y José Alfredo Martínez de Hoz, ministro de Economía de la dictadura a partir de 1976, quienes consumarían el latrocinio al nacionalizar la Ítalo el 31 de octubre de 1978 por 394,5 millones de dólares. Estos esquilmaron a los contribuyentes de la Argentina en 155,5 millones de dólares, tal como probó la comisión parlamentaria que investigó esa operación en 1984. Ni Gelbard ni Graiver sacarían tajada pues ya no estaban en este mundo y porque habían vendido con antelación, a 100 francos cada una, las acciones que les costaron 55, ganando 5.625.000 dólares. Comprador: José Klein, el banquero húngaro-chileno que se incorporó a esta crónica cediendo a Graiver el Swiss-Israel Bank, de Tel Aviv, y el ABT, de Nueva York.

El gusto, compartido, por los desafíos en la conquista de más poder, revivió con el arrojo que evidenció David acaparando bancos en Israel, Bélgica y los Estados Unidos. Gelbard se tentó. Aceptó asociarse con 7 millones de dólares en la primera extensión de envergadura del banquero argentino en el exterior. Los dos sabían que 4 de esos 7 millones eran la comisión secreta que la sociedad italiana Italimpianti y la canadiense Atomic Energy habían depositado en la cuenta cifrada de Gelbard en el Trade Development Bank de Ginebra. Era una remuneración oculta

por la autorización de compra, rubricada por el ministro Gelbard, de la planta nuclear de Embalse Río Tercero.

Lo que sólo uno de los dos hombres sabía era que 16.825.000 de los 28.500.000 dólares que costaron inicialmente los títulos de los bancos CNB y ABT, provenían de una inversión de los Montoneros en el grupo Graiver. Ese dinero era parte de los rescates pagados por Bunge & Born (U\$S 63.600.000) y Mercedes Benz (U\$S 4.000.000) para liberar a sus directivos, Juan y Jorge Born, y Henrich Franz Metz, respectivamente, secuestrados por la guerrilla peronista el 19 de septiembre de 1974 y el 23 de octubre de 1975.

Del primer rapto, 14 millones de dólares entraron en las arcas de Graiver, en un cinematográfico traspaso de valijas rebosantes de billetes que cambiaron de manos en Ginebra, a mediados de junio de 1975. Otros 2.825.000 provenían del segundo secuestro. A pocos días de comenzar 1976 los recibió en Buenos Aires el brazo derecho de David, el abogado Jorge Rubinstein, mientras comía langostinos en el restaurante Barrio Norte, de Sarmiento 643. Llegaron escondidos en el bolso de su invitado, Carlos Torres, alias “Ignacio”, jefe de finanzas de Montoneros, quien compartía periódicamente selectas mesas con el número dos del grupo Graiver. Ignacio no pagaba jamás la adición.

Rubinstein –dirigía Empresas Graiver Asociadas, conocida por la sigla Egasa, el “control superior” que coordinaba a todas las compañías de “Dudi” en la Argentina– destinó 825.000 dólares a tapar huecos en el Banco Comercial de La Plata, ocasionados por préstamos a varias de esas empresas (Construir y Fundar –constructoras–, Metropól –seguros–, Kerik y Helicón –publicidad y producción cinematográfica–, Círculo y Triángulo –inmobiliarias–, Euroexport y Daveexport –comercio internacional–, Complart

–computación–, Bagual –agropecuaria–). El ritmo vertiginoso de desarrollo que se les imprimía a estas no les permitía reembolsarlos a término. Los otros dos millones los hizo transferir al ABT de Nueva York, utilizando un procedimiento bastante común en el mercado negro de cambios. Silvia Cristina Fanjul, una de las dos secretarías de Graiver en Buenos Aires, llevó la carga de billetes a la central del Banco de Galicia, en Reconquista 228. Allí, en el sector de los ascensores, al lado de la escalera que baja al Tesoro, la esperaba Francisco “Paco” Fernández Bernárdez, el cambista preferido de “Dudi” desde que, en octubre de 1974, había abandonado a Paz Mallmann, de cuyo trabajo estaba insatisfecho. Fernández Bernárdez, subgerente de cambios del Banco de Galicia hasta julio de 1966, manejaba desde una cuenta del mismo banco una “mesa” de dinero “negro” con el exterior, cuyas riendas compartía con Ricardo Jorge Bertoldi y Ernesto María de Estrada, en la oficina 10, del cuarto piso de Lavalle 534. En canje por aquellos dólares –de los que dedujo una comisión– “Paco” emitió un mensaje telefónico en clave a Manfra Tordella, conocida agencia de cambios neoyorquina, que debitó su cuenta por una suma ligeramente inferior, remitiendo el monto en un cheque bancario entregado por mensajero al ABT, a favor de la cuenta que allí tenía New Loring, una sociedad fantasma inscrita en Panamá.

La escritura y el anónimo paquete de acciones de New Loring dormían en una caja de seguridad a nombre de Graiver en el Principado de Liechtenstein. En el directorio servía de pantalla Alejandro Mujica, hermano del sacerdote tercermundista asesinado por la extrema derecha del peronismo el 10 de mayo de 1974, al conducir su misa en la capilla San Francisco Solano, en una villa miseria de Buenos Aires.

Así quedaron enmascarados el origen y el destinatario de aquellos 2 millones de dólares. Rubinstein, de 50 años, abogado de linaje israelita, militante del Partido Comunista en su juventud, profesor en la Universidad de La Plata, fugaz gerente de Wobron –la primera fábrica argentina de embragues, propiedad de Julio Broner, su cuñado– era el único subordinado de David Graiver que conocía la procedencia del capital montonero. Además de Lidia Papaleo, que naturalmente estaba al corriente de todo desde siempre.

–¿Qué pasa en el ABT? –preguntó Gelbard, aguardando que sirvieran el lenguado al oporto–. Una gestión que generalmente tarda algunas semanas ha entrado en el undécimo mes de espera –agregó–. ¿No tenés un “topo” en el “Fed” que te husmee lo que está sucediendo? –El “Fed” era, en lenguaje de entendidos, seudónimo del Federal Reserve, el banco central del Estado de Nueva York.

–Esta tarde me entrevistó con Abraham Beame, alcalde de Nueva York, para ver que opina. Entre 1966 y 1969, cuando era tesorero del municipio, integró el directorio del ABT. Sin el sostén del banco Beame no hubiese llegado a intendente. Y a mí me debe un gran apoyo a sus obras de beneficencia municipal. Seguro que puede averiguar en qué estado se halla el trámite.

Gelbard paladeaba su plato sin replicar. Graiver se extendió en una reflexión para ser convincente.

–La actitud del *Fed* es por un lado preocupante. Pero por otro demuestra la importancia que he cobrado como banquero en Norteamérica, ya que con la compra del ABT, sumada a la del CNB que adquirimos con anterioridad, he subido desde el puesto 312 del ranking, hasta el 129. Y vos sabés que al acercarte a la barrera de los 100 te ponen bajo la lupa. De todos modos no te preocupes por tus 7 millones.

Tenés mis cheques certificados a la orden de Huescohills, tu sociedad financiera en Bahamas, que cubren esa suma en caso de que te quieras retirar del negocio. Y hasta que se defina lo del ABT te propongo que eso te produzca el 8 por ciento de interés, retroactivo al día que me diste el dinero, contrato garantizado personalmente con mi firma y la de Kreitman, que está habilitado para comprometer al ABT.

–De acuerdo. ¿Y después? –Una de las cejas de Gelbard se enarcó, subrayando la ansiedad del interrogante. Siete de sus millones de dólares estaban en juego.

–Una vez que salga la aprobación, tendrás una posición destacada en la asamblea de accionistas y vas a cobrar regularmente las ganancias que producirán esos títulos. Tenés un puesto a tu disposición en el Consejo de Administración. Lo aceptes o no, quiero que acordemos juntos mis planes de desarrollo del banco, la política de inversiones, la posible fusión con el CNB, así que me ocuparé como corresponde.

David vació media botella de agua mineral. Se secó los labios con la servilleta blanca y siguió monologando.

–Para imponerme en el directorio necesito tu apoyo. No olvides que mi mayoría accionaria es relativa. Poseo el 51 por ciento adeudándole a Klein 11,6 millones de dólares. Además, cuando tenga la residencia, cambiará también mi situación impositiva. El fisco me va a apretar el torniquete. Por esas dos razones necesito hacer guita urgente; pero no tomaré ninguna decisión sin consultarte. Por ahora no tengo las manos suficientemente libres.

Graiver acometió con voracidad las costillas de cordeiro asadas, después de haber dado cuenta de tres rodajas de jamón con perejil. Gelbard rellenó las copas con Musigny Grand Cru, cosecha 1970, tinto en que coincidieran los gustos de aquellos dos argentinos.

Durante un rato callaron. Comieron y bebieron. François Jupé, el maître francés, pasó a saludar a Graiver, un asiduo concurrente del restaurante, excusándose por la leve tardanza del lomo al estragón para Gelbard.

Cuando llegaron a los postres, el dueño de Fate y Aluar, que había empezado como vendedor callejero en Catamarca, preguntó:

—¿Y si no sale?

Graiver perdió un ápice de calma. El optimismo torrencial de su discurso encubría el alma fisurada de dudas. Como quien no necesita defenderse, enfatizó:

—No hay por qué. Todas mis cuentas están en orden. Debe de haber una traba burocrática porque soy extranjero. Pero me he jugado a fondo: he contribuido al financiamiento de las campañas presidenciales de republicanos y demócratas, aunque a mi juicio gana Carter. Esta mañana, William Rogers me dijo por teléfono que antes de fin de mes deberá salir una respuesta, y que él iba a mover todas sus influencias. Las cartas están echadas. Ahora hay que esperar y tener paciencia.

La mención del último subsecretario de Estado de Henry Kissinger pareció tranquilizar a Gelbard, que se dedicó entonces a los profiteroles. William Rogers era copropietario de Rogers and Wells. Su socio, John Wells, presidía el Partido Republicano de los Estados Unidos. Graiver les había otorgado mandato para oficializar el cambio de propietario del ABT.

David engulló una docena de cerezas al licor. Aprovechó la distensión apresurándose a pedir la cuenta junto con el café.

Graiver sabía que no había sido contundente. Sus argumentos ahora le sonaban deshilvanados. Con fidelidad canina se esforzaba por seguir creyendo, pero el fantasma del colapso lo agobiaba. Prendió un cigarrillo y cambió de tema.

—¿Nada más que por esto viniste? —preguntó fingiendo la ingenuidad de todo animal joven.

—No. A las 4 debo encontrarme con un abogado que viene en representación de Italmimpianti y Atomic Energy. Debemos compatibilizar explicaciones que lleven a vía muerta la posible investigación judicial por lo de Embalse Río Tercero.

David sabía algo del asunto por infidencias circulantes en los corrillos internacionales. También conocía un sabroso antecedente: Italmimpianti era una antigua asociada de Gelbard. Junto a Montecatini-Edison e Impresit, lo había respaldado contra otras dos ofertas extranjeras cuando el general Lanusse le cedió el monopolio encubierto del aluminio en la Argentina a Aluar, firma de Gelbard en sociedad con el industrial Manuel Madanes. A cambio de sus favores políticos al Gran Acuerdo Nacional, Lanusse llegó a permitir un blanqueo de capitales para fortalecer la situación de Gelbard dentro del empresariado. El tercero y último presidente de la Revolución Argentina inaugurada por las Fuerzas Armadas en 1966 pretendía el retorno de un régimen civil sobre la base de un acuerdo entre la patronal —cuyo ariete era Gelbard— y el sindicalismo justicialista —liderado por José Rucci— que diera las espaldas a Perón y fijara condiciones al futuro funcionamiento democrático. Con voluptuosa tortuosidad, capitalizando el descontento antidictatorial de una sociedad que hervía, el general Perón birló el plan. Hizo firmar el compromiso a empresarios y sindicalistas pero tal como él lo entendía, no como aspiraba la camarilla militar, que así naufragó en los comicios del 11 de marzo de 1973. Lanusse no podía volverse atrás en las concesiones que ya había hecho a Gelbard, quien olvidó promesas, abandonando el barco del perdedor con rapidez.

Para solidificar los lazos de dependencia con Gelbard, Graiver sacó el tema comiendo en el edificio de la Avenida Garay 1, sede de Fate en Buenos Aires. Allí, en la Fábrica Argentina de Telas Engomadas, Gelbard centralizaba no sólo sus negocios con el caucho, sino el resto de sus actividades económicas, siempre asociado con los Madanes. Le ofreció ayuda para ubicar los 4 millones de dólares que los ítalo-canadienses le iban a girar en recompensa por hacerles ganar la licitación. Ante la evidencia de que la cuestión no era desconocida para Graiver, Gelbard aceptó discutirla. “Dudi” le propuso colocar los fondos en el Continental Trade Bank de José Klein en Ginebra, precisamente el mismo que terminaría vendiéndole el ABT en 1975. David se ofrecía de intermediario, consiguiendo un punto más de interés que lo pagado entonces en la plaza financiera. También aconsejó que las transferencias se concretaran con la máxima discreción, a través del Swiss-Israel Bank, con sede en Tel Aviv, banco que José Klein por fin, vendió a Graiver, en 1974, por 4 millones de dólares.

David propuso que corresponsales desconocidos solventaran tres giros provenientes de Cayman Island, Hong-Kong y el Principado de Andorra. Diversificando las fuentes desde tres preciados paraísos impositivos, se cuidaba la imagen del flujo financiero normal hacia una cuenta instalada en el emirato del secreto bancario.

Haciendo transitar aquellas sumas por su banco en Israel para que finalmente se invirtieran en el de Klein, Graiver marcaba puntos en tres frentes a la vez. Ante todo soldaba su asociación con Gelbard, compartiendo una confianza de sensible voltaje, de modo de hacerse imprescindible para otras operaciones en el exterior. En segundo lugar tonificaba su imagen ante Klein, su trampolín a Nueva York

y Tel Aviv, y a quien ya había impresionado haciéndolo intermediar en la constitución de los casi 2 millones de dólares con que se fundó la BAS en Bruselas. En tercer término reciclaba un monto considerable en el circuito bancario del Mossad. Este había adquirido dimensión internacional el 22 de diciembre de 1950 cuando el gobierno de Israel, oficialmente, se alió a un grupo de inversores privados encabezados por el magnate Yehuda Assia, fundando el Swiss-Israel Trade Bank. Con cabecera en Ginebra, a lo largo de dieciséis años, Assia abriría filiales en Tel Aviv, París, Montevideo y Bruselas, y sucursales en Zürich, Londres, Milán, Bangkok y Manchester. Por allí comenzaría a circular el dinero que iba a financiar la emigración judía hacia Palestina y las acciones encubiertas del servicio de espionaje de Israel.

El 22 de noviembre de 1963, el Swiss-Israel Trade Bank compró el ABT de Nueva York. En 1967, José Klein propuso adquirir la red. En cinco años Klein embolsó el 96 por ciento de las acciones. El “húngaro misterioso”, como lo tildaba la prensa, oriundo de Transilvania, en la actual Rumania, emigrante a Chile fines de la década del 30, tenía la confianza del Mossad: vicepresidía el Banco Israelita de Santiago.

Al gobierno israelí, que en 1965 había cedido su parte al grupo privado hebreo Central Trade, no le disgustó la oferta de Klein. Las finanzas judías se engrosaban incorporando a uno de la diáspora que transfería, de ese modo, capitales forjados en el Tercer Mundo.

En 1968 Klein cambió el nombre del Swiss-Israeli Trade Bank de Ginebra por el de Continental Trade Bank. Probablemente para reasegurar al Mossad colocó como presidente a una personalidad judía por encima de toda sospecha, Philip Klutznick, quien durante algunos años había dirigido el

Congreso Judío Mundial. Los tres bancos en cuestión no tenían razón para dejar de ser soportes de la Inteligencia israelí.

Sin embargo la insinuación de Graiver a Gelbard no pudo ser. “Don José” desechó el plan de David. Prefirió la legalidad, aunque se mantuvo en la esfera del Mossad. En vez del Continental Trade Bank de Klein, optó por el Trade Development Bank, de Edmond Safra, la pata brasileña del trípode de la banca judía en Latinoamérica, que Klein y Graiver completaban en Santiago y Buenos Aires, respectivamente. Safra, judío de origen siriolibanes que emigrara al Brasil donde cimentó su fortuna, también se había aposentado en Nueva York y Ginebra. En la primera poseía el Republic National Bank, y el Safra Bank. En la segunda el Trade Development Bank. Otros bancos le pertenecían en Miami, California, Beirut, Londres, Panamá y Brasil, sumando en total unas veinte filiales. Klein había sido pionero en eso de extender los garfios desde América Latina hasta Nueva York y Europa. Safra le siguió. David pretendía erigirse en el más importante de los tres.

Para Italmimpianti y Atomic Energy daba lo mismo depositar la comisión de incógnito o no. Casi todos los países que en esa fecha exportaban tecnología al Tercer Mundo poseían en su legislación cláusulas que autorizaban a sus empresas a deducir de impuestos hasta un 15 por ciento del valor total de sus inversiones si para ganar los contratos debieron desembolsar sobornos.

Pero para Gelbard no daba lo mismo. Afectado por la impunidad que suele roer a quienes ejercen mucho poder, el ministro de Economía argentino se desentendió de las impresiones digitales que dejaría el negociado, aunque a posteriori constituyeron pruebas irrefutables en su contra. Cuando el 13 de junio de 1985 el Tribunal Federal suizo

levantó el secreto bancario de las cuentas de Gelbard que habían recibido depósitos de Italmimpianti y Atomic Energy, a pedido de Ricardo Molinas, titular de la Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas de la Argentina, se supo que la cuenta Opera en el Trade Development Bank, abierta por Gelbard el 24 de noviembre de 1972, había recibido 2.500.000 dólares el 2 de mayo de 1974, y 300.000 dólares el 26 de marzo de 1976, girados desde la Banca de la Svizzera Italiana de Lugano, y 1.200.000 más procedentes de la Banca Commerciale Italiana de Génova, acreditados el 27 de marzo de 1976. Dichos fondos fueron transferidos a la 24.777/AB, una segunda cuenta de Gelbard en el mismo banco, de donde pasaron a una tercera llamada Gidul. Esta última fue liquidada el 9 de abril de 1976. Las dos anteriores tuvieron como fecha de cierre el 23 de septiembre de 1976 y el 30 de septiembre de 1974, respectivamente.

—Tus cuentas en el banco de Safra están quemadas. ¿Qué pensás hacer?

—No sé.

—¿Quién te vendió?

—¿Qué sé yo?

David no prosiguió para no promover el malhumor en su interlocutor. El diálogo se extinguió en la vereda. El silencio de Graiver se erigió como un dedo apuntando a la mandíbula de Gelbard: si hubiese aceptado su propuesta de preservar el anonimato de los proveedores de fondos, no tenía que temer que levantarán el secreto bancario sobre sus cuentas en Suiza. Otra incógnita quedaría sin respuesta. Graiver, Gelbard y Klein descendían de judíos askhenaze, de la Europa central. Safra era un sefaradí del Medio Oriente. El recelo desgarraba a esas familias. ¿Por qué Gelbard había preferido a alguien de otro clan? El incidente

alimentaría, por otra parte, la inquina entre Graiver y Safra, que peleaban a brazo partido por una mayor influencia en las finanzas neoyorquinas. Se disputaban incluso la exclusividad de Theodore Kheel, uno de sus abogados, a quien David impuso como condición renunciar a la presidencia del Republic National Bank para preparar su entrada al directorio del American Bank and Trust.

Acomodados en el Mercedes Benz guiado por Franco Grimaldi y rumbo al Waldorf Astoria, David prometió telefonar a Gelbard después de ver al alcalde, antes de partir rumbo a Acapulco. Sintió que la aprensión no se había disipado del todo. El fundador de la CGE se apeó y el auto buscó el 509 de la Avenida Madison, donde unos ricos sastres judíos atendían Herzfeld, una selecta camisería. El chofer bajó y recogió un paquete con cinco camisas, que después Graiver guardaría en la maleta de viaje que lo esperaba en su oficina.

El Mercedes Benz bajó por la Avenida Lexington hasta 42. Dobló a la derecha. A media cuadra, David le pidió a Franco que lo esperara unos minutos estacionado en doble fila: iría a comprar los diarios de la Argentina en el kiosco de la central de ferrocarril. Con *Clarín* y *La Opinión* del día anterior bajo el brazo, no volvió directamente al auto. Hizo un rodeo por el inmenso hall pasando por la oficina telefónica de la estación. Entró en una cabina y discó el 01134-2312915. Habló en castellano identificándose como Jorge Aguirre. Telefonservice, la mensajería del cuarto piso de Fuencarral 23, de Madrid, recepcionó. La empleada respondió que Víctor Chousa había confirmado el envío del contrato.

La identidad de Víctor Chousa figuraba en uno de los pasaportes falsos con que se movía en España Jorge H. Salazar, coordinador en Europa del servicio internacional de

Montoneros, en contacto directo con su conducción nacional. Salazar –nombre de guerra “Antonio”– era uno de los pocos guerrilleros que conocía como tal a Graiver. Por otra parte había sido uno de los dos emisarios encargados de pasarle los 14 millones provenientes del botín Born.

Salazar Chousa hacía de bisagra entre la jefatura montonera y Graiver. Al abrigo fuera del país, centralizaba la seguridad del banquero, con quien se reportaba diariamente. Debía velar para que la descompartimentación de la inversión no la pusiera en peligro si la represión alcanzaba a la docena de guerrilleros que la conocían. Todos, menos él, peleaban en la Argentina.

El contenido positivo del mensaje no indicaba irregularidad. Para provocar el estado de emergencia el encargo debía ser de signo contrario, como que no habían podido despacharle la mercadería, por ejemplo. Si quedaban dudas, se pedía rectificación o ratificación. Se volvía a llamar al fin de la tarde o al día siguiente. Si se mantenía el carácter negativo del aviso, Graiver tenía que abandonar inmediatamente los Estados Unidos y esperar en México a un enviado de la jefatura montonera para analizar el problema que se presentara. Por razones obvias los guerrilleros soslayaban los Estados Unidos en los itinerarios entre sus bases en el exterior.

Graiver pagó la comunicación y salió por la misma puerta por la que había entrado. Un latigazo de dolor le cercenó la espalda. Se dio vuelta espantado y no vio ningún agresor. El mal venía de adentro. Conteniendo la respiración se metió en el auto. El control intelectual puso un bálsamo sobre el repentino malestar físico. La idea de que había durado un día más, aplacó el sufrimiento.

* * *

—¿Novedades? —preguntó Graiver a Gigi, la argentina que reinaba sobre el equipo de cuatro secretarías. Fumando un cigarrillo tras otro, la bella morocha lo aguardaba como siempre, sentada detrás de su escritorio, en la antesala del despacho del financista.

Lo siguió. Rodeada de pinturas de Paul Klee, Joan Miró y Salvador Dalí, dio cuenta de la aceptación de la invitación para el fin de semana por parte de los dos pilotos del Jet-Falcon, matrícula NAR-888, que lo llevarían a Acapulco. Distraída, posó sus ojos negros en las camisas que se deslizaban en la valija. Acababa de hacer la reservación de habitaciones para los huéspedes en el mismo hotel en donde se hospedaban los Graiver. Lidia estaba al corriente. Eran las 14 y 37. Cinco llamadas lo habían rastreado en su ausencia: Julio Tanjeloff, un argentino propietario de los comercios Georg Jensen y Rosenthal Studio-Haus en Nueva York y las tiendas Blum de Filadelfia; la escuela neoyorquina de pintura y escultura Skowhegan, a cuyo Consejo de Administración se había incorporado David para promover a jóvenes artistas argentinos; “Paco” Fernández Bernárdez, su cambista argentino de visita en Nueva York; Pablo Rossi Montero, un amigo de Miami, y Abraham Feinberg, gerente del ABT, el único que manifestó urgencia en encontrarlo.

¿Sería para darle la infausta noticia de que rechazaban la compra del ABT? La incertidumbre le revolvió las entrañas.

Con un “pasame con Feinberg y después no estoy para nadie”, David despidió a Gigi. La vio irse, meditando por enésima vez en que las caderas estaban un poco bajas en su delgada figura de estatura mediana. La dueña de las contorneadas pantorrillas hizo lo necesario para conseguir una conexión veloz con el gerente. Era viernes y este no quería cerrar las cuentas del banco enviando el correspondiente

informe semanal a la Reserva Federal con el sobregiro de 2 millones de dólares a favor de Galerías Da Vinci, dueña del 26 por ciento de las acciones de Papel Prensa, la sociedad en cuyo directorio era figura destacada Lidia Papaleo.

A Galerías Da Vinci, propietaria por lo demás de las galerías comerciales del mismo nombre en la Avenida Santa Fe 1638 del barrio norte de Buenos Aires, la timoneaba Rafael Ianover, un primo hermano de Lidia Brodsky, mujer de Isidoro Graiver. Era un corredor de cereales que oficiaba de testaferro en el manejo de la porción mayoritaria de acciones en ese colosal proyecto de monopolizar la fabricación de papel en la Argentina. En la margen derecha, aguas abajo del Río Paraná, en las cercanías de San Nicolás, provincia de Buenos Aires, a 7 kilómetros de la ciudad de San Pedro, Papel Prensa iba a sustituir 50 millones de dólares anuales de importaciones. Se trataba de una planta industrial diseñada para producir papel de diario a partir de salicáceas, concebida sobre la base del consumo de 240.000 toneladas anuales de sauces y álamos. Sus instalaciones exigían tres millones de horas-hombre de trabajo ininterrumpido. “Dudi” le insuflaba un crecimiento espectacular, una vez arrancado el control al italiano César Augusto Civita, de Editorial Abril, con el visto bueno gubernamental. El permiso para actuar contra Civita había sido obtenido cuando Gelbard era ministro y David asesor del Banco Central, bendecidos los dos por el general Perón.

Feinberg estaba en la cabecera de las agencias del ABT abiertas al público, en un quinto piso de Wall Street. Explicó sucintamente por qué deseaba verlo de inmediato. Graiver comprendió la importancia del problema y le pidió que no se moviera. Le ahorraría el desplazamiento entre la parte baja de la ciudad y el centro de la isla de Manhattan.

Desde el Olympic Towers, aposento del holding dueño del ABT, él impulsaría la transferencia de los 2 millones de dólares desde la BAS de Bélgica, haciendo uso del sistema de “préstamos recíprocos” que ligaba a los dos bancos. Trató de salir del paso arguyendo que había cursado temprano desde su télex personal la orden de mandar esa suma a Buenos Aires por medio de la representación del ABT en la capital argentina y que todavía no había tenido tiempo para cubrir el déficit. Pero no se le había pasado por alto. Un olvido temporario y circunstancial, debido al cúmulo de operaciones agolpadas sobre el fin de semana. Reparó agradecido que se lo recordaran. Comprendió que en un momento tan delicado no debían aparecer grietas y rogó a Feinberg que lo telefonara no bien llegara el cable.

El traspíe lo mortificó. La prisa le hacía correr demasiados riesgos. Intuyó que estaba colocando forzosamente las piezas, en lugar de encajarlas cuidadosamente por sus bordes. Trató de contentarse pensando que no podía ser paciente cuando le faltaba el tiempo. Desechó el justificativo. Era pernicioso quedar descolocado ante Feinberg. El otrora consejero de los presidentes Harry Truman y Lyndon Johnson, poseedor de la franquicia de la Coca-Cola en Israel, constituía un eslabón irremplazable para que Graiver pudiera encadenarse al lobby judío de Nueva York y a la municipalidad de la ciudad. Era presidente del movimiento sionista de los Estados Unidos, y puntal de la campaña electoral que llevara a Abraham Beame a la intendencia neoyorquina.

El exceso de celo de Feinberg al reclamarle 2 millones de dólares que todavía podían gozar de algunas horas de ausencia antes de ser cubiertos, era acicateado por el “Fed”, que ajustaba las tuercas de vigilancia ante la inminente

decisión sobre la compra del ABT. Los ejemplos cundían. El 7 de julio, casi un mes antes, los inspectores de la rama financiera del FBI aparecieron de improviso. Sacaron un fajo de papeles en el que las computadoras analizaban el trimestre en curso y pusieron los dedos en las llagas de 22,4 millones de dólares, una “excesiva concentración de créditos a Graiver y sus intereses”, dijeron. David tuvo que ofrecer en garantía todas las acciones del CNB, del Swiss-Israel Bank, del Comercial de La Plata y del Hurlingham para salir airoso. El 29 de septiembre de 1975, cuando Graiver todavía no había fijado oficialmente su cuartel general en el piso 23 del Olympic Towers –aunque ya, como una enredadera, abrazaba al CNB y al ABT– el “Fed” llamó la atención sobre otra “excesiva concentración crediticia”. Aquella vez a favor del Grupo Lavantino, importador de productos agrícolas chilenos, y de John Samuels III, el rey del carbón de Nueva York, a los que Graiver quería atraer con esos procedimientos para que operaran exclusivamente con sus bancos.

Los dos deslices martillaron en los entresijos de su memoria. El párpado izquierdo se puso a temblar. Sucumbió a la depresión al repasar sus notas. Las trece sociedades panameñas y luxemburguesas, desconocidas en los Estados Unidos que le pertenecían, estaban absorbiendo créditos del ABT en demasía. A la larga, eso iba a representar un problema. Nadie doblega los pedidos de informes de un banco central cuando se encubren infracciones reglamentarias, si no hay corrupción de por medio. De 6 millones de dólares en marzo había trepado a 18 en agosto. Si el “Fed” seguía acrecentando las auditorias terminaría sabiendo que eran sumas desviadas en su favor, violando el compromiso escrito de no autootorgarse préstamos hasta que le autorizaran la compra del banco.

El financista argentino se alarmó. Abandonó su encanto y jovialidad. Llamó entonces a Alberto Naón a Bruselas, que estaba al frente de la BAS (la Banque pour l'Amérique du Sud), su “cable a tierra” en la Europa comunitaria, canalizador de financiación para exportaciones e importaciones con Latinoamérica. Con sequedad le dio la instrucción correspondiente.

Naón, un rosarino de 53 años, empezó protestando y terminó arreglando la contabilidad para que el giro no descalabrara sus números. No le quedaba más remedio que obedecer a su superior: Graiver presidía el directorio de la BAS donde Naón era administrador delegado, un empleado jerárquico, pero nada más que un empleado.

David aceptó por enésima vez las críticas de su subordinado en Bélgica, sobre su método “anárquico y unipersonal” para manejar el grupo, cuestión de aplacar el mal talante que se despertaba en Naón cuando Graiver ejercía la autoridad sobre él. Saldó provisoriamente el diferendo concediendo que Naón llenara por 2 millones de dólares uno de los cheques firmados en blanco de su cuenta personal del ABT, a su disposición en Bruselas para situaciones de extrema necesidad, rogándole que lo presentara en ventanilla a última hora de la tarde. La diferencia horaria, el fin de semana y el clearing internacional le darían tiempo hasta el lunes para cubrirlo. Ya se las arreglaría. No podía saberse que ese cheque iba a detonar, 72 horas después, la cuarta quiebra en la historia bancaria de los Estados Unidos.

Graiver colgó el teléfono preocupado. El diálogo había sido helado. Esperaba que el favor pedido a Naón no agravara la tirantez imperante entre ambos desde hacía dos meses. Naón estaba harto de que recurriera permanentemente a él y a la BAS cada vez que debía amortiguar

sobregiros y otras triangulaciones para que el andamiaje de sus malabarismos bancarios no se derrumbara.

Naón era un puntilloso ex funcionario con diez años de servicios en el Banco Central de la Argentina. El 2 de mayo de 1974, con 75.000.000 de francos belgas (alrededor de 1,9 millones de dólares) echó a andar la BAS. André Scheyven, un notario de Bruselas, la había fundado el 22 de enero de 1974. David, Juan e Isidoro Graiver se repartieron 59.850 acciones. De las 150 restantes eran titulares: Silvio Becher, economista argentino; Jean Stordeur, administrador de sociedades domiciado en Ixelles (Bélgica); Edouard Boula de Marcuil, un ingeniero parisiense vinculado a la nobleza europea; Pedro Jorge Martínez Segovia, probablemente primo de Martínez de Hoz; y Alberto Naón, a razón de 30 acciones cada uno. El capital había fugado de la Argentina, huyendo del 700 por ciento de inflación anual. Lavado en el Continental Trade Bank de Ginebra, propiedad de José Klein, aterrizó de improviso en la Banque Bruxelles-Lambert, la segunda institución financiera belga, libre de culpas y cargos en cuanto a su procedencia. Naón lo duplicó en veintisiete meses de actividad, capturando fondos de argentinos, chilenos, brasileños y mexicanos que buscaban pasar sus “ahorros” a monedas fuertes en países estables con una baja tasa de inflación. Con ese dinero el banco financiaba las empresas Graiver y el creciente comercio entre algunos países de Europa y América Latina. En la BAS funcionaba un Club de Importadores de América Latina, que llegó a nuclear a 60 empresas de Bélgica, Suiza, Francia y Alemania Federal. Alrededor de 500 clientes figuraban en sus cuentas corrientes.

El renombrado cardiólogo norteamericano Denton Colley le había hecho un bypass de coronarias a Naón el

10 de marzo de 1975, en Houston, a instancias de las recomendaciones conseguidas por David, pero la deuda de gratitud chocaba con la fatiga de soportar las exigencias crecientes para “adaptar” la marcha de la BAS a sus otros negocios, asuntos que, por otra parte, Naón no conocía exhaustivamente. Y como dicha tendencia se acentuaba, Naón había presentado la renuncia en junio de 1976. Con antelación consiguió que se le proporcionara una garantía de 30 millones de dólares del Banco Comercial de La Plata para poner a resguardo la BAS ante la comisión bancaria belga de cualquier traspie de Graiver en sus prestidigitaciones financieras.

Un gesto tensó más la cuerda. Naón cerró su cuenta personal en la BAS donde guardaba ahorros y cobraba su salario. En un santiamén se llevó 270.000 dólares a la Banque de Paris et des Pays-Bas. Para no perder a su segundo brazo ejecutor, David le hizo una contraoferta: la dirección de Santa Fe Management, el “control superior” de todos los “bancos Graiver” en el extranjero, desde las oficinas en el piso 50 del edificio Pan Am en Nueva York. Era un holding que se estaba poniendo en funcionamiento, un equivalente de Egasa, la compañía que bajo la batuta de Jorge Rubinstein, el otro brazo de David pero en Buenos Aires, compaginaba al grupo dentro de la Argentina.

Naón se resistía a dar el sí. Era, sin embargo, un signo alentador que las semanas pasaran y no pronunciara el no. Un antecedente reforzaba la confianza de Graiver. Desde que Luis Seijo, presidente del club deportivo Huracán, le presentara a Naón en 1967, este nunca lo había abandonado en situaciones difíciles. En 1968 rechazó la presidencia del Banco Comercial de La Plata, desoyendo a Egidio Ianella, presidente del Banco Central, pero quedó como asesor personal de Graiver en un “comité de crisis” que David

convocaba periódicamente. Cuando el Banco Central le suprimió al Comercial de La Plata la autorización de operar en el mercado cambiario, en diciembre de 1973, Naón lo sacó del pozo en menos de un mes. En 1973, Naón cerró temporariamente su estudio de economista en Avenida Corrientes entre Florida y San Martín y erigió la cabeza de puente de la retaguardia de los Graiver en el exterior, al fundar la BAS en Bruselas. En diciembre de 1975, cuando el “Fed” encendió la luz roja a un crédito insolvente del ABT para una exportación de fruta de Chile a los Estados Unidos por 10 millones de dólares, Naón consiguió garantías y extrajo de la galera la mitad de esa suma antes de que la mercadería se pudriera en las bodegas de un barco anclado en Valparaíso.

Graiver no se equivocaba. Sus cuentas en los Estados Unidos estaban momentáneamente a cubierto de una inspección minuciosa. No debía, empero, descuidarse. Lo tenían bajo la lupa. Todo extranjero que adquiere bancos en los Estados Unidos pasa por un filtro que empieza en el FBI—en lo que hace a sus actividades dentro de los Estados Unidos— y termina en la CIA, para ver si los intereses de la primera nación de la tierra no quedarán comprometidos fuera de sus fronteras. El informe del FBI al “Fed” carecía de objeciones. Las referencias de Graiver en el ámbito de las finanzas no podían ser mejores. Arrancaban en David Rockefeller, dueño del Chase Manhattan Bank, y George Moore, ex presidente del First National City Bank. Nada le envidiaban los ligamentos con la cúspide de republicanos y demócratas. Inmejorables eran, paralelamente, sus vínculos con el lobby judío-norteamericano, cuyo centro de gravedad era Nueva York. No podía ser de otra manera para un colaborador del Mossad, cuyos propios bancos canalizaban los fondos de la comunidad judía en media docena de países.

Graiver hilvanó esa tejido de relaciones apelando al tráfico de influencias, haciendo negocios, favores y regalos. Utilizó su enorme talento para relacionarse y una notable capacidad de comunicación. Sabía que la sinceridad absoluta no emparda con lo espurio y labró fidelidades hechas de pocas verdades y muchos engaños. Si impresionar a una persona es el primer paso para conquistarla, a David no le faltaban recursos naturales. Gran conversador, de trato agradable, hablaba corrientemente inglés y francés, siempre relajado, a cada rato con un chiste en la punta de la lengua. Conocedor de artes y letras, de fino humor, la espesa barba y la tupida cabellera le daban un toque de extravagancia inofensiva a su precoz corpulencia. Cultivaba la imagen de un joven e impetuoso empresario argentino de ideas progresistas, un intelectual de la economía que había accedido al consejo de administración del prestigioso Instituto Di Tella de Buenos Aires, pero sin dejar de ser un fiel defensor del capitalismo. La película caía de parabienes en la dirigencia norteamericana de la época, en plena transformación luego de Watergate y Vietnam, que preparaba su *mea culpa* llevando a James Carter y los derechos humanos a la Casa Blanca. El único problema se presentaba con la CIA, que vetaba la compra y por ende la entronización de Graiver como banquero en los Estados Unidos. La CIA se negaba a dar explicaciones.

La Reserva Federal estaba fastidiada. Emplazó a la CIA: si en septiembre de 1976 no le proporcionaba las pruebas contra Graiver, con balances del ABT y del CNB en regla, iba a dar luz verde. Tomaría la decisión John Heimann, superintendente de Bancos del Estado de Nueva York. Los teléfonos de Heimann y de James Bolster, su adjunto, sonaban insistentemente con pedidos de personas influyentes

respaldando a Graiver: Nelson Rockefeller, vicepresidente de los Estados Unidos durante la gestión de Gerald Ford; Meade Espósito, líder demócrata de Brooklin, pringado por la mafia; Vincent Albano Jr., presidente del Partido Republicano en el distrito de Nueva York, quien vendió a los Graiver el CNB por 7,5 millones de dólares; Cyrus Vance, miembro de la Comisión Trilateral, del Council of Foreign Relations y del directorio de IBM, un ex “halcón” de los republicanos pasado a los demócratas, que ocuparía la Secretaría de Estado bajo la presidencia de James Carter; Sol Linowitz, abogado neoyorquino integrante del directorio del Marine-Midland Bank, uno de los 10 primeros de los Estados Unidos quien después de defender a José Ber Gelbard contra el pedido de extradición proveniente de la Argentina tras el golpe del 24 de marzo de 1976, representaría a Carter en las negociaciones con el general Omar Torrijos relativas a la devolución del Canal de Panamá a los panameños en el 2000, como parte del plan diplomático para América Latina adoptado por la administración demócrata; Patrick J. Cunningham, presidente del Partido Demócrata del Estado de Nueva York; John Wigs, director de Rogers and Wells, el estudio de abogados de mayor prestigio en Wall Street; Howard Samuels, candidato a gobernador, dueño de la Off-Track Betting Corporation; Spiro Donas, el auditor bancario más consultado de Wall Street, funcionario de la Inspección de Bancos del Estado de Nueva York que llegaría a la vicepresidencia del ABT; Joseph Michaan, magnate de la construcción, de la petroquímica, del carbón y de los “import-export”; Robert Hill, embajador estadounidense en la Argentina; Morris Shapiro, responsable de Bache and Co, famosa casa de corredores de bolsa del mercado mundial; Philip Klutznick, presidente

durante algunos años del Congreso Judío Mundial, jefe de la Urban and Development Corporation of Chicago, y socio de José Klein en el Continental Trade Bank de Ginebra, en cuyas oficinas Graiver negoció la compra del ABT; Hugh Carev, gobernador del Estado de Nueva York; Lawrence Levine, prominente abogado republicano de Wall Street; Theodore Kheel, el mediador en todos los conflictos sindicales del Estado de Nueva York, con lazos que algunos hacían llegar hasta la mafia, a quien Graiver eligió como su abogado personal, y que lo introdujo en el directorio de UV Industries, una de las dinámicas carboníferas y cupríferas de la costa este de los Estados Unidos, jurista que terminó asociándose con Graiver en Coddetreisa, compañía concebida para levantar un fastuoso proyecto de turismo en la República Dominicana; John Samuels III, creador de International Carbon and Minerals, con quien Graiver compartía el control de algunas minas de carbón en Europa y los Estados Unidos a través de sociedades en Luxemburgo y Nueva York, especulando paralelamente en la compra y venta de petróleo. Este Samuels gobernaba el Exchange National Bank of Chicago, comprado en 3,3 millones de dólares. De ellos, 1,5 millones de dólares provenía de un crédito otorgado por la BAS de Bélgica. La filial en Tel Aviv, el American Israel Bank Ltd., era agente oficial del gobierno de los Estados Unidos en Israel.

Para este tipo de interlocutores la lentitud burocrática no podía ser una coartada. “¿Qué diablos pasa? Están trabando a un hombre que trae dinero y negocios a raudales. ¿Somos capitalistas o no?” Palabras más, palabras menos, era el sermoneo que hacía insostenible la situación, careciendo Heimann y Bolster de razones solventes que justificaran la

demora. A la distancia, David aplicaba la consabida premisa de que la influencia se ejerce a través de intermediarios.

La CIA tenía un perfil preciso del banquero argentino. Figuraba en la lista de protegidos del Mossad. Todo Estado defiende a los banqueros que le son útiles, mucho más Israel, que depende de la asistencia exterior. Sobre todo de la diáspora judía, cuyos epicentros americanos, como se sabe, están en los Estados Unidos y en la Argentina. Pero el coronel Roberto Rualdes, del batallón 601, Servicio de Inteligencia del Ejército Argentino, dio la voz de alarma: Graiver administraba fondos de los Montoneros. Interpelado por Ralph Stepleton –segundo secretario de la Embajada norteamericana en Buenos Aires, “residente” de la CIA en la Argentina, con oficinas encubiertas dentro del Estado Mayor en el Edificio Libertador, de Azopardo 250– Rualdes, regente de los campos de concentración en Buenos Aires, consideraba que la incursión bancaria de Graiver en los Estados Unidos era posible gracias a una suma millonaria en dólares proveniente de secuestros extorsivos realizados por la guerrilla. Todos los politólogos de Langley lo consideraban como uno de los factores que justificaban la Doctrina de la Seguridad Nacional y la preservación de “fronteras ideológicas” en la Argentina.

Bajo la velada amenaza del “Fed” y al no conseguir bloquear legalmente el ascenso de Graiver, la CIA decidió la ejecución, tomando los recaudos de realizarla fuera de los Estados Unidos. Y disfrazarla de accidente, para no introducir un elemento que envenenara aun más las relaciones con el Mossad. Como era de dominio público, estas se habían deteriorado seriamente cuando Washington se negó a compartir el relevamiento fotográfico de sus satélites sobre el movimiento de tropas egipcias en la guerra del Yom Kipur.

Los seguimientos de Graiver dieron con el flanco débil. La sobrecarga de su agenda le hacía perder con frecuencia el último vuelo regular de los viernes. Acuciado por el horario del cierre semanal bancario, a menudo viajaba en jets privados nocturnos para alejarse de Nueva York los fines de semana, como estipulaba el acuerdo con las autoridades de migraciones. No se podía derribar un avión de línea en el que viajaban cientos de inocentes, pero sí uno privado. La pérdida de un par de pilotos norteamericanos se compensaba con la pulverización de un “agente terrorista” con armadura de hierro que infiltraba las finanzas en el espinazo del capitalismo.

Cuando la escucha de los teléfonos de Graiver reveló que ese viernes 6 de agosto de 1976 viajaría en el Jet-Falcon de Hansa, la última carta fue echada. El dispositivo previamente programado se puso en marcha. Los dos técnicos en sabotaje electrónico desplazados a la “casa de seguridad” en las afueras de Houston, sede de la central de la CIA para Latinoamérica entraron en movimiento. Recurrieron a sus tarjetas plastificadas bajo identidades falsas pero con códigos magnéticos inviolables que “abrían” todas las puertas oficiales sin dar explicaciones. El aeropuerto Hobby, de Houston, era el más cercano a la frontera mexicana, suficientemente grande para que pasaran inadvertidos los movimientos previos de la conjura. El jefe de la torre de control de turno esa noche recibió una rutinaria visita. El contacto de la CIA en la Federal Aviation Agency, órgano del Ministerio de Transportes que administra el tráfico aéreo, fue convocado a una reunión de urgencia. También Harry Caldwell, jefe de Policía de Houston, y Frank y Robert Ray, sus colegas del FBI local. Los “mecánicos” camuflados con ropa de fajina de la Fuerza Aérea tomarían ubicación

en los hangares militares del aeropuerto cerca de las 22. El enlace radial con Langley lo efectuarían desde una camioneta Ford azul sin ninguna identificación particular con placas fraguadas, que sería estacionada cuando los enormes garajes estuvieran desiertos. El personal nocturno de vigilancia sería previamente alejado, según un plan especial de emergencia guardado en secreto bajo juramento por el personal estatal.

Abraham Beame no le dijo nada nuevo porque no sabía ni pudo averiguar nada. Embriagado de sospechas, Graiver volvió a la oficina a las 17 y 03. Llamó a Gelbard, quien todavía no había vuelto de su entrevista con el emisario de los ítalo-canadienses. Dejó el recado de que trataría de ubicarlo antes de partir. Verificó enseguida por teléfono los “encajes” de sus bancos en Buenos Aires, Bruselas, Tel Aviv y Nueva York, es decir, las “disponibilidades mínimas no convertibles” como se denomina al efectivo que debe quedar en los cofres bancarios los sábados y domingos, según parámetros que regulan la relación entre los depósitos de los clientes y los créditos que otorga la institución. Respetando esa norma se impide que los balances de los entes reguladores estatales de las finanzas queden en rojo.

A renglón seguido David grabó varias cartas para que Meg Demercado, la secretaria encargada de pasarlas en limpio, las tuviera listas a primera hora del lunes. No olvidó tampoco dictar el contrato prometido a Gelbard, que debería estar también el lunes 9 para la firma de Stanley Kreitman, uno de los tres funcionarios del ABT habilitados a tales efectos. Los otros dos, Saul Kagam y Abraham Feinberg, no eran incondicionales de Graiver como para firmar un documento con esa clase de compromiso sin activar interrogantes molestos. Kreitman sí. Correspondía de

ese modo a los favores adeudados a Richard Cohen, zar de la GIT Mortgage Investors, financiera en la que había trabajado antes de que le cayera del cielo el puesto en el ABT. Richard Cohen era hermano de Arthur, el padrino de Graiver en Nueva York. La manos de los Cohen no habían sido ajenas al pedido de secundar ciegamente a Graiver a cambio de un mejor status y un salario más abultado.

David dejó el micrófono. El refugio del trabajo se desvaneció. No tener nada más que hacer en ese escritorio hasta el lunes lo ponía entre la espada de sus recurrentes e insoportables quebraderos de cabeza y la pared de la orfandad. Se arrastró hasta los ventanales e intentó distraerse con la majestuosa vista de la ciudad a la hora en que todos vuelven a sus casas. La soledad tapió súbitamente el firmamento.

Abotargado por la fatiga de un viernes de los más tensos que recordara, las preguntas le bajaron a los labios. ¿Alguna infidencia sobre los millones montoneros se habría filtrado hasta Langley? ¿Quién? ¿Cómo? Descubrirse hablando solo le pareció un síntoma de vejez. Lo sintió como llorar, por más que lo protegiera la ausencia de testigos, en la escenografía privada de un recinto encofrado en caoba. Inesperadamente lo embargó la sensación de que la suciedad le subía como una arcada desde el fondo de una náusea. Tomó conciencia de que la obsesión por el lujo aséptico y el orden inmaculado que lo circundaban abrigaba secretos inconfesables. Graiver entró por la espiral de la tristeza.

Aceptaría cualquier bebida con tal de que echase un velo sobre el presente. Acudió al bargueño y llenó medio vaso con Ballantines. El whisky lo hundió en más sombrías predicciones. Si Beame no sabía nada era porque se tramaba una conspiración de máximo nivel. Resultaba lógicamente imposible

que no hubiera a esa altura ningún rastro de respuesta sobre el ABT. La fría curiosidad de los adolescentes, que tan útil en otros planos de su vida empresaria le había resultado, era fatal en aquellos laberintos.

Está comprobado que los guerrilleros rurales deben remontar el asedio psicológico producido por el cerco físico que suele tenderles el adversario contrainsurgente. Pero está probado también que ese desgaste nervioso es menor al sufrido por los guerrilleros urbanos, que conviven con el enemigo y son acuciados por el hostigamiento mental de no saber de dónde puede llegar la represión. Al igual que los Montoneros, sus principales inversionistas, Graiver creía percibir que el lazo se estrechaba en su derredor. Pero la ecuación para evitar que lo atraparan no se le ocurría. Erraba por la oficina, dándole vueltas a la acechanza, sin saber qué hacer.

David necesitaba acción para salir de sí mismo. Se encerró en el archivo privado contiguo a su oficina donde había una máquina de destruir papel. Otra igual, le había regalado a Gelbard, quien la usaba todo el tiempo en su oficina de Avenida Garay 1, en Buenos Aires. Al gabinete se accedía mediante un sistema electrónico en clave que sólo él y Lidia Papaleo conocían. Repetía la gimnasia todos los viernes. Revisaba las operaciones de la semana, memorizaba los datos principales en la “computadora” que sus colaboradores reconocían que estaba albergada en su caja craneana, y mandaba todo documento no imprescindible a la trituradora. El resto engrosaba las cuatro docenas de carpetas en que clasificara la memoria de su tránsito por la política y la economía, apiladas en estantes que revestían las paredes.

A las 18 y 30 salió del archivo. Maquinalmente conectó la alarma marcando un número en el teclado empotrado en el marco de la puerta. La ceremonia del archivo y el alcohol

que viajaba por sus arterias mitigaron el miedo. Debía continuar. Las secretarías ya se habían ido. Convocó a Grimaldi por la línea con el Mercedes Benz. Verificó que ningún papel comprometido quedara a la vista. Abrió un cajón del escritorio, de donde sacó su pasaporte argentino y una chequera, y lo cerró con llave. Antes de irse, dejando la puerta de su oficina abierta para que el personal de mantenimiento hiciera la limpieza, fijó inexplicablemente sus ojos en la foto que adornaba la pared, a espaldas de su sillón de trabajo: un muchacho de cuna judía sonreía y estrechaba la mano de Pablo VI. Recordó la escena. Junto con Marcos Lanusse, el hijo del general, consiguieron que el Papa los recibiera unos minutos gracias al subterfugio de informarle sobre la creación de la “Fundación del Hombre”. Esta organización, ideada por David y Baruj Tenenbaum –agente del Mossad– proponía la defensa de los derechos humanos sin fines de lucro y estaba prohijada por el violoncelista Pablo Casals. Se trataba de mejorar el camuflaje de Tenenbaum en la Argentina. Al organismo se agregarían el historiador Félix Luna y el profesor Antonio Salonia, el mismo que apareciera en el gabinete ministerial del presidente Carlos Saúl Menem en 1989. Los intelectuales se ocuparían de la promoción de libros y revistas de historia y de ciertos principios humanitarios en programas de televisión. Tenenbaum, alias “Astor”, quien había servido de nexo entre Graiver y Klein, enmascaraba sus desplazamientos en Helvetur, su agencia de viajes de la calle Paraná, de Buenos Aires, pero carecía de “cobertura” para navegar en aguas de la dirigencia argentina. La “Fundación del Hombre”, le calzó como dedal para enhebrar sus contactos. Programó también la “Fundación para el Reencuentro Argentino”, que no prosperó.

Franco, valija en mano, tosió discretamente en la antesala. De las alturas de la Santa Sede, David descendió a la tierra.

Le quedaban menos de ocho horas de vida.

* * *

Los 44 minutos hasta el aeropuerto Fiorello La Guardia, donde se centraliza el tráfico interno de los Estados Unidos que recalca en Nueva York, se le fueron en conversaciones telefónicas. No faltó a la verdad cuando le anunció a Gelbard que el contrato del que habían hablado se lo llevarían al hotel el lunes, pero le mintió sobre los resultados de su entrevista con Beame, anunciándole la inminente decisión positiva de John Heimann sobre el ABT. Arregló una cena para el martes en Washington con Alejandro Orfila, secretario de la OEA, quien le había confiado 300.000 dólares en inversión para la BAS. Y se enteró de las novedades políticas del día en Buenos Aires comunicándose con Bernardo Neustadt, quien regularmente le dibujaba el cuadro de tendencias en la Junta Militar y en el Ministerio de Economía. Neustadt retribuía de ese modo la generosa publicidad de Empresas Graiver Asociadas en sus programas, y el rendimiento por encima de lo normal de sus dólares en una cuenta de ahorro en la BAS protegida con un “nombre de fantasía” y a cubierto de la acusación de evasión fiscal y transacción ilegal de divisas. Baruj Tenenbaum no había dejado ningún mensaje en el teléfono de control. Graiver confiaba en que el Mossad no lo abandonaría por más que se enterara de la procedencia montonera de los 14 millones de dólares que un año atrás le ayudaron a destrabar en Ginebra. Fue cuando los dos bancos helvéticos que los

recibieron inicialmente en depósito de manos de “Ignacio”, el jefe de finanzas de la guerrilla, se negaron a transferirlos a Bruselas, a cuentas abiertas por Jorge Rubinstein. Los bancos suizos pedían pruebas documentales de su procedencia lícita.

David apagó el teléfono del auto con el paisaje suburbano de Nueva York trascurriendo del otro lado de la ventanilla. Buscaba convencerse de que todo estaba bajo control. Sabía que no era así. Sus pulmones seguían destilando el aliento del miedo. En la playa de estacionamiento del Fiorello La Guardia los temores lo asaltaron de nuevo. Hacía unos días, el 17 de julio, en Buenos Aires había desaparecido Enrique Juan Ricardo Walker, periodista y montonero, el segundo concubino de Lidia Papaleo. Fundador y secretario de la revista *Gente* hasta su retiro en julio de 1969, había quedado en buenos términos con Lidia tras la disolución de la pareja, llegando a trabar amistad con Graiver, su sucesor en el lecho y en el corazón de la psicóloga de ojos verdes.

“Jarito” –como lo apodaba la familia de prosapia británica por “porteñización” de su nombre en inglés, Harry– después de pasar por *Extra* y *Semana Gráfica*, y hacer radio y televisión, se dedicó de lleno al periodismo político dirigiendo primero la revista *Nuevo Hombre* y colaborando enseguida con *El Descamisado*. Su entrada en la “subversión” fue un paso natural, la culminación de una larga concientización que se había iniciado cuando cubría la guerra de Vietnam. Walker rastreaba a Ignacio Ecurra, el corresponsal de *La Nación* al que devoró la jungla.

Asumir un mayor compromiso militante incorporándose a la lucha armada, aparejó la ruptura de la intimidad afectiva entre “Jarito” Walker y Lidia Papaleo. Esta no volvió a la gran pasión por el poeta Gregorio Kohon, su

anterior consorte. Reanudó el noviazgo con otro de sus primeros amoríos, un ex estudiante de abogacía de La Plata que, en una crisis de identidad, dejó trunca su carrera y escapó unos meses al Greenwich Village de Nueva York, donde se enredó con el medio artístico *underground*. A poco andar, el frustrado hippie volvió al redil haciéndose cargo de las empresas familiares cuyo acelerado crecimiento alentó.

El joven se casó en la Argentina con Susana Rotenberg. La ceremonia solemne se celebró según el rito hebreo en 1969, pero se separaron en 1971. Se casó con Lidia Papaleo en Nueva York el 18 de diciembre de 1975, sólo para regularizar los papeles de ella, una madre soltera sin actividad económica conocida y que en esas condiciones no podía obtener visa de residencia en los Estados Unidos. Graiver y Lidia vivían juntos desde el 28 de julio de 1973. Para esa época, a pedido de Graiver, y por medio de Lidia Papaleo, “Jarito” Walker fue el contacto entre el banquero y la plana mayor de FAR y Montoneros.

“Antonio” Salazar –enlace de David con la dirección guerrillera, con quien cruzaba mensajes diarios a través de Telefonservice– le aseguraba que “Jarito” no había “cantado”. Los pocos combatientes que podían poner en riesgo la inversión en los negocios con Graiver tenían un nombre supuesto en Telefonservice. “Chousa dejó dicho que el doctor Hiram [por la marca de whisky *Hiram Walker*] no concurrirá a la reunión debido a razones de salud y que lo reemplazaría su adjunto en el bufete de abogados.” La señal era nítida. Si hubiera habido alarma, le habrían anunciado que nadie concurriría a la reunión y que por lo tanto se anulaba. El contenido era positivo: no había por consiguiente nada que temer. Y era desgraciadamente cierto, aunque pocos supieron que el brillante periodista

no soltó prenda cuando uno de esos tenientes coroneles que llegaría al Estado Mayor del Ejército en los gobiernos democráticos, lo mató con la picana en la “parrilla” de El Tolueno, el campo de concentración que funcionó en la Fábrica Militar de Tolueno Sintético, ubicada en Independencia e Yrigoyen, de la ciudad de Campana, en la provincia de Buenos Aires.

Pero, ¿y si otro de los que conocían la inversión caía y hablaba? Graiver no sabía que eso había ocurrido antes del secuestro de “Jarito” en el cine Moreno, de Rivadavia 5050 del barrio de Caballito. A Ramón Ñeziba, un “correo” montonero que solía cobrar los intereses mensuales de la suculenta inversión, lo habían “marcado” un domingo paseando por el Tigre. “Marisa” Giermur —una abogada de Mar del Plata que se pasó con armas y bagajes al Ejército para que le perdonaran la muerte de un policía en el asalto a una comisaría de Mar del Plata el 25 de mayo de 1975— lo delató al identificarlo en la calle. La “máquina” empuñada por el coronel José Osvaldo Ribeiro, en “El Campito”, centro clandestino de detención del Comando de Institutos Militares de Campo de Mayo, quebró a Ñeziba en menos de tres horas. A cambio de que cesaran de atormentarlo, y de que desistieran de allanarle la casa hasta que su mujer pudiera escapar, el “Moplo” Ñeziba contó todo lo que sabía de las finanzas montoneras. No conocía a Graiver, pero sí a Rubinstein, quien pagaba personalmente los intereses a los montoneros. Sus compañeros no retuvieron en sus fichas de compartimentación su paso por el sector financiero federal de la guerrilla y sus cobros en distintas confiterías de Buenos Aires a las que iba Rubinstein solo con un maletín repleto de dinero, que permutaba por uno igual pero vacío, que a su vez el mes siguiente volvería a llenarse

con 196.300 dólares, producto mensual de los 16.825.000 dólares confiados a Graiver al 9,5 por ciento de interés anual.

En 1976, cuando Ñeziba desapareció, integraba la secretaría de organización de la Columna Norte del Gran Buenos Aires de Montoneros. Fue uno más entre las decenas de abatidos que jalonaron el año. En medio de la masacre, su raptó pasó inadvertido para el departamento de personal del área federal de Montoneros, que no emitió ninguna señal de emergencia a las estructuras ni a los camaradas que Ñeziba podía alcanzar si “cantaba”. El desorden, fruto del desmantelamiento al que eran sometidas las “regionales” guerrilleras a lo largo y ancho del país, impidió que el Servicio de Inteligencia interno contabilizara la información que podían arrancarle al compañero de Mario Firmenich en la Acción Católica. En cuanto a “Balita” Ribeiro, su victimario, el suceso engrosó la foja de servicios que lo promocionaría pocos años después a la organización de la contra antisandinista en Centroamérica. Ribeiro estuvo al mando del Grupo de Tareas Exterior (GTE), cargando también con la captura y desaparición de Roberto Quieto en diciembre de 1975, número 3 de Montoneros, y el secuestro de María Magdalena Nosiglia de Ciarlotti, jefa operativa del ERP junto a su esposo, Oscar Ciarlotti, en la detención durante 66 días del contraalmirante Aleman, ex miembro del Servicio de Inteligencia Naval (SIN) y profesor de inteligencia en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). A la “Chuchi” Nosiglia, hermana de quien sería ministro del Interior de Alfonsín, la asesinaron en frío, pocos días después del primer aniversario del golpe del 24 de marzo, en uno de los “charters de la muerte” que partían semanalmente del Aeroparque de Buenos Aires rumbo a las corrientes mar adentro del Atlántico. “Marisa” Giermur, cuyo dedo índice provocó parte de

aquel drama, contrajo años después el “síndrome de Estocolmo”. No se presentó a testimoniar sobre la represión cuando la CONADEP escuchó a los sobrevivientes del horror, ni se la vio en los procesos sobre violaciones de los derechos humanos. Prefirió seguir su esquizofrénica existencia junto a un capitán de las Fuerzas Armadas.

* * *

Mike Bann y Kev Barnes los esperaban en la sala VIP del Fiorello La Guardia con la ficha de embarque lista para su firma. El plan de vuelo con una sola escala en Nueva Orleans –depositado a principios de la tarde por Butler Aviation, el agente de operaciones de Hansa– había sido aceptado por la Fly Information Office del aeropuerto. Iban a recorrer los 3.740 kilómetros entre Nueva York y Acapulco en 4 horas y 54 minutos, sin contar la detención del reaprovisionamiento. Pasaron el sellado de pasaportes, la revisión del equipaje y el detector de metales y explosivos. Tras los vidrios, Franco los vio irse rumbo al galpón de los aviones de alquiler. Los relojes daban las 19 y 32.

Bann realizó la inspección ocular obligatoria de neumáticos. Barnes, ya en su habitáculo, punteaba en un bloc de notas los controles que le correspondía realizar: parámetros del motor, temperatura y presión del aceite y kerosene, presión hidráulica.

Los pilotos, veteranos de Vietnam, estaban fascinados con la invitación a bañarse en el Pacífico durante el sábado y el domingo, con todos los gastos pagos. Graiver les cortó las frases de agradecimiento palmeándoles los hombros, sin dejar de mirar cómo verificaban el buen funcionamiento de los dos altímetros. Por la frecuencia de radio que mediante

una cinta magnetofónica informa permanentemente la presión atmosférica, se oyó comunicar un guarismo. Mike y Kev lo hicieron aparecer en los pequeños casilleros ubicados abajo y a la izquierda en las esferas de los altímetros, haciendo girar unas perillas hasta alcanzar la cifra exacta. Al unísono dos agujas reaccionaron marcando los 13 pies de altura del Fiorello La Guardia.

Dado el abarrotamiento del aeropuerto John Kennedy –donde entran y salen aviones a razón de uno cada treinta segundos, exclusivamente los que conectan con otros países– el Fiorello La Guardia no sólo se encarga del tránsito de cabotaje, sino también de los vuelos privados al exterior. Los viernes era un loquero. Esta vez, la torre de control les autorizó a poner en marcha los motores no bien comunicaron que estaban listos para salir.

El acceso a las pistas llegó enseguida. Al rato les informaron el turno de partida. Estaban en el vigésimo sexto lugar entre treinta y un aviones que se alineaban en la fila. Aguardando el despegue, Graiver se abalanzó sobre la heladera de a bordo. Sació la sed con media botella de Taittinger brut cosecha 1974, su champagne preferido. Dio curso a la ansiedad y angustia engullendo rebanadas de pan con manteca sobre las que, rítmicamente, extendía lonjas de salmón noruego, rociadas con gotas de limón.

A las 20 y 14 carreteaban a paso de hombre aprestándose a dejar el camino de acceso a la pista de decolaje que les habían asignado. Aliviado por el líquido francés y el pescado escandinavo, David fisgoneaba entre las columnas de *Clarín* y *La Opinión*. Súbitamente la central indicó que debían buscar otra carretera. Graiver preguntó qué pasaba cuando percibió por la ventanilla que el avión torcía hacia una lateral en lugar de encarar el despegue, acelerando.

–Nos indican otra pista de salida porque el viento cambió de dirección –explicó Kev Barnes, quien en el viaje de ida haría de copiloto.

David se fastidió.

–¿Por qué mierda, entonces, nos dieron pista enseguida con turno de decolaje en el pelotón de cola?

–En la torre de control deben de estar atosigados de trabajo como para reparar en esos detalles –objetó Mike Bann.

Como es obligatorio mantener el avión en marcha durante la permanencia en la pista, Bann había tomado la precaución de encender un solo motor para limitar el gasto de combustible. Pero al cabo de una hora eso representa el 10 por ciento de las reservas de kerosene. El cambio de pista dilató aun más la espera poniendo en crisis todo el plan de vuelo. Con tanques completos al 90 por ciento no les bastaba para llegar a Nueva Orleans con la reserva reglamentaria que permitiera efectuar otros 45 minutos de vuelos suplementarios, si razones meteorológicas o de tránsito postergaban el aterrizaje o los forzaban a bajar en otro aeropuerto. El esquema de ruta con una sola escala había sido concebido en el límite de las posibilidades para un Jet-Falcon 1976, cuya autonomía de vuelo ronda los 2.000 kilómetros. Nueva Orleans se emplaza casi en el punto medio entre el Fiorello La Guardia y Acapulco, a 1.925 kilómetros de Nueva York. Era el aeropuerto más lejano posible de alcanzar en ese avión en la ruta a Acapulco.

Ante tal situación tenían dos opciones. La primera era volverse atrás, para depositar un nuevo proyecto de vuelo con dos escalas, trámite que obligatoriamente debía hacerse en forma personal y por escrito. Era imprevisible la nueva espera hasta que se lo aprobara y se autorizara la salida.

La otra consistía en despegar sin cambiar de plan para descartar nuevas esperas, pero teniendo en cuenta que deberían hacerlo desde el aire.

Optaron por esta última posibilidad. Para ahorrar tiempo Mike Bann conectó con la frecuencia de radio de Butler Aviation, el *handling* de Hansa que les preparaba los planes de vuelo, les adelantaba las previsiones meteorológicas y disponía los medios para el reaprovisionamiento de combustible en las escalas, la reserva de hoteles y taxis y el abastecimiento de vituallas para los tripulantes durante el viaje. Hansa era, a su vez, una de las coordinadoras de vuelos civiles más grandes de los Estados Unidos. A las 20 y 25 pidió que le armaran un nuevo diseño que resolviera el problema. Catorce minutos después, al meter las narices en el cielo, los tres sabían que deberían desviarse hacia el oeste de la ruta original, deteniéndose primero en Memphis y luego en Houston. No bajarían en Acapulco antes de las 2 y 40 de la madrugada. Les esperaban cinco horas y media de vuelo, casi cuatro de ellas en territorio norteamericano. Este plan alargaba el recorrido a 3.900 kilómetros, 160 más que el otro.

Nueva Orleans dista 1.815 kilómetros de Acapulco. Houston, 1.545. Tener que rehacer un plan de vuelo sobre la marcha ocurre a menudo. El nuevo reducía la segunda etapa del viaje dividiendo la primera en dos y alargándola en 430 kilómetros. Inducir un aterrizaje en Houston revestía de lógica a una trampa mortal. Desde Memphis no tenía sentido ir a Nueva Orleans. Estaba 200 kilómetros más cerca que Houston, pero 270 más lejos de Acapulco. La maravilla tecnológica que en un instante determinado detendría fugazmente los dos altímetros sin que los pilotos percibieran la verdadera causa, era un flamante descubrimiento que, una

vez instalado, no se podía programar para más de 140 minutos. Unir Nueva Orleans con Acapulco sobrepasaba ese lapso, ya que requiere 190 minutos de viaje. En cambio Houston con Acapulco se podía unir en 130 minutos. Además, prolongando el trayecto dentro del territorio estadounidense se ganaba tiempo para montar la operación. Había sólo unas doce horas entre el momento en que Graiver dio la pauta de que viajaría en un avión privado y la instalación de la mortífera carga. Sólo en Houston, junto a la frontera mexicana, la CIA tenía infraestructura para lanzar una acción como esa, que surtiera efecto fuera del espacio aéreo estadounidense, a no más de 140 minutos de vuelo.

El cálculo del tramo entre Houston y Acapulco indicaba que llegarían alrededor de las 3 de la madrugada. Era una hora óptima: la falta de visibilidad en la noche cerrada, compelia a manejarse sólo con instrumentos, y obviaba cualquier referencia en el paisaje que permitiera darse cuenta de una aproximación defectuosa. El artilugio debía actuar cuando el avión ya estuviera descendiendo y en el momento de mayor fatiga de los pilotos, a su vez relajados por la inminente llegada. La catástrofe debía ser encubierta por la apariencia de un aterrizaje desafortunado.

Tardaron 129 minutos para recorrer los 1.575 kilómetros hasta Memphis, Tennessee, durante los cuales la sociedad de *handling* depositó y obtuvo autorización para el nuevo plan de vuelo. Había sido solicitado oficialmente por Mike Bann desde 11.000 metros de altura al control regional de rutas aéreas, justificado por la carencia de combustible para mantener el plan original. El reaprovisionamiento de 800 galones se realizó en un tiempo récord de 10 minutos. Kev Barnes descendió del aparato para observar el cierre de los tanques y controlar el estado de los neumáticos.

El paso de Graiver no quedó registrado en las planillas del aeropuerto de Memphis; sin embargo es allí donde debió quedar constancia escrita de que el vuelo se realizaba según una nueva ruta. Legalmente el Jet-Falcon NAR 888 seguía haciendo Fiorello La Guardia-Nueva Orleans-Acapulco. Los pilotos intercambiaron chistes con David, cuando advirtieron que este no había firmado el recibo por los 550 dólares de kerosene. El empleado de la empresa petrolera contratada por Butler Aviation para reaprovisionarlos los dejó ir, distraídamente. La CIA enrarecía las huellas.

Algo distinto ocurrió en el aeropuerto Hobby de Houston, Texas, al que llegaron en 74 minutos, trasponiendo 790 kilómetros desde Memphis. La torre de control les ordenó bajar. Alegó que un agente de la Federal Aviation Agency quería compulsar el carnet de a bordo, el Aircraft Log Book, donde constan los viajes y los incidentes técnicos que pudieron jalonarlos, junto a reparaciones y revisiones del avión. Quería también ver el certificado de navegabilidad, una suerte de permiso de circulación del aparato, los seguros y las licencias para conducir de los pilotos que podrían haber expirado.

Hasta ahí todo se había mantenido dentro de las normas dispuestas por el Ministerio de Transporte, aunque era inusual que los pilotos dejaran el aparato. Los certificados y las licencias estaban en regla. La controversia surgió cuando el funcionario comparó lo que figuraba en una hoja sostenida en su mano derecha con lo indicado en el Aircraft Log Book. El jet de Hansa había rebasado las 50 horas de vuelo sin realizar el test de motor. Los pilotos objetaron que se había realizado una verificación en Nueva York antes de despegar y que desde allí sólo habían volado 2.355 kilómetros en poco más de tres horas. El hombre de la Federal

Aviation Agency adujo que su computadora no registraba lo que ellos afirmaban. Butler Aviation había inscripto el test en el Aircraft Log Book, pero, aparentemente, olvidó comunicarlo a la autoridad de navegación aérea dependiente del Ministerio de Transporte. No valía la pena seguir discutiendo. Menos a esa hora de la noche y con ansias de terminar el vuelo.

Para subsanar la omisión les previnieron que personal del aeropuerto llevaría el turbojet al hangar reservado para las revisiones. Allí mismo le cargarían el kerosene faltante para completar los 5.000 litros con que los tanques quedarían nuevamente repletos. Mike, Kev y “Dudi” se quedaron en el bar de tránsito. Formalmente estaban fuera del territorio estadounidense, al haber hecho las gestiones de aduana en Nueva York. Mientras los pilotos tomaban café y comían sándwiches, Graiver bebía una lata de cerveza Bud. La mortífera tecnología se deslizaba entretanto en el tablero de la cabina.

Al cabo de un rato David se apeó del taburete. Fue a hacer un recorrido telefónico, sirviéndose de su tarjeta de crédito: Jorge Rubinstein en Buenos Aires, a cargo de Egas, la compañía que centralizaba el manejo de su grupo en la Argentina; Telefonservice en Madrid; Lidia en Acapulco; Jacobo Timerman en Buenos Aires, con quien compartía fracciones equivalentes de los paquetes accionarios de *La Opinión*, ensartados en las sociedades anónimas Editorial Olta, Talleres Gráficos Gustavo y Javier, paridad que desequilibraba a favor de Graiver; Jorge Abraham Rotemberg, presunto testaferro de David allí y en Veccia, un fábrica argentina de ollas de aluminio. La sociedad con Timerman tenía perspectivas de extenderse a Nueva York. El editor proyectaba un equivalente de *La Opinión* en los Estados

Unidos. El financista sumaría avales, capitales y contactos en el ambiente editorial. Las puertas de este último las abriría su abogado, Theodore Khell, jurista en el *New York Magazine* y *The Village Voice*, dos revistas célebres.

Todo seguía aparentemente en calma. De Baruj Tenenbaum no había noticias. Colgó el teléfono y recorrió con la vista la noche nubosa y mortecina de Houston. Infinidad de pequeñas luces acribillaban el horizonte al borde de la desierta pista de aterrizaje. La imagen final de Al Pacino en la saga de Corleone filmada por Francis Ford Coppola se recortó en un vidrio. David Graiver supo que estaba espantosa, infinitamente solo.

El hombre necesitaba una coraza de buenas noticias que lo protegiera contra lo desconocido, pero el ABT todavía no era definitivamente suyo, los Montoneros podían delatarlo, la CIA destruirlo y ni siquiera el Mossad lo salvaría. El desasosiego le sorbía los sesos. Quería huir pero no podía. Se sintió desamparado. Absorto se juntó parsimoniosamente con los pilotos. Se lo oyó preguntar con voz gangosa por qué tardaban tanto en devolver el avión. Ambos interlocutores compusieron muecas de interrogación. Un fogonazo de desesperación pareció consumirle las últimas energías mentales. El silencio lo perturbaba, sobre todo porque le angustiaba que le faltara tiempo. Una incierta sensación de culpa comenzó a minar su alma. Un soplo de desaliento escapó de sus labios cuarteados. Al final, se preguntó, ¿de qué servía el poder si tan poco lo había disfrutado y tanto sufrido? ¿Cuánto hacía que no tenía un instante que no fuera decisivo? Kevin Barnes y Michael Bann fueron los postreros testigos. Con la guardia baja, David Graiver había perdido la capacidad de fingir: imploraba clemencia.

Los “mecánicos” de la muerte habían mudado sus uniformes militares por overoles de la aviación civil. En la Ford de “misión”, uno acercó al otro al Jet-Falcon, que enseguida gateó hasta el deshabitado galpón de reparaciones y reaprovisionamiento. El más joven se ocupó de cargar el combustible. Su colega se abocó a reemplazar los altímetros. Toda muda de un instrumento del tablero podía insumir entre 3 y 5 minutos. Extraer los dos altímetros y poner otros, llevó esta vez 9 minutos y 20 segundos.

Al desnudo los altímetros son cilindros de 15 centímetros de diámetro por 35 a 40 centímetros de largo, que se insertan en orificios del tablero, donde quedan fijados con tornillos. Los nuevos altímetros eran iguales a los viejos. Pero con el agregado de que cada uno tenía un “botón” de acero del tamaño de una moneda de un dólar amurado en la cara interna de la pared posterior, en la extremidad opuesta a la esfera que queda a la vista de los pilotos.

Los altímetros eran independientes entre sí para asegurar que las indicaciones fueran correctas. Si en algún momento las agujas no coincidían, según el reglamento los pilotos debían pedir auxilio a la estructura de control aéreo que los siguiera, de acuerdo al trecho del vuelo en que se encontraran, a fin de que con la ayuda de los radares de tierra se guiara el aterrizaje.

Los “botones” estaban adheridos por placas imantadas que revestían una de sus caras. En los laboratorios de Langley se habían tomado las medidas preliminares calculando con total precisión su ubicación. El mecanismo asesino se excitaría cuando el avión rebasara los 14 mil pies. El “mecánico” de la CIA se remitió a colocar los altímetros. Por fuera eran iguales a los demás. El hombre

controlaba por una de las frecuencias de su radio portátil que la presión atmosférica marcara los 98 pies de altitud del aeropuerto de Houston.

Cada “botón” entraría en funcionamiento por un detonador térmico. Eso ocurriría cuando en su ascenso en busca de la altitud de crucero el avión sobrepasara los 14 mil pies (5.400 metros). A partir de allí un emisor despediría una señal intermitente impidiendo que las agujas bajaran el nivel de los 14 mil pies por más que el avión descendiera por debajo de esa cifra. Esta falsa posición se mantendría vigente si el vuelo no duraba más de una hora y media, plazo en que el segundo detonador, activado por el primero y regulado por un minúsculo cronómetro, destruiría el objeto encendiendo 2 miligramos de explosivo plástico concentrado. Es condición *sine qua non* de los servicios secretos la destrucción de la propia tecnología ante el riesgo de ser conocida por otros. Puesto que el avión se precipitaría a tierra en México, ese podría ser el caso.

Si a las coordenadas de la trampa mortal no las cambiaba un imprevisto inimaginable, en el descenso del avión desde su altitud de crucero—cuyo tope eran los 37 mil pies (13.900 metros)—cuando intentara pasar las agujas de los altímetros otra vez los 14 mil pies, dado el acercamiento a tierra, estas quedarían fijas en ese registro durante unos minutos, bloqueadas por la señal del “botón”, liberada por el detonador térmico. En esa encrucijada, sin visibilidad, con permiso de aterrizaje seguramente acordado, a 950 kilómetros por hora en el único corredor aéreo empotrado entre los cerros del Estado de Guerrero, el aparato iba a quedar encerrado en un sarcófago de montañas y nubes. Sin altímetros, era prácticamente imposible maniobrar con éxito,

por más que los pilotos decidieran subir y abandonar el aterrizaje o pedir socorro a la torre de control.

Hacer subir un bólido a esa velocidad en dirección al cielo abierto implicaba encontrar a oscuras una salida entre picos y nubes. La máquina ya estaría muy baja con cerros a derecha e izquierda. Salvo un milagro de quien tomara las decisiones, el Jet-Falcon debía estrellarse. Las huellas de su impacto aventarían las sospechas de una explosión en vuelo. Los aviones que estallan en el aire tienen una forma peculiar de esparcir restos en varios kilómetros a la redonda. Los despojos humanos de sus ocupantes no se queman, pormenor que no pasa jamás inadvertido para los expertos de la aviación y los técnicos de las compañías de seguros. No aparecerían los signos clásicos del atentado con bomba, como se estilaba hasta entonces.

Precauciones suplementarias completarían la cosmética del “accidente”: dos altímetros aparecerían entre los escombros marcando los 9 mil pies (2.700 metros) para persuadir de que el avión volaba a esa altura. En esa zona esa altura era un error de pilotaje que llevaba directamente al suicidio. La caja negra con las reflexiones de los veteranos de Vietnam afrontando la muerte debía esfumarse, puesto que era incontrolable lo que podrían llegar a decirse entre ellos y tal vez develaran algún ribete que condujera a la verdad.

Los recaudos fueron tomados. Javier Torres Pombo, periodista mexicano *free-lance* al servicio de la CIA, se acopló a la patrulla de rescate. Consiguió que Richard Karp, supuesto corresponsal itinerante del *Barron's*, el semanario financiero norteamericano de mayor tirada, casualmente de paso por México, fuera también de la partida hacia Chilpacingo, en plena Sierra Madre. Entre

Cuapango y Amojileca, en El Burro, un cerro a 50 millas de Acapulco, yacían los restos calcinados de 3 hombres y un birreactor azul-dorado. Todo pareció asistido por dos decisiones inhabituales que la prensa azteca no pasó por alto: las tareas de rastreo fueron encomendadas a un general del Ejército, que se desplazó en un helicóptero. Nadie sabe por qué, pero el aparato fue facilitado por la Embajada norteamericana.

Sobornar al teniente Carmelo Segura Egia con 2.000 dólares para hacerse de la caja negra, y, en un descuido, dejar caer dos altímetros que reemplazaran a los auténticos no resultó nada difícil. A las 10 de la mañana del sábado 7 de agosto de 1976, la puesta en escena estaba lista para la historia. La naturaleza coadyuvó. Los truenos, el aguacero y los vientos huracanados zigzaguearon en la noche hasta el alba. Detrás del misterio del accidente debido a un inexplicable error humano, dormía la verdad.

El contraespionaje norteamericano sabría echarle arena en los ojos a la opinión pública. Como reconociera Robert “Bob” Meyer —un ex piloto de la Panamerican convertido en “detective privado”, contactado por la CIA para “controlar” a quienes se propusieran investigar el caso— el cráneo de David Graiver fue arrancado del cadáver para sembrar la duda sobre su presencia en el accidente. La contrainformación diseminada desde Langley cumplió su papel: el avión pudo haber sido abatido por un rayo o por una carga explosiva, como difundiera Dieter Fröhlich, director de operaciones de Hansa Jet. Los ocupantes eran 9, no 3. Campesinos de la región habrían saqueado la nave, antes de la llegada de la cuadrilla del Ejército y de que Ernesto González Pedraza, inspector de la Dirección de Aeronáutica Civil de México, levantara las actas del siniestro. Graiver habría aprovechado

la escala en Houston para evaporarse, siendo visto en días posteriores en Miami, España, Cuba, Bolivia, Guatemala, Israel o “detrás de la Cortina de Hierro”. Un cubano anticastrista vendería un pedazo intrascendente de la cinta de la caja negra a la viuda, desesperada por encontrar pruebas de la negligencia de los pilotos. En el aeropuerto de Houston no quedarían partes escritas de la inhabitual detención de 47 minutos de Graiver, Barnes y Bann. Robert Morgenthau, magistrado norteamericano que se ocuparía más tarde de los bancos de Graiver en Nueva York, llegó a decir incluso que el encargado de turno dormía en la torre de control.

El Departamento de Estado también metería la cola. En 18 memorandos fechados en 1977, exhumados en octubre de 1989 por el periodista norteamericano Martin Andersen, sobresalen episodios, cifras y contradicciones que un riguroso conocimiento de la realidad política argentina desmienten categóricamente. Los espías estadounidenses le adjudicaron a los Montoneros haber acumulado 150 millones de dólares de capital, fruto del chantaje a unas 300 compañías argentinas y multinacionales. Recalaron que 85 de esos millones fueron recuperados por el Ejército en una acción concertada entre Madrid, Ginebra y Buenos Aires, al tiempo que daban por inexistente el lazo financiero anudado por Graiver y los Montoneros, subrayando que uno de sus jefes, Roberto Quieto, quien llevara adelante esa relación por parte de la guerrilla peronista, había salvado la vida a cambio de cooperar con la dictadura. A su vez afirmaban, sin ninguna prueba, que el secuestro extorsivo de Isidoro Graiver, hermano de David, había sido obra de la policía y no una operación de las FAL. E informando sin seriedad alguna, multiplicaron hasta la irrealidad los montos de la quiebra de los bancos de

Graiver en Nueva York, cantidades que podían contrastar sin inconvenientes en fuentes judiciales propias. Semejante trasiego de rumores opacó aun más todo para que, finalmente, nada llegara a entenderse.

“Mellizas” I

Hay que hacerse rico en la oscuridad.

MARIO PUZO, *Los tontos mueren*

–Bienaventurados sean los obreros municipales que nos iluminaron –concluyó Roberto Quieto, largando una carcajada. Promediaba la última reunión de planificación del secuestro de los hermanos Jorge y Juan Born, dirigentes de la primera transnacional argentina, la tercera compañía mundial en el comercio de granos. Los otros dieciocho miembros del equipo operativo sumaron sus risas al murmullo.

Chorreaban papeles de la larga mesa que ocupaba el centro de la sala. Agendas, algunas guías *Filcar*, azucareras y ceniceros repletos de restos de cigarrillos se entreveraban con una docena de tazas vacías. Dos pavas y tres mates se enfriaban, como espectadores inanimados de los trajines orales y escritos de los guerrilleros que asombrarían a la sociedad cinco días después. Esos diecinueve argentinos iban a consumir el rapto con el botín más cuantioso de la historia.

La reunión tenía lugar el sábado 14 de septiembre de 1974, en el camping de un sindicato del Gran Buenos Aires. Vitriñas con trofeos deportivos y fotos de sindicalistas rodeaban el retrato de Perón saludando a las masas. La escenografía se ajustaba a un asado de camaradería.

Quieto, sentado a la cabecera de la mesa, miró la hora. Después posó sus ojos oscuros en la ventana, a sus espaldas.

–Bichito... ¿está la carne?

El responsable de organizar el encuentro asomó, alegre, en el quicio de la puerta. Su tarea no conocía desmayo: hacer entrar a la gente con los ojos cerrados, disimulados por lentes ahumados para no revelarles el lugar ni el trayecto; establecer la “seguridad”, proporcionando armas, autos y un plan de defensa y escape por si aparecía la policía; aportar chorizos, mollejas, bifés y chinchulines, condimentos, pan, ensalada, naranjas, vino, café, yerba mate y carbón para veintidós personas.

–¡Sí, mi general! –respondió.

Quieto le devolvió una sonrisa cargada de sorna y dio por terminada la sesión matinal de la preparación de “Mellizas”. Hizo crujir la silla al ponerse de pie. Los relojes rondaban las 13 y 10.

“Bichito” era un seudónimo que el “Negro” Quieto daba a todos los subordinados merecedores de su íntimo aprecio. Primordialmente a los que, con ironía, motejaba de “mis viejos camaradas de armas”. Como él, venían de las “Fuerzas Armadas Revolucionarias”, las FAR, primariamente guevaristas. Abatido el Che, el 8 de octubre de 1967, en Bolivia, revisaron las convicciones de la revolución continental y los métodos de la guerrilla rural, desde el nacionalismo político y la lucha armada urbana, junto con la experiencia peronista.

Esta vez el apodo señalaba a “Quique” Miranda, un oficial primero, tercer grado en el escalafón montonero. Desde que las FAR debutaron oficialmente en actos “subversivos”, ocupando la localidad de Garín, el 30 de julio de 1970, Quieto y Miranda compartieron varias operaciones, a las que llamaban “operetas”, para restarles solemnidad.

La memoria del “Negro” no goteaba en orden cronológico ese mediodía: copamiento del destacamento policial de Virreyes, el 4 de abril de 1971; “expropiación” de 100 revólveres y otros tantos fusiles de un camión militar que los transportaba a Campo de Mayo, en las cercanías de Pilar, el 24 de abril de 1971; asalto por 20 millones de pesos del Banco de Galicia de Gerli, el 18 de noviembre de 1970; y otros 10 millones de pesos en otro banco el 15 de diciembre de 1970, que les dejó el regusto amargo de un policía muerto y otro herido en la refriega: el banco era la sucursal del Banco Comercial de La Plata, en 17 y 70. Este banco era propiedad de la familia Graiver.

Miranda estaba eufórico. Tenía por qué. Era el único de los presentes allí que había acompañado a Quieto todos los largos meses que llevó la puesta a punto de “Mellizas”. Con eso coronaban un nuevo sistema de abordar golpes comandado por parte de un miembro de la dirección de Montoneros. Ya no se trataba de datos provenientes de abajo que señalaban blancos servidos, sino de una decisión de la cúpula tomada antes de comprobar si era realizable. La búsqueda de la factibilidad comenzaba a ciegas.

Ese cambio de lógica para abordar operaciones ya había sido ensayado con éxito por Horacio Antonio Arrúe, alias “Pablo Cristiano”, cuando el 25 de septiembre de 1973 dirigió “Traviata”, la operación que puso fin a los días de José Ignacio Rucci, secretario general de la Confederación General del Trabajo, la CGT. Fue cuando la conducción guerrillera decidió, en estricto secreto, aniquilar a una de las piezas maestras del dispositivo político de Perón, para presionar al presidente a detener la escalada antimontonera en la que se había empeñado. La intentona consiguió el efecto contrario. Enardeció aun más a quien

apenas dos días antes había sido elegido presidente de los argentinos con el 61,85 por ciento de los votos.

La diferencia esta vez tenía su significado. El “responsable” de “Traviata” había sido “Pablo Cristiano”, un oficial mayor, segundo rango montonero, por ser jefe sindical de la “tendencia revolucionaria” del peronismo en Buenos Aires). Pero “Mellizas”, un resorte estratégico que sostendría para siempre las finanzas de los que ambicionaban transformar el justicialismo en un movimiento de liberación nacional y socialista, le correspondía a un miembro de la comandancia, sin duda el mejor: Roberto Quieto, titular de la máxima graduación montonera; oficial superior.

“Quique” descorchó la primera damajuana de vino. La satisfacción del deber cumplido y la odisea al alcance de la mano, le coloreaban el ánimo. Lo embargaba la excitación de los que están por imponerse a un gran desafío, batallando contra lo imposible. El término “general” era una apostilla al tono, de moda en Montoneros cuando se dirigían a los jefes, sobre todo después de la muerte de Perón, el 1 de julio de 1974. Perón era el único verdadero general en la jerga de la “jotapé” y usar la palabra constituía una forma de mofarse de las propias desdichas. Perón había sido el conductor del movimiento justicialista y era reivindicado por los guerrilleros peronistas como líder nacional, por más que el caudillo de la clase trabajadora los expulsara a empellones de modificaciones retrogradadas del Código Penal, con intervenciones desprolijas de gobernaciones adictas, el ostracismo de Cámpora y la imposición inadmisibles de “Isabel” y López Rega, funcionales a las Tres A. Perón les desconocía a los Montoneros injerencia en la superestructura política y capacidad de movilización en la base social, olvidando que en gran medida gracias a “esos muchachos” pudo cerrar

diecisiete años de exilio. Terminó humillándolos: “mercenarios”, “imberbes”, “inadaptados”, “agentes del caos”, “infiltrados” y “apresurados”, es algo de lo que les echó en cara desde el balcón de la Casa Rosada, el 1 de mayo de 1974. Después dicen que lloró, restregándose las lágrimas en los cortinados del palacio, escenas de una atroz pelea de familia entre el padre y sus hijos.

El “Negro” Quieto era un nato jefe de hombres con una legendaria lista de amigos, típico porteño de talla mediana, de tez oscura y bigotes generosos. Fumaba Particulares sin filtro y anteponía la sencillez a la solemnidad. Tenía 40 años, dos hijos, y una atormentada vida de pareja con Alicia Beatriz Testai, una mujer que no compartía los sacrificios de la militancia. Dejó el gremialismo en la abogacía y la misma profesión, embarcándose en el combate insurreccional urbano, desengañado del Partido Comunista y del “frondicismo”. Se salvó por un pelo de que lo secuestraran el 7 de julio de 1971, cuando por deserción de un diplomático cubano destinado a Checoslovaquia –que se vendió a la CIA– el contraespionaje norteamericano consiguió la lista de los argentinos que a través de Praga recalaban en Cuba para recibir entrenamiento guerrillero. Ello coincidió con los resultados de las investigaciones emprendidas por el Ejército luego del robo de armas en Pilar, al camión que las llevaba de la fábrica de Deán Funes a Campo de Mayo. Todo condujo a que detuvieran a Quieto en su casa de Villa Urquiza, de la que se había ausentado preventivamente. Volvió para visitar a su hija Paola, recién operada de amígdalas. La rápida denuncia, su condición de conocido dirigente gremial de los abogados y el reclamo de ciertos medios políticos tradicionales, lo salvaron de la misma suerte que corrieron sus compañeros Marcelo Verd, Juan Pablo Maestre y

Mirta Missetich, a quienes asesinaron los alguaciles de la Dirección de Investigaciones Políticas Antidemocráticas (DIPA).

Pero Quieto escapó de la cárcel de Rawson en 1972, cruzando la frontera con Chile en un avión de Austral, obligado por las armas a desviarse de su ruta original Tierra del Fuego-Buenos Aires. El presidente Salvador Allende rechazó el pedido de extradición presentado por el régimen del general Lanusse, permitiendo que Quieto, Santucho, Gorriarán Merlo, Osatinsky, Vaca Narvaja –los cabecillas de la fuga– y varios otros guerrilleros que los acompañaban, se exiliaran en La Habana. Dieciséis de los combatientes que no alcanzaron aquel avión de la libertad fueron asesinados por la Marina. Otros tres sobrevivieron, María Antonia Berger, Alberto Camps y René Haidar, quienes dieron cuenta de la masacre.

Quieto volvió subrepticamente al país. El presidente Cámpora lo amnistió el 25 de mayo de 1973. Salió de la clandestinidad, dejó las armas a un costado y se dedicó a la lucha política organizando y movilizand a las franjas sociales adictas, apoyando críticamente al gobierno popular. A Quieto se lo reconocía públicamente como una de los dos jefes máximos de la guerrilla peronista que había aunado las cuatro vertientes principales que la irrigaban desde los comienzos, al finalizar los años 60: Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), Descamisados, y los primigenios Montoneros.

En septiembre de 1974, Quieto era uno de los tres miembros de la conducción nacional de la organización unificada, proclamada en Córdoba el 12 de octubre de 1973. Mientras tanto, Perón asumía la primera magistratura, secundado por María Estela Martínez, “Isabelita”, la vicepresidenta y su tercera esposa, saludando desde el

balcón de la Casa Rosada pegado al “Brujo” López Rega, protegidos por vidrios antibalas.

Las evaluaciones de los cuadros guerrilleros para la fusión entre FAR y los iniciales Montoneros –la soldadura final de las “formaciones especiales” peronistas– calificaron a Quieto como número 2 de la nueva organización político-militar –la OPM, como la abreviaron– después de Mario Firmenich, “Pepe”, y antes de Roberto Cirilo Perdía, “Carlos”, aunque en el plano militar superaba a los dos.

Firmenich sólo había descollado en la liberación de cuatro prisioneras políticas de la cárcel de mujeres Asilo del Buen Pastor, en Buenos Aires. Ese 26 de junio de 1971, las OAP (Organizaciones Armadas Peronistas), primer punto de juntura que crearon los “subversivos” salidos del justicialismo, se tirotearon con ocho guardiacárceles, demolieron la puerta de la penitenciaría con granadas y rescataron a las combatientes detenidas, debiendo inutilizar un patrullero de la policía que pretendió impedirles la huida. En el enfrentamiento pereció Bruno Cambareri, de las FAP. Firmenich se batió metralleta en mano, en un rol más relevante que en el “aramburazo”, el 29 de mayo de 1970. Él mismo lo confesaría en la revista *La Causa Peronista* al relatar con Norma Arrostito el calvario del general Pedro Eugenio Aramburu. Firmenich no había tenido suerte en la tentativa de cortar el destino del general Lanusse, que cambiaba permanentemente de ruta cuando se desplazaba. Perdía venía de Santa Fe y no había disparado muchos tiros, salvo en el copamiento de San Jerónimo Norte, el 1 de junio de 1971, en la voladura del aristocrático club El Orden de Santa Fe, el 18 de marzo de 1971, y en alguna que otra “opereta” perdida en la actividad militar montonera en el norte del país. Debe saberse que los mejores cuadros de la insurrección peronista

habían sido abatidos por la dictadura entre 1966 y 1973: Carlos Enrique Olmedo, Agustín “Tin” Villagra y Juan Pablo Maestre, de las FAR, Fernando Abal Medina, Emilio Maza y José Sabino Navarro, de Montoneros.

“Mellizas” era una operación estratégica. Determinaría la suerte futura de las finanzas montoneras. Por tanto uno de los miembros de la dirección máxima, la llamada “Conducción Nacional” –“CN” según la sigla, o “Carolina Natalia” en el argot de los “sediciosos”– debía comandarla físicamente en todas sus fases: planificación, realización, cobro del rescate, explotación propagandística y evaluación. El gobierno de Isabel caería inexorablemente. Perón había muerto el 1 de julio de 1974. Los intentos de restablecer el diálogo y la negociación estaban fracasando, incluso con la mediación de Ricardo Balbín, presidente de la Unión Cívica Radical (UCR), la segunda fuerza política del país. La guerra sería prolongada. Acabarían con el enemigo interno enquistado en el movimiento nacional (el “Brujo” López Rega y la burocracia sindical) para, a continuación, enfrentar a las Fuerzas Armadas, último obstáculo antes del poder.

Desde el 6 de septiembre de 1974 era oficial. Ya no habría más operaciones encubiertas, como la “Traviata” con que balearon a Rucci. Firmenich lo había anunciado a la prensa en un local de la JP. La lucha armada volvía a ser la herramienta principal de los Montoneros. La organización y movilización a través de “agrupaciones de base” pasaba a un segundo plano. La guerrilla peronista había vuelto a la batalla, suspendida al asumir el gobierno popular el 25 de mayo de 1973. Sostenerla hasta sus postreras consecuencias requería dinero, mucho dinero. La concepción guerrillera indicaba que debían expropiarlo en el campo enemigo. Los “oligarcas” de Bunge & Born fueron los elegidos

para capitalizar aquella militancia sin cuartel que signaría el lustro subsiguiente, saldándose con una estrepitosa derrota para los “soldados de Perón”

Quieto fue designado por consenso. Viajo a Buenos Aires desde Córdoba, donde se estableciera la CN para reforzar aquella regional montonera que hacía agua frente al pujante clasismo, que se abría paso en la clase trabajadora justicialista. Al hilo de sucesivos encuentros con el “Pingulis” Carlos Hobert, jefe de la regional Buenos Aires, eligió los miembros del equipo al calor de lo que iban arrojando las pesquisas previas sobre idas y venidas de la familia Born entre su residencia en Béc-car y las oficinas de la Capital, en 25 de Mayo 501.

La primera charla entre “Pingulis” y el “Negro” fue en enero de 1974. Quieto escogió a “Quique” Miranda, secretario militar de la columna norte del Gran Buenos Aires, como su segundo al mando y responsable de la construcción de la “cárcel del pueblo” que debía hospedar a los futuros rehenes. Los Montoneros se agrupaban en 8 regionales que ocupaban todo el mapa nacional. Estas se dividían en columnas por zonas. A diferencia de las primeras, concebidas como unidades político-geográficas (Cuyo, Noroeste, Córdoba, Noreste, Patagonia, La Plata-Mar del Plata, Buenos Aires, Cordón del Paraná, Santa Fe-Rosario) las segundas se organizaban funcionalmente, abarcando en cuatro planos la actividad guerrillera: política, de prensa, militar y de organización. Dependiente de un jefe de columna (oficial mayor), un secretario las presidía (oficial primero). Se le subordinaban las Unidades Básicas de Combate, racimos de “Oficiales” y “Aspirantes” montoneros, grupos de grosor variable según el desarrollo desigual que tuviera la política montonera dentro del movimiento justicialista

y en la sociedad civil, donde germinaron las agrupaciones juveniles en los barrios, gremios, villas miseria, fábricas, inquilinatos, colegios y universidades.

Estaban previstas negociaciones extensas, proporcionales al botín a discutir, que sería colosal. La “cárcel” debía construirse expresamente y la proyectaron subterránea. En ella, los Born podrían sobrevivir cautivos hasta un año, si hacía falta. Habría dos celdas independientes, cada una con lavabo e inodoro y aire acondicionado. La guardia contaría con una pieza, cocina y baño, contiguas a una dependencia de servicio para el lavarropas, el secador y el generador de electricidad, todo provisto de gas, agua y corriente eléctrica abastecida por los sistemas de una gran finca donde funcionaría legalmente una pinturería. Los guerrilleros podían vivir aislados en el escondido subsuelo, comunicándose por un teléfono que, en el recibidor del chalet, coincidía con el intercomunicador que conectaba con el portero eléctrico.

A los otros dieciocho elegidos que lo acompañarían, Quieto los fue seleccionando mientras discutía caso por caso con Hobert, según las necesidades de observación del blanco y una vez que del análisis surgió la cantidad de combatientes que haría falta. El personal disponible en las cuatro columnas de la regional Buenos Aires, con buena experiencia militar en el “foco” entre 1969 y 1973, no abundaba. Habían sido desparramados a lo largo y ancho del país para capitalizar la efervescencia juvenil y la ola movilizadora.

Quieto acudió a las viejas amistades de las FAR para las otras subjefaturas: “Alejo” Gutiérrez para gobernar la contención de un probable ataque represivo durante el operativo. “Andrés” Castelnuovo y “Atilio” Fernández para encabezar el equipo de reducción de los multimillonarios, “Alcides” Polchesky para ocuparse de las comunicaciones

y la logística. Los nombramientos respondían también a los méritos. Todos eran oficiales primeros con no menos de veinte operaciones cada uno. Sin esperar se abocaron a organizar las postas de observación sobre el castillo de la localidad de Béccar, donde la familia Born vivía, y del cual todas las mañanas salían para la fortaleza blindada en la que se emplazaban sus despachos en la Capital.

“Quique” pidió seis meses para tener lista la “cárcel del pueblo”. Como el rapto tendría lugar en su jurisdicción, propuso construirla allí mismo, no muy lejos de donde probablemente sacarían de circulación a los Born. De esta forma el desplazamiento con los secuestrados no sería tan extenso como para exponerse a riesgos inútiles. Sólo “Quique” Miranda, Roberto Quieto y “Juanjo” Paz, que montarían la pinturería, conocían el local que iba a disimular la cárcel guerrillera.

Jorge y Juan Carlos Cristián Born no eran gemelos. El primero había nacido el 22 de junio de 1934. El otro, el 31 de mayo de 1935. El mayor era el número 3 de la firma, pero el futuro número 1, pues los dos primeros, Jorge Born padre y Mario Hirsch, estaban en edad de jubilarse. El menor carecía de tanta importancia, aunque figuraba a la cabeza administrativa y financiera del grupo fundado en 1884 por su abuelo, Jorge Born. Este se había asociado a Ernesto Antonio Bunge, su cuñado y amigo, quien se retiró en 1927 para retornar a Bruselas, donde había nacido, al morir su hermano menor Eduardo Bunge, verdadero cerebro de la transnacional.

Los hermanos Born heredaban una larga tradición familiar en el comercio agropecuario, que se remonta al siglo XVII. Su antecedente más sólido se ubica hacia 1818 en Amsterdam, Holanda, con la fundación de Bunge & Cia.; en 1851 su sede central se trasladó a Amberes, Bélgica.

El pionero fue Carlos Gustavo Bunge. Sus dos hijos, los ya mencionados Eduardo y Ernesto, prosiguieron la hazaña. El primero desde Bélgica. El segundo en la Argentina donde antes de asociarse con Jorge Born incursionó en las finanzas fundando el Banco de Tarapacá en 1880, una institución que en 1907 tomó el nombre de Banco Anglo-Sudamericano, considerado en 1925 como el primer banco extranjero en la Argentina.

A diferencia de los Bunge, de origen protestante, los Born descendían de emigrantes judíos. Su apellido original era Bornefeld. Se radicaron en Buenos Aires en las postrimerías del siglo XIX, al consolidarse la Argentina como exportadora de cereales. Trastocando las reglas de juego de otros inmigrantes afincados en el país como meros intermediarios o asociados a casas cerealistas europeas con el objeto de adquirir directamente los granos destinados a las metrópolis de consumo, Ernesto Bunge y Jorge Born, mancomunados desde 1897 con Alfredo Hirsch y Jorge Oster, rompieron el triángulo de comprar, vender y exportar ganancias y comenzaron a invertir los beneficios en la Argentina. Ello les permitió multiplicar los volúmenes de exportación de productos primarios, extendiéndose a una gama diversificada de actividades industriales que creció como una hiedra en la economía nacional. Llegaron a conformar la primera compañía agroalimentaria de Sudamérica, que pudo controlar el 10 por ciento del comercio internacional de granos. Bunge & Born tuvo mucho que ver con la ruptura de la división internacional del trabajo de hace más de un siglo cuando América del Sur sólo producía materias primas agrícolas no transformadas, demostrando a su vez que la lógica del capitalismo permitía asentar el poder de una multinacional en la periferia para luego saltar a los países

centrales. En el correr del tiempo otras familias se unirían al holding: de la Tour D’Auvergne Lauraguais, Bracht (el barón Bracht era yerno de Eduardo Bunge), Widder-son, Werner, Van Bogaert, Meyer, Martin, Engel, Hugaerts, Groote, Friling, Hozay, Mainzer y Gyselynk.

Afiliada al mercado cerealero norteamericano donde Bunge & Born llegaría a ser una de las “cinco grandes” y a contar con puertos de embarque propios, produciendo hasta tortas y aceites, en 1910 la firma era el principal exportador de granos de la Argentina, superando a las filiales de las compañías inglesas. Batió récords de embarques en 1931: 6 millones de toneladas sobre un total de 16, constituyéndose rápidamente en la principal acopiadora de cereales, oleaginosas y otros productos agrarios; acaparando la molienda de trigo, yerbateras, conservas y aceites, panadería y pastelería (Molinos Río de la Plata). Acumularon también la avicultura, los alimentos balanceados y las transformaciones de la carne en general (Provita, Purina, Cargill). Destilaron bebidas, licores y afines (Seager). Ingresaron en la producción de bolsas de arpillería y lienzos para el transporte de productos alimenticios y envases de todo tipo, hojalatas, aerosoles y celofan (Compañía Industrial de Bolsas, Centenera, Multipack). Bunge & Born tenía asimismo presencia en la pesca (Frumar).

En 1925 ya dominaban la comercialización del lino, y evolucionaron hacia su industrialización, dando nacimiento a la fábrica de pinturas, esmaltes, barnices y colores Alba, a Cerámica Neuquén, y a papeles de decoración Renova. Al poco englobaron la explotación del algodón: comercialización de la semilla, desmontadoras (La Fabril), abonos químicos, aceites, hilandería, tejeduría, sábanas, fundas y telas para ropa (Grafa, Grafanor y Fabuloso de Tucumán) siendo

propietarios del 30 por ciento del área de algodón nacional, situada en la provincia de Chaco. Otro tanto hicieron con la madera, adquiriendo los mejores montes salteños. Les pertenecieron cuarenta de las mayores estancias de la pampa húmeda, en arriendo o bajo administración. Colateralmente invirtieron en muebles e inmuebles.

Del aprovechamiento de subproductos agropecuarios y otros insumos encargaron a Sulfacid, Fábrica Argentina de Pigmentos, Sulfisud, Química Hoesch, Anilsud, Compañía Química, Petroquímica Río Tercero y Salís. De la minería, plata y zinc, se ocupó la Compañía Minera Aguilar. Elaboraron ácidos sulfúricos, tartáricos y salicílico, zinc electrolítico, óxido de zinc, hidrosulfito de sodio, rongalit, fenol sintético, fibras, pigmentos y anilinas.

Del financiamiento de todo eso, y mucho más, surgirían la Inmobiliaria del Río de la Plata, la Sociedad Financiera e Industrial, Indulco, La Mercantil, Cifas, Comega, Pilcomayo, Compañía Sudamericana de Finanzas, Proceda (que programaba sistemas y procesaba trillones de datos), Vivoratá, Cadec, Acofín, Estanar, Monotel, Irirs, Cosufi, Saima, Legumi, Sahico, Minoteri, Carbec y Lavide. Hasta contaban con una agencia de prensa, SIC (Servicios Informativos Continental).

La expansión del grupo al extranjero consistió inóndar ochenta países, incluyendo Asia, la Unión Soviética, África, Europa y América. En el siglo pasado fueron propietarios de Arlesa, la segunda firma aceitera española; de Sanbra y Samring, las primeras agroalimentarias brasileñas; y de COPSA, Molinos Santa Rosa y Sid Sur, los tres primeros grupos alimentarios del Perú. A Bunge & Born nada le era ajeno de lo que ocurría en el globo con el maíz, trigo, lino, sorgo, girasol, maní, algodón, yerba mate, arroz, soja, nabo, té, cacao, tabaco, café, azúcar, quinina, aceite

de palmera, margarinas, grasas hidrogenadas, lecitinas, harinas proteicas glicéridas, harinas de pescado, caucho, jabones, lanas y detergentes. Organizadora de diversas fundaciones en Europa, Bunge & Born sostuvo la investigación científica de la que tenían necesidad para competir, financiando lo que se le antojara propicio.

Jorge y Juan Born vivían juntos en un castillo de tres mansiones en Béccar. Con cuatro hijos cada uno, todas las mañanas los acompañaban en sus autos a la escuela, antes de emprender un raudo recorrido por Avenida Libertador hacia “la casa” de la transnacional, en el centro de Buenos Aires.

Después de dejar a los niños, la caravana se reducía siempre a dos móviles. En uno, que iba atrás invariablemente, viajaban el piloto y de uno a tres custodias. En el asiento trasero del otro, los hermanos Born. En el delantero un chofer y, a veces, un acompañante. Los Born disponían de un parque de siete automóviles que rotaban diariamente: cinco Ford Falcon, un Peugeot 504 y un Peugeot 404.

Mientras la “cárcel” se construía a paso forzado, disimulando la excavación de dos pisos de profundidad debajo de una pinturería del barrio de Martínez, Quieto focalizó la observación del objetivo en dos reuniones con los futuros jefes del grupo. Una operación de tal calibre en plena Capital era una locura. La concentración represiva y el intenso tránsito hacían imposible eludir el combate y escapar con la infinidad de patrulleros que recorrían permanentemente la zona. Retirarse y desconcentrarse desde la Capital hacia la provincia con las presas Born reducidas, era un póker que Quieto no estaba dispuesto a jugar. Para eso debían atravesar las autorrutas que circunvalan la Capital, que podían cortarse con “pinzas” policiales, una vez dada la alerta por el rapto. El sentido común imponía que la encerrona aconteciera

entre el castillo de Béccar y la Avenida General Paz, antes de entrar en la Capital. Allí debía encontrarse el punto débil para aplicar los principios de la guerrilla urbana de superioridad táctica relativa: sorpresa y alejamiento del terreno, golpeando con velocidad y fuerza.

Cada vez que viajaba de Córdoba a Buenos Aires para la reunión mensual de evaluación de las observaciones de “Mellizas”, Quieto recorría la Avenida Libertador desde la Avenida General Paz hasta Béccar. Pasaba por el enigmático castillo emplazado entre Juan B. de La Salle, Florencio Varela, Libertador y Elortondo, con sus tres casas interiores casi invisibles desde el exterior, y se devanaba los sesos. Tender la emboscada en un semáforo era una ruleta rusa. Había uno cada 300 metros. No se podía prever dónde se detendrían y, por ende, desplazar el numeroso grupo operativo con antelación. No sólo había que garantizar la intercepción sino la contención de un eventual enfrentamiento con patrulleros imprevistos que pululaban por allí.

Era asimismo dudoso que se pudiera inmovilizar a los Born antes de que retomaran Libertador, luego de depositar a los niños en el colegio. Con otros padres llevando también menores al colegio por todas partes, si había combate podía terminar en una matanza en la que probablemente morirían inocentes. A su vez el trayecto era muy corto y el lugar estaba demasiado alejado del sitio clave, donde los Born deberían cambiar del auto que los trajera detenidos hasta la camioneta que los depositaría en prisión.

Una fría mañana de julio de 1974, Quieto y “Quique” Miranda se apostaron en las inmediaciones de la escuela donde los niños Born arribaban hacia las 7 y 30. El Peugeot 404 blanco de los guerrilleros hizo el seguimiento de rigor

hasta la Avenida General Paz. Una novedad trastornaría, sin embargo, la rutina. En uno de los tramos, los empleados del barrido y limpieza de la comuna podaban ese día los árboles de la Avenida Libertador. La presencia de ramas sobre la calle obligó a la policía a desviar provisoriamente el tránsito por una calle lateral, paralela a la avenida, que costea las vías del Ferrocarril Mitre que va al Tigre desde la estación Retiro.

–Ya está –dijo el “Negro”–. Nosotros tenemos que inventar algo equivalente. A estos tipos hay que sacarlos de la avenida y hacerlos venir despacio. Si no, es imposible llevárnoslos...

–¡Claro!, ¡qué boludos!... –asintió, entusiasmado, “Quique”.

El resto de aquella mañana lo pasaron recorriendo las inmediaciones para imaginar un pretexto de desvío y un proyecto operativo acorde que permitiera la inmovilización de los dos autos, y que, sobre todo, posibilitara después lo más importante: huir con el cargamento, neutralizando al máximo las posibilidades de combate con la policía. Los Born valían, pero vivos.

Para no quedar encerrados entre Libertador y el Río de la Plata –un suicidio si llegaba a producirse un enfrentamiento– buscaron los pasos a nivel que permitirían volatilizarse hacia dentro de la ciudad, trasponiendo las vías del Ferrocarril Mitre. El que mejor se situaba en relación con la distancia a recorrer con los detenidos para cambiarlos pronto de vehículo, cortar rastros haciendo antiseguimiento e introducirlos en la pinturería, se encontraba entre Olivos y La Lucila, al 3.300 de Libertador. Allí, en su intersección con la calle Roma, la avenida queda a sólo una cuadra de la calle Ana Effling, que bordea las vías.

El fin de semana siguiente un primer esbozo del plan operativo quedó diseñado y fue definida una estimación del personal necesario. Quieto volvió a encontrarse con “Pingulis” para terminar de fijar los hombres y mujeres que se pondrían a sus ordenes.

“Quique”, “Alcides”, “Alejo”, “Andrés”, “Atilio” y Quieto redondearon el boceto. Sin contar a “Quique” hacían falta diecinueve guerrilleros en total, de los cuales cinco eran jefes de grupos con funciones específicas, incluyendo al responsable general de la operación que no estaba directamente ligado a ninguno de los equipos.

Como “Quique” no participaba en el ataque, sino que se encargaba de la fase posterior de recibir a los Born capturados para encarcelarlos, “Roman” Garrido se unió a Quieto, “Alejo”, “Alcides”, “Andrés” y “Atilio” en la primera reunión general de planificación, a mediados de agosto, entre el jefe y las subjefaturas. Aquel encuentro definió los roles de cada equipo y la cantidad exacta de combatientes al mando de cada uno. La operación debía realizarse un martes o un jueves, días de menor tránsito. Una primera fecha fue el martes 17 de septiembre. La única reunión general de todos los participantes tuvo lugar en el country sindical el sábado 14 de septiembre de 1974.

Ese mediodía el asado fue suculento, servido en el comedor. Los detalles de la operación siguieron en el centro de las conversaciones. Las sugerencias iban y venían. En el intercambio, a veces desordenado, siempre Quieto terminaba diagramando una solución, valiéndose del apoyo de “Quique”.

“Quique” era más un hombre de seguridad que de armas. A otro nivel calcaba la trayectoria de Quieto: sociología en la Universidad y guerrilla en las FAR. Había sido el

complemento ideal para Quieto en aquellos ocho meses de trabajo: resumía las conclusiones de las observaciones, canalizaba las opiniones que surgían, proponía desenlaces ingeniosos. Se entendía a las mil maravillas con Quieto. Y lo admiraba. Porque a pesar de haber estado en la mayoría de las “operetas” difíciles, el “Negro” no era un “fierro” de los que, cuando no aparecían salidas, las buscaba acrecentando el poder de fuego. Tampoco de aquellos que condenaban a los demás a que se arreglaran y pensaban que todo podía acreditarse en el pasivo de “los costos de la guerra”. Siempre le venía a la mente un incidente que se lo había demostrado. El 4 de abril de 1971, comandando el copamiento del destacamento policial de Virreyes, ya en la sala de guardia, y encañonando al oficial de servicio cuando este desabrochaba la cartuchera, el “Negro” lo inmovilizó con una frase: “No te hagas matar al pedo pibe, mirá que somos muchos...”.

El crepúsculo aplastó la tarde del sábado. Los dos asistentes que fueran con “Quique” a la reunión para preparar el asado y hacer la guardia, comenzaron a evacuar a los concurrentes. En domingo los montoneros descansaban y se dedicaban a la familia. Ese domingo 15, Quieto no lo hizo. Se quedó en el country con los jefes de grupo repasando al detalle las fases de la acción hasta la noche. Pulsó la memoria de los subjefes. Todos los combatientes debían poner a hora los relojes controlándolos con la radio o la televisión el día antes. En el reverso de los relojes, cada uno debía pegar un pedacito de cinta plástica con la inscripción del grupo sanguíneo. Una cita permanente con un equipo de sanidad debía ser memorizada por todos. Si había heridos, los esperarían para trasladarlos a una clínica clandestina, improvisada en un chalet de Vicente López.

Allí, 24 horas antes, se acondicionarían dos piezas como quirófanos, cubriendo las paredes y el techo con sábanas esterilizadas. Cada uno de los cinco equipos operativos se iba a concentrar y dormir en una misma casa la noche antes, teniendo cada uno un punto de reencuentro luego de la desconcentración. Era para controlar que los combatientes volvieran a la vida legal o clandestina de antes, despojándose o no de las armas según el caso, recuperando la documentación de identidad. Un guerrillero ajeno a la operación vigilaba todo esto, apto para “levantar” casas y locales, si sucedían caídas, y vinculado con abogados, de haber presos. Los combatientes operarían en ayunas, pues cuando deploraban heridos, habilitada una correcta la atención médica, en la eventualidad de intervenciones quirúrgicas. Un *modus operandi* particular quedaba establecido para montar y desmontar la operación, de no aparecer los Born el martes, o por cualquier percance que aconsejara postergar la realización, tocante a la circulación de la gente, transporte de armamento y traslado de móviles. La puesta en escena del camuflaje de los guerrilleros, algunos disfrazados de operarios de ENTel, otro de policía, tres de pescadores, la mayoría vestidos de simples transeúntes, implicaba para algunos cambiarse en las intermediaciones del teatro guerrillero, y desvestirse tras la fuga; o maquillarse con pelucas, bigotes postizos, gorras o sombreros, susceptibles de impedir posteriores reconocimientos. Y para no dejar huellas digitales, cada combatiente se embadurnaría las yemas de los dedos con pegamento la noche antes. Todos verificaban las armas, municiones, granadas y clavos “miguelitos”, esos insectos metálicos concebidos para reventar neumáticos. También se revisaban los vehículos, ya robados y en movimiento dia-

rio entre diferentes lugares de aparcamiento, a fin de que no fueran descubiertos a pesar de tener chapas falsas.

El lunes 16 de septiembre los preparativos se afirmaron. Quieto se hospedaba en casa de “Quique”. Por la mañana temprano hicieron la última recorrida, acompañados de “German” Carrosales, quien a la mañana siguiente, al confirmar la regularidad de los “mellizos”, anunciaría al grupo operativo el inminente arribo, anticipando la posición en un Citroën. El ardid que los desviaría de la Avenida Libertador hacia la calle Ana Effling debía estar presto como una trampa cuando sobreviniera la aparición de los Born. Ese lunes 16, los Born, sin saberlo, dieron todas las seguridades de regularidad. Entre las 8 y 20 y las 8 y 30 pasaron veloces por Libertador y San Lorenzo.

Despedidos de “German”, y al filo del mediodía, Quieto y “Quique” inspeccionaron la “cárcel”, la pinturería que la camuflaba, las provisiones alimentarias y a los propios compañeros que administrarían la prisión. Por la tarde recorrieron las citas de control con los jefes de grupo, pasando rápida revista a los pasos esenciales que debían dar a la hora señalada, corroborando que las vallas de ENTel y un semáforo a batería habían sido emplazados en las veredas de San Lorenzo y Acassuso, entre Libertador y Effling. Con estos materiales gobernarían los vehículos, segundos antes de la llegada del objetivo, de manera de no alterar así demasiado el ritmo del tránsito. Un cartel de “Peligro” iba a implantarse en San Lorenzo, poco antes de Effling, de cara a Libertador, cerrando el paso en una de las mitades de la calzada, para que los automovilistas redujeran la velocidad al mínimo, cuestión de que entraran a Effling en fila india y casi a paso de hombre. Otro similar cortarían la posibilidad

de entrar en Acassuso viniendo por Libertador, cuando la operación hubiera sido lanzada. Una pick-up Dodge azul, chapa B-837.976, se ubicaría en Effling entre San Lorenzo y Acassuso, mirando hacia la provincia. Otra Chevrolet, color natural, chapa B-1.046.777, en Acassuso entre Libertador y Effling, apuntando hacia las vías. Serían las encargadas de dar topetazos a los autos de los Born para que el estupor del “apriete” fuera más brutal, anulando así la capacidad de reacción.

Como lo indica uno de los croquis que van en los Anexos, el plan había previsto que el tránsito doblara de Libertador por San Lorenzo sólo en la mano que va hacia la Capital. El punto elegido sorprendería a los automovilistas pues se encontraba a la salida de un codo de la arteria, de modo que el desvío no era visible hasta pocos metros antes. La caravana torcería hacia Effling, para continuar paralelamente a Libertador, la que recién retomarían dos cuadras más adelante, por la calle Roma, pues Acassuso era contramano. En verdad los Born y sus guardaespaldas no llegarían a Roma porque en Effling entre San Lorenzo y Acassuso serían inmovilizados por los choques de las camionetas y por siete guerrilleros que con escopetas Itaka y fusiles FAL les harían comprender la inutilidad de su resistencia. Dos de estos, al mando de “Andrés”, se parapetarían en la vereda de Effling, costado Libertador, invisibles detrás de los árboles. Los otros tres, bajo la responsabilidad de “Atilio”, en la acera de enfrente, confundidos entre la arboleda y el ligustro aledaño al ferrocarril.

Pero el martes 17 la operación no salió. “Germán” se “choteó”, según la jerga guerrillera. No encontró un buen estacionamiento cerca de la escuela a la que acudían los niños Born y no pudo rebasar a los padres. Estos se hicieron

inalcanzables en la Avenida Libertador, favorecidos por una seguidilla de semáforos en verde. “Germán” le hizo señas negativas con la cabeza a Quieto, apostado en San Lorenzo y Effling, cuando pasó. Las explicaciones vendrían después, en el control. Por lo pronto, Quieto fue hasta Libertador y le indicó a “Alcides” que desocupara la gente. “Alejo”, con aires de pescador, dejó de conversar con dos amigos en Libertador y Acassuso. Con cañas y aparejos los tres se fueron caminando. Todos se verían con Quieto en los “enganches” esa misma tarde, previa desconcentración de armas y personal.

Quieto volvió sobre sus pasos y dobló por Effling hacia Acassuso. “Andrés” y “Atilio” recibieron la misma orden a su turno. Más lejos, en las inmediaciones del guardabarreras de la calle Roma, “Román” no necesitó que le dijeran nada. Con “Esther” Porrals subieron al Fiat que los esperaba en Roma, después de las barreras, hacia Maipú. Esperaron que el “Negro” se los explicara mientras iban a la desconcentración, previo anuncio a “Quique” que aguardaba en una camioneta a 17 minutos de allí, en una obra en construcción abandonada, para que los secuestrados cambiaran de rodado. Los otros tres autos previstos para el escape, estacionados en Effling entre Acassuso y Roma, en dirección a la Capital, salieron en minutos. Podían llamar la atención. Las armas largas y las “herramientas” de los empleados de ENTEL se fueron con las camionetas poco después.

“Quique” los vio llegar y la angustia se le pintó en la cara.

Quieto lo tranquilizó pasándole un brazo sobre los hombros.

—No sé qué pasó. No importa. La montamos el jueves. Esta tarde hacemos los controles como está previsto.

A mediodía lo veo a “Germán”. Si hay cambios, se los comunico. ¿Vos suspendes la sanidad, “Quique”?

–Sí, “Negro”.

–Bueno, yo sigo con “Román”. Aplazá los aprestos en la “cárcel”, la sanidad y la propaganda, y venís a recogerme luego a nuestro control para que me lleves a dormir. Que nadie se relaje. El jueves sale.

La “Columna Eva Perón” escalaría los titulares de los diarios recién el viernes 20.

* * *

–Vienen en dos Falcon celestes. Aparte de los choferes, que deben estar enfierrados, hay una custodia en el segundo y un acompañante en el primero que, facha de cana, no tiene. Nunca lo vi antes.

La trompa del Citroën de “Germán” asomaba por San Lorenzo. El destinatario de la sucinta información era “Alcides”, que vestía de policía, no como sus dos subordinados, uniformados con overoles grises de ENTEL y con cascos amarillos. Estos se movilizaron rápidamente para torcer el tránsito de Libertador proveniente de la provincia hacia la Capital, colocando en el centro de la media calzada una baliza emisora de luz roja intermitente y una valla de desvío con la sigla de la empresa estatal de telecomunicaciones. Los tres guerrilleros se pusieron a orientar a los automovilistas haciendo señas con las manos para que doblaran. El Peugeot que los sacaría del lugar, parado en Libertador entre San Lorenzo y Acassuso, mirando hacia la Capital, encendió el motor. Un cuarto montonero aferraba el volante.

El dispositivo movilizó a “Alejo”, que lo avistaba desde Libertador y Acassuso. Él y otros dos guerrilleros a sus

órdenes debían “proteger” el asalto en Acassuso y Effling. Antes de apostarse dejaron los enseres de pesca en la alcantarilla y cerraron la entrada de vehículos por Acassuso, colocando otras dos vallas de ENTEL. Corrieron hacia Effling. A media cuadra extrajeron dos fusiles FAL y una ametralladora Halcón de la camioneta Chevrolet carrozada, allí estacionada, lo que a su vez fue señal para que el chofer de esta la hiciera avanzar hasta la esquina. Ahora estaba lista para embestir al coche de los Born, que precedería al de la custodia, colisión que debía coincidir con el instante en que la otra pick-up inmovilizara al segundo Falcon celeste.

La llegada de “Alejo” y los suyos a Effling y Acassuso, desligó a “Atilio” y otros tres montoneros, congregados en torno a los postes telefónicos de esa esquina, donde simulaban reparar averías en los cables, todos de gris y amarillo. Rápidamente se distribuyeron en la acera de Effling pegada a las vías, disimulándose detrás de los árboles ya establecidos. Para esto, German” terminaba de repetir el soplo a Quieto, apostado en San Lorenzo y Effling, y al chofer de la Dodge, clavada en Effling, antes de Acassuso. “Andrés”, en el asiento del acompañante, y dos montoneras que, con pantalones, acechaban en la caja enlonada de la camioneta, en dos saltos tomaron posición en la vereda de Effling que da espaldas a Libertador, guareciéndose detrás de los árboles marcados.

–Hoy sí que los madrugué –dijo “Germán” a “Román”, en la esquina de Effling y Roma, quien con “Esther”, debía trabar que las barreras bajaran hasta que todo el equipo picara por Roma hacia Maipú, sembrando “Miguelitos” a sus espaldas, como estela protectora.

“Germán” había extremado los recaudos ese jueves. El insignificante Citroën se adelantaría a los dueños de un imperio

económico más grande que la Coca-Cola. La noche anterior lo dejó “durmiendo” justo enfrente del colegio. Se subió a las 7 de la mañana fingiendo leer *Cuestionario*, la revista del periodista Rodolfo Terragno. A las 7 y 10 puso el motor en marcha. Cuando por el retrovisor vio aparecer a los Ford Falcon en la bocacalle, de un vistazo registró los datos medulares y partió mientras los niños Born besaban a sus padres.

Trajeados de gris, corbatas de seda con arabescos multicolores, estos se abstrajeron en la lectura de la prensa matinal y no se inmutaron cuando, dieciséis minutos después, un policía y dos operarios de ENTel los apartaron de su trayecto. Quieto, en San Lorenzo y Effling, de espaldas a los arbustos que bordean las vías, bajó el cierre relámpago de su campera azul cuando los vio venir por San Lorenzo. Empezó a caminar hacia Acassuso, llevándose la mano derecha a la sobaquera. De soslayo los vio pasar a su izquierda. Desfundó detrás de un gran árbol que interrumpía el cerco de alambre que costea el ferrocarril. Todo lo demás ocurrió en 38 segundos. El choque simultáneo y sincronizado resonó como una sola explosión. “Andrés” y “Atilio”, desde costados opuestos, saltaron a la calzada con sus Itakas en la mano, encañonando al primer Falcon, chapa C-614.832.

—¡Nadie se mueva! —gritó uno.

—¡Brazos en alto! —exclamó el otro.

Metros atrás, Fernando Luis González Huebra y Conrado Santoro, los dos policías a sueldo de Bunge & Born, se pegaban como estampillas al piso del segundo Falcon, aterrorizados por el encontronazo y la aparición de dos mujeres con FAL al hombro, como brotadas de la cuneta.

Juan Carlos Pérez, de 35 años, chofer de los “mellizos”, también de la Policía Federal, no se agachó. A su lado,

Alberto Luis Cayetano Bosch, de 40, gerente de Molinos Río de la Plata, que había dormido en casa de sus patrones tras una cena de trabajo prolongada, siguió erguido, con la mirada atravesando la guantera.

Para combates de corta distancia, no más de 10 metros, Quieto prefería los revólveres. Cargan menos que las pistolas, decía, pero jamás se encasquillan. En cambio, si debía afrontar tiroteos de mediano alcance, entre 10 y 20 metros, cuando es más difícil hacer blanco, le convenía correr el riesgo de las pistolas. A pesar de que estas suelen trabarse, se dispone de más balas en el cargador que en el tambor del revólver. En esas situaciones Quieto se inclinaba por las belgas Browning 9 mm. Con munición en recámara, podía hacer fuego 13 veces, cinco más que con las Colt 45, y siete por encima de cualquier revólver. Nada mejor que dotarse de ambos: una pistola en cartuchera, abrochada a la cintura, y un Smith and Wesson en la sobaquera.

Empuñando el 357 Magnum y con la Browning enfundada, Quieto salió de su parapeto y avanzó en diagonal, supervisando por detrás a los tres subordinados de “Atilio” que abrían las puertas del segundo Falcon, chapa C-095.572, arrancando las armas a González Huebra y Santoro, a quienes esposaron. Dominados estos, una de las dos mujeres que a la derecha de “Andrés” les apuntaban los FAL, dio un paso atrás y giró el torso, encañonando a los rodados que comenzaban a agolparse haciendo sonar sus bocinas y vigilando si aparecía algún tirador inesperado. Al propio tiempo, “Alejo” y otros dos montoneros eran los vértices de un triángulo en Acassuso y Effling, cubriendo posibles ataques de Libertador y Acassuso o de Roma y Effling. “Alcides”, vestido de policía, y los otros dos montoneros

disfrazados de obreros, levantaron el vallado de ENTEL para que el tránsito pudiera recuperar su trayectoria normal.

–¡Vos, las manos sobre el volante! –vociferó “Andrés” al perfil de Pérez.

–¡Las manos sobre el tablero! –le escupió “Atilio” a Bosch, escrutándolo por el parabrisas.

Por el rabillo del ojo, Quieto vio que ninguno de los dos acataba.

–¡¡¡Obedezcan, carajo!!! ¡¡Cabeza inclinada y ojos cerrados!! –bramó.

Tampoco le hicieron caso.

“Andrés” creyó percibir que la desobediencia se debía a que el policía y el gerente de Molinos Río de La Plata hurgabán entre sus ropas en busca de armas. Dejó pasar cuatro segundos y gatilló. El brenneck de su Itaka astilló el vidrio de la ventanilla y acertó entre el hombro izquierdo y la tequilla de Pérez, rasgando el saco, la camisa y la corbata. El tiro fue la orden de fuego para “Atilio”. Jaló el disparador y, como estaba cuatro metros adelante y hacia la izquierda de Bosch, la rosa de los perdigones agujereó el costado derecho del parabrisas, puerta y capot, haciendo chorrear sangre a borbotones de su pecho.

Las humeantes escopetas eyectaron las cápsulas servidas. El estampido de la recarga manual hizo creer a Juan Carlos Cristián Born que los exterminarían a todos. Abrió la puerta trasera derecha y, agazapado, se largó a correr. “Atilio” le cerró el paso y, de un culatazo en el omóplato izquierdo, lo hizo tambalear.

–¡Si te movés te mato!

Juan Born masticó el pasto de la vereda. Con una ráfaga de frases cortas, Quieto cortó la batahola. Llamándolos por sus nombres de guerra ordenó a dos de los subordinados de

“Atilio” que venían a esposar a los custodias, que hicieran lo mismo con los Born. Sin atinar a hacer movimiento alguno, Jorge Born seguía la escena con los dedos acariciando el techo del auto.

–¡Bueno, vamos! –mandó Quieto.

Los choferes de las dos camionetas bajaron y corrieron paralelos a las paredes, para pasar a ocupar similares funciones en dos de los coches previstos para la fuga, estacionados en Effling entre Acassuso y Roma, hacia la Capital. Las dos montoneras que calzaban FAL buscaron la mirada de “Alejo”. Con un movimiento de su fusil las desligó de su función de contener lo que podía venir de la fila de autos en espera.

Para salir de la línea de tiro del grupo de “Alejo”, las jóvenes hicieron como los choferes que las precedían: se pegaron a las paredes de las casas y corrieron hacia Roma. Antes de llegar, cruzaron a mano derecha y subieron a los autos estacionados desde la noche anterior para asegurar la huida. Por la acera de enfrente, “Atilio” y sus tres subordinados arrastraron a los rehenes a esos coches. “Andrés” se unió a “Alejo” y sus dos adjuntos de protección, abiertos en abanico en Acassuso y Effling, quienes dejando atrás dos muertos, otros dos empleados simultáneos de Bunge & Born y la Policía Federal con manillas de acero amarrando sus muñecas y cuatro móviles chocados, fueron los últimos en irse del sangriento escenario, perseguidos por un concierto de bocinas. “Alcides” y los suyos ya habían hecho lo propio. Al embotellarse el tráfico y antes de oír los escopetazos, desplazaron la valla y el semáforo hacia la vereda de Avenida Libertador, entre San Lorenzo y Acassuso. Subieron a la Peugeot 504 y enfilaron hacia Capital por una Libertador donde la circulación era normal.

“Román” y “Esther” ni siquiera sacaron sus pistolas. Se acercaron a la garita en la que se escuchaba el informativo radial de las 8 y 30. Cuando Alberto Luna, el empleado ferroviario, salió a ver qué pasaba al oír tronar los disparos, se identificaron como montoneros. Le señalaron que volviera a su lugar y se aprestara a bajar las barreras cuando ellos se lo dijeran.

Los tres autos cruzaron el paso a nivel y aceleraron hacia Maipú. En el primero iba Juan Born en el asiento de atrás, custodiado por “Atilio”, otro hombre y una mujer, más el chofer. En el segundo estaba Jorge Born, acompañado por “Alejo”, dos otras personas y el piloto. En el tercero, Quieto, una montonera y los otros dos subordinados de “Atilio”.

—Ahora bajá las barreras, pibe, y las dejás así un buen rato hasta que nosotros nos vayamos. Quedate tranquilo que no te va a pasar nada —musitó “Román” al señalero Luna, que tiritaba de miedo.

Las barreras se pusieron horizontales. “Román” y “Esther” corrieron hacia el Peugeot 404, estacionado en Roma, a 40 metros de las vías hacia Maipú. A la espera, con la Itaka pendiendo de una mano, “Andrés” los protegía, después de haber vaciado una bolsa de “miguelitos” en la calle.

Subidos los tres, con “Román” al volante, los Montoneros doblaban la primera página del secuestro de los hermanos Jorge y Juan Born, líderes de uno de los 200 conglomerados más grandes del mundo; patronos de 60.000 trabajadores; directivos de belgas, argentinos, ingleses, suizos, franceses y brasileños. Habían heredado 900.000 hectáreas de campo, fabricas, minas, barcos, puertos, financieras, inmobiliarias; y empresas de importación y exportación en Inglaterra, España, Bélgica, Australia, los Estados Unidos, Francia, Holanda, Alemania Federal, Canadá,

Japón, China, Malasia, Hong Kong, India, Bangladesh, Brasil, Uruguay, Paraguay, Perú, Venezuela, Liechtenstein, Nigeria, Panamá, Zaire, Indonesia, África del Sur y Suiza. Recuperaría la libertad en trueque de 61 millones de dólares, distribución gratuita de ropas y alimentos, entronización de bustos de Perón y Evita Perón a la salida de algunas fábricas y solicitadas autocupatorias en los diarios de varios países.

* * *

El 18 de julio de 1972, por la tarde, Madrid se calcinaba. Perón recibía a David Graiver en el jardín de la quinta “17 de Octubre”, del barrio de Puerta de Hierro. Los álamos protegían del sol. Una tenue brisa desvanecía los 39 grados centígrados. López Rega se eclipsó tras servir café frío con limón. Isabelita se entretenía hablando de modas con sus amigas franquistas en la sala del primer piso, aladaña a donde descansaba el cuerpo embalsamado de Evita, devuelto a su viudo el 22 de septiembre de 1971. El cadáver había sido raptado por el Jefe del Servicio de Informaciones del Ejército, teniente coronel Carlos Moore Koenig, y según parece, luego lo abofetearon y orinaron el mayor Eduardo Antonio Arandía y Rodolfo Florentino Frascoli. Después Eva Perón durmió quince años en un nicho del cementerio de Milán nutriendo el mito.

Perón prefería recibir visitas por la tarde después de dormir una corta siesta. En las mañanas respondía la correspondencia, leía literatura política y hacía esgrima hasta la hora del almuerzo. Al caer la noche veía un poco de televisión (“Los Intocables”, “Hombres del Oeste”, “El

Santo”), solía escuchar a Bach y Beethoven o los tangos de Discépolo. A veces terminaba en la relectura de los versos de Belisario Roldán.

Los perros husmeaban los pantalones del recién llegado. Era su segunda visita al caudillo argentino en el curso de ese año. El equilibrio político entre la dictadura y las fuerzas nacionales y populares se rompía inexorablemente en favor del pueblo, preanunciando el fin de diecisiete años de exilio para el conductor justicialista. Perón barajaba fechas para su retorno, que finalmente se concretaría el 17 de noviembre de 1972. Lanusse se desmoronaba.

Perón ametrallaba a Graiver con preguntas. Su interlocutor constituía una fuente invaluable, pues venía del riñón del lanussismo. Acababa de ejercer la Subsecretaría de Bienestar Social, con Francisco Manrique como ministro, pero abandonó el puesto para reacomodarse a la transición cuando vio que Gelbard saltaba el cerco, abandonaba a Lanusse y se alineaba con Perón. Graiver puso como pretexto su militancia en el gremialismo empresario, vigorizando su afiliación a la CGE, a la que iba a dotar de una obra social con financiamiento de sus bancos, la APS.

Graiver olía que Perón sería el pivote de la política nacional en unos meses más. Quería que lo conociera personalmente, supiera de sus conexiones y proyectos, y apreciara la potencialidad de su grupo empresario. Y se convenciera de su amistad con Gelbard, que todos sabían sería el próximo ministro de Economía.

Graiver no llevaba corbata ni saco ese día. Sólo una remera Lacoste rosada y un pantalón de delgada gabardina negra que hacían juego con unos mocasines marrón claro de Grimoldi. El bigote y la barba sólo invadían el bozo y

el mentón. Dos mechones de sus largos cabellos castaños le achicaban la frente. Se acomodó en una silla metálica blanca cubierta de almohadones verdes y amarillos. Consideró que había respondido con precisión a la requisitoria, brindando, también, información inédita de su cosecha que Perón sabría valorar. El examen había durado una hora.

–General, explíqueme ahora por qué fracasó el GAN –inquirió Graiver, que en un principio había sido seducido por las bondades del plan populista de Lanusse.

Lanusse alardeaba. Perón estaba acabado. Exultaba que a Perón “no le daba el cuero”. Le reservaba una jubilación indecorosa, desarticulando a su movimiento mediante un pacto digitado por los militares en el que empresarios, políticos y sindicalistas firmarían el acta de defunción del peronismo.

Perón habló entonces del enroque mediante el cual obtuvo la pausa, dando tiempo para que los alfiles de Lanusse –Rucci, secretario general de la CGT y Gelbard, patrón de los patrones– corrigieran su derrotero.

–Creo que Rucci y Gelbard entendieron. Yo les dije: no vengan a tirarme la pelota a mí porque los que definen son ustedes. Si se quedan con Lanusse tendrán la guerrilla en los talones y no van a detener la rebelión popular. Fíjense lo que les pasó a Aramburu y a Vandor. Recuerden que los que siembran vientos recogen tempestades...

Lo que para muchos parecía un galimatías, Perón lo hacía simple como un cuento de niños.

–Ahora falta que la dirigencia política digiera el reacomodamiento corporativo. Cuando el cuadro clínico esté maduro, desembarco en Buenos Aires y le sacrifico los caballos al pobre Lanusse.

–Así que vuelve, general.

–Natural. El conductor estratégico debe estar en el teatro de operaciones en el momento definitorio del combate...

–¿Quiénes son esos caballos de ajedrez, general?

–La partidocracia. Los de “La Hora del Pueblo”. Ahí todo se arregla con Balbín. El “Chino” va a reflexionar conmigo: es mejor de este lado que del otro... Y sin caballería ni artillería, joven amigo, es imposible ganar una batalla, como usted sabe.

Graiver asintió con la cabeza. Mudo, contempló la ajada majestuosidad de Perón renaciendo de las cenizas.

–Mire –martilló Perón–, ese Gran Acuerdo Nacional sólo estuvo en la imaginación de algunos. Tenía un solo objetivo: dar elecciones para entregar el gobierno y salvar el prestigio y el honor de la Fuerzas Armadas. Lógicamente tenía que fracasar con un objetivo tan pequeño. Porque el verdadero objetivo, lo que hay que salvar, es la República Argentina, no a sus Fuerzas Armadas. ¿Me entiende, m’hijo?

–Por supuesto, general...

Perón quedó repentinamente inmóvil en una mueca de eterna sonrisa. Dio por terminada la explicación y cruzó las piernas. Graiver descubrió los zapatos combinados negros con el empeine blanco. Subió la vista por los pantalones grises y la camisa blanca de vestir, de mangas largas, cerrada en el cuello. Por la indumentaria era un hombre antiguo. Sin embargo, seguía influyendo sobre la política argentina como si los años no contaran. Los adversarios pasaban pero él permanecía.

¿Cuál era la clave?

A Graiver el general se le aparecía enfermo de importancia personal. Con ese atuendo anacrónico trasuntaba la decadencia. Pero sus frases impregnadas de astucia y sapiencia lo rejuvenecían, elevándolo por encima

del resto de la capa política argentina, que desde 1955 no sabía qué hacer para destrabar la legalidad institucional.

En definitiva Perón era un enigma fascinante para Graiver. Y como en todo enigma, habría un instante en que los contornos de la respuesta iban a hacerse nítidos. Rastreándolos a tientas, saltando de un tema a otro, David no sabía que los caprichos de la agenda de Perón, esa tarde, le depararían acaso la llave de la fórmula intangible del arte de la política. La inteligencia para sumar fuerzas.

–General, pocos empresarios y militares con los que me codeo entienden un apoyo sin distinciones a la guerrilla, luego de su negativa a condenarla, el 14 de abril pasado, cuando el ERP mató a Oberdan Sallustro, y las FAR y el ERP fulminaron al general Juan Carlos Sánchez...

–¿Ah, sí?

Sallustro, director de Fiat en la Argentina, había sido secuestrado el 21 de marzo de 1972. Al descubrirse la guarida en que yacía cautivo, se originó un tiroteo entre sus captores y la policía. Al cabo, el prisionero fue encontrado muerto con un tiro en la cabeza. Todo esto sin que la multinacional italiana desembolsara el rescate exigido y se saciaran otras exigencias (libertad a presos políticos, reintegración de despedidos, cese de la represión, publicación de comunicados guerrilleros).

Lo del general Sánchez, jefe en Rosario del Segundo Cuerpo de Ejército, coincidió luctuosamente con lo de Sallustro ese 14 de abril de 1972. No era raro en los golpes de comando contra las Fuerzas Armadas, y menos cuando los guerrilleros estaban convencidos de que se trataba de un torturador. Lo novedoso fue que, por primera vez, una organización armada peronista, las FAR, había operado en alianza con el ERP, de procedencia trotskomarxista. Esta sociedad era preocupante para el *establishment*.

Graiver enmarcó la interpelación retrotrayendo la reflexión a la muerte del general Aramburu, en junio de 1970.

–Justificar lo de Aramburu, por ejemplo, se entiende. Los Montoneros son peronistas y Aramburu fusiló peronistas. El general Valle, los civiles de los basurales de José León Suárez, la desaparición de los restos de Evita...

–Ese que nombró primero está bien muerto... El golpe militar es lo más impopular. La guerrilla es mejor porque viene del pueblo. El pueblo es un convidado de piedra en toda dictadura. Los militares sólo saben mandar, y mandar es obligar. El gobierno tiene otro sentido: persuadir.

–Pero los guerrilleros secuestran y matan. Hasta yo ando con custodia para que no me raptan, general.

–Mire Graiver, para hacérsela simple no se olvide de que fui profesor de cursos del Estado Mayor. Nunca dejé de enseñar que cuanto más cerca se está del objetivo, la cadencia de fuego debe aumentar. Y que en la guerra, como en la política, no hay que herir, sino matar. Los muchachos hostigan con la guerra de guerrillas y hasta que la camarilla militar no se vaya del gobierno, yo no dejaré de combatirla con todos los medios a mi alcance. Dígaselo a sus amigos. Le repito lo que ya les expresé a Cornicelli y Rojas Silveyra, que decían venir en misión pacificadora. Son ellos los que tienen que presionar para que esta dictadura se retire sin condiciones. Los muchachos se están preparando para relevarme. Yo me siento descarnado, como un gran padre.

López Rega interrumpió la clase de estrategia.

–¡General!

–Sí, Lopecito...

–Está Lorenzo Miguel. Dice que usted lo había citado para las 5. ¿Qué hago?

–Hágalo pasar.

–Bueno, yo me voy general –anunció Graiver, poniéndose de pie, y considerando que el aviso ponía fin a su visita.

–Por favor, hijo. Quédese que este hombre se irá enseguida.

Perón hizo las presentaciones y el líder de los metalúrgicos se sentó. Sin que lo invitaran, López Rega se acomodó a su lado.

–Adelante, Miguel ¿qué nos cuenta?

El secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), uno de los pilares por su poderío económico de cinco millones de trabajadores argentinos sindicalizados, venía en busca de apoyo. La “interna” metalúrgica lo tenía a mal traer. De buenas a primeras, Victorio Calabró, en Vicente López, y Guerrero, en la Capital, se concertaban para moverle el piso y parecía imposible pararlos. Dar la imagen de un sindicalismo peronista dividido en su gremio hegemónico, acosando a la figura que estaba detrás de las 62 Organizaciones peronistas, no le hacía bien al movimiento a las puertas del proceso electoral, pensaba Miguel. En contrapartida no quería ceder nada a los contestatarios, pero para eso hacía falta el respaldo de Perón. Cuando se enteró de que Guerrero viajaba a Madrid, Miguel salió atrás. Una vez más la batalla sería en Puerta de Hierro. No preguntó si su contrincante ya lo había visitado. Sabía que se alojaba en el Hotel Americano, un hotel cercano al suyo en Puerta del Sol. Una media palabra de Perón repercutiría en Buenos Aires por Télex de EFE, la agencia noticiosa española, con ayuda de algún periodista amigo.

–Vaya tranquilo, Lorenzo. Tiene toda mi confianza. No es cuestión ahora de dividirnos cuando la contienda electoral nos necesita unidos y mancomunados.

La categórica respuesta y la presencia de un intruso como Graiver aconsejaron a Miguel despedirse. Agradeció. Abrazó al general y volvió sobre sus pasos. López Rega lo siguió hacia los portones de la residencia.

–Bueno, hijo, caminemos un poco por los jardines y hábleme de economía, de sus bancos. ¿Cómo un chaval puede hacerse millonario en tan poco tiempo? Hace tantos años que falto de la Argentina.

El anciano militar y el treintañero empresario se extraviaron bajo las sombras de los árboles. Perón escuchaba el cuadro de situación de la crisis que trazaba Graiver y no emitía comentario alguno, sólo absorbía los datos, sin pestañear. El monólogo de David fue interrumpido con preguntas cuando pasó de lo general a lo particular y entró a contarle cómo había bordado su poder personal con bancos y firmas en los ramos más disímiles. El general quería los detalles, no las globalidades. La charla se prolongó con naturalidad hasta que Perón miró el reloj y vio que eran las 18 y 30.

–Venga, acompañeme, que tengo otra visita.

El trato preferencial que recibía de Perón henchía de orgullo a Graiver. Volvieron a sentarse en las butacas metálicas, cercanas a una de las puertas posteriores de la casa. Sabiendo que López Rega seguía sigilosamente la escena desde detrás de los cortinados de la sala sin ser visto, Perón levantó la voz, descontando que sería oído.

–A ver, López, si nos sirve un poco más de café y cuando aparezca Guerrero me lo trae...

La jarra precedió en pocos minutos al secretario general de la sección Capital de la UOM. Graiver supuso entonces que Perón lo hacía quedarse para desembarazarse pronto de los interlocutores. Las quejas de Guerrero eran otra cara de las peticiones de Miguel. El clasismo avanzaba desde

el interior, sobre todo en el cordón industrial del Paraná; y el “cordobazo” se reproducía en puebladas en todos los rincones del país. La conducción de Miguel estaba demasiado identificada con un pasado de traiciones y de “peronismo sin Perón”. Se acusaba de vandonistas a sus amigos. Había que renovar, remozando la imagen para las elecciones nacionales.

El general asentía con la cabeza, en silencio. Cuando el rosario de acusaciones y alternativas para cambiar la situación culminó, Perón fue conciso:

–Vea, Guerrero, puede irse tranquilo pues cuenta con toda mi confianza. Remocemos los sindicatos para que la campaña electoral nos encuentre unidos y mancomunados.

Guerrero se percató en ese momento de que la entrevista había terminado. El general tenía otro invitado a quien atender. Satisfecho de lo conseguido, buscó el abrazo paternal, el intercambio de sonrisas y saludos, y giró sobre sus talones detrás del obsecuente López Rega que lo pondría en la calle.

Graiver, estupefacto, no salía del asombro, constataba que la realidad puede sobrepasar la alucinación. Cuando quedaron a solas, preguntó:

–Pero, general..., no entiendo... Hace un rato le dio toda la razón a Lorenzo contra Guerrero, y ahora acaba de hacer lo mismo con este... ¿No es una contradicción?

Como si llegara de un largo viaje, Perón se inclinó y apretó, condescendentemente, el brazo derecho de David. En la placidez del éxtasis señaló:

–Graiver, usted también tiene razón.

La clase de estrategia había terminado.

* * *

Dos años después, Graiver relató a Quieto aquella lección de Perón.

Picaba a cuchillo varios dientes de ajo, preparando la salsa para las ostras. El convite tenía lugar en su quinta de San Isidro. David la arrendó para que Lidia Papaleo tuviera espacio y aire, y sobrelleva mejor el embarazo de María Sol.

La locación de esa quinta desde agosto de 1974 a marzo de 1975 mostraba cómo se engarzan las prestaciones en las entretelas del poder. Cuando Francisco Manrique era ministro de Bienestar Social del general Lanusse, requirió a Graiver, primero asesor y luego subsecretario de la cartera, que se ocupara de satisfacer el pedido de Miguel de Anchorena. Abogado, ex teniente de reserva del arma de Comunicaciones, promoción 1938, este Anchorena prosperaba en los negocios capitaneando el Banco Continental y la Compañía Argentina de Cemento Pórtland. Necesitaba un mapa del Instituto Geográfico Militar para verificar zonas de explotación minera con potencialidad de inversión. Graiver se lo procuró con celeridad.

El apellido Anchorena abría puertas por doquier. David no se olvidó de hacerle devolver el favor y enredarlo en su telaraña. La mansión de San Isidro donde “Dudi” platicaba con Quieto era propiedad de Carmen Hume de Menéndez Montes. Había sido prestada a David contra un grueso alquiler, antes que el citado Anchorena se integrara en los consejos de administración de dos empresas de Graiver (Electroerosión y Metropol). Cuando el controvertido financista se hizo añicos contra las montañas de México, el 7 de agosto de 1976, el abogado Anchorena se encargaría del proceso sucesorio. La causa estuvo radicada en el juzgado Civil N° 6 a cargo del doctor Hugo Molteni.

“Dudi” y el “Negro” Quieto se tuteaban. Estaban solos. Conversaban de la situación general: la renuncia de Gelbard el 21 de octubre, apartado por el todopoderoso López Rega; la negativa de Isabelita a restablecer un puente de diálogo con la JP a fin de salvar las instituciones, tal como pedía Raúl Alfonsín; el armisticio propuesto por el ERP para suspender la lucha armada a cambio de que liberaran a sus presos, derogaran la legislación represiva y abrogaran el decreto que había ilegalizado a la organización; y las conversaciones de Balbín con Mario Firmenich y Roberto Santucho.

Si en política el arte consiste en sumar, como enseñaba Perón, los Montoneros parecían haber entrado en el túnel de la resta permanente. Terminaba 1974 y los enemigos de la guerrilla aumentaban decreciendo los amigos. El “Brujo” López Rega se enseñoreaba de todos los botones del poder. Digitaba el gabinete, gerenciaba la Triple A e impulsaba una política económica de amistad con los monopolios, adversa a la justicia social. Todo iba a desembocar en el “Rodríguez”, la insurrección de los sindicatos peronistas contra el gobierno de Isabelita y López Rega, un año después.

El interludio del almuerzo los encontró con que Perón no era más de este mundo, el Palacio de Hacienda había dejado de ser feudo de la CGE, la guerrilla peronista huía hacia delante eligiendo la clandestinidad y el ERP seguía atacando los cuarteles. Graiver preparaba su retaguardia en el exterior fundando un banco en Bélgica y comprando otros dos en los Estados Unidos e Israel.

El peronismo, ancho y ajeno, se les había hecho llanura de país extranjero a esos dos argentinos que ahora se disponían a comer. Un solo detalle salía de este desdichado marco: los Montoneros se aprestaban a cobrar 60 millones

de dólares en billetes y casi 4 millones más en productos de Bunge & Born que serían distribuidos gratuitamente entre la población.

Graiver pidió a Quieto que abriera una botella de Bianchi Chablis, cosecha 1972, que reposaba en el refrigerador. David terminó de moler ajo, perejil y una cebollita sobre una tabla de madera. Los mezcló en una salsera, echándole sal, aceite de oliva, un chorro de vino y pizcas de pimienta y comino, y revolvió todo con una cuchara. Sacó de la heladera una bandeja con ostras abiertas por la sirvienta en la mañana y la puso sobre la mesa donde aguardaba una ensaladera con endibias al roquefort, que preparara unos minutos antes. “Dudi” se hacía traer las ostras vivas del sur de Chile, de donde las importaba Ostramar, la pescadería de Avenida Santa Fe y Julián Álvarez.

Quieto le llevaba casi diez años a Graiver. Provenían de escuelas de vida distintas. Se conocían desde hacía más de un año, cuando el empresario solicitó conversar con FAR y Montoneros, por conducto de “Jarito” Walker y a través de Lidia Papaleo. Quieto “atendía” a David en nombre de la Conducción Nacional. Se llevaban a la perfección. Graiver no poseía los lánguidos modales de la clase pudiente y cautivaba con su fulgurante recorrido político, arrojando dardos de humor incluso contra sí mismo. Tenía sonrisa de fiar. Su forma de ser hacía que sus interlocutores creyeran que no había nada más importante que ellos en el mundo cuando les dirigía la palabra. Se lo veía endiablada-mente feliz. De igual a igual, frente a un exponente de la vanguardia política argentina que llegara hasta allí por los escarpados senderos de la guerrilla urbana, Graiver se sentía en la coronación de su revancha: él también había llegado a la primera división aunque la trayectoria

hubiera sido otra. No tenía nada que envidiar a “Jarito” Walker. Lidia podía estar orgullosa de su *maker money*.

Quieto estaba despojado de la aureola heroica de los actos militares. Poseía el carisma tímido de los apasionados. Prefería el diálogo intimista, el lenguaje del sentido común y los placeres cotidianos corrientes: las bellas mujeres, la buena mesa, los amigos, la familia, el fútbol, las novelas de Hemingway y los ensayos de Puiggrós. Los análisis políticos nunca diferían demasiado y Graiver solía ayudar con préstamos a las finanzas montoneras cada vez que estas decaían. El Banco Comercial de La Plata socorría a menudo a Editorial Hoy, del diario *Noticias*. El secuestro de Isidoro Graiver por las FAL en agosto de 1972, tenía cáscaras de cicatriz. La guerrilla peronista no había tenido nada que ver. Ahora, dos años después, David contaba con la garantía de que ni Montoneros ni el ERP se volverían contra los suyos. Quieto había sido categórico. Personalmente había hablado con Roberto Santucho para que los Graiver no entraran en su mira.

Los lunes Graiver iba a sus oficinas de Suipacha 1111 por la tarde. Por la mañana se quedaba en su casa ordenando la agenda de la semana. Ese lunes, como acostumbraba una vez por mes, aprovechaba para verse con Quieto y “cambiar figuritas”, como solían rotular esas reuniones. Aquella tendría una trascendencia distinta.

–Decime, David, ¿cómo se hace para juntar tanta guita en tan poco tiempo? –preguntó Quieto entre un bocado de endibias con roquefort y un sorbo de Chablis.

Graiver sonrió y volvió a llenar las copas. Respondió con una pregunta.

–¿Cómo le llaman a la “orga” de ustedes?

–¡Montoneros!

–¡No!, ¡no!, me refiero al aditamento que le ponen antes...
 –¡Ah!: Organización Político-Militar..., la OPM.
 –Exacto... Bueno, yo también tengo una OPM. Y con esa me estoy haciendo multimillonario.

–¿Cuál?
 –Mi OPM es la “Other People Money”... ¡hacerse rico con la “mosca” de los demás! ¿Querés que te explique?

–A ver. Dale.
 Quieto reía creyendo que su interlocutor le jugaría una larga broma.

Sin embargo, esta vez David se puso serio.
 La ponencia de Graiver no era un invento suyo. Había sido acuñada en el correr de los siglos cuando los hombres de la Antigüedad empezaron la permuta de caracoles y, más tarde, de hojas de tabaco, creando el intercambio. Al poseer unos más mercaderías que otros, comenzó a notarse el surgimiento de aspectos bancarios.

Quieto interrumpió:
 –La leyenda incluso cuenta que el nombre “banco” proviene de la persona que se sentaba en el suelo en la plaza pública resguardando el dinero del prójimo sobre un banquito mientras transcurrían los canjes de mercadería... ¿No?

David se puso eufórico al ver que su interlocutor entraba con interés en terreno propio. Trepado en un sillón, retomó la línea de su alocución, como si se tratara de una conferencia.

–La versión que estudiamos en la Universidad sobre la palabra “banco”, no es que derive de que se sentaban en él los orientales, que comenzaron a usar el término. Como vos decís, se sentaban en el suelo, pero tenían un banco de tres o cuatro patas, como los que se usan en los baños, donde ponían el dinero para cambiar o prestar. Cuando uno se

fundía, lo demostraba rompiendo el banquito, quebrándolo. De ahí vienen a su vez las palabras “quiebra” y “banca-rrota”, en el sentido de insolvencia con que las usamos hoy. En grabados antiguos que se siguen reproduciendo hasta hoy, se presenta a Jesús muy enojado, expulsando a los usureros del templo. Si te fijás bien, ahí se ven los banquitos con las monedas metálicas. Pero los lenguaraces de la historia y la religión, con Calvino a la cabeza, que inculcó a los hombres la meta de enriquecerse, han dicho que eran “mercaderes”. Mentira. Eran usureros. A esos Jesucristo los expulsó del templo. Además, los mercaderes tenían sus mercados y no necesitaban los templos, de espacios restringidos. La arquitectura gótica no existía. Los espacios cubiertos eran chicos y llenos de columnas para sostener los techos. A los griegos les pasó lo mismo. Si alguna vez vas al Partenón, fijate que es pequeño y con muchas columnas. Los templos de aquella época eran especies de fortalezas donde orar no era lo más importante. Los sacerdotes cumplían la misión de guardar dineros ajenos, en especial los de las viudas y menores. Como historiador aficionado te diría que la noble profesión de la prostitución no es la más vieja del mundo, sino la usura. Los bancos nacieron en los templos.

Quieto siguió escuchando cómo las civilizaciones comerciales que se fueron sucediendo, desde Babilonia, los fenicios, griegos y romanos –pasando por Venecia y Constantinopla en la Edad Media y alcanzando a Gran Bretaña en el siglo XIX– hicieron más complejos los mecanismos, pues el dinero fue aceptado como medida de valor. Después, nacieron los cambistas y se crearon los servicios bancarios, como los préstamos, la aceptación de depósitos, las hipotecas, las tarjetas de crédito, las tenedurías de libros de contabilidad y la reglamentación mediante códigos y leyes.

David resumía que, en lo que iba del siglo, el avance de las comunicaciones y el transporte empujó al comercio internacional a propagarse a tal punto que la economía moderna debió adaptarse. Su correlato en las finanzas sufrió equivalentes transformaciones. El banco terminó erigiéndose en la entidad reinante del mercado financiero, albergando en sus directorios alianzas de intereses diversos, encarrilando los capitales en una dirección u otra.

–Así como los bancos nacieron en los templos, no me tomés por un impertinente, pero dejame que te diga que, de un tiempo a esta parte, de los bancos están naciendo los nuevos templos de las sectas multinacionales –consignó David al borde del cinismo.

Sin dejar de hablar, Graiver se levantó y fue hasta la mesa, sentándose frente a Quieto. Contó que la aparición de la actividad bancaria como una necesidad para financiar la producción y el comercio de materias primas y manufacturas a gran escala, introdujo en la vida económica otro elemento: la creación de dinero por el circuito bancario, engendrando nuevos medios de pago, no base monetaria. Para graficar, Graiver tomó una servilleta de papel y escribió con su Caran D’Ache unas cifras peladas que cobraron significación con su didáctica fraseología: $100+90+60=250$.

–Esto es así. El banco recibe de un cliente 100 monedas de oro que debería retener depositadas. Suponé que en toda la economía hay otras 100 monedas de oro circulando. Tenés entonces un total de 200, constituyendo ese total el circulante de un país, que en tal perspectiva se identifica con la base monetaria. De no mediar el advenimiento de los bancos, esa base monetaria es igual a los medios de pago, es decir que para financiar las transacciones, si no existieran los bancos sólo hay 200 monedas. ¿De acuerdo?

–Sí.

–Fijate cómo ahora te hago expandir los medios de pago. El banco, en vez de guardar las 100 monedas en su cofre, presta 90 y sólo atesora 10. Encontrarás que en la calle hay 190 monedas y no 100 para las transacciones. Pero puede ocurrir que los artesanos que recibieron esas 90 monedas retengan 20 y vuelvan al banco para depositar 70, de las cuales el banco prestará 60 y así sucesivamente. Haciendo un corte encontrarás que si la economía contaba con 200 monedas de oro de base monetaria, por acción del banco esa cifra subió a 250 monedas en medios de pago. Las 50 de diferencia son el dinero creado por el banco. ¿Lo ves?

Quieto fijó la mirada en el papel y asintió con la cabeza. Graiver, entusiasta, siguió explicando:

–En el balance del banco esto se ve así... Y notó que la base monetaria es siempre las mismas 100 monedas... –y escribió.

<i>Después de la primera operación</i>			
ACTIVO		PASIVO	
Disponible	10	Depósitos	100
Créditos	90	—	
TOTAL	100	TOTAL	100
<i>Después de la segunda operación</i>			
ACTIVO		PASIVO	
Disponible	20	Depósitos	$100+70=170$
Créditos	$90+60=150$		
TOTAL	170	TOTAL	170

–No te abrumo más con números y papelitos. Esto es perogrullo, pero desde que un profe de derecho comercial me lo explicó, me di cuenta de que sin bancos jamás podía crecer. El profe aquel se llama Rubinstein y hoy es mi mano derecha. “Negro”, bienes materiales sin finanzas son fortuna estancada. Tener bancos implica disponer de ese plus en medios de pago, orientándolo para donde vos querés. Por supuesto que no podés disponer a capricho y extender el mecanismo como un chicle. Están los encajes que te fijan las autoridades monetarias para impedir el abuso de esta facultad de los bancos, evitando que estos tiendan a sobreexpandirse. Me refiero a la relación entre depósitos y préstamos que estás obligado a respetar según el monto de capital de que dispongas. Pero lo cierto es que la creación de dinero existe y los dividendos son enormes. Y esto no tiene fronteras. Por eso me largo al exterior. Estoy comprando bancos en Tel Aviv y Nueva York y fundando otro en Bruselas. El Comercial de La Plata y el Hurlingham ya no me alcanzan. Mi “OPM” tiene que ser multinacional. Si no, ¿de dónde querés que saque los créditos para Papel Prensa y Bristol Center? Si se quieren asociar, están invitados.

La mirada de Graiver encontró la sonrisa cómplice de Quieto.

–Justamente venía a comunicarte que estamos dispuestos a darte en inversión un buen toco de “Mellizas”.

–¿Cuánto?

–14 palos...

Graiver lo miró de reojo y siguió el diálogo como si la suma mencionada fuera un número más.

–¿A qué plazo y cuánto pretenden de interés?

–Te prestamos ese capital para que te consolides en lo económico. Es también una apuesta política a tu toma del

poder en la CGE, y al futuro, si alguna vez somos gobierno. Vos sos un liberal a quien le disgusta la dependencia. Ese punto de contacto nos permitirá seguramente profundizar una alianza política. Si la suma te apetece, sugerinos fechas o formas de devolución, lo que podrá ser rediscutido. En cuanto a las tasas, te escuchamos...

–La suma me interesa. Les ofrezco el 9,5 por ciento anual, que está por encima de lo que paga cualquier plaza internacional. En cuanto a la devolución, les propongo documentar la operación en papeles renovables anualmente.

–Me parece bien –concluyó Quieto alineando sobre un plato y en circulo las medias conchas de las ostras.

–¿Dónde tienen la guita, debajo de los colchones? –preguntó Graiver acercándole la salsera.

–No. Recién la estamos por empezar a cobrar. La invertiremos fuera del país. La tenemos casi toda prometida. Según nuestros cálculos, quedaban los 14 millones que acabás de aceptar, y es ahí donde entrás vos también en el cobro.

–¿De qué forma?

–Como esa suma va para tus bancos, debés proponernos un sistema que nos permita recibir los verdes de los Born, cortar los rastros, y traspasártelos, obviamente no en la Argentina.

–Ningún problema. Eso se arregla en Suiza.

Las ostras nadaban en los elixires dominados por el ajo, sumergidas en el líquido del vino blanco y el aceite de oliva. La inversión financiera más curiosa e incierta de la historia argentina de los “años de plomo” se arreglaba con una ligereza insospechada, regada con el mejor blanco de Bianchi.

–¿Cómo vas a hacer para legalizar 14 palos de un solo saque?

La respuesta de Graiver, que se fue por las ramas del mundo financiero, duró casi todo el resto de la comida. Para hacerla comprensible, “Dudi” consideró oportuno explayarse.

Escuchando en silencio, Quieto dejó que David le hiciera café y lo agasajara con un Cohiba. Su aroma le hizo recordar la primera vez que había fumado uno, cuando el gobierno de Cuba socialista lo había acogido como exiliado después de fugar de la cárcel de Rawson, en agosto de 1972.

La vitola del habano que Graiver obsequiara a Quieto estaba dedicada a José Gelbard. Era un regalo personal de Fidel Castro. Pero como el austero tiburón de la CGE no consumía puros, se los pasaba a su lugarteniente. David mostraba como un trofeo aquellos cigarros. La ironía del gesto profetizaba la venida de un tiempo para separarse de quien lo había prohijado en los negocios y en la política. Graiver se reía así de sí mismo, de su dependencia de Gelbard y de cómo, despiadadamente, le socavaría el poder que le quedaba. No sólo le fumaría el tabaco. Le arrebataría la CGE y lo pondría bajo su férula, induciéndolo a invertir capitales en su planetaria aventura bancaria.

Graiver especificó que un tercio del dinero que circula en el mercado financiero internacional es negro. No está declarado oficialmente en ningún lugar, el origen se ignora, son desconocidos sus verdaderos propietarios, porque se hallan enmascarados detrás de compañías de imagen honorable. David explicó que esto ocurría por las intrínsecas necesidades de la competencia en el mercado capitalista y no por ocurrencia individual de nadie. Para esconder semejante masa de capitales hacía falta lo que Graiver etiquetó como “instrumentos”, esto es sociedades especializadas que detrás de una fachada de respetabilidad garantizaran las

tres condiciones para participar en las contiendas financieras del siglo: anonimato o secreto, seguridad y evasión fiscal. Estas compañías se gestan en los llamados “paraísos impositivos”. Los monopolios recurrían a ellos ante la imposibilidad de violar las leyes de sus propios países.

Para concretar esta especie de legalización de la trampa y mantener el ritmo de crecimiento inmanente al imperialismo económico, sus administradores han explorado Estados independientes, pero insuficientemente desarrollados, con cuerpos legales insignificantes, y carentes de convenios impositivos con otros países. En esos paraísos debe imperar la libre convertibilidad de divisas y monedas estables, y ofrecer reglas fiscales benignas para capitales extranjeros en busca de refugio. En tales países se permite realizar lo que es imposible hacer en las grandes economías industrializadas, con normas legales extendidas y sofisticadas. Graiver ejemplificó que los estados preferidos habían sido próximos a los intereses imperialistas, lo cual propició dictarles nuevas leyes, adecuadas a las necesidades de la competencia financiera. Puso el ejemplo de Panamá, cuyas leyes bancarias y de sociedades anónimas habían sido prácticamente redactadas por el clan Rockefeller casi cuarenta años antes.

Estas sociedades, cuyos dueños aparentes son lugareños, por lo general empleados de los grandes bufetes de abogados –aunque sus verdaderos propietarios sean extranjeros en cuyo poder está el paquete accionario anónimo– no deben rendir cuentas ni declarar al Estado sobre operaciones teleguiadas por ellos desde fuera de las fronteras del país dentro del cual la sociedad está inscrita, por más que todo se administre en oficinas del citado país. Semejantes situaciones, afirmó David, se observan para con las sociedades anónimas de Luxemburgo, Liechtenstein, Bahamas, Panamá y Andorra.

Panamá era la plaza preferida de Graiver, con sus 123 bancos internacionales, plaza donde diariamente se constituían doscientas sociedades de ese tipo.

Cualquiera de estas –con agentes registrados a sueldo en los países de nacimiento, pero a las órdenes de sus verdaderos suscriptores en los puntos más distantes del globo, con capitales declarados según las apariencias que se quieran guardar, denominadas con palabras o abreviaturas en el idioma que se prefiera– están facultadas para abrir cuentas cifradas sobre todo en el exterior. Y pueden hacerlas comprar, prestar, adquirir, recibir o ceder fuera de sus fronteras, aunque se las manipule desde dentro de ellas, para lo cual no existe ningún tipo de restricción, rendición de cuentas o declaraciones de impuestos, pudiendo facturar sin imposiciones a la renta.

David recalcó que esas tractaciones se efectúan desde despachos establecidos en los mismos estudios de abogados que fundaron esas sociedades fantasmas, sin que las mercaderías o los capitales pasen verdaderamente por el país desde donde se opera. El no pensar en otra cosa que en la ganancia llevaba a facturar la venta de mercaderías o el préstamo de capitales por una suma mayor de la que se había pagado por las mercaderías u obtenido en crédito los capitales concernidos. Es decir que se podían convertir desde esos paraísos del secreto y la evasión, el comercio entre Sudáfrica y Canadá o créditos financieros de las Islas Cayman a Grecia, sin que las enormes diferencias que se facturaban fueran objeto de control alguno, ya que las operaciones en cuestión acontecían en el exterior del país que las enlazaba, permitiendo de ese modo dar entrada o salida al dinero negro.

–Lo sencillo es lo difícil, “Negro” –apuró Graiver, tratando de aproximar el fin de la exposición-. Desde ignotas oficinas

–reseñó– que actúan bajo tus órdenes, se pueden urdir acciones que surtan efectos en el exterior de sus países sin que nadie pueda meter las narices. Si desde Panamá yo les vendo a los españoles, nadie tiene por qué saber a quién le compré y a cuánto. Si desde Andorra yo le presto a Ginebra, nadie se entera de dónde provino el capital. Consumarlo y pagar los servicios de los instrumentos que te posibilitan hacer aparecer o desaparecer capitales, cuesta chirolas, en relación con los dividendos que generan. Como los abogados que producen todo eso usufructúan jugosas comisiones, nadie pregunta nada ya que la buena fe es la divisa. Salvo que te metas en el crimen, el secreto está asegurado. Lo sencillo es lo difícil –repetió David– pero, ojo, sólo los imbéciles piensan que es fácil. Así que, imagine... a los 14 palos les armaremos un origen blanco como la nieve. Luego documentaremos todo y lo pondremos en seguridad fuera del país.

Graiver siguió.

Dijo que esos “instrumentos” manejados entre bastidores por dueños no declarados, permiten operar en el mercado financiero internacional penetrando las entidades, sean bancos, las financieras o los intermediarios, los *brokers*, los corredores de bolsa o los *money desk*. Agregó que la plata sucia está siempre oculta, no en las cajas fuertes sino en el mar de los millones que pueblan el mundo del dinero. Esas entidades unen a las partes que negocian en las finanzas o en el comercio. Inducen gobiernos, captan depósitos y bucean mercados. Se vinculan con la dirigencia económica, persiguen información y almacenan conocimientos que no están a disposición del ciudadano corriente. Graiver poseía los dos brazos de la tenaza: bancos y sociedades fantasmas, o sea entidades

e instrumentos. Se sentía el dueño del saber, y con los capitales montoneros saldría a conquistar el mundo.

Eufórico, David levantó la taza de café vacía y buscó el brindis.

–¡Perón o Suerte!...

Quieto le hizo el juego con un interrogante. En vez de “Venceremos”, contrapuso:

–¿Nos veremos?

Sin embargo no se verían muchas veces más. A Quieto iban a secuestrarlo el 28 de diciembre de 1975, en la playa La Grande de San Isidro, mientras pasaba una tarde con su familia. Ya se vio que indudablemente por razones complementarias los mismos autores se librarían de David Graiver escasos seis meses después. Aquellos dos hombres encarnaron, esa mañana en San Isidro, la excepción que confirma la regla: detrás de las vacilaciones siempre está la muerte. Ninguno de los dos vaciló en armar aquel negocio político-financiero que acarrearía los mataran.

Antes de irse, Quieto quería replantear el problema de la inversión desde otro ángulo. No anduvo con rodeos:

–Que te prestemos ese fangote de guita es tu venganza sobre la guerrilla que secuestró a tu hermano, por más que sepas que nosotros no fuimos.

David se dio cuenta de que el “Negro” pretendía hurgar en lo profundo de sus motivaciones.

–Escuchame. Ustedes son tanto o más guerrilleros que las FAL, pero yo sé diferenciar la izquierda no peronista del peronismo. Y una cosa fue la lucha contra la dictadura y, otra, el enfrentamiento con el gobierno justicialista. Además, no te olvides de que yo no les fui a pedir nada...

–Justamente por eso. Tu habilidad podría estar en no pedir, sino en que te lo ofrezcamos. Vos apostaste a nosotros un año atrás y ahora viene la retribución.

–¡Eh!, no me crearás tan maquiavélico. Yo he sido franco con ustedes. Los busqué por la política, no por la guita. Y acordate de que cuando empezamos a reunirnos, ustedes eran unos secos.

–Es verdad –aceptó Quieto, esbozando una mueca que podía interpretarse de complicidad en torno a una incógnita, invitando a la confidencia.

David enmudeció. Se fue, levantando los platos de la mesa. Fugazmente reinó silencio. A Quieto le quedaba otra duda y Graiver no se le escaparía.

–Cuando hicimos el banco de 17 y 70, ¿qué pensaste?

–Igual que con lo de Isidoro. En esa época yo estaba con la dictadura y tenía guita.

–No te habrás tragado lo que sacaron los diarios, que disparamos a mansalva sobre los guardias.

–No. Los empleados me explicaron lo que pasó.

–¿Qué te contaron?

–Domingo Muñoz, el gerente, narró que una mujer embarazada pidió pasar al baño y cuando volvió tenía el vientre deshinchado y traía una ametralladora, y que los policías se resistieron.

–Fue así.

–¿Vos estabas?

–Sí.

–Algunos dijeron que ustedes balearon por la espalda al cana que estaba en la ochava, y al que permanecía adentro le dispararon sin instarlo primero verbalmente a deponer las armas.

–Eso es una infamia. Uno de los policías estaba en la puerta y el otro adentro. Dos parejas de compañeros se en-

cargaron de reducirlos. Mientras uno los encañonaba, el otro les manoteaba las Uzi. Pero esos pelotudos no las querían soltar. Forcejeaban como desafortunados... Y no eran canas rasos, sino suboficiales. Al fin hubo que tirarles. “José” Olmedo hirió al cana que después murió. No te digo el nombre del que disparó contra el otro, que salvó el pellejo, porque está vivo y es legal. Nosotros nunca hemos matado al pedo, de eso podés estar seguro. Y siempre asumimos públicamente las operaciones.

Quieto sostuvo el dedo tieso apuntando al mentón de Graiver.

David lo sintió como una advertencia respecto del pacto que venían de sellar. Si Graiver no cumplía lo estipulado, estaban las armas.

“Dudi” no se amilanó.

–Menos la de Rucci.

–Bueno, vos sabés cómo fueron las cosas con Perón. Ya lo hablamos.

Quieto se levantó, cortando la densidad ambigua del clima que rodeaba la charla. Era hora de irse. Consideró que Graiver había acusado recibo del mensaje que acababa de pasarle. Agradeció las ostras y el Cohiba. Indicó que “Ignacio”, jefe de finanzas, lo contactaría durante la semana y celebrarían una reunión para el traspaso de los 14 millones de dólares.

Salieron juntos a la cochera. No hubo testigos.

–“Negro”, cuidate, la puta que te parió...

–Vos seguí haciendo guita y portate bien.

El Fiat 1500 de Quieto se alejó lentamente. David lo vio irse desde el jardín. Ensimismado, caminó entre los rosales. Se estaba por comer el plato frío de la venganza. Quieto tenía razón.

Como si el influjo de un agente externo a su servicio hubiera dispuesto las circunstancias: lo que no había funcionado con las FAL había salido con los Montoneros.

Después del secuestro de Isidoro le suplicó a un ex compañero de facultad, que imaginó estaba próximo de los raptos, que les llevara un mensaje.

–Deciles que soy un buen perdedor pero como se les va a poner peliagudo invertir semejante suma, me ofrezco a manejarla para ellos. Nadie les va a pagar más intereses que yo... Y devolvérsela, se la voy a devolver cuando ellos quieran. Porque yo, con los ferreteros, no juego.

Las FAL no aceptaron.

David cobraría la afrenta a los Montoneros dos años después. Graiver era un financista, si cedía plata era para ganar más. Los Montoneros pagaban por las FAL. Ellos habían venido a él, aunque Quieto le dio claramente a entender que a los documentos de la inversión los custodiaban las armas.

La treta de ceder, aparentando pagar una deuda para que después el acreedor le confiara el dinero en inversión, no era nueva. Graiver la había aplicado hasta el cansancio. Hasta con su ex esposa, Susana Rotenberg, quien para firmarle el divorcio le pidió 450.000 dólares. David se los dio a condición de que los invirtiera en sus bancos. La mujer accedió.

Susana Rotenberg no vería nunca más aquel dinero. Restaba saber si con los millones montoneros pasaría lo mismo.

* * *

Carlos “Ignacio” Torres dormía profundamente. A 12 mil metros sobre el Océano Atlántico, el vuelo 937 de Iberia, que unía Buenos Aires con Madrid, rasgaba la medianoche.

El jefe de finanzas de los Montoneros embarcó en Ezeiza a las 17 y 55 de aquel jueves 12 de junio de 1975. Descendió en Barajas el viernes a las 10 y 20.

Su compañero, Jorge “Antonio” Salazar, del servicio internacional de Montoneros, lo aguardaba en la capital de España desde hacía tres días. Viajó dos semanas antes, vía París. Se adelantó para concertar contactos y verificaciones de terreno que permitirían cobrar los últimos 14 millones de dólares del rescate de los Born.

Los vuelos fueron precedidos por dos reuniones Graiver-Montoneros en la quinta que alquilaba David en San Isidro. Sobrevinieron en la quincena previa al 28 de mayo de 1975, cuando este abandonó la Argentina para afincarse en Nueva York. “Dudi” estuvo acompañado por Jorge Rubinstein. A Roberto Quieto lo secundaban “Ignacio” y “Antonio”.

Las negociaciones con Jorge Born padre habían sido arduas. Al anciano director general de la primera transnacional argentina lo caracterizaba la terquedad. No estaba acostumbrado a tratar en desventaja, siempre imponía sus condiciones desde la altura. Así absorbió centenares de empresas más pequeñas que las suyas, doblegando despóticamente a la competencia. Tenía por segunda piel arrebatar exenciones fiscales y preferencias en licitaciones, forzar audiencias con el presidente de la Nación aunque no fuera imprescindible, sobornar a políticos y militares.

Los Montoneros empezaron pidiendo 100 millones de dólares. El primogénito intervino al cuarto mes del regateo. No bastaron misivas con vaguedades sobre el buen tratamiento que recibían pero que agregaban que iban a exterminarlos si no acataban la sentencia montonera. Convenció a su arisco progenitor con una larga cinta grabada reconociendo que pagar 63.600.000 dólares –60 de ellos al contado,

el resto en mercancías a distribuir en los barrios pobres– no afectaba el circulante de la firma. Juan Born no podía mediar. Enloquecía en el aterrador encierro.

Puesto al tanto por Jorge III sobre la cifra factible, el convenio se abrochó cuando Jorge II –predispuesto a desembolsar sólo 10 millones de dólares– se enteró de que Juan no reconocía más a su hermano. La cura psiquiátrica que los Montoneros le brindaban en cautiverio no lo sacaba del pozo de un autismo progresivo. Se acordó que al efectuarse el pago de la mitad del rescate, Juan Born recuperaría la libertad. Ello ocurrió el 23 de marzo de 1975. Su hermano saldría a la calle el 20 de junio de 1975, una vez completada la totalidad. Sería la última entrega del folletín, de la que se encargaría Mario Eduardo Firmenich en la conferencia de prensa que le costara, doce años después, una condena a treinta años de cárcel.

Las relaciones entre Jorge Born hijo y Roberto Quieto en la “cárcel” de Martínez tuvieron su miga. Born mantuvo una moral de hierro durante los nueve meses de cautiverio. No arrió banderas ni se desdijo en ningún momento. Expuso sin pasión sus planes económicos, no tuvo necesidad de adaptar su escala de valores a la situación límite. Hablaba sin empacho: las prácticas oligopólicas eran parte de las reglas del juego; el cohecho a los gobiernos de turno, nimiedades en un Estado anacrónico e inadaptado a la evolución mundial de la economía. Mientras no se lo reformara no cabía otra conducta si no se quería retroceder ante la competencia privada.

Las universidades norteamericanas habían desarraigado el antiperonismo de los genes de Jorge Born III. El visceral odio al justicialismo de su padre cedió lugar a ideas más astutas para edificar un capitalismo de riesgo,

innovador, que cerrara definitivamente el camino al socialismo. Pero para eso había que juntar a los asalariados con la patronal en un pacto social. Y la clase obrera era peronista, reconocía Born.

Numen de la propiedad privada, Jorge Born hijo preconizaba pasar del Estado benefactor al Estado conductor, adjudicándole la función política de dirigir el proceso de acumulación y desarrollo. Este debía centralizar las decisiones macroeconómicas, encarrilando las inversiones del sector privado en las que debía darse la prioridad a la petroquímica y la agroindustria. En cascada venía el resto: reestructuración del sistema tributario, privatización de casi todas las empresas estatales, reorientación del gasto público, disminución del déficit fiscal, aliento a las exportaciones y restitución del nivel de consumo interno, promoviendo la industria y mejorando salarios. Estas condiciones terminarían por desburocratizar la administración, domando la inflación sin caer en la recesión, absorbiendo el desempleo, y permitiendo una negociación ventajosa de la entonces insignificante deuda externa.

No obstante la espina dorsal del crecimiento se asentaba en el agro, que debería multiplicar su productividad. Jorge Born maldecía a la oligarquía por perezosa. Decía que si fuera gobierno fijaría cuotas de producción de la tierra, y que si las viejas familias propietarias no cumplían, había que expropiarlas. Ofreció como ejemplo sus estancias, poseedoras de un rendimiento superior a cualquier unidad agricolganadera del mundo. Born aseguraba que la mayoría de los dueños de la pampa húmeda se contentaban con explotar la parte de sus campos imprescindible para irrigar sus alicaídas fortunas. Esos mismos propietarios colocaban los excedentes en el mercado financiero pero no los reinvertían

en la producción. El país no entraba en los planes de ese sector. Había, por lo tanto, que imponérselo por la fuerza.

Para Quieto aparecían en el debate puntos interesantes. Esa cierta voluntad antioligárquica y el desarrollo de la clase obrera en el marco del subdesarrollo, de confirmarse en los hechos, terminarían entrando en contradicción con la dependencia, y eso no podía desaprovecharse. El control del comercio exterior constituía el gran desacuerdo. El guerrillero defendía la doctrina peronista del monopolio del Estado en la materia, para de esa manera acrecentar sus recursos y decidir sobre la distribución social de las riquezas. El peronista quería hacerla a favor de los desposeídos. La patronal sólo pensaba en las ganancias de las empresas privadas y en servirse del Estado, absorbiendo subsidios, acaparando contratos y evadiendo impuestos. Esa discordia afectaba a un aspecto central de las discusiones: la propiedad de los medios de producción, aunque los dos sabían que eso era temática de la política, y que, en consecuencia, no se resolvería en el papel ni en las conversaciones, sino sobre el terreno y en virtud de la relación de fuerzas.

—Con un gobierno de programa nacionalista revolucionario ustedes van a aflojar. Entre que les expropian todo y poner su propio plan al servicio del Estado y no de la empresa privada, tendrán que ceder. Un IAPI al revés es impracticable con auténticos peronistas en el poder —anunciaba Quieto.

Born abrió los ojos en aquellas charlas. Quieto no era un marxista inflexible y su concepción del socialismo tenía un grado de apertura hacia la economía mixta y el pluralismo político que jamás había esperado en un guerrillero. Born sustentaba que la proyección internacional de la Argentina en los rubros de la alimentación, donde podía ser

competitiva, permitirían el despegue y la recuperación del puesto de 8ª potencia mundial que ostentara en los años 20. Decía que la mundialización de la economía borraría las fronteras ideológicas, acarreado la pérdida de consistencia para las teorías de la dependencia y la dominación neocolonial, caras a la izquierda y la guerrilla. Si esta no se encerraba en el dogmatismo, en la eventualidad de hacerse con el poder terminaría entendiendo que tales teorías marchaban a contramano de la realidad y que la privatización de la economía no era necesariamente antipopular. Born imaginaba a la Argentina como el Canadá, otro país agricultor con el que mantuvo paridad de fuerzas a principios de siglo. Canadá sería pronto la sexta potencia mundial, mientras la Argentina caería por la pendiente hasta el puesto 37, sin que su potencial económico y geodemográfico hubiera disminuido.

Born y Quieto quedaron en volver a conversar si alguna vez la guerrilla participaba en un gobierno. La ocasión no se dio porque los Montoneros, como tales, no entraron en ninguno y porque las concepciones “burguesas” de Quieto fueron derrotadas por las “clasistas” de Firmenich y Roberto Perdía cuando en octubre de 1975 se decidió la fuga hacia delante y la provocación del golpe militar. Vencido, sin motivaciones, Quieto planteó para esa fecha abandonar la conducción nacional de la guerrilla pero sus colegas no lo dejaron.

Se pudo ver, sin embargo, que donde hubo fuego, quedaron cenizas. El “Plan B.B.” –las “Mellizas” del presidente Carlos Saúl Menem– guardó en 1989 cierta coherencia con lo que pensaba su principal patrocinador quince años atrás. En 1989, Born era titular de un holding que dirigía 89 empresas argentinas, aunque el país no era la de tres lustros atrás.

Pero en ciertos aspectos, una cosa parece explicar la otra. No fue casual que Bunge & Born haya asumido en 1989, como nunca antes, una responsabilidad tan relevante en la dirección de la economía nacional durante un gobierno justicialista.

En otro aspecto, aquello de 1974 riñe con lo de 1989. Los miles que apelaron a la violencia pensando en una sociedad distinta no tenían nada que ver con algunos combatientes de izquierda para los que Jorge Born pidió a Menem “una amnistía amplia y total”, instando a “mirar hacia el futuro”. Estos “combatientes” en lugar de examinar crítica y autocríticamente los errores que precipitaron el exterminio de los revolucionarios, prefirieron escapar por el atajo de la “teoría de los dos demonios” en el altar de las “misas de reconciliación”, haciendo la “V” de la victoria con los dedos al ser indultados.¹

¹ El ahondamiento de la crisis económica ocasionada por el gobierno de Carlos Menem produjo el derrumbe de pequeñas y medianas empresas y el debilitamiento de algunos grandes grupos, como Bunge & Born, que debió vender algunas de sus compañías industriales. En ese período Jorge Born se asoció con el ex montonero Rodolfo Galimberti, fundando Hard Communications, una agencia policromada que hizo fortuna mediante líneas telefónicas especiales que les acordó el gobierno menemista y concursos de beneficencia en el programa de la actriz y presentadora Susana Giménez. Pero el 12 de febrero de 2002, Rodolfo Galimberti fue abatido de un síncope cardíaco. Falleció sorpresivamente en una clínica de Buenos Aires a los 53 años. En su primera edición este libro le negó su participación en el secuestro de los hermanos Jorge y Juan Born, una versión que el difunto divulgara vanamente en el ocaso de su vida, como lo difundiera la revista *Noticias* del 21 de septiembre de 1996. Sin embargo, Galimberti nunca rebatió lo aquí publicado, ni ante sus biógrafos, los periodistas Marcelo Larraquy y Roberto Caballero, en *Galimberti, de Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2000.

Pero en 1974, y vencidas las reticencias iniciales, las negociaciones entre Jorge Born padre y Quieto las efectuaron, cara a cara, Gregorio Roigatich, un presunto croata de confianza del primero, y Carlos “Ignacio” Torres, en nombre del segundo. La multinacional entregaba semanalmente remesas de 4 a 7 millones de dólares.

El deterioro psicofísico de Juan Born adelantó su liberación cuando ya se habían transferido 25 millones de dólares. El sistema se repetía sin cesar. Roigatich y Torres se encontraban a almorzar en parrillas del Gran Buenos Aires. Después de comer, el montonero nuevamente cargaba en su auto la valija con los dólares.

“Ignacio” había acondicionado el baúl del Falcon forrándolo con un tejido de alambre de cobre que interceptaba las temidas emisiones de un transmisor miniaturizado que los Born podían deslizar entre los fajos de billetes para desencadenar un seguimiento electrónico a distancia.

La compañía Bunge & Born recolectaba el dinero en los Estados Unidos y Europa. Los billetes de 100 y 50 dólares entraban a la Argentina de la mano de emisarios. El gobierno de Isabelita Martínez lo sabía pero hacía la vista gorda hasta que un fusible entró en cortocircuito. Los integristas de la Fuerza Aérea, que controlaban la policía de los aeropuertos, hicieron la zancadilla. El 25 de marzo de 1975 en Ezeiza hubo un tumulto de “civiles” con lentes ahumados y cabellera cortada al rape. “Descubrieron” que cuatro empleados de Bunge & Born provenientes de Zürich traían en sus maletines 4,8 millones de dólares en billetes de bajo valor.

El incidente se arregló rápidamente. La fortuna fue restituida. Los cuatro empleados ni siquiera pasaron por una comisaría. Para salvar las apariencias, cuando Celestino Rodrigo reemplazó a Alfredo Gómez Morales en el Ministerio

de Economía, se promovió una “amplia investigación”, llegando a labrarse un sumario el 23 de junio de 1975. El expediente se pudrió en los anaqueles de algún juzgado.

La peripecia coincidió con el tramo final del pago, en cuyo prelude Quieto armonizara la inversión con Graiver.

Por conveniencia de este y para cambiar el sistema de “indemnización” en un país que se había puesto peligroso, “Ignacio” Torres arregló con Roigatich limitar los desembolsos a 5 millones de dólares, espaciándolos quincenalmente. La culminación del traspaso se efectuaría en una sola operación en el exterior por 14 millones de dólares, coincidiendo todos que Ginebra era el sitio adecuado. En Suiza es libre la conversión de divisas, su exportación o importación están autorizadas, impera el secreto bancario, la evasión fiscal o las transgresiones a los códigos cambiarios fuera de sus fronteras no configuran una infracción, existen las cuentas cifradas y se movían diariamente 120.000 millones de dólares en transacciones. Para los lingüistas, Ginebra quiere decir el lugar de donde manan las aguas. Para los Montoneros, manarían los dólares finales del secuestro del siglo.

En Madrid, los pasaportes falsos que sirvieron a Torres y Salazar para salir de la Argentina –y que deberían utilizar para volver a entrar– quedaron a resguardo de amigos políticos que los Montoneros poseían en el PSOE (Partido Socialista Obrero Español).

Munidos de nuevas identidades especialmente preparadas para la acción en Ginebra –que ellos mismos llevaron en los dobles fondos de sus maletas– el tándem montonero viajó a Barcelona en el tren nocturno del viernes 13.

En la capital catalana tenían cita con Luis Vidal, un profesor argentino que ejercía la cátedra de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Nanterre, Francia. Se

trataba de un viejo amigo de Carlos Olmedo, con quien intimara en el mayo francés del 68, en la época en que el fundador de las FAR estudiaba epistemología. Vidal quedó ligado al núcleo inicial de esta organización tras la muerte de Olmedo en Córdoba, en el “combate de Ferreira”, el 3 de noviembre de 1971. En sus regulares viajes a la Argentina conoció a Quieto, Marcos Osatinsky, Marcelo Kurlat, Arturo Lewinger y Alejo Levenson.

Vidal los esperaba en el Hotel Montecarlo, un 3 estrellas en la Rambla dels Estudis 124. “Antonio” Salazar lo buscó cuando llegó de Buenos Aires, preámbulo de que fuera a reunirse con Torres en Madrid. Convinieron en que volara a Barcelona el viernes 13 y que en España alquilara un Citroën CX en cuanto llegara. Ese mismo sábado 14, los tres salieron para Ginebra. Almorzaron en Figueras aprovechando para deleitarse con un paseo por los pasillos circulares del Museo Dalí.

Luego retomaron la A17, la autopista del Mediterráneo. En Le Perthus traspusieron la aduana entre España y Francia. Pasaron sin rellenar formularios, principal razón por la que habían elegido viajar en auto y no en tren o avión. Consumieron toda la tarde y parte de la noche para hacer los 643 kilómetros hasta Ginebra. Por las autorrutas A9, A7 y A42, cortaron Francia en diagonal. Pasaron por Perpignan, Montpellier, Orange, Valence y Lyon. Sobre las 23 de ese día desembocaron en la aduana de Perly, al sur de Ginebra, por donde entraron a Suiza sin dejar ninguna constancia escrita.

En la ciudad de Calvino, “Ignacio” y “Antonio” se alojaron en hoteles diferentes. No bien los dejó Vidal volvió a traspasar la frontera, pero por Ferney-Voltaire, al norte. Se adentró unos 17 kilómetros en Francia, instalándose en el

Hôtel Beausejour, donde le reservaron una pieza. Allí esperaba a que el cobro se efectuara, simulando vacaciones termales en las famosas piletas de Divonne-les-Bains. Si los montoneros debían escapar en emergencia, buscarían refugio en Francia. Vidal guardaría en reserva dos pasaportes falsos más de “Ignacio” y “Antonio”. Podía pasárselos y llevarlos a París en auto. Allí sería más sencillo esconderlos.

“Ignacio” se inscribió en el Hôtel du Rhône como Víctor Vitar Smith. “Antonio” como Carmelo Cañete, pero en el Hôtel Penta. Ambos figuraban como argentinos, comerciantes, en viaje de turismo; no tenían nada que ver el uno con el otro.

Los hoteles fueron reservados por “Antonio” desde París. Los seleccionó porque el de “Ignacio” se encontraba en el centro de la ciudad, a orillas del Ródano, y poseía estacionamiento subterráneo, elementos determinantes para efectuar el traspaso de 14 millones de dólares. En cambio el de “Antonio” se situaba hacia las afueras. Podía servir como base para huir hacia Francia si la brigada de los servicios secretos helvéticos que se ocupa de delitos financieros detectaba la operación.

Los roles de “Ignacio” y “Antonio” eran complementarios. El primero se encargaba de asegurar el cobro contactándose con Roigatich, ya en el Hotel de la Paix, frente al lago Lemán. “Antonio” estaría en relación con Jorge Rubinstein quien, a posteriori, iba a recibir el cargamento en nombre de David Graiver en Bélgica, después de verificar en Ginebra que el rescate estaba “limpio”. Roigatich y Rubinstein carecían de razones para conocerse. “Dudi” seguía los acontecimientos desde su piso en la Quinta Avenida de Nueva York. Todavía no había abierto oficinas privadas si bien ya era propietario del Century National Bank

y se hallaba en gestiones para adquirir el American Bank and Trust. Quieto continuaba en Buenos Aires.

Las fugas de Ginebra a Francia no son dificultosas. Se puede pasar por el lago Lemán utilizando embarcaciones que se alquilan sin dar mayores explicaciones, ruta utilizada por la resistencia antinazi entre 1939 y 1945. Pero más fácil es por tierra. Observando los mapas se ve que el minúsculo Cantón de Ginebra es una especie de enclave entre la Saboya y la Ain francesas. Hay 52 puestos fronterizos. La mayoría no tiene vigilancia nocturna. Vidal conocía bien la zona pues iba a menudo a Suiza, como profesor invitado a las universidades de Lausana, Friburgo, Neuchâtel y Ginebra, donde la enseñanza se imparte en francés.

Un cruce de emergencia era considerablemente simple. Numeraron los puestos fronterizos por si había que coordinar un encuentro furtivo. En ese caso Vidal podía entrar a Ginebra por una aduana determinada para verificar el emplazamiento de controles. Al encontrar uno sin guardia debía telefonar a Antonio” Cañete al Hôtel Penta, quien con “Ignacio” pirarían de inmediato por ese rumbo. En contrario, si todos los pasos estaban clausurados o con retenes, quedaba el recurso del cruce a pie. El espacio adecuado se situaba entre las comunas rurales de Peissy, Satigny, Chouilly y Bourdigny, que ocupan la zona vitivinícola de Le Mandement, a 12 kilómetros del centro de la ciudad de Ginebra. Allí la frontera se traza entre unos bosques donde crecen sabrosos hongos. No hay alambrados, y en media hora de caminata se gana la ruta departamental 984, que une Divonne-les-Bains con Collonges, pasando por Gex, Saint-Genis y Pouilly, los caseríos franceses más poblados de los alrededores. Vidal podía acechar circulando por la ruta hasta verlos aparecer. Su hotel estaba a unos 15 kilómetros de distancia.

Rubinstein se hospedó en el Hôtel des Bergues, frente a la desembocadura del Lemán en el Ródano. Aterrizaba de Bruselas, Venía de crear seis cuentas numeradas en distintos bancos belgas, a las que irían a parar los 14 millones de dólares, previo depósito y transferencia desde las cuentas que abriría “Ignacio” en Ginebra.

“Víctor Vitar Smith” inauguró dos cuentas el lunes 16 por la mañana. La 477-795-60 9 (100) en la Union des Banques Suisses y la 127023 en el Crédit Suisse. Allí debían depositarse los dólares de los Born, para luego rebrotar en Bruselas, donde Rubinstein se los pasaría a David Graiver.

“Ignacio” sabía de antemano en qué hotel debía buscar a Roigatich a partir del domingo 15 de junio. Este no tenía idea de dónde estaba el montonero y con qué identidad se protegía. Tampoco sabía que “Antonio” lo secundaba. Mucho menos que Rubinstein y Graiver determinarían el destino final de los dólares hacia Nueva York, sin tocar la BAS de Bruselas.

El lunes 16, por la mañana, Roigatich recibió un sobre de “Ignacio” en la recepción del Hôtel de la Paix donde lo había dejado un mensajero del Penta.

Gregorio Roigatich salió del hotel esa tarde. Cruzó la Avenue du Mont Blanc y torció hacia la izquierda internándose en el Pont des Bergues, el segundo puente que cruza el Ródano después de la desembocadura del Lemán. A mitad de camino, del puente sale otro que une con una pequeña isla que lleva el nombre del más eminente ciudadano de Ginebra, Juan Jacobo Rousseau, preconizador de las ideas de igualdad que fermentarían en la Revolución francesa de 1789.

La islita es una antigua fortaleza de defensa de la costa del lago transformada en parque con canteros de césped,

álamos y largos asientos de madera para los paseantes. Es un paraje de calma en el esternón de una ciudad de vida ajetreada, que algunos jóvenes aprovechan como punto de reunión para fumar marihuana o hachís. Un bar al aire libre ocupa la *rive gauche* de la isla. En las orillas alborotan cisnes y gaviotas.

La tarde era radiante. La vista espléndida. Frente al lago más caudaloso de Europa, un surtidor que propulsa 500 litros de agua por segundo a una velocidad de 200 kilómetros por hora, trepando hasta los 146 metros de altura, ocupó los primeros comentarios ginebrinos de Roigatich y Torres. Las embarcaciones de transporte público de pasajeros que unen los muelles que adoraba Jorge Luis Borges en su temprana juventud, besaban la isla, mientras echaba a andar el penúltimo capítulo del secuestro de los hermanos Born. El diagrama sobre los detalles se bosquejó gustando Kronenbourg, una cerveza alsaciana apetecida en la región desde 1664.

El pago no podía efectuarse por transferencia bancaria porque dejaba huellas en los teletipos, que en Suiza como en cualquier otro país del continente, estaban controlados por el Estado, y bajo “escucha” del espionaje estadounidense, a partir de las bases europeas de la National Security Agency. La única forma de suprimir los rastros era trasladar subrepticamente el botín en efectivo.

—Esto es como en los regímenes para adelgazar —pontificó “Ignacio”—. Para bajar de peso el único remedio es dejar de comer. No hay más vuelta que darle. En esto pasa algo parecido. Aquí no hay literatura que valga. Para cortar hay que pasar la guita al contado. Esto no es como en las malas novelas.

Roigatich lo escuchaba consumiendo uno de sus cuatro paquetes diarios de cigarrillos rubios. Había apilado

los 14 millones en tres valijas. No le confió a “Ignacio” en el cofre de qué banco los tenía guardados. Le dijo, eso sí, que se trataba en billetes de 50 y de 20 dólares como se le pidiera y que el banco ponía un auto para cuando hubiera que entregarlos.

El dinero había sido acopiado en Zürich, donde los Born tenían la financiera Zurfin. Lo trasplantó a Ginebra un camión blindado de transporte de caudales arrendado para la ocasión. Los Montoneros habían impuesto también esa condición, como maniobra de dispersión y para facilitar la tarea de reunir la enorme masa de efectivo. En Zürich, la primera plaza financiera suiza, llamaba menos la atención. Diariamente llegaba hasta allí una tonelada y media de papel moneda.

“Ignacio” planificó con “Antonio” los movimientos que se sucederían, recorriendo la ciudad y leyendo las guías turísticas durante todo el domingo 15. Ordenó a Roigatich llevar el auto con las tres valijas al cuarto subsuelo del *Parking Sous-lacoustre du Mont Blanc*, el estacionamiento público más grande de Ginebra, en la orilla izquierda de la desembocadura del Lemán en el Ródano. Al otro día, a las 9 y 30 de la mañana, ahí lo esperaría él con un Volvo alquilado. Con severidad monacal le dijo a Roigatich que lo buscara, determinando con precisión los pasos a seguir pasara lo que pasara, de forma tal que el encuentro durara sólo el tiempo necesario para trasbordar las valijas.

“Ignacio” se instaló en el subsuelo del estacionamiento a las 9 del martes 17. Buscó un lugar alejado en el gran playón con espacios libres a su alrededor. No era horario de ajeteo en el tráfico. Es por la mañana temprano cuando el tropel de automovilistas viene de las afueras a trabajar al centro, regresando al mediodía o al fin de la tarde.

Nadie los vio pasar las valijas de un auto a otro.

Los hombres casi no se hablaron. Ya tenían cita fijada para el otro día a las 11 de la mañana en la isla Rousseau. “Ignacio” debía verificar antes de hacer los depósitos del dinero si la numeración de los billetes no estaba denunciada en el circuito bancario.

—No vaya a ser que haya un solo dólar marcado porque el Lemán amanecerá tapizado de verde. Una sola trampa, y Jorge es boleta.

—¡Por favor! —exclamó Roigatich con acritud—. No nos vamos a poner a hacer trampas ahora.

“Ignacio” fustigaba el silencio atravesando los gruesos lentes de marco de carey del empresario con una mirada conminativa. Roigatich, 53 años, acomodó un cigarrillo en la comisura derecha de sus labios y su mano prosiguió el movimiento ascendente alisando los escasos cabellos entrecanos. Se comenzaba a distinguir el halo de la nicotina en sus malos bigotes.

De las dos salidas que tiene el estacionamiento, “Ignacio” tomó la que indicaba Evian, Chamonix, Lyon. Nadie lo precedió ni lo sucedió. Se alejó del centro de la ciudad bordeando el Ródano hacia el oeste por el Quai General Guisan. Al aproximarse a la Place de la Fusterie torció un poco a la izquierda y tomó la Rue du Rhône. Pasó la Place Bel Air y recorrió el Quai de la Poste de una punta a la otra. A la altura del Pont de la Coulouvrenière buscó el desvío hacia la Rue du Stand. Cruzó el Ródano en el Pont Sous-Terre. Costeó el río por el borde opuesto en dirección contraria a la que había venido, es decir volviendo hacia el centro por la *rive droite*. Atravesó todo el Quai du Sujet hasta que muda el nombre por el de Quai Turrentini. Divisada la entrada del estacionamiento

subterráneo del hotel, se anunció a la guardia sin bajar del auto. Cuando levantaron la barrera, habían transcurrido sólo 16 minutos.

Por el ascensor interno fue llevando de a una las valijas hasta su habitación del segundo piso. Antes de que “Ignacio” saliera para verse con Roigatich, “Antonio”, sin hacerse notar, había subido hasta la habitación 215 del Hotel du Rhône, quedando a la expectativa del desenlace.

Abrieron las tres valijas. “Antonio” sacó un fajo al azar de cada una. Rubinstein lo esperaba en el Promenade des Bastions, el parque donde las enormes estatuas de Calvino, Farrel, Beze y Knox hacen meditar en el protestantismo, oteando el edificio de la vetusta Universidad de Ginebra, al otro extremo de los jardines.

“Antonio” Salazar salió caminando del Hôtel du Rhône. Cruzó el Ródano por el Pont de la Coulouvrenière. Siguió derecho por el Boulevard Georges Favon hasta la Place du Cirque. Hizo el antiseguimiento de rigor, girando primero a la izquierda y luego a la derecha, cruzando las calles a mitad de cuadra y mirando por encima del hombro con el pretexto de vigilar el tráfico, certificando que ningún indeseable le seguía la pista. Horadó en diagonal la Place Nueve entre el Gran Teatro y el Conservatorio de Música y transpuso la línea invisible de los portones y la verja del parque. Rubinstein, guía turística en mano, no se impacientaba. Bebía tranquilamente un jugo de manzana en la confitería al aire libre, al costado de las bulliciosas mesas de ping-pong y de cuatro enormes tableros de ajedrez dibujados en el suelo.

—Todo en orden —dijo “Antonio”, sentándose al costado del número 2 del grupo Graiver.

—Lo espero a las 18 en mi habitación —respondió Rubinstein, recogiendo el sobre amarillo con los billetes.

Hacía calor. Estaba encima el verano. Como “Antonio” no hablaba francés, le pidió a Rubinstein que, antes de irse, llamara al mozo para que le trajeran agua mineral, y que pagara.

El brazo derecho de David se encaminó luego como si volviera para su hotel. “Antonio” se quedó un rato más. Tenía media hora para juntarse con “Ignacio”. Comerían pescado del lago Lemán al aire libre, en el Café du Centre, en la Place Molard, a dos paradas de tranvía de distancia. Después tenían que ir a las cabinas telefónicas públicas de la central de correos para reportarse con Buenos Aires y con Vidal, que estaba de plantón en el 50200622 de Divonne-les-Bains.

Rubinstein se detuvo una cuadra antes del Hôtel des Bergues. Había caminado doce minutos. Pasó al costado del monumento al general Guillaume-Henri Dufour, bordeó el neoclásico Musée Rath y, rectamente por la Rue de la Corraterie, cruzó la Place Bel-Air. Dobló a la derecha por el Quai des Bergues. Penetró en el número 15-17 en la casa central del Continental Trade Bank.

Se anunció en la recepción. José Klein no lo hizo esperar. Un ordenanza lo condujo hasta el despacho del director general.

–Adelante, Jorge –dijo Klein, alto, robusto, bastante excedido de peso, de cabellos blancos, trajeado de azul.

–¿Cómo está, don José? –saludó Rubinstein con deferencia a quien tenía 22 años más de edad y miles de horas en las altas finanzas internacionales.

Rubinstein era casi calvo, canoso, con bigotes y de mirada apagada. Vestía un traje de verano marrón claro. Usaba un reloj y un anillo de oro.

–Me habló David ayer. Aquí te tengo preparada la escritura y las acciones de Empresas Catalanas Asociadas, y

los formularios de apertura de cuenta en mi banco para los agentes que “Dudi” decida que quedarán registrados como corresponde. Hemos acordado servirnos de esta sociedad si surge alguna situación inesperada que obligue a girar por baranda, como en el billar.

Klein festejó solo su ocurrencia, una manera deportiva de graficar la triangulación de transferencias, de usanza en el mercado financiero para encubrir la procedencia de capitales. A Rubinstein no le correspondía pronunciarse sobre los asuntos de su patrón delante de otros. Mudo, le extendió un sobre que contenía los 664 dólares con 75 centavos que había costado la protocolización de la sociedad y los honorarios por un año de los abogados panameños encargados de manejarla.

–Don José, no quiero viajar con los originales de estos papeles. No voy directamente a Nueva York. Los dejaré en alguna caja de seguridad en Ginebra. ¿No podría hacerme una fotocopia de la escritura y de las acciones para mostrarle a David cuando lo vea?

Anthony Thomas, yerno de Klein, marido de su hija Diana, fue convocado para saciar la petición. Thomas manejaba el departamento América Latina del banco. A pedido de Baruj Tenenbaum había introducido a David ante Klein, siguiendo al milímetro las negociaciones entre los dos banqueros. Cuando el joven director salió en procura de la fotocopidora, Rubinstein, disparó el segundo requerimiento.

–Don José, necesito verificar unos dólares. ¿Le podría ordenar al gerente de cambios que me ayude?

Klein estaba acostumbrado a lavar dinero negro. En esos casos se imponía confrontar la numeración de los billetes con las listas que diariamente comunicaba la policía, sobre

todo cuando especialistas de la represión antidroga se infiltraban en las bandas y hacían circular divisas verdaderas, cuya numeración se retenía para después tirar del espínel.

El chileno levantó el auricular y farfulló una frase en húngaro. El argentino fue conducido por Anne Gati, secretaria de Klein, a un despacho vacío donde le llevaron las listas. Pidió un café y se puso a trabajar. Sacó dos billetes de 50 dólares de cada atado y anotó la numeración en una hoja de papel. Después se fijó si las cifras integraban las prolijas páginas confeccionadas en el Hôtel de Police, Boulevard Carl-Vogt 19, 1205 Genève, como se leía en el membrete adornado con el escudo cantonal del águila y la llave.

El resultado de la confrontación de Rubinstein fue negativo. Reintrodujo los dólares en sus mazos, restituyó la lista, y recogió original y copia de todo lo concerniente a Empresas Catalanas Asociadas.

En el hotel guardó un sobre en el cofre disponible para la clientela y subió con otro a su habitación a gratificarse por la impecable mañana con un almuerzo frío.

Antes de dormir la siesta despertó a David en Nueva York. Con palabras estrafalarias que reemplazaban las identificaciones de personas, lugares y montos, le relató que la primera fase había concluido satisfactoriamente: Klein le había dado la documentación que no sabía que iría a parar a los Montoneros, Rubinstein la pagó en efectivo y tenía fotocopia de la escritura y de las acciones. La compañía Bunge & Born había entregado 14 millones de dólares transparentes como el cristal.

A las 18 golpearon la puerta 114 del Hôtel des Bergues. “Antonio” recibió ante todo la buena nueva de que los dólares no estaban delatados. Luego se hizo del sobre que

contenía el paquete accionario y la razón social de una sociedad registrada en Panamá el 3 de junio de 1975. La escritura número 3460, extendida por los abogados Durling Durling, con domicilio de bufete en Vía España 120, inscribía la sociedad anónima Empresas Catalanas Asociadas, cuya carátula va en el Anexo.

Rubinstein le entregó también el formulario del Continental Trade Bank para que nombrara los titulares de la cuenta 17.137 a favor de la mencionada sociedad. “Antonio” fraguó las dos firmas de los falsos argentinos que, según elucubrarán con Graiver, figurarían como directores: Gregorio Pubill Raúl Budiño, tal como se ve en el Anexo. Devolvió la ficha a Rubinstein para que este se la remitiera a Klein. Esa cuenta había sido concebida para una eventual reintegración futura a los Montoneros del capital que estos se aprestaban a confiarle como inversión.

Sólo faltaba que Rubinstein suministrara a “Antonio” los recibos por los 14 millones de dólares acreditados a nombre de la compañía en la banca Graiver. Eso ocurriría en el momento en que le mostraran los certificados de las transferencias a sus cuentas en Bruselas. Para tal fin Rubinstein le alargó un papel mecanografiado con las claves y los bancos de estas adonde tenían que ir los giros que debían salir de la Union des Banques Suisses y el Crédit Suisse: cuatro por 2,5 millones y dos por 2 millones.

“Ignacio” hablaba inglés. A las 9 de la mañana del miércoles 18 fue a la sucursal que la Union des Banques Suisses tiene en el 8 de la Rue du Rhône. Convino en que a las 13 le abrieran el garaje del banco para que entrara con el auto, pues efectuaría un importante depósito. Repitió el anuncio en la sucursal Place Bel-Air del Crédit Suisse, fijando cita para las 16. Los insumos serían de 7 millones de dólares cada uno.

A las 11 el jefe de finanzas de Montoneros vio por última vez a Roigatich. Se despidieron con un apretón de manos por las que habían pasado ríos de dólares. El delegado personero de Bunge & Born tenía todavía una larga carrera por delante.

“Víctor Vitar Smith” no tuvo ningún inconveniente en hacer los depósitos de 7 millones de dólares. El problema se planteó cuando al día siguiente quiso transferirlos a otro país. Como era de uso, los bancos helvéticos aceptaban casi sin preguntar cuando los extranjeros volcaban fortunas en sus cuentas, pero se ponían restrictivos cuando estos querían sacarlas de Suiza. Con “Ignacio” surgió el agravante de que los gerentes designados para administrar las cuentas notaron algo extemporáneo en esos depósitos que debían evaporarse enseguida hacia Bélgica. Vitar Smith les era desconocido y no había presentado ninguna carta de recomendación para la apertura de la cuenta.

Con rebuscada amabilidad pidieron avales sobre la legalidad de los fondos. Formalmente esto era inaudito en 1975. Ninguna exigencia gubernamental obligaba en esa época a los bancos suizos a tomar recaudos en cuanto a los capitales que afluían a cuentas cuyos titulares no eran helvéticos. El secreto bancario, vigente desde 1934 en Suiza, penaliza hasta con la cárcel al funcionario de una institución que haga conocer fuera de ella cualquier detalle de su vida interna, espíritu que impone, en contrapartida, la ausencia de toda curiosidad que pudieran despertar sus clientes.

A beneficio de inventario puede añadirse que faltaban dos años para que se firmara la “Convención de diligencia” entre el Banco Nacional, en Berna, y la Asociación Suiza de Banqueros, en Basilea, que sería un pacto de caballeros, no una ley. El texto insta los bancos a fotocopiar

los pasaportes de sus clientes foráneos, y a informarse sobre la respetabilidad de los mismos, no sobre la legalidad de sus capitales. Pero para la entrada en vigor del artículo del Código Penal que sanciona el lavado de dinero, es decir usar la plaza financiera para blanquear fondos de origen criminal, habría que aguardar hasta agosto de 1990.

Atónito, “Víctor Vitar Smith” no perdió la compostura. A uno y a otro de los gerentes les dijo lo mismo. Era un enviado especial de la presidenta Isabelita Perón y de su superministro, López Rega. Ante la crisis de desestabilización que sufrían estaban poniendo capitales a resguardo. No podía probarlo, porque la misión era secreta. Pensó que la coartada podía allanar escollos sabiendo que la banca helvética acogía fortunas de tiranos sin taparse la nariz: Mobutu, Somoza, Duvalier, Selasie, Stroessner, Marcos.

Pero no funcionó.

“Dos casualidades se grafican”: las aguas del recuerdo se movieron. “Ignacio” tenía grabada la frase de quien había sido su jefe en la regional Córdoba, antes de meterse a financista: Raúl Clemente Yaguer, llamado “Roque”.

“Víctor Vitar Smith” tuvo el tino de iniciar ordenadamente la retirada para no caer en discusiones penosas. Prometió volver con las pruebas de solvencia requeridas.

“Antonio” Cañete aguardaba en la habitación 215 del Hôtel du Rhône. Intercambiaron enfoques y evaluaciones. La coincidencia de pretensiones entre dos gerentes que no tenían razón para concertarse entre sí dio pábulo a sus sospechas. Se tranquilizaron deduciendo que no debería haber alerta a la policía porque si no “Ignacio” ya habría sido detenido. ¿O lo habrían dejado ir para arrestarlo más tarde, una vez constatado que contaba con cómplices?

Los Montoneros no tenían la respuesta. Hasta que surgieran los indicadores que se la proporcionaran, el dúo se puso a deslindar responsabilidades y tomar algunas decisiones. Ante todo la traba no debía impedir la liberación de Jorge Born. La compañía había pagado. La credibilidad de los Montoneros todavía era respetada en la Argentina. No convenía empañarla, aunque el asesinato de Rucci y el enfrentamiento con Perón había dejado maltrecha a la organización. Ninguno de los dos descolgaría el teléfono para que se suspendiera la conferencia de prensa de Firmenich el viernes 20, tras la cual soltarían a Jorge Born en la estación Acassuso, en el norte del Gran Buenos Aires. Tampoco se podía detener la publicación de varias solicitadas que el holding pagaría en diarios internacionales al día siguiente. Sería bochornoso para los Montoneros si esos anuncios llegaban a la opinión pública sin Born en libertad, y después de haber desembolsado el rescate.

Algo había funcionado mal. ¿Se habrían extralimitado depositando 7 millones de dólares y pidiendo la transferencia a Bélgica? Ninguno de los dos conocía los mecanismos del mercado financiero internacional como para responder. Habían asumido ciegamente el plan que les propusiera Graiver, suponiéndolo entendido en la materia. Correspondía a este subsanar el error si es que había cometido alguno.

David solucionó la situación. Mejor dicho, el Mossad. No fue fácil.

“Antonio” acudió a la habitación 114 del Hôtel des Bergues. A Rubinstein no se le frunció el rostro. Pidió a la telefonista que lo comunicara con Nueva York.

Enhebró un monólogo consultando una hoja de claves que tenía con David. Una vez comunicada la infausta novedad se limitó a escuchar.

Colgó y, con rapidez cortesana, dijo:

–David asume enteramente la responsabilidad de lo ocurrido. Volverá a llamar dentro de un rato. Mientras tanto debo entregarles los recibos a favor de Empresas Catalanas Asociadas donde Alberto Naón, Administrador Delegado de la BAS, nuestro banco en Bélgica, reconoce adeudarles 14 millones de dólares reembolsables en vuestra cuenta del Continental Trade Bank dentro de un año, si no deciden renovar el préstamo.

“Antonio” examinó los papeles. Como buen profesional del entusiasmo no pudo reprimir la pregunta.

–Pero, ¿cómo vamos a hacer para destrabar semejante fangote de guita?

–David se ocupa –insistió Rubinstein.

–¿Qué pudo haber pasado? –“Antonio” se rascaba la calvicie.

Rubinstein curvó los labios en signo de interrogación.

El silencio de la espera les cayó encima como una losa.

El jueves 19 de junio de 1975 atardecía. Desde la ventana del Hôtel des Bergues, Jorge “Antonio” Salazar pasó dos horas y media dejando correr los ojos por el paisaje urbano recortado en el cielo encapotado. Se impregnó de tarjetas postales: el torrente del Leman, la catedral Saint-Pierre, la isla Rousseau, el Jardín Inglés, el campanario de la Tour de l’Ile (La Bastilla de Ginebra) y las tornasoladas aguas de lago en el corset del río.

Entre tanto David se ocupaba con velocidad de crucero. Efectuó un solo llamado telefónico. Discó 00541-3923341, uno de los números en Buenos Aires de la Embajada de Israel, el directo del “residente” del Mossad, “teléfono rojo” para Graiver.

Pronunció una frase anodina. Pedía socorro.

El hombre de Tel Aviv descendió al subsuelo de Arroyo 910/916 y envió un télex cifrado.

Una hora y cuarenta minutos más tarde, Graiver era buscado por un visitante desconocido en la conserjería del 998 de la Quinta Avenida. Cuando se anunció, añadió a su nombre que venía de parte de Baruj Tenenbaum.

David no tuvo necesidad de dar explicaciones. Contó que un cliente debía transferirle 14 millones de dólares pero que la Union des Banques Suisses y el Crédit Suisse ponían un pliego de condiciones desacostumbrado en Suiza. Ello bloqueaba la operación en la cual, subrayó, estaba comprometida su responsabilidad.

–Contacte a esta persona –indicó el hebreo, escribiendo un nombre, una contraseña y dos números de teléfono.

–¿Puedo pasar este dato por teléfono a mi segundo en Ginebra? –inquirió David.

–Sí. La persona está a cubierto. Pertenece a un banco con quien usted tiene negocios.

En efecto, Jean Schneiberger era subdirector adjunto en el Trade Development Bank, de Edmond Safra. David lo conocía pero no dijo nada. ¿Cuántos como este tendría él metidos en sus propios bancos?, atinó a preguntarse en silencio mientras despedía al visitante.

Para minimizar los riesgos Graiver tomó un taxi hasta la central de ferrocarril desde donde hablaría por teléfono. Era media tarde. Hacía calor. Sabía que las comunicaciones telefónicas que entran y salen de los Estados Unidos son grabadas. Luego se las clasifica por computación según contengan o no palabras que interesaban al contraespionaje. Sus claves con Rubinstein contemplaban esos márgenes en las conversaciones, con la salvedad de que, en esta oportunidad, no tenían previsto mencionar a alguien si no poseía traducción. Debía extremar las precauciones.

En la oficina telefónica de la Estación Central se acercó a la telefonista. Le pidió el número y la dirección de alguna central telefónica abierta al público en Ginebra durante la noche. Le dieron tres: en la estación de trenes de Cornavin, en el aeropuerto de Cointrin y en la oficina principal de correos, el Hôtel des Postes.

Conocedor de Ginebra, David se inclinó por la tercera, que estaba en las cercanías del Hotel des Bergues. Entró a una cabina y discó el 04122-315050. Pidió la habitación 114. Sin identificarse le dijo al número 2 que se corriera hasta el teléfono por donde hablarían con máxima seguridad.

–Monsieur Fourcade, on vous appelle de New York.

La joven alzó la cabeza rubia buscando al interlocutor.

–C'est moi! –respondió Rubinstein alzando la mano entre el gentío.

–Cabine 6, s'il vous plait.

El número 1 habló de Jean Schneiberger y de lo que tenía que ocurrir después de recuperado el dinero. La transferencia a Bélgica quedaba anulada. La intervención del Mossad podía ensuciar aun más la plata. Tenían que borrar los rastros. Había que rescatar el dinero en efectivo y llevarlo a Nueva York en un avión-taxi, donde Graiver había concebido un nuevo origen al capital para que entrara “limpio” en el ABT. Los Montoneros debían apartarse de las gestiones. Klein no tenía que intervenir para nada. Si era necesario, el número 2 debía apoyarse en los colaboradores de Safra que probablemente llegarían a saber que uno de sus subordinados había asistido a Graiver.

David iba a anticiparse. Esa misma tarde llamó a Edmond Safra al Republic National Bank en Nueva York. Le pidió que le recomendara una empresa aérea privada en Ginebra que pudiera traerle un cargamento en dólares. El judío-libanés

dijo Aerolising. Era una compañía de su confianza. Años más tarde, vendería un jet privado a Safra, nave que, según el matutino *24 Heures*, de Lausana, fue utilizada por Robert McFarlane, emisario de Ronald Reagan, para ir a Teherán a eslabonar lo que después se llamaría “Irangate”. Safra, por supuesto, lo desmentiría.

Antes de volver al hotel, Rubinstein telefoneó a Jean Schneiberger. Concertaron una cita para la mañana siguiente, a las 8, en sus oficinas del Trade Development Bank, en el 2 de la Place du Lac.

—Las cuentas en que están trabados los dólares, ¿se encuentran a nombre suyo? —preguntó Rubinstein a “Antonio”, de vuelta en la 114 del Hôtel des Bergues.

—No, ¿por qué?

—Porque vamos a tener que transferir probablemente a alguna otra cuenta en Suiza antes de recuperar esa plata. Venga a verme mañana a las 9 con los códigos de las cuentas y estas hojas firmadas en blanco por su titular. Tráigame también los nombres de los gerentes que se ocupan de las cuentas. Seguramente habrá que ordenar una transferencia escrita. Una vez concertada David pide que destruyan los pasaportes que hayan utilizado para este viaje, los datos que le di sobre las cuentas belgas y toda otra traza material de que ustedes pasaron por Ginebra. ¿De acuerdo?

Si Rubinstein era un hombre discreto, Schneiberger le llevaba ventaja. Conocedor de las minucias de las finanzas ginebrinas no lo rebajaría a un curso acelerado sobre sus reglas no escritas. Los depósitos varias veces millonarios de origen conflictivo los efectúan las fiduciarias, los abogados de negocios o las financieras, que operan como “parabancos” presentándose ante estos como garantes de sus clientes

sin que se revelen sus identidades. De ese modo los bancos quedan a cubierto. El error de “Víctor Vitar Smith” radicaba en haber salteado el intermediario adecuado que hubiera ahorrado el inconveniente de los gerentes avisados. David se había salteado el detalle.

El intercambio de frases entre los dos hombres fue lacónico. Harían falta dos cartas, en inglés, firmadas por el titular de las cuentas dirigidas a los bancos, requiriendo se transfirieran los fondos a una tercera cuenta, proporcionada por Schneiberger.

Rubinstein desanduvo el corto trayecto entre su hotel y el Trade Development Bank, elevándose sobre el Ródano por el Pont des Bergues. Se puso a esperar que “Antonio” apareciera con las hojas firmadas y los nombres de los gerentes. Entre tanto hizo subir una máquina de escribir eléctrica a su habitación.

Con los datos bajo los ojos redactó dos misivas cortas en inglés dirigidas personalmente a los gerentes, ordenando la transferencia de fondos.

Volvió a atravesar el Ródano. Con elegante apostura, Jean Schneiberger puso en acción el teléfono. Los télex de la Union des Banques Suisses y el Crédit Suisse zumbaron. Catorce millones de dólares fueron debitados de sus cuentas y acreditados a favor de un banco privado, implantado en una de las islas que se insertan en la juntura del Lemán con el Ródano, donde el Mossad tenía el sumidero financiero de sus acciones encubiertas. Las valijas con los dólares estarían listas para la tarde. Rubinstein estaba habilitado para retirarlas cuando quisiera.

El número 2 volvió al hotel. Se despidió de “Antonio”, siempre efusivo. Discó el 984510. Aerolising le confirmó que tenía reservado un jet, alquilado desde Nueva York.

Fijó cita en el aeropuerto a las 17. Bajó a la conserjería y pago la cuenta. Sacó fotocopias de los formularios de la cuenta 17.137 del Continental Trade Bank rellenos a nombre de Gregorio Pubill y Raúl Budiño y le dio una propina al mensajero que restituyó los originales al banco. Vacío la caja de seguridad de las fotocopias de Empresas Catalanas Asociadas y subió a hacer la valija. Ninguno de esos papeles incriminaban a Graiver, que no se involucrara para nada en la documentación. Rubinstein era conciente cuando deslizó el sobre en la maleta de mano. Debió temer que algún día David lo dejara a la intemperie como venía de hacer con Klein y Naón. Los Montoneros compartirían similar sentimiento, pero cuando sería demasiado tarde para entender que, en los negocios, lo que importa no es la confianza sino la transparencia. Los dos que encarnaban a esa guerrilla peronista en aquellos parajes, se adelantarían a Rubinstein en dejar Ginebra, por tierra, con un profesor de literatura latinoamericana como chofer, previo a reintegrarse en avión a Buenos Aires.

A 17 mil kilómetros de Ginebra, Jorge Born sorprendía a la prensa en la conferencia organizada por Firmenich en la finca de Libertad 224, de Martínez, mediante la que se puso término a la extorsión. “Me han tratado bien, no he sido torturado ni física ni psicológicamente. He leído mucho, aunque por desgracia muchos de los libros eran marxistas. Por cierto no llegué a ser comunista, pero si me hubiesen mantenido más tiempo, quizás hubiera llegado a transformarme en montonero”, transcribía el periodista italiano Giacomo Foa en el *Corriere della Sera*.

Enseguida dos montoneros lo subieron a un auto. Luis Guagnini, de *El Cronista Comercial*, y Andrew Graham

Yool, del *Buenos Aires Herald*, se ofrecieron a acompañarlo hasta la estación de ferrocarril de Acassuso, en el norte del Gran Buenos Aires, adonde volvería a ver el sol.

Un poco desconcertado, Jorge Born pidió que caminaran con él. Convaleciente del oprobioso aislamiento y del juicio de los “combatientes de izquierda”, explicó que había resistido adaptándose a hábitos de gimnasia y lectura. Desentumeciendo las piernas se puso a pensar en voz alta. Los sentimientos debían controlarse; le parecía insensato desesperarse.

El futuro presidente-director general de la primera transnacional argentina, la tercera corporación del planeta detrás de Unilever y Nestlé, miró el cielo, y murmuró:

—¡Qué tarde magnífica!

No sabía que 14 millones de sus dólares surcaban la bóveda celeste del Océano Atlántico.

El imperio de papel

*Ocupaba un lugar preeminente,
y es en esos casos cuando los hombres
se enloquecen con más facilidad.*

GRAHAM GREENE, *El tercer hombre*

A las 2 y 57 de la mañana del sábado 7 de agosto de 1976, Lidia Papaleo e Isidoro Graiver aguardaban al arribo de David en Los Amates, el aeropuerto de Acapulco. Juan H. Álvarez, único operador presente en la torre de control, decía que el birreactor NAR-888 ya tenía la pista asignada. En el intercambio de datos meteorológicos y coordenadas de aproximación y aterrizaje, Michael Bann lo alertó de la presencia de los dos allegados del pasajero en la sala de espera, requiriéndole que les avisara de la llegada en veinte minutos. La tormenta llenaba de electricidad la madrugada.

Las relaciones entre Lidia e Isidoro eran turbulentas desde hacía unos meses. Con frialdad y gentileza se mantenían a distancia, guardaban la cordialidad hipócritamente. Lidia consideraba a Isidoro un inútil, especie de pusilánime, que a esa altura de la meteórica carrera de su marido significaba una carga antes que una ayuda.

David trató de evitar la ruptura con su hermano. Esperó que asumiera sin otras pretensiones el rol decorativo

que le había reservado. El menor debía darse cuenta solo y evitar entrometerse en la dirección del grupo, a esa hora perteneciente por entero al mayor.

Pero en enero de 1976 Isidoro no pudo más. El desplazamiento despiadado que David le impuso al mudarse de Buenos Aires a Nueva York hizo crisis. En la Argentina, cuanto menos, Isidoro dirigía el Banco de Hurlingham. En los Estados Unidos deambulaba entre un cargo honorífico en el CNB y una vida vacía de ocupaciones, salvo las familiares. Planteó su alejamiento formal del manejo de las empresas a cambio de una indemnización de 2 millones de dólares. Los dos hermanos se pusieron de acuerdo discutiendo a solas.

Cuando a fines de 1973 David resolvió aventurarse al exterior, abandonó la deferencia de consultar las decisiones con su padre y hermano. No les contó por qué se animó a fundar la BAS en Bélgica, desechando comprarle a Robert Vesco el Invest Overseas Service, de Ginebra, o declinando adquirir el Bank of New York, en Manhattan. Isidoro sintió su tiempo en los Estados Unidos como un sufrimiento, por más que ocupara habitaciones en el exquisito Carlyle, el hotel frecuentado por los Kennedy. El grupo se reestructuraba y él quedaba totalmente fuera de juego. En Buenos Aires había visto consolidarse a Egasa, el “control superior” del consorcio Graiver en la Argentina al frente del cual estaba Rubinstein. En Nueva York se constituía el equivalente internacional, Santa Fe Management, con oficinas en el piso 50 del Edificio Pan Am de la Avenida Park y 46. Las atendía Alberto Salem, un ejecutivo de relaciones públicas de Ford Motors Argentina, quien duplicando su salario dejó la industria automotriz por la bancaria. Era el mismo Salem que, una década después, asesoraría al presidente Alfonsín en la materia.

La otra pata del trípode estaba provisoriamente en el ocre edificio de Rue de la Loi 36, 1040, Bruselas, sede de la BAS. Su “administrador-delegado”, Alberto Naón, dependía directamente de David, quien le adjudicaba el número 3 de la cadena de mandos después de Rubinstein. Graiver quería fusionar su banco de Bruselas con el de Tel Aviv y los de Nueva York en Santa Fe Management. Ello dependía de que Naón, quien había nacido en Rosario en 20 de junio de 1923, aceptara asumir el puesto, dejando las palancas de la BAS a Pierre Ceulemans, su segundo.

David necesitaba a Naón junto a él en Nueva York donde tenía el propósito de centralizar férreamente el mando. Sin embargo, no conseguía vencer sus reticencias. Naón tenía un doctorado en economía en la Universidad de Buenos Aires y fue profesor de la Universidad Argentina de la Empresa. Factótum de una consultoría de prestigio en Buenos Aires, dirigió el Banco Internacional de Lima y ocupó un sitial en el Banco Central de Argentina.

Pero Isidoro no figuraba en ningún organigrama. Aquellos cambios y planificaciones desbordaron el vaso de angustia. El carácter secreto e inconsulto del método de conducción de David lo exasperaba. Tenía que pedir cita a sus secretarías para verlo. Juan Graiver trató de contemporar para que sus hijos no se separaran, aunque en el fondo le daba la razón a Isidoro por más que mantenía toda su confianza en David, considerándolo un superdotado para los negocios.

Isidoro no esperó. Se reunió con David y calcularon los bienes propios en vías de desarrollo en 100 millones de dólares. Les dieron un valor neto de 20 millones a esa fecha, ya que los otros 80 se irían generando cuando las empresas estuvieran terminadas y funcionando a pleno, principalmente

Papel Prensa y el Bristol Center, estimadas potencialmente en alrededor de 60 millones de dólares cada una. Pidió entonces el 10 por ciento del valor neto, lo que le reportó 2 millones de dólares.

Se consideró satisfecho. Contrató a Jorge Lanús, un especialista en comercio internacional, y fundó la export-import Ingra en Nueva York. En los Estados Unidos vendió vinos de la bodega Flichman, telas y pescados argentinos y pulóveres uruguayos, sin que ello ocasionara su retiro formal de los directorios de las compañías familiares en los que aún aparecía. Hacia fuera, el grupo familiar mantenía la solidez de siempre, aunque él, su mujer, su hermano, su cuñada y sus padres, sabían que ya no era así.

Juan e Isidoro consideraban a Lidia responsable en parte del aislamiento de David. Era una mujer de carácter fuerte, según ellos, con la que ya existían resquemores por no ser de origen semita. Graiver se fue a vivir con Lidia abandonando a Susana Rotenberg, su anterior esposa, esa sí judía, como exigía la religión. Lidia se decía católica.

A pesar de todo, Isidoro amaba a su único hermano. No olvidaba cómo se había jugado para salvarle la vida en La Plata cuando lo secuestraron las FAL (Fuerzas Argentinas de Liberación), uno de los brazos de la guerrilla urbana de la izquierda no peronista, el martes 15 de agosto de 1972. Ese fue el primer hecho de esas características registrado en la capital de la provincia de Buenos Aires, bastante antes de que David trabara vínculos con FAR y Montoneros.

“Dudi” juntó 150.000 dólares en menos de tres días. Para aquella época era mucho dinero, tomando en cuenta el estado embrionario del “grupo Graiver” y lo que rendían los secuestros con fines económicos. Estos se habían vuelto moneda corriente, practicados por los grupos revolucionarios

urbanos nacidos al calor del “cordobazo” y de los otros levantamientos insurreccionales que conmoveron la Argentina entre 1969 y 1972, al derrumbarse la dictadura del general Juan Carlos Onganía.

Kodak, ITT, Philips, Coca-Cola y otras multinacionales que vieron a sus directivos ser sacados de circulación por la “subversión”, sufragaban entre medio y un millón de dólares para recobrarlos en libertad. Las FAL pidieron originalmente 400.000 dólares pero David las convenció de que no podría llegar a reunirlos. No mentía. Regateó hasta que cerró trato por 150.000.

Conviene revelar los detalles de aquellas peripecias para verificar el tipo de vínculo que unía a los dos hermanos. Para humanizar aun más la leyenda será necesario desenterrar otro poco de la compleja verdad que mezcló a David con Montoneros, corrigiendo de paso lo que la opinión pública recibió de la prensa sensacionalista sobre aquel episodio cuando, cinco años más tarde, el “caso Graiver” ocupó los grandes titulares.

Como todos los martes a la noche, Isidoro y su mujer, Lidia Brodsky, casados desde 1967, volvían de Buenos Aires donde habían visitado a los padres de ella. Algunas horas antes cuatro guerrilleros se presentaron en la vivienda de la calle 5 número 1366, llevando de señuelo un cajón de vino, regalo para la familia. Bajo la mirada de una hermana de Lidia Brodsky, invitada de los dueños de casa, la sirvienta les franqueó la puerta. Las dos mujeres fueron rápidamente reducidas.

A eso de las 23 se abrió el portón. Un Fiat 125 se estacionó en la entrada imperial de la residencia. Al extinguirse la luz de los faros, Lidia Brodsky notó algo raro: un desconocido cerraba el portón a sus espaldas. Muda volvió la

vista hacia su marido, ocupado en apagar el motor y activar el freno de mano. Como reptiles en la oscuridad, un hombre y una mujer, pistolas 45 en mano, corrieron y abrieron las puertas delanteras del auto.

—¡Quietos!... Vos, dejá las llaves en el contacto y poné las manos sobre el volante —rugió el hombre.

Isidoro obedeció mansamente. El guerrillero se acomodaba a la consigna según la cual para neutralizar a alguien dentro de un vehículo las manos debían quedar lejos de poder poner el motor en marcha y huir, o de extraer un arma.

Hoscamente, la mujer que encañonaba a Lidia, gruñía que bajara. La Brodsky de Graiver gritaba. El joven que cerrara el portón acudió en socorro. La tironeó hacia fuera agarrándola de la solapa del saco, pero Lidia arañaba y pataleaba, resistiéndose a que la introdujeran por la fuerza dentro de la casa. Desde el vano de la entrada, el cuarto guerrillero, jefe del operativo, dominaba la escena.

—¡Háganla callar! —ordenó.

El vocerío podía despertar a los vecinos, alertando a la policía provincial, una de cuyas comisarías se halla en la otra cuadra. Entre llanto y alaridos, Lidia fue conducida al dormitorio de la planta alta. Presa de histeria, en el forcejeo, mordió a un guerrillero. La silenciaron a bofetadas, atándola de pies y manos, amordazándola, al igual que las otras dos mujeres.

Desde el cepo del Fiat 125, Isidoro escuchaba. Conjeturó que se lo llevarían en su propio coche. El caño de una pistola robada al Ejército lo atisbaba a menos de un metro. Con la otra mano el guerrillero aferraba la puerta entreabierta.

Sumergido en la desesperación, Isidoro urdió una solución rápida. Tenía la llave del Banco Comercial de La Plata de 7 y 49. Les daría todo lo que había, quedando a cubierto con el seguro contra robo.

Los de las FAL no respondieron. Lo acostaron encapuchado entre los asientos. El auto emprendió un largo viaje. Terminaron en una vieja casa de campo con techos de chapa, entre La Plata y Capital, próxima a Claypole, partido de Almirante Brown. El escondite se enclavaba en una zona de floricultores japoneses. La recorrían infinidad de rutas secundarias y caminos de tierra, en cuyo derredor abundaba el movimiento de camionetas, disimulando el camuflaje de los guerrilleros.

Los guardianes que lo alquilaran expresamente para la ocasión recibieron a Isidoro Graiver escuchando por radio las novedades de la fuga de Trelew, el copamiento de la prisión de Rawson, de donde escaparon hacia Chile, encaramados en un avión, algunos cuadros de FAR, ERP y Montoneros, entre ellos el “Negro” Quieto. En represalia, la Marina iba a asesinar, días después, a dieciséis de sus compañeros, en la conocida masacre de la que, malheridos, sobrevivieron María Antonia Berger, René Haidar y Alberto Camps.

La negociación y el cobro del rescate por Isidoro estrenaron una metodología que, después, copiaron los demás grupos armados. A la mañana siguiente el arquitecto Sergio Omar Casellas fue contactado por los captores para trasladar las exigencias a la familia. Isidoro consintió en proporcionar las señas de su amigo. Manos clandestinas deslizaron un sobre bajo la puerta de la Calle 48, N° 657, 2° “A”, en La Plata, conteniendo un llavero y fotos familiares de Graiver. Las envolvían una carta manuscrita del cautivo, clamando ayuda, e instrucciones precisas de los guerrilleros relativas a la culminación del secuestro.

David tomó el asunto bajo su responsabilidad y, en el acto, aceptó pagar sin denunciar el hecho. Las FAL telefonearon al arquitecto para conocer la respuesta. La única diferencia a

fin de liberar al secuestrado era el monto del botín. Ofertas y contraproposiciones se anudaron en 150.000 dólares. Con el objeto que la suma fuera aceptada David sensibilizó un contacto adicional. Para convencer a la FAL, fue a ver a un abogado conocido que defendía a combatientes presos, explicándole descarnadamente su situación financiera y pidiéndole que buscara algún canal para avisar a los guerrilleros que le era imposible reunir más que esa suma. Este no prometió nada pero corrió la voz entre sus defendidos. El mensaje llegó a destino e hizo impacto. El último tramo de la operación se puso en marcha.

El equivalente en pesos nacionales de los 150.000 dólares fue reunido en el domicilio de David en La Plata. Simulando una visita, pasó a buscarlo el arquitecto Casellas, quien accedió a entregar el rescate, ajustándose a las exigencias de las FAL confirmadas también por escrito.

A la mañana del pago Casellas debía vestir perramus azul marido. La víspera, en la hora de la cena del 17 de agosto de 1972, entró con el auto en la cochera de "Dudi". Al rato, después de haber comido, salió con el cargamento en el portaequipajes. Lo descargó en el garaje de su casa, donde trasladó los fajos de billetes a uno de los dos maletines Samsonite gemelos que le hicieron comprar con anterioridad los guerrilleros. El que contenía el dinero quedó en el baúl del Torino terracota. El otro, vacío, reposaba sobre el asiento delantero en el puesto del acompañante.

Al día siguiente el arquitecto salió de su departamento de 8 y 48 a la hora habitual. Minutos antes una voz telefónica le informó que un sobre a su nombre le sería entregada por el cajero de la confitería París, en 7 y 49, de la que era cliente conocido. El mensaje escrito indicaba que debía dirigirse a la Estación La Plata del Ferrocarril Roca, en 1 y 44,

y dejar en consigna el maletín vacío. Luego partir a Buenos Aires donde en el bar Ucrania, de Reconquista 1076, entre Ricardo Rojas y Marcelo T. De Alvear, detrás del espejo del baño de hombres, otro sobre contenía el resto de las instrucciones.

La misma noche en que David Graiver entregó el dinero a Casellas, un acicalado joven guerrillero de las FAL tomó una habitación en La Plata Hotel, de 51 entre 10 y 11, mostrando una cédula de identidad de la Policía Federal a nombre de Carlos Núñez, dando por ocupación la de gerente de Terrabusi. Por la mañana, mientras tomaba el desayuno, pidió al conserje que enviara un cadete a buscar una maleta en la consigna de la estación de ferrocarril, para lo cual le entregó un ticket. Pagó la cuenta e indicó que le retuvieran la valija. Pasaría a recogerla por la tarde, antes de retornar a Buenos Aires.

El guerrillero no volvió al hotel. Ubicados a la vista de 1 y 44, y merodeando por 51, entre 10 y 11, sus compañeros pudieron comprobar que la policía no siguió al cadete cuando retiró un maletín Samsonite idéntico al que había depositado el arquitecto poco antes, quien en ese momento buscaba el Ucrania, a pocos pasos de Retiro.

El que sería el último sobre prescribía que Casellas dejara el auto en un estacionamiento de la empresa de ómnibus Río de la Plata, adyacente a los andenes del Ferrocarril Mitre que va al norte del Gran Buenos Aires. El arquitecto debía subirse a un tren de la línea que termina en la estación Mitre, de Olivos. Al bajar lo abordarían para entregarle una pertenencia inconfundible del secuestrado como contraseña. El interlocutor le indicaría la continuación del pago. Si no se topaba con nadie, debía volver al Ucrania por un segundo sobre.

En el hall de la terminal, otro miembro de las FAL siguió al hombre del maletín en su trayecto, pero se bajó en la estación Colegiales, la segunda después de Retiro, siete antes de Mitre. Esto significaba que no se había detectado seguimiento sobre Casellas. Si hubiera continuado en el tren habría dado alarma para que una muchacha no se aproximara al inconfundible hombre calvo, fuerte y de estatura mediana, enfundado en su perramus azul, solitario en uno de los polvorientos vagones de persianas bajas en la mediana luz de la siesta.

La contraseña era una libreta de enrolamiento N° 4.638.998 perteneciente a Isidoro Miguel Graiver, nacido en La Plata el 1 de mayo de 1945, y un planito dibujado a mano. La joven los extrajo del doble fondo del bolso que colgaba de su hombro. Susurró al arquitecto que se apease en la estación Juan B. Justo desde el último vagón del tren. Dejando el andén por la primera de las tres salidas, según se establecía en el croquis, debía tomar por Manuel Rosetti en el mismo sentido del tren, siguiendo la flecha del dibujo. Se le acercarán por detrás entre Adolfo Alsina y Agustín Álvarez. Alguien lo llamaría por su apellido. Sin darse vuelta debía dejar el cargamento en el suelo y seguir las indicaciones que le dieran. El documento de identidad recordaba por última vez la amenaza de muerte del secuestrado si el cobro no culminaba exitosamente, pero al mismo tiempo reforzaba la confianza del pagador de estar bien encaminado, haciéndolo sentir en el trecho final de un plan minuciosamente preparado.

A Casellas no lo habían seguido. El guerrillero que descendió en Colegiales se volvió media cuadra hasta el bar del mismo nombre en Crámer y Federico Lacroze. Desde el teléfono público, llamó a uno de los cinco números de Sis-Tel,

la mensajería de Austria y Juncal. Un volátil contingente de comisionistas dejaba ahí sus pedidos para coordinar ventas y compras de caramelos y mermeladas, servicio que las FAL pagaban mensualmente con cheques bancarios comprados anónimamente en ventanilla, a la orden, enviados por correo certificado. El inodoro del baño de hombres de colegiales englutió el segundo sobre previsto para el Ucrania si a Casellas lo hubieran seguido.

Una de las secretarías permanentes de Sis-Tel recibió con anterioridad otro mensaje similar proveniente de La Plata. El responsable de seguridad de la operación, que efectuaba un control externo sobre la misma, telefoneó a su turno desde el Santa Paula, de Avenida General San Martín y Ayacucho, en Florida. Al recoger los dos recados acerca de que “las ventas se confirmaban”, supo que, de ese pago, no podían volverse atrás. Pagó el café, dobló *La Nación* y se fue en busca del transporte que lo llevaría a las citas de “reenganche” y recepción del botín y del personal, en la zona de La Lucila.

El jefe de la cobranza, por su parte, esperaba en el andén de la estación Juan B. Justo del brazo de una muchacha rubia de pelo largo. Los otros dos guerrilleros que participarían en el cobro visualizaban la llegada de los trenes, desparramados entre la confitería y panadería Venus, de Francisco Narciso Laprida y casi las vías, y el kiosco de diarios y revistas adyacente. Si Casellas descendía solo, sin “custodia” femenina de las FAL a sus espaldas alertando de una anomalía de último momento, los cuatro cobradores debían precipitarse a un Peugeot 504 blanco estacionado del otro lado de las vías, sobre Adolfo Alsina casi Manuel Rosetti, para munirse de pistolas Browning 9 mm y una ametralladora UZI. En el auto debían dejar

que el arquitecto se adentrara por Manuel Rosetti hacia Agustín Álvarez, para abordarlo desde atrás.

La estación había sido cuidadosamente elegida. Se la divisaba bien de lejos, con andenes de planchas premoldeadas elevados a la altura de las puertas de los trenes. El barrio se prestaba para desenmascarar movimientos extraños. Los guerrilleros tenían buena visibilidad en medio de construcciones bajas, área urbana con escasa densidad poblacional de casas unifamiliares y con pocos usuarios del ferrocarril.

El tren se detuvo hacia las 13 y 07, hora de menor tránsito. El arquitecto con perramus azul marino y Samsonite de ejecutivo fue el único viajero que descendió. Sus piernas bajaron los dieciséis peldaños de la primera salida. En la vereda de Manuel Rosetti giró a la derecha mirando fijo hacia delante. En Adolfo Alsina la media calzada de Manuel Rosetti se hacía doble mano. Cruzó la calle y siguió derecho hacia Agustín Álvarez. Oyó el motor del auto que lentamente se le acercaba y apretó los dientes con ansiedad, no por miedo. El ruido de la puerta abriéndose le aconsejó disminuir la marcha. El acompañante del chofer se bajó, aprestándose a desenfundar. Su compañero del asiento trasero tenía la UZI sobre las piernas encogidas, y miraba la retaguardia por la luneta. La muchacha rubia conducía el auto.

—Casellas, dejá la valija en el suelo y seguí caminando sin darte vuelta. Cuando llegues a Agustín Álvarez doblá a la derecha y pasá las vías por el cruce peatonal... y andate hasta la Avenida Maipú a buscar un taxi para volverte a Retiro. Es cerca. Son trece cuadras, no más...

Los 150 mil dólares en pesos Ley 18.188 cambiaron de propietario. Sería la única vez que dinero de los Graiver iba a parar a la guerrilla sin ninguna contrapartida.

Isidoro evocaba la narración de las cuatro horas del periplo de su amigo, yendo y viniendo por la sala de espera cuando un cambio en la inmóvil escenografía que lo rodeaba interrumpió sus cavilaciones: su cuñada conversaba con Álvarez. Se acercó y escuchó que el Jet-Falcon había sido declarado en emergencia.

* * *

Gabriel Alarcón Chargoy guió a Isidoro hacía los confines de Chilpacingo. Viajaron en silencio por caminos de cornisa en el Ford LTD, chapa 949AAA, que les había prestado Levy Taranto, agente del ABT en México.

Con las retinas heridas por el sol rompiente del amanecer, Isidoro navegaba en la zozobra de los peores presagios y de las esperanzas. Al volante, quien consiguiera la visa de residencia de los Graiver en México vio escurrírsele la vida por el parabrisas. ¿De qué servía ser dueño de una cadena de 45 cines sólo en la capital, poseer *El Herald*, un diario de tirada nacional, con ediciones especiales en Puebla, Tlaxcala e Hidalgo, integrar el Consejo de Administración de la Productora e Importadora de Papel SA (PIPSA), que reinaba sobre la producción y distribución de papel en México, si al final todos caían en el abismo del sueño eterno?

Alarcón Chargoy apreciaba entrañablemente a Graiver. Lo quería como a un hijo. David le había brindado todas las bondades de su circuito bancario para maniobrar con las distribuidoras cinematográficas norteamericanas, el Diners Club y algunos abastecedores petroquímicos y textiles. Como el ABT no estaba habilitado para operar como banco dentro de México, cada vez que hacía falta David cedía las operaciones del caso al Internacional o

al Crédito Mexicano, en los que Alarcón Chargoy poseía acciones. Este arrimó a la representación del ABT en México una numerosa clientela de ricachones que, por lo general, quería colocar sus ahorros en el exterior, asemejando a quien propaga entre sus amigos los elixires de una medicina milagrosa. David supo servirse.

Cuando llegaron a Ixtamalco, un caserío cercano a las serranías de los Calahuales, en cuyas barrancas tuvo lugar el siniestro, la patrulla de rescate estaba de regreso de El Burro, la ladera donde se había estrellado el birreactor, conocida también como “El Pozo de las Guacamayas”. Tres bolsas de plástico con pedazos de hombres se esparcían en la funeraria Gómez.

Isidoro conocía a Michael Bann y Kevin Barnes, dos atléticos rubios estadounidenses de 34 y 25 años. Podría identificar a David sin riesgo de equivocarse. Le mostraron tres manos, dos cabezas irreconocibles con algunos mechones de pelos claros, y un grueso tronco con vello negro, al que adherían jirones de una camisa celeste y un pedazo de corbata. Isidoro no dudó de que era David, un castaño oscuro casi morocho, entrado en carnes. Terminó de convencerse cuando vio la etiqueta de tela de algodón blanco que la camisería Herzfeld cosía debajo del último botón, a la altura del vientre, con el nombre del cliente y las medidas de confección. Pidió una tijera y la recortó, guardándola en la billetera. Llevó el fragmento de corbata al bolsillo y fue a firmar los papeles a la administración de la descascarada morgue donde lo sorprendería la tarjeta de crédito American Express, perteneciente a su hermano.

Antes de que Isidoro y Alarcón Chargoy emprendieran el camino de retorno a Acapulco, un tal J. Romero, funcionario de la Embajada de los Estados Unidos, cumplió las

formalidades de reconocimiento de Bann y Barnes. No se sabe si vio los cadáveres irreconocibles de los pilotos, pero firmó los papeles certificando sus muertes ante el general Jorge Grajales, comandante de la XXXV zona militar. Los dos sacos blancos, con 20 a 25 kilos cada uno de restos humanos, salieron ese mismo mediodía en helicóptero para el aeropuerto Benito Juárez de la Ciudad de México. Trasbordaron a un avión de la fuerza aérea norteamericana que, al anochecer, los depositó en la Base Andrews, cerca de Washington. En ese viaje se debe de haber escurrido el cráneo de David Graiver.

La familia comenzó a llorar a “Dudi” en Acapulco. El trozo de corbata fue reconocido por su madre, Eva Gitnach, como un regalo comprado en un viaje a Roma. Curioso detalle la tarjeta American Express. El cotidiano *La Prensa* no dejaría de recalcarlo. Con ella David había efectuado las llamadas telefónicas desde Houston. Figurarían en la factura que podría verificarse a fin de mes. La veracidad de la muerte no dejaba lugar a dudas.

Caóticamente los deudos empezaron a discutir las primeras disposiciones. Repuesta del shock inicial, Lidia Papaleo tomó algunas iniciativas. Temiendo por su salud, deteriorada a raíz del aborto natural de un segundo embarazo pocos meses atrás, llamó a Natalio Swartz, ginecólogo neoyorquino, pidiéndole que dejara el consultorio y acudiera a detenerle las hemorragias vaginales, imposibles de cortar desde que la muerte de David fue una certeza. Mientras Isidoro alquilaba dos aviones para retornar a la capital mexicana antes que se descolgara la noche, Lidia convocaba a la cúpula del grupo para el día siguiente en la residencia de Lomas de Chapultepec, en Paseo de la Reforma 2491.

El domingo fue arribando el puñado de allegados con los que se compartiría el después de David y el dolor de su abrupta partida para siempre. El 5702929 y el 5702751 sonaban permanentemente. A la noche Lidia propuso a Juan e Isidoro Graiver cremar los restos del occiso. La medida contrariaba la costumbre judía. Era menester, sin embargo, pensar en la sucesión y en los contratiempos que podrían ocasionarse si se ponía en duda la muerte de David. Las autopsias sobre un tronco humano no bastarían para atestiguar fehacientemente la desaparición física del banquero.

Padre y hermano estuvieron de acuerdo. El lunes por la mañana, Isidoro y Lidia se reunieron con Levy Taranto, corresponsal del ABT en la ciudad de México, en la delegación del banco de Isabel la Católica 38, sexto piso. Con tres llamadas telefónicas (una a la Presidencia de la República) consiguieron que la incineración se llevara a cabo por la tarde en el Panteón Civil de Dolores, en el crematorio de la funeraria Gayoso. Elías Añorbe López, del Ministerio Público Federal, firmó el certificado de defunción. El cónsul argentino en México, Jorge Alberto Muñiz, lo ratificó de inmediato, autorizando en nombre del Estado argentino el traslado a Buenos Aires de la urna con las cenizas. Los Graiver abandonaban así otro principio del judaísmo. Los muertos de la diáspora deben sepultarse donde fallecieron. Como excepción, los rabinos sólo autorizan inhumaciones en Israel.

El capítulo del “accidente” se cerró con premura. Ese mismo lunes, Edward Chandler, ex agente del FBI, mandatario de Hansa Jet Corporation, relleno la papelería diplomática en México. Cumplió un trámite complementario ante José Sandoval, de la Dirección de Aeronáutica Civil, corroborando el reconocimiento de los dos pilotos efectuado

dos días antes por un emisario de su Embajada. Los Estados Unidos no investigarían nunca lo ocurrido con una aeronave matriculada en su país, en la que perecieran dos de sus ciudadanos, laureados como héroes de guerra en Vietnam.

Ese lunes 9, en el velatorio, rumbeando conversaciones desencontradas, Rubinstein echó a rodar que alguien debía tomar el timón de la situación, considerando acaso que nadie se perfilaba mejor que él. ¿Quién podía suponer que Lidia ambicionaba el sitial dejado vacante por David?. La sensatez de la viuda la despabiló que sería prematuro precipitar el asalto. Rubinstein, número 2, encarnaba la continuidad natural. Era quien estaba más empapado de las empresas en la Argentina, base principal del grupo. Su desconocimiento relativo de las finanzas internacionales constituía su debilidad porque en ese mar nadaban cuatro bancos Graiver. En ese aspecto, Naón, número 3, estaba mejor preparado. Se consideraba más capaz que todos, pero desde Bélgica tenía, sin embargo, una visión restringida de las empresas de la Argentina.

A pesar de que los dos ejecutivos eran objetivamente complementarios, los puentes estaban rotos entre ellos por el odio recíproco. Los celos, acicateados por el deseo de obtener mayor preponderancia en la decisiones de David, tornaban imposible cualquier conciliación. El cuadro tenía aires de irremediable. Lo avinagró aun más el rumor sobre el ofrecimiento hecho por Graiver a Naón dos meses atrás para que se mudara de Bruselas a Nueva York a fin de conducir los bancos extranjeros del grupo por medio de Santa Fe Management.

Frente a la truncada promoción, Naón sólo aceptaría ser el nuevo número 1 si la familia le daba carta blanca por escrito. Eso implicaba el desplazamiento de Rubinstein y el paso a un tercer plano de la viuda, que perdería la voz y el

voto pues Naón era impermeable a las objeciones de los demás. Juan e Isidoro podían aceptar esos apremios porque no postulaban al máximo sitio, pero no la viuda ni Rubinstein, coincidentes en esa aspiración a pesar de que la relación entre ambos era cada vez peor.

Naón se consideraba más apto que Rubinstein. Se lo había hecho sentir varias veces delante de David y Lidia. Pensaba que Rubinstein era un advenedizo en el ámbito financiero, nada más que un abogado con escasa formación en finanzas y banca. Él era un economista salido del riñón del Banco Central, formado por Eustaquio Méndez Delfino bajo las presidencias de Arturo Frondizi y José María Guido. Sabía, empero, que en vida de David –y ahora en menor medida– podía competir hasta un cierto límite con Rubinstein, ex catedrático de Derecho Comercial de la Universidad de la Plata que fuera profesor de David, hasta que luego este se lo llevara de asesor en 1972, después de tomar a su cargo los negocios familiares saltando de Juan Graiver Inmobiliaria y la compraventa de automóviles, a la titularidad del Banco Comercial de La Plata, el banco Hurlingham, y las demás compañías. Naón cobró notoriedad en una etapa posterior del grupo, cuando se propulsaron al extranjero, plantando la BAS en Bélgica y respaldando a David en su osadía financiera en tres continentes. Fue entonces cuando se impuso en el plano internacional ganándole la pulseada a Rubinstein en ese terreno, ya que Graiver terminó ofreciéndole a él la dirección de Santa Fe Management no obstante haber pensado poner a Rubinstein al frente. De ningún modo ese cambio de actitud significaba que “Dudi” olvidara lo útil que le había sido Rubinstein en la Argentina. No estaba dispuesto a sacrificarlo con tal de mantener a Naón en su círculo áulico. Estimaba que era

capaz de conjugar las habilidades y defectos de sus subordinados con sus propios planes. Naón decía que había que liquidar todo en el país y radicar la fortuna en el exterior, porque la Argentina estaba hundida. Rubinstein se oponía terminantemente. En las acaloradas discusiones solía caer en una visión provinciana de la transnacional Graiver, donde las inversiones en el exterior sólo servían para colocar excedentes o para procurarse ciertas apoyaturas financieras. David funcionaba en otro registro. Reflexionaba como jefe de una multinacional con cabecera en Buenos Aires. El exterior era complemento del interior. En la coyuntura operaba también como retaguardia. El fracaso del proyecto peronista aconsejaba una retirada. Había que mantener, como se pudiera, al grupo en el país mientras se consolidaba poder afuera para contraatacar en el futuro, cuando el régimen militar comenzara a desinflarse.

Naón soportaba a Lidia porque era la esposa de David. Pero no podía dejar de molestarle su vanidad y las miradas despectivas. En eso coincidía con Rubinstein. Los dos veían con malos ojos que ella se metiera en las conversaciones sobre las empresas cuando en vida de David se juntaban circunstancialmente a comer por instigación de “Dudi”.

A Graiver le interesaba la valoración psicológica que su mujer hacía de su plantilla. Pensaba que gracias a ella podía conducirlos mejor. Pero equiparados los poderes de Rubinstein y Naón y desaparecido el árbitro reconocido por todos, la guerra se anunciaba impiadosa. Muchos se la temían. Hasta Isidoro y Juan, que no aspiraban a nada más que vivir confortablemente y tener administradores fieles de la riqueza. Rubinstein y Naón se atrincherarían en Buenos Aires y Bruselas. Desde sus puestos librarían batalla. Quedaba por ver cómo daría combate Lidia.

Rubinstein ganó la primera prueba de fuerza. Isidoro congregó una junta, a sabiendas de que Naón no iba a concurrir. Asistieron Esteban Espósito y Jorge Alfredo Abuín, presidente y vicepresidente del Banco Comercial de La Plata; Rafael Ianover, responsable de Papel Prensa; Juan Pallí y Mario Seoane de Canal 2 de La Plata; Ignacio Jorge Mazzolla, propietario de la sastrería George de la Avenida Alvear, que prestara su nombre para múltiples tramoyas de David, mientras vestía a Bernardo Neustadt, Julio Broner y Jacobo Timerman; Manuel Werner, representante de Gelbard en la trágica circunstancia; Lidia Catalina Gesualdi, ex paciente de Lidia Papaleo, “ascendida” luego a las “relaciones públicas” del secretariado de Egasa, empleada de confianza de David en Buenos Aires y ahora apuntalando a su terapeuta en los tironeos y reacomodamientos personales de poder; Enrique Brodsky, suegro de Isidoro, ex director de promoción del Banco Comercial de La Plata, reconfortando a sus consuegros, al yerno y a su hija en la dolorosa instancia.

—Jorge tiene la confianza de la familia para reemplazar a David. Espero que le sean dados todos los apoyos necesarios —fue la lacónica frase de Isidoro.

Detrás del telón, a Lidia no le quedaba otra cosa que dejar hacer, acechando desde el papel de viuda compungida la oportunidad para barrer con quien le disputara el lugar de David. Solo ella y Juan Graiver sabían que Isidoro se había apartado del grupo, indemnizado con 2 millones de dólares. Por ahora guardaría el secreto. Ese sería un naípe que iba a usar más adelante si su cuñado se le interponía en el camino.

Naón, ausente sin aviso del conclave, marcó de ese modo su disconformidad. Pedía mucho y no cedió, corolario quizá de sus relaciones borrascosas con Graiver, a quien

solía reprender en público, pidiendo en voz alta la cabeza de empleados que contrariaban sus brutales emplazamientos. Lidia se convenció que, sin David, Naón sería incontrolable. Se opuso a que la familia le firmara un papel otorgándole plenos poderes, y como nadie impugnó su palabra, esta tuvo valor de veto. El fiel de la balanza se inclinó hacia Rubinstein, quien se abstuvo de opinar y no exigió tanto. Se conformó con que le confirieran el poder verbalmente, comprometiéndose a cuajar sus decisiones con la familia.

La viuda amparó a Rubinstein también por otra razón. Eran cómplices de un secreto desconocido por Isidoro, Juan y Naón: la inversión montonera. La ocasión no daba para tal revelación. Podía provocar la desertión de los que no estaban al corriente. Ante todo de Naón, quien probablemente diera un portazo y se fuera, siendo como eran sus raptos de furia cuando los negocios quebraban su ortodoxia. Había mucho de irregular y desconocido en la plata de Graiver que Lidia Papaleo debía salvaguardar, destapando la olla con mucha prudencia.

Lidia dictaminó en detrimento de Naón, pero sin romper. Probablemente avisó que podría retenerlo en función de la subsistencia del grupo. El equilibrio alcanzado era inestable. Sin embargo, en la trastienda, era ella quien ya movía los hilos y garantizaba la continuidad de la dirección.

Naón acusó recibo del fracaso de su candidatura pero se quedó. Acaso por solidaridad con la BAS, que constituía su obra. O quizá apostó a que les sería imprescindible y cambiarían de parecer al ver que no podían manejar los bancos sin él. El grueso de las finanzas Graiver estaba en Nueva York y no podría asistirlos desde Bruselas como lo exigía la gravedad de la situación. Cualquiera fuera la hipótesis, los hechos iban a encadenarse de tal modo que Naón,

por más que así no lo quisiera, quedaría fuera de batalla no bien pisara de nuevo el enorme felpudo en el que se leía “Bienvenido” en cuatro idiomas, en las alfombradas veredas del 36, Rue de la Loi, en Bruselas. Los acontecimientos lo acorralarían. La BAS quebraría, interrumpiendo para siempre su carrera de banquero.

Pero para eso faltaban 34 días. Volviendo a esa noche del lunes 9 de agosto de 1976, Lidia se sentó en un costado de la cama de María Sol hasta que la niña se durmió. Natalio Swartz había conseguido detener la hemorragia pero no devolverle el apetito. A las 23 y 47, mientras esperaba que los 3 mg de Lexotanil le trajeran el sueño, sonó el teléfono.

–Lidia, para nosotros es una “boleta” –dijo Carlos Torres, para ella conocido como “Ignacio”.

–Yo también lo creo –respondió la viuda.

–El directorio me pide te transmita el sentido pésame –agregó el oficial mayor montonero, jefe de finanzas, un criollo de 1 metro 85, peinado a la gomina, de espesos bigotes, oriundo de Córdoba, según destilaba su acento.

–Gracias.

–¿En qué lugar preferís que nos reunamos?

–En Buenos Aires. ¿De dónde llamás?

–De República, la telefónica de Corrientes y Maipú.

–Sigan en contacto con “Rupérez”, que supongo estará por allí la semana próxima. Por él se enterarán de mi llegada. Te dejo, estoy agotada.

–Chau, y fuerza, que te apoyamos.

–Sí. Chau.

“Rupérez” era, en el código compartido por Graiver y Montoneros, el doctor Jorge Rubinstein. “Ignacio” conocía a Lidia Papaleo desde junio de 1976, cuando su marido se la presentara, al igual que a uno de sus jefes de la Conducción

Nacional de Montoneros, Raúl Clemente Yager, “Roque”, de visita en México para reencontrarse con su mujer, la “Gringga”, recientemente liberada con la opción constitucional para salir del país. Esta era una franquicia que otorgaba en cuentagotas la Junta Militar para algunos presos legales a disposición irregular del Poder Ejecutivo, acogiéndose a lo prescripto por el artículo 23 de la Carta Magna.

Después de la reunión de David con Yager y Torres, Lidia se les unió para ir a cenar al Hotel Camino Real, donde Graiver había reservado habitaciones a los guerrilleros, inscriptos con pasaportes falsos. David quiso que Lidia estudiara como psicóloga a quienes decidían el destino del dinero montonero. Paralelamente quedaba formalmente dicho ante los “soldados de Perón” que ella compartía la relación de Graiver con ellos y que lo reemplazaría en caso de que él no estuviera presente.

Yager no viviría para contarlo. El 30 de abril de 1983 lo despellejaron en la Perla, el “chupadero” del general Luciano Benjamín Menéndez en Córdoba. Torres tampoco. Los sicarios de la ESMA arrojarían su cadáver al Atlántico sur en 1977. Su suerte fue la misma corrida por la mayoría de los 5.000 desaparecidos cuyos rastros se perdieron en el festín macabro concebido por el capitán de corbeta Jorge Eduardo Acosta y el almirante Emilio Massera.

* * *

El martes 10, los Graiver, Rubinstein y Naón viajaron a Nueva York. El lunes 9 les habían advertido que el cheque de David por 2 millones de dólares, proveniente de la BAS, en Bélgica, hacía estragos en el ABT. Las paredes de lo que súbitamente parecía un castillo de talco, se resquebrajaban.

Naón y Rubinstein lo notaron enseguida. Cuando Abraham Feinberg, Saúl Kagam y Stanley Kreitman pidieron a Lidia Papaleo, Juan e Isidoro Graiver la firma de una carta de intención conjunta garantizando los actos y deudas del extinto, por cautela, los Graiver se opusieron y convencieron a la viuda. Los documentos esgrimidos por los directivos del ABT avalando el reclamo delineaban los bordes de un agujero de 18 millones de dólares. Nada alarmante si David viviera pero preocupante en su irremediable partida. Nadie conocía cómo había previsto obtener los recursos que irían haciendo frente a los vencimientos de esos créditos en su debido plazo. Los presentes carecían de un reemplazante idóneo capaz de sustituir al finado en tan corto lapso. En poco tiempo ese pasivo iba a desfondar al banco.

Los papeles apretujados sobre la mesa enroscaban una madeja de préstamos que enredaba a los seis bancos del grupo. Rubinstein y Naón, a esa altura impregnados del mal, cruzaron miradas graves. Sin hablarse, concluyeron rápidamente que el cáncer debía de tener metástasis en Bruselas, Tel Aviv y Buenos Aires. Juan, Isidoro y la viuda sabían que David era el único que conocía la amalgama de créditos y contracréditos de sus bancos en los cuatro puntos equidistantes del globo, bombeando capitales para sus proyectos industriales e inmobiliarios en la Argentina. Este había sido el objetivo primordial de sus anhelos de poder económicos calculado en 200 millones de dólares. Y no se les escapaba que Rubinstein y Naón desconocían la totalidad del tinglado, donde, por ejemplo, uno de los bancos del grupo otorgaba un préstamo que sería cancelado con otro similar conferido al mismo deudor por otro de los bancos Graiver, y así sucesivamente, a fin de que se terminaran de financiar la obras en curso y estas comenzaran a producir dividendos.

David no había promocionado una conducción colectiva en donde la información y los contactos se socializan. El mecanismo de decisión era unipersonal. Escondía la mayor parte de los datos que justificaban las medidas de dirección tomadas, sin rendir cuentas a nadie. Todo dependía de su percepción y de su interpretación. Si él juzgaba inoportuno que se supiera lo hecho y deshecho, sólo los terceros, directamente afectados, darían cuenta de los aciertos y de los errores. Por boca de tres directivos del ABT, cinco argentinos que rodearon a Graiver lo verificaban implacablemente aquella soleada tarde neoyorquina de agosto de 1976. Las conclusiones traducían dos verdades obvias que, inauditamente, Graiver había pasado por alto: la solidez económica no tiene un correlato inmediato en cuanto a liquidez financiera, y el endeudamiento de los bancos que hacen uso de los depósitos de sus cuentacorrentistas y los otorgan como créditos, es manejable sólo hasta un determinado punto. Operar con el dinero de los otros (“Other People Money”, la OPM de David) tenía sus principios. Con un voluntarismo bíblico, Graiver los había ignorado.

Se aproximaba el otoño en Nueva York. Las hojas de aquel árbol dominado por el egoísmo que había cultivado David Graiver tapizaban el suelo. Apiñar guarismos esenciales de la contabilidad de una multinacional en un solo cerebro centralizador, por más genial que este sea, puede parecer irresponsable. En el fuero íntimo de cualquier animal humano joven la muerte es algo que acontece a los demás, no a uno. Y si viene, siempre es para mucho más adelante.

—Esto se va al carajo. —De golpe, Rubinstein y Naón verbalizaron la expresión que anunciaba la vecindad del desastre. Y todo por la manía individualista de David. Se había creído suficiente para sustentar aquel edificio cimentado en

papeles de financiación, abusando del criterio de que los bancos “crean dinero”, inspirado en el juego de recibir depósitos y otorgar créditos.

Juan, Isidoro y Lidia sintieron que la desesperación les secaba las gargantas. Reino sin monarca y sin príncipe sucesor, dejaría de ser reino. Se lo comerían los de afuera. Para salir de aquel atolladero pidieron tiempo. Naón y Rubinstein acarrearón argumentos técnicos. Consultarían con abogados y contadores sobre avales que podrían darse para cubrir algunos de los préstamos cuya devolución urgía: acciones de firmas diversas; un terreno de 1 millón de dólares en Venezuela, comprado originalmente por la sociedad de Graiver Aldesol para levantar la urbanización Los Naranjos, cerca de Caracas; Oga Porá, 23 mil hectáreas arboladas en el límite entre Paraguay y Brasil; el Hotel Park de Tel Aviv; algunos departamentos del Bristol Center que tal vez podían cederse en pago. Palabrerío hueco para infundir confianza pasajera en sus interlocutores. Los bienes existían pero servirían de poco.

De todas maneras la solicitud de postergar compromisos en Nueva York les convenía a aquellos cinco argentinos. Con diferentes grados de conciencia obedecían al instinto de conservación que les dictaba irse si no querían quedar atrapados entre los escombros. El ABT se caería a pedazos con semejante deuda. En la hecatombe lastraría al CNB, a la BAS, y a los bancos de Buenos Aires y Tel Aviv.

Feinberg, Kagam y Kreitman aceptaron abrir un compás de espera. Trataron de contentarse considerando que la muerte de David podía permitirles ganar una docena de días antes de que se apersonara un inspector del “Fed” al constatar que los encajes en rojo no variaban de color. Todos, sin embargo, tenían conciencia de que aquello era una

comedia en la que cada uno jugaba la calma previa a la tormenta. Seguir bregando condujo al entendimiento que debían viajar a Buenos Aires y Bruselas para hacerse una idea exacta y global de la situación antes de tomar cualquier decisión. Recopilarían la documentación necesaria en la Argentina y en Bélgica, tomando el compromiso de volver a reunirse en Nueva York. Nadie apostaba un céntimo a que esa reunión llegara a concretarse algún día pero de la boca para afuera afirmaban lo contrario y se estrechaban las manos en señal de despedida.

Rubinstein y Naón fotocopiaron la papelería útil del ABT y el CNB que pudieron obtener y dejaron la ciudad al día siguiente con la convicción de no pisarla nunca más. En sus equipajes se llevaron los comprobantes del vaciamiento bancario operado por David en los Estados Unidos a favor de sus empresas argentinas: 8 millones de dólares por conducto del Banco Comercial de La Plata entre febrero y julio de 1976, y 10 millones de dólares a través del cambista preferido del grupo, Francisco “Paco” Fernández Bernárdez. En la contabilidad de este, incautada meses después por las Fuerzas Armadas cuando fue investigado el “caso Graiver”, aparece nítidamente que entre 1974 y 1976, David extrajo 25 millones de dólares de la Argentina, entrando 35 millones en el mismo período, mediante miles de operaciones cambiarias que transitaron por la cuenta de Fernández Bernárdez en el ABT, llamada “Caracol”. A “Caracol” la abastecieron cuentas teleguiadas por Graiver en el ABT, el CNB y la BAS. Fueron las que allí abrieron las compañías estadounidenses Bankers International, Protekair y Coddetreira, en las que Graiver operaba asociado a los bufetes de Theodore Kheel y Rogers & Wells. También New Loring, Invex, Finex, Euram, Urris, Texco, Eufix, Peacox y Bicton, sociedades

panameñas pertenecientes a Graiver sin que los bancos lo supieran pues los titulares de tapadera eran dos prestigiosos estudios de abogados de Panamá: Arosemena, Noriega & Castro, y Aleman. David los instruía cotidianamente por teléfono o télex haciéndoles pedir préstamos. Ese dinero drenaba luego por canales que solo él y sus cómplices conocían. Induciendo al ABT a conceder créditos a esas compañías, Graiver se prestaba dinero a sí mismo, desviaba en su provecho una masa crediticia proveniente de los clientes de sus propios bancos.

Triste consuelo para Rubinstein y Naón. De los pulmones de Wall Street, David había succionado millones para sus empresas en una “bicicleta” descomunal pero desatando un caos enciclopédico. Aquello de “mil veces perdón a quien roba a un ladrón” no detendría, sin embargo, ni la desaparición forzada del atracador –por más que la duda sobre el crimen carcomía a sus adjuntos– ni la desgracia de estos. A Rubinstein lo estrujarían las garras del coronel Ramón Juan Alberto Camps en marzo de 1977, en el “Pozo de Banfield”, uno de los tres centros clandestinos de detención del “carnicero de Buenos Aires”. El certificado de defunción otorgado a la familia registra como fecha de su muerte el 4 de abril de 1977 por “insuficiencia cardíaca”. En cuanto a Naón, sería condenado a 4 años de cárcel en Bélgica, aunque sus delicadas coronarias lo eximieron de cumplir la sentencia.

Con los datos acopiados en Nueva York, Rubinstein iba a intentar frenar la demolición en Buenos Aires. Con exasperación parecida, Naón se afanaría en tapar vanamente el formidable boquete de 34 millones de dólares en la BAS. Cuando vio que los coeficientes de sus encajes de eurodólares no correspondían al nivel de los depósitos en

esa moneda, el “Administrateur Délégué” abrió su caja fuerte personal y apeló a la garantía de 30 millones de dólares que arrancara en vida de David. La garantía estaba firmada por su padre en calidad de vicepresidente, y por Enrique Brodsky, suegro de Isidoro, como director.

Para la Comisión Bancaria, el órgano estatal regulador de las finanzas públicas en Bélgica, los papeles se adecuaban a las exigencias. Pero al querer hacer efectivo el aval, se descubrió la estafa: David había ordenado que esa garantía no se anotara en la contabilidad del Banco Comercial de La Plata, quitándole de ese modo valor financiero. Aún peor, ya que cuando Jun Graiver la firmó estaba de licencia, situación transitoria por cierto, pero que le prohibía detentar responsabilidades del banco. La institución no podía caucionar nada que no hubiera sido asentado en sus libro. David había entrampado a Naón con doble cerrojo.

La catástrofe expulsaría a la calle a sesenta empleados de la planta baja y el primer piso del ocre edificio de la Rue de la Loi, en Bruselas, contratados por Naón para dar vida a la BAS. Este sería recordado como un banco decorado de la misma forma que un hotel de cinco estrellas, sin mostradores de atención al público, sólo lujosos escritorios y mullidos sillones entre los que deambulaban atractivas secretarías y apolíneos directivos.

En virtud del hundimiento de la BAS, el juez encargado de administrar la quiebra no pudo doblegar la resistencia de Nón a devolver los 270 mil dólares de su cuenta privada que se le viera con anterioridad transferir a la Banque de Paris et des Pays Bas. Al producirse el cierre de una institución financiera, es de rigor que sus ejecutivos restituyan toda extracción personal de fondos efectuada en los diez meses previos, para someterlos al examen de la autoridad de liquidación. Naón no se

plegó. Entendió que ese dinero le pertenecía legítimamente. Pretendió no haber cometido infracciones, descargando el fardo de la cuarta quiebra bancaria de la historia de Bélgica sobre David Graiver, y debido a la incompetencia de Pierre Tindemans, auditor de la Comisión Bancaria. En 1975, Tindemans había inspeccionado las empresas Graiver que gozaban de préstamos de la BAS, y no le mereció “observaciones que formular”. Estos argumentos no convencieron a la 22ª Cámara del Tribunal Correccional de Bruselas. El 20 de noviembre de 1979, sentenciando que no podía ser ajeno a un banco a merced de su dirección, que concentrara el 80% de su cartera crediticia en el holding Graiver, lo condenaron a cuatro años de cárcel, al cabo de treinta y ocho meses de proceso, inculpado de falsificación de documentos, bancarrota fraudulenta, desvío ilegal de fondos y violación del Código de Comercio. Empero fue exceptuado de cumplir la pena por razones de salud, desterrado a un peculiar exilio en Ginebra. Las autoridades de inmigración locales informan en el 2007 que continua viviendo como jubilado en un hogar de ancianos.

A la recíproca de Kagam, Kreitman y Feinberg en el ABT, Naón había otorgado infinidad de préstamos a sociedades de David por orden de este, cuando el desenvolvimiento del grupo hacía prever que se reembolsarían. Esa posibilidad se desvaneció con el “accidente” del birreactor NAR-888 de Hansa, a 50 millas de Acapulco, donde dejó de existir el insustituible pivote humano de aquel imperio de papel. La quiebra del ABT costó 40 millones de dólares a los contribuyentes norteamericanos.

Antes de dejar la sala de reuniones, Lidia pidió ir a la oficina que había ocupado David.

—Déjenme sola—dijo a las secretarias. Al verla llegar las mujeres se le fueron encima para darle el pésame. Gigi Tejerero

alcanzó a pasarle un sobre blanco que había dejado esa mañana un mensajero. Lo abrió y supo que Baruj Tenenbaum, alojado en el Hotel Stanhope, quería verla.

Guardó la anotación en un bolsillo. Cerró la puerta y cruzó el despacho en pos del gabinete particular de su malogrado esposo. Tecleó el 1111944. La cerradura se destrabó. Prendió la luz y comenzó a recorrer los anaqueles en los que se alineaban unas 400 carpetas de grueso cartón negro, en cuyos lomos se leían siglas o nombres. Buscó una que decía “Empresas Catalanas Asociadas SA” y la guardó en su amplio bolso de mano. Lo había llevado expresamente para ese fin. Después sacó otra que tuvo el mismo destino. Título: “Tinieblas”.

Apagó la luz. Cerró la puerta y volvió a marcar el número. Imposible de olvidar: resumía su fecha de nacimiento, el 11 de enero de 1944. Así lo dispusieron con David. También acordaron que si él desaparecía, esas dos carpetas debían quedar bajo control de Lidia. Allí figuraban los elementos para dirigir el grupo, preservando los objetivos de poder que habían acuñado juntos.

“Tinieblas” reunía toda la información útil para defenderse o aliarse con terceros. Estaban los contactos y contraseñas con el Mossad; los memos sobre sobornos entregados o recibidos; la selección de clientes extraídos de las listas de cuentistas de los bancos, con sus respectivos movimientos de fondos, y toda otra información sensible. Aquellos papeles eran un amasijo de nombres e inmundicias. Estaban los sindicalistas Casildo Herreras, secretario general de la CGT; José Rodríguez—SMATA—, Héctor López—UPCN—, Rogelio Papagno—UOCRA—, Juan Ezquerra—bancario—, Florencio Carranza; los cirujanos René Favoloro y Raúl Matera, los periodistas Jacobo Timerman y Bernardo Neustadt;

Alejandro Orfila, secretario general de la OEA; Ítalo Argentino Luder; Manuel Rawson Paz, abogado al servicio de los militares; el ex gobernador de la provincia de Buenos Aires Victorio Calabró; los obispos Plaza y Tortolo; los ex presidentes Raúl Lastiri y María Estela Martínez de Perón; y Edgardo Sajón, ex secretario de Prensa bajo la presidencia de Lanusse. Nombres que hoy siguen ilustrando los archivos tribunalicios de Nueva York y Bruselas.

Esa carpeta también reunía los entretelones de Aluar. Podía leerse cómo había hecho José Ber Gelbard, en sociedad con Manuel Madanes, para capturar el 51 por ciento del paquete accionario de la compañía por 20 años, aportando sólo el 2,2% del capital real, tal como reprochaban sus detractores. ¿Era cierto? “Dudi” se había hecho preparar un análisis del decreto 3411/71 y de la ley 19.158/71, de cuya interpretación surgía que el Estado había terminado poniendo 464 de los 474,5 millones de dólares que insumió el complejo elaborador de aluminio de Puerto Madryn, provincia de Chubut. Pero la propiedad había recaído en manos particulares hegemónicas por Gelbard, que a tales fines desembolsaron sólo 10,5 millones de dólares, capital que Fate y Pecerre, las empresas de Gelbard y Madanes, obtuvieron en créditos otorgados por el Banco de Avellaneda. Obviamente la suma era insignificante frente a la magnitud del planta. Solventaba la propiedad de la producción de alúmina para todo el país, comprendía la represa de Futaleufú, alimentadora de energía, el barrio de viviendas para el millar de obreros y técnicos que empleaba, y las 210 hectáreas que abarcaba el perímetro donde se levantó el proyecto.

El privilegio sin precedentes que Lanusse dispuso Gelbard por Aluar empaquetó un regalo envenenado para las dos partes. No sólo para Gelbard, beneficiario de controvertidas

disposiciones, de dudosa constitucionalidad, que lo marcarían a eternidad. También para Lanusse, quien desoyó las advertencias de diferentes dependencias del régimen que presidía. Con tal de sujetar a Gelbard al GAN, desestimó informes que valoraban el contrato oneroso para el Estado. Pero el tiro le salió por la culata. Graiver había preservado un examen pormenorizado de la polémica, reflejado en las copias de documentos de diversa procedencia, particularmente los papeles confidenciales de la Comisión Parlamentaria que investigara el caso en 1975. Todos habían coincidido en que ese contrato era leonino para el Estado argentino. Ahí figuraban las opiniones escritas que Lanusse había desechado en su apuesta por un Gelbard que, desde la corporación empresarial, debía aportar madera para el catafalco de Perón. Los textos eran crueles. Los fechados el 19 de julio de 1971 tenían membretes y firmas del Banco Nacional de Desarrollo, del Banco Central de la República Argentina y del Ministerio de Hacienda y Finanzas. Otros, del Estado Mayor del Ejército, del Estado Mayor Conjunto, Jefatura 4, Logística y del Comando en Jefe de la Armada. Hasta las confidencias de Eduardo Marcelo Asencio, un empleado de Madanes que detestaba a Gelbard, habían llegado a manos de “Dudi”. Asencio describía detalles inéditos de las tratativas.

David también había coleccionado fotocopias de los movimientos de tres cuentas conjuntas Gelbard-López Rega. En el Banco Comercial de La Plata tenía los dígitos 1418/8, 8035/4 en el Banco de Intercambio Regional, y 8035/0 en el Banco Río de La Plata. López Rega había comprometido a Gelbard pagando con dinero de esas cuentas un departamento en Avenida Libertador y Darrigueyra, probablemente una mezcla de corruptelas y “fondos reservados” del gobierno. En el mismo edificio

vivía el ministro del Interior de Isabelita, Benito Llambí, que aconsejara la compra inmobiliaria.

En otro apartado de aquella explosiva carpeta, se alineaban en orden alfabético las personas que podían proteger o que debían ser protegidas, o con las que había que tomar recaudos especiales (Francisco Manrique; Baruj Tenenbaum, agente del Mossad; Goar Mestre; Robert Vesco; Horacio Rodríguez Larreta, presidente del Racing Club de fútbol; Guillermo Patricio Kelly; Idelfonso Recalde, embajador ante el Mercado Común Europeo; Hugo Ezequiel Lezama, periodista; César Cao Saravia; Rafael Vázquez, embajador argentino en Bélgica; Héctor Francisco Domingo Capozzolo, dueño del Banco Torquinst; Miguel Joaquín de Anchorena, abogado; Alejandro Agustín Lanusse, general; José Rafael Trozzo, último propietario del Banco de Intercambio Regional; Gustavo Caraballo, pariente de los Hirsch de Bunge & Born y secretario de las presidencias de Raúl Lastiri, Juan Perón e Isabelita Martínez, además de abogado de Gelbard).

En las páginas de “Tinieblas” se puntualizaban los enjuagues de la “Cruzada de Solidaridad Justicialista”. La institución benéfica llegó a reunir 8 millones de dólares de “donaciones”. Confluyeron en la cuenta 1049/0 del Banco Comercial de La Plata, de Graiver. Contra esa cuenta Isabelita libró, por ejemplo, el cheque número 511.964 por 3.151.651.150 pesos para compensar a Blanca y Herminda Duarte, hermanas de Evita Perón, en el pleito que su difunta madre, Juana Ibarguren, abriera por la mitad de las propiedades inmuebles de Perón. Eran la quinta de San Vicente, la residencia de Gaspar Campos y una casa de veraneo en La Punilla, provincia de Córdoba, un reclamo reconocido por el propio Perón en su testamento. Como Isabelita no deseaba desprenderse de esos bienes, pues dividirlos hubiera

implicado venderlos, compró el 50 por ciento a los herederos de Eva Duarte. Pero en vez de apelar a su peculio acudió a la pretendida entidad de bien público. De esa “Cruzada” fue tesorero, Duilio Brunello, ex empleado de Fate, conglomerado de Gelbard. En un período vicepresidente del Partido Justicialista, Brunello descolló por la intervención de la provincia de Córdoba después de que Perón decidió legalizar un motín policial que destituyó a los gobernadores Obregón Cano y Atilio López.

La “Cruzada” había obtenido la personería jurídica recién el 10 de diciembre de 1973 pero actuaba desde el 14 de diciembre de 1972, lapso ilegal en que la mayoría de los aportes de 61 empresas, bajo amenaza, por oportunismo o buena voluntad, auxiliaron con dinero a su presidenta, la impopular Isabelita. A saber: Azucarera Benvenuto, CAPESA, Fundación Terrabusi, Olivetti, Banco del Oeste, Fundación Odol, Kokourek, Banco Hispano-Ítalo-Holandés, Banco Continental, Monumental, Grimoldi, Banco de Crédito Mobiliario y Financiera Bracht, La Arrocería Argentina, Frugone, La Serenísima, Petrolera Pérez Companc, Industrias Pirelli, Farmacia Franco-Inglesa, Textil Oeste, SanCor, Aurora, CADIPSA, Inversiones Unidas, Cities Service, Astilleros Alianza, Osvaldo Rigamonti, Astilleros Vicente Forte, Enrique Olmedo, Nestlé, Cámara Argentina de Sociedades de Crédito para Consumo, Bolsa de Cereales, Banco Francés del Río de la Plata, Siemens Argentina, Banco de Crédito Rural Argentino, Loma Negra, Philips Argentina, Peñaflor, Ledesma, Banco del Interior y Buenos Aires, Banco de Italia y Río de la Plata, Banco Español del Río de la Plata, Banco Mercantil Argentino, Cervecería y Maltería Quilmes, Quilmes Inmobiliaria, Compañía Argentina de Levaduras, Industrias Grasas y Aceites Refinados, Estancias Santa Rosa,

Importadora y Exportadora de la Patagonia, Mercedes Benz Argentina, Banco Popular de Quilmes, Renault Argentina, Bridas, Techint, Fundación Enrique Rocca, Fiat Concord, Norberto Priu y M. Castro de Priu, Egon Ostry, Celulosa Argentina, Duperial, Austral Líneas Aéreas, Amoco y Comarsa.

En un capítulo aparte de “Tinieblas” se numeraban las fotocopias de los extractos de la cuenta personal de Isabelita en la banca Graiver. Allí había depositado una gran parte de los 5.300.000 dólares de indemnización con que el Estado argentino reparó los daños y perjuicios causados a Perón por las secuelas de su derrocamiento en 1955. La cuenta fue cerrada abruptamente por Isabel no mucho después de la muerte de Perón al negarse David a conducirle en inversión los fondos de la herencia del celebre General. Fue cuando “Dudi” tuvo que optar entre Isabelita y López Rega, o sus amigos sindicalistas y Gelbard, ya enfrentados al siniestro dúo que se había adueñado del Poder Ejecutivo Nacional. Isabelita trasladó entonces ese capital al Trade Development Bank de Edmond Safra, en Ginebra. Más tarde transfirió esos haberes al Banco General de Luxemburgo, de donde se habrían esfumado entre las cuentas ginebrinas de Isaac Arriola, el abogado de la ex presidenta. La cuestión llegó a tribunales, pero nadie sabe muy bien si pudieron depurarse las responsabilidades sobre el destino final de aquel dinero mediante el cual se pretendió restañar los daños morales y materiales sufridos por Perón.

Los socios y rivales de Graiver en el triángulo de la banca judía en América Latina merecían un apartado en “Tinieblas”. Aparecían folios grapados sobre cómo, en seis semanas y por la módica suma de 2,5 millones de francos suizos, José Klein consiguió la autorización para adquirir lo que sería el Continental Trade Bank de Ginebra, más la residencia

permanente en uno de los veintiséis cantones de la Confederación. Para este segundo trámite el aspirante extranjero que no haya solicitado el asilo político o no contrajere nupcias con un titular de la ciudadanía helvética, debe previamente haberse domiciliado diez años en tierra de Guillermo Tell.

A Klein lo rodeaban inconfesables rumores. “Dudi” lo sabía. Un empleado de la oficina del Continental Trade Bank en Londres le había vendido a David la lista de clientes que desde la capital inglesa blanqueaban fondos a través de Suiza. Esa misma lista, una vez muerto Graiver, fue a parar al MI5, provocando el cierre inmediato de la sucursal. La misma suerte corrió la Centrade, su filial en Bruselas.

Edmond Safra no podía sacarse de encima las murmuraciones de divisas embebidas en alucinógenos. De los vestigios que hoy se conocen, Graiver poseía hebras comprometedoras, pero jamás se hilaron inculpaciones en sede judicial alguna. Judíos originarios de Alepo, en Siria, los Safra armaron un clan bancario que durante el Imperio Otomano se instaló en Turquía. Deshecho el imperio y con la llegada de los franceses y británicos, los Safra se refugiaron en el Líbano. Hacia 1922 se partieron en dos. Unos emigraron. Otros sobrevivieron en el Líbano, donde Edmond nacería en 1932.

En 1948, Edmond Safra era un promisorio banquero en Milán especializado en el comercio del oro y cambio de moneda. Catapultado al Brasil, coronaría su fortuna abriendo un banco en 1955 cuando sólo contaba con 23 años. Pero antes de abandonar Italia, dejó sospechas de colusión en el comercio de morfina. Se lo vinculó a la famosa banda de mercaderes turcos conocida desde 1957 por el contubernio de dos apellidos: Tirnovali y Soydan. Años después, Mario Vaudano, entonces juez de instrucción de Turín, reflotaría lo que podía interpretarse como nexos narcofinancieros de

Safra. Les daría carnadura humana Albert Shammah, un sirio nacido también en el Alepo, próspero comerciante milanés con ramificaciones en las finanzas, que para obtener un permiso de residencia en Suiza como cambista, citó como referencia de recomendación a Edmond Safra, ligándose con cinco de sus colaboradores: Ezra Marcos, Alberto Benezra, Haïm Djemal, Moïse Tawil y Jacques Tawil, según se desprende de la agenda secuestrada por la policía. A Shammah, detenido fugazmente en Ginebra a pedido de INTERPOL, lo consideraban el paso obligado de las narcoliras. No tuvo empacho en declarar que estas pudieron circular por sus compañías sin que él llegara a saberlo. Fue al menos lo que reconoció Zekir Soydan, un turco detenido en Lausana por traficar con estupefacientes. Era titular de una cuenta en el Trade Development Bank (TDB) de Safra. Confesó haber transferido dinero a Shammah de parte de Vagit Tirnovali, su tío, un mercader de morfina y heroína de alto vuelo. Otro delincuente de igual apellido, Sabit Tirnovali, condenado en Italia a 25 años de cárcel por comerciar con drogas, dejó un rastro que finalizó en el laberinto Safra, cuenta 138591 RL, en el Trade Development Bank de Ginebra. El Cartel de Medellín también irrigaría los bancos Safra. Por la cuenta 606529519 del Republic National Bank de Safra en Nueva York, habrían sido lavados 185 millones de dólares, de acuerdo con el control de Aduanas de los Estados Unidos. Paul Waridel, administrador de Yasar Avni Musullulu, el traficante turco de armas y drogas mas famoso de Suiza, quien no fuera detenido por laxismo de los policías federales en Berna, vehiculizaba capitales por el TDB, cuenta 175.081. La Guardia de Finanzas de Italia ha informado, por su parte, que por las cuentas 138591 RL y 18355 IMS del TDB se financiaba a los “Lobos grises”, la organización de extrema derecha

turca que preparó el atentado contra el Papa Juan Pablo II. El TDB supo asimismo albergar cuentas de la Mecataff, una financiera señalada por una investigación parlamentaria helvética como ocupándose “en plena y entera conciencia de la realidad, de blanquear el dinero proveniente del tráfico de drogas”. Era el mismo banco que había visto transitar por sus cofres la herencia de Perón y la comisión de 4 millones de dólares recibida por Gelbard de los ítalo-canadienses de la Italimpianti y la Atomic Energy. Safra, finalmente, tal vez por precaución, lo vendió al American Express en 1983. En cuanto a Shammah, fue inculcado por reciclar dinero del narcotráfico, pero no purgó ninguna pena. Tanto él como Safra, y para defenderse en Ginebra, se sirvieron de los abogados Dominique Poncet y Marc Bonnant, los mismos del jefe de la logia masónica *Propaganda Due* (P2), Licio Gelli.

En Nueva York el periodismo asociaba a Safra con la mafia y la venta de armas. Muestras no faltaban y David Graiver había almacenado interesantes fotocopias. Edmond Wilson y Adnan Kashoggi, los más importantes vendedores de material bélico del mundo, eran clientes de Safra. Sus preferencias por el Brooklin Bank y el Kings Lafayette Bank, sindicados como los bancos apañados por la mafia, eran igualmente llamativas. También la amistad con Meade Espósito, líder demócrata de Brooklin, puntero de la corriente de su partido emparentada con la mafia, quien justamente vicepresidía el Kings Lafayette Bank, institución absorbida por Safra en 1974.

David lo sabía, porque había compartido con Safra el mismo abogado en Nueva York: Theodore Kheel, asesor de George Many, caudillo de la AFLCIO, el poderoso sindicato norteamericano. En 1957 y 1966, Safra había sido objeto de averiguaciones por parte de la Drug Enforcement Administration (DEA), el ente norteamericano de represión

del narcotráfico. Aunque la DEA desistió de seguir investigándolo al ver que ciertos indicios no podían constituir pruebas en su contra, lo mantuvo en observación. Y alertó a Perú e Italia que tuvieran cuidado con el banquero, encumbrado como el principal comerciante de oro del mundo, líder de los préstamos interbancarios y del transporte de papel moneda.

Por otra parte Safra atrajo la atención de la comisión parlamentaria que investigó el Irangate bajo sospecha de estar involucrado en el robo de 40 millones de dólares extrañados en las cloacas del Ayatollah Jomeini, Oliver North y la “Contra” antisandinista. A pesar que la suposición no pudo corroborarse judicialmente, se determinó formalmente que por la cuenta 606451064 del Republic National Bank transitó una buena parte de los capitales que movilizaron aquel truculento canje de drogas, armas y dólares.

El banquero libró batalla judicial, considerándose blanco de una campaña difamatoria de calumnias e injurias que se empeñaba en convertirlo en cómplice de los que delinquieron usando sus bancos. Tuvo suerte: ninguna investigación penal le fue iniciada a título personal y *Fortune* lo clasificó entre los hombres más ricos de la tierra, con 2 mil millones de dólares de capital propio. Resta por dilucidar cómo un hombre puede llegar a amasar semejante riqueza en un lapso tan corto.²

² El 3 de diciembre de 1999 Edmond Safra murió asfixiado en su apartamento de Mónaco, aprisionado en un baño junto a la enfermera Vivian Torrente. El fuego había sido encendido criminalmente por otro enfermero: Ted Maher. Poco antes Safra vendió su banco al HSBC. Lily, su viuda, heredó 3 mil millones de dólares. Brasileña de origen ruso, Edmond fue su cuarto marido. Con anterioridad ella estuvo casada con dos argentinos, los empresarios Mario Cohen y Alfredo Monteverde.

Volviendo a la carpeta: había de todo. Hasta la factura del Rolex de oro que llevaba en la muñeca izquierda el general Roberto Eduardo Viola, obsequio comprado por David en Bucherer, la exquisita joyería de la Rue du Rhône esquina Place du Port, en Ginebra.

La que rotulaba “Empresas Catalanas Asociadas SA”, abrigaba dinamita. Se archivaban copias de la escritura 3460 del 3 de junio de 1975, correspondiente a una sociedad anónima panameña de ese nombre, y de los recibos extendidos bajo forma de cartas en los que la BAS de Bélgica reconocía adeudarle 16.825.000 dólares. Esos recibos instituían una segunda traición de Graiver a Naón. Este los había rubricado en blanco creyendo que eran para recomendaciones que David usaba con sus emisarios en América Latina a fin de reforzar las actividades de sus bancos. Eran hojas membreteadas de la BAS, con firma y sello de Alberto Naón, debajo de un texto de cinco líneas escrito en castellano, en el que constaban día y lugar de recepción del dinero, y la voluntad del banco de invertirlo hasta su devolución en una fecha determinada, como se ejemplifica en los Anexos. Al provenir la mayoría de la clientela de la BAS de América Latina y ser costoso hacerla desplazar a Bruselas para normalizar la documentación de sus inversiones de capital, David no tuvo inconveniente en disponer un contingente de papeles de la BAS sin rellenar y autenticados por Naón.

La conexión Graiver-Montoneros se explayaba en otros comprobantes cronológicamente ordenados. Dibujaban el tortuoso camino de los dólares salidos de Bunge & Born y Mercedes Benz hasta desembocar en el ABT de Nueva York. Graiver se había tomado el trabajo de dactilografiar las tretas para manipular la cuestión financiera con

la guerrilla peronista. En ese texto, Graiver afrontaba el dilema de la devolución del capital si los inversores decidieran retirar la montaña de dólares entregados en confianza.

Para la eventualidad de desacuerdo en las negociaciones entre él o sus herederos y los guerrilleros, estaban en esa carpeta los télex y misivas probatorias de que Empresas Catalanas Asociadas SA fue una compañía engendrada por José Klein mediante los abogados panameños Durling y Durling. Con el pretexto de contar con una pantalla societaria que pudiera disimular en un momento de emergencia las transferencias con procedencia dudosa que los vincularan, David le pidió a Klein que ordenara su creación. Graiver terminó corriendo con los gastos, lo que por otra parte correspondía, pues era deudor ante él. Pero para no dejar huellas envió a Rubinstein a recoger la documentación pagando en efectivo los costos de su constitución, tal como se relató precedentemente. Luego dio otro destino a la firma. Siempre cuidándose de no dejar sus impresiones digitales en la sociedad, la cedió en mano a los Montoneros. Si estos se ponían intratables, se curarían en salud: que le fueran a reclamar a Klein, en cuanto al “instrumento”, y que se dieran de bruces contra la Comisión Bancaria belga puesto que no respaldaba los depósitos en dólares.

Lidia leería aquellos dossier más tarde. Sentada en el sillón que cuatro días antes ocupara su marido, se puso a buscar la serenidad perdida al tomar conciencia de que se internaba en un tembladeral. Baruj Tenenbaum era el Mossad. ¿Para qué la buscaba?

Inútil hacerse la pregunta.

Hizo un bollo con el mensaje. Al tirarlo al cesto de los papeles su mirada tropezó con los hermanos Rockefeller sonriéndole desde una foto. Los millonarios palmeaban a

un joven barbudo en pose satisfecha. La heredera le clavó la mirada. Prometió no defraudarlo en su sueño de construir un grupo económico al servicio de la Argentina, absorbiendo energías de donde fuera y como fuera, principalmente del exterior.

Aunque estaba dominada por el rencor y la melancolía, no derramó ninguna lágrima. Vislumbró que la utopía imaginada con David necesitaba imprescindiblemente de él. ¿Sería posible continuar su obra? Apretó los dientes y pensó que debía intentarlo. No se preguntó si eso era una quimera, perdurando la incertidumbre que rondara tantas veces las charlas de la pareja. De pronto sintió que era capaz de chapalear en el barro con tal de superar la adversidad y vengar a David. Evocó cómo este había remontado las dificultades cuando se puso a construir la multinacional, haciendo pie en la inmobiliaria de su padre en La Plata.

David reivindicaba que conseguir poder económico en la Argentina mandaba disputar espacios con quienes lo tuvieran, acatando la intuición y aprovechando los cánones impuestos por el mercado capitalista. Pero también transgrediéndolos. Los preceptos habían sido hechos para violarlos, le susurraba “Dudi” desde el más allá.

Tenía que estar decidida a no turbarse cuando hubiera que robar, embaucar, simular y valerse de cualquiera. Había que emular a sus contrincantes pero antes y mejor. Si era imprescindible, estafarlos y pasar por encima de ellos. Nada estaba vedado, desde la evasión impositiva y la falsificación de balances, hasta las importaciones imaginarias, los créditos de favor del Estado y los préstamos de las multinacionales bancarias, pivote del imperialismo norteamericano al que, para combatirlo, Graiver había decidido asociarlo en su aventura. He ahí su táctica para enfrentarlo, particular

forma de poner al servicio de uno la fuerza del adversario, principio que David había aprendido del yudo, como buen cinturón negro.

If you can't beat them, join them: “Si no puedes vencerlos únete a ellos”, fue la divisa de muchos emigrantes irlandeses y británicos, fundadores de los monopolios que dieron vida al imperialismo norteamericano, combinando la fuerza, el trabajo, el saqueo y la muerte. David la había hecho propia a su manera. No se uniría a los monstruos para terminar como socio menor, sino para trampearlos y chuparles la sangre. Sabía que debería matar para evitar que lo mataran. La respuesta a la violencia de la ley era la ley de la violencia.

El fin justifica los medios, repitió Lidia en su mente. Era un latiguillo de su extinto cónyuge cuando le provocaba asco alguna transacción. Ejemplos sobaban: a pedido del Mossad tuvo David que salir de un día para otro a conseguirle armas a Pinochet. Otra vez tuvo que tolerar que Evans, la compañía para financiar filmaciones que había creado en los Estados Unidos, produjera películas pornográficas para la mafia neoyorquina. Peor fue negarse a devolver 16 millones de dólares a un grupo de sindicatos de trabajadores ingleses, que los sacaron de Inglaterra violando la prohibición del control de cambios, colocándolos en los bancos de David, que ofrecían mayor tasa de interés. Total, pensaba Graiver, no se vería confrontado a ninguna represalia judicial ya que la inversión era ilegal desde el momento que quebrantaba las barreras aduaneras del Commonwealth.

Para David eso era *bull shit*, “mierda de toro”, al decir del argot norteamericano. Estupideces. Él estaba dispuesto a tragarse todos los sapos que hiciera falta con tal de montar la primera multinacional argentina. Era su trampolín al Ministerio de Economía. Se veía como un Rockefeller económico

revestido con la ideología de Carter y acondicionado a la Argentina, en las puertas de una gran revolución nacional y popular. Si ERP y Montoneros insurreccionaban a las masas y capturaban el poder, Graiver no perdería el tren de la historia. Los guerrilleros, por su lado, lo consideraban como el único interlocutor de la burguesía.

Contradicción era una palabra que no existía en el vocabulario de Graiver. Podía especular con “córdobas” de Nicaragua en tiempos de Somoza, para abultar sus capitales, como dejar que sus bancos librasen tarjetas de crédito a favor de comerciantes árabes. Cuando Israel negociara con los palestinos él podría abrir un canal. A David le importaba más adónde iba que de dónde venía. Detenerse a examinar cómo había hecho para llegar era una trivialidad y no estaba dispuesto a contabilizar los años transcurridos sino solamente los venideros. En sus preocupaciones anteponía el aspecto práctico de las cosas a sus secuelas ideológicas. No siempre haría lo que quisiera, ni dejaría de hacer lo que le disgustaba. Jamás se arrepentiría de lo realizado, sino de lo que no había podido hacer para saciar sus objetivos.

Lidia lo aceptaba pero a regañadientes. Y no se le escapaba que los medios, si son perversos, pueden terminar degenerando a los humanos que los utilizan, pues siempre iban implícitos en los fines. Todo lo que favorecía la victoria no era ético en sí. Había cosas que no se debían hacer bajo ningún concepto porque la moral se expresa en los actos. No se los podía separar alegremente de su trascendencia. Sin duda debía existir un límite donde las metas dejaran de justificarlo todo.

Cuando ella le salía con sus reparos, David le respondía que nada era superior al hombre y este decidía si quería o no que lo contaminaran. Bancos más o empresas menos, no

podían cambiarlo, repetía, mientras se ufanaba de ser un nacionalista burgués pero de izquierda. Acotaba que la ciencia, la técnica y los mecanismos bancarios eran políticamente neutros, simples instrumentos que se alquilan a los fines de quienes los manejan, y que esos fines sí eran materia de la política y de la ideología, por tanto son los hombres que los controlan quienes les injertan la política y la ideología y no a la inversa.

David tampoco creía en la muerte de las ideologías. Solamente había adecuado la suya a las condiciones de la época y al medio en que había decidido acumular su poder. Esa ideología era la de un joven ambicioso que entró en la política por la derecha de la mano de Francisco Manrique haciendo populismo en el Ministerio de Bienestar Social. La ebullición de aquellos años lo volcó hacia el peronismo y a la puja gremial empresaria en la CGE. Las opciones que fue tomando por esas fechas se orientaron hacia la izquierda pues era materialmente imposible posicionarse a la derecha de Gelbard en la CGE. Para afianzarse allí adentro, creó la CEPBA, absorbiendo en su andar a la FEBA, rama bonaerense de la UIA (Unión Industrial Argentina). Fallecido Perón, sus amigos sindicalistas y Gelbard quedaron prisioneros del fuego cruzado entre la “tendencia revolucionaria” del peronismo y la corte de Isabelita y López Rega.

David se jugó calladamente por los Montoneros. Guardó apariencias dentro de la CGE, sin cortar amarras con los militares, conservando relaciones, si bien ellos obviamente desconocían la camaradería de Graiver con la guerrilla. Y para mayor seguridad, se radicó en los Estados Unidos, creyendo que no lo alcanzarían las esquirlas de la guerra desencadenada en la Argentina.

Aquel periplo moldeó en David un arquetipo personal del nacionalismo político al que quería contribuir. Graiver se veía como un liberal progresista, sólidamente implantado entre los monopolios, resuelto a entenderse con los que propugnaban el socialismo desde el único movimiento capaz de construirlo: el peronismo. Acabado Gelbard, él tomaría las palancas de la CGE. Debía prepararse para salir a la luz en el preciso momento que hubiera que negociar con la guerrilla. En su imaginación añadía que si los grupos armados no tomaban el poder, tendrían seguramente mucho que ver en las elecciones generales que algún día devolverían al país la normalidad constitucional. El único reparo era si estos soportarían el mandoble represivo, pero Graiver no se sentía aludido por ese problema. Mientras eso se dilucidaba, él se consideraba a resguardo. Se lo tenía por amigo de los militares y su mundillo, que le fuera revelado por Lanusse y Perón y con el que supo congraciarse donando la capilla del Instituto del Granadero.

El fin del sueño de Graiver estaba, sin embargo, próximo. La guerrilla no negociaría con las Fuerzas Armadas. Nadie construiría el socialismo desde el peronismo. Para la vuelta a la democracia haría falta el electroshock de la guerra de las Malvinas. La palabra derrota no existía en el diccionario de David Graiver.

A Lidia todos esos pros y contras le daban miedo. Ella también quería cambiar el mundo, pero podía resultar que el mundo, imposible de cambiar, terminara cambiándola a ella, como tal vez ya lo hiciera con su marido, aunque carecía de certeza. ¿Era la política el arte de lo posible?, ¿o de lo imposible?. Había una franja de insatisfacción en las charlas con David luego de las agotadoras jornadas de oficina. Lo notaba demasiado seguro. La falta de escrúpulos que traslucía

“Dudi”, revertían ahora en las hesitaciones de su sucesora. En el plano político habían coincidido, pero a veces disentían en los mecanismos para reproducir el poder económico. Lidia recelaba pervertirse.

Probablemente su esposo había cambiado sin que ella se diera cuenta. La presunción del crimen la atenazaba de recelos, enrareciéndola a su vez en la cólera, la desazón y la sed de venganza. No fuera a ser que si para pelear a los monstruos desde una supuesta ideología superior, decidiendo asociarse a ellos, terminara, en el mejor de los casos, pareciéndose a los monstruos; y en el peor, eliminada cuando dejara de serles útil.

David rechazaba rotundamente tal razonamiento. Para él se trataba de adversarios o enemigos a los que las bondades de la asociación y la repartija del botín convertían en aliados. Así practicaba el yudo en la economía. Como en las artes marciales, había que ir al encuentro del adversario. Portador de verdades absolutas, terminaría condicionando la voluntad del antagonista. Acercarlo en vez de alejarlo. No para enemistarse sino para amigarse, hasta que llegara la hora de estocada asesina o de la puñalada por la espalda, para salvaguardar los propios intereses, o si el otro no se plegaba a su voluntad.

Lidia lo acuciaba con que el hombre es un animal de costumbres, que moldean la ideología. Mezclarse con los rivales para hacerlos socios podía finalizar tan sucio como ellos, si es que lograba sustraerse al aniquilamiento. No sólo David pensaba que en las luchas de poder no hay que herir sino matar. Hugo Papaleo, hermano mayor de Lidia, dirigente anarquista de la Federación Universitaria de La Plata, le había inculcado desde chica el valor preponderante de la libertad individual y la autonomía. La mujer de David Graiver sentía el escozor de la humillación cada vez que su

marido le venía con historias en las que, coaccionado, había tenido que sacrificar principios. ¿Podía uno, en realidad, servirse del sistema con objetivos contrarios a este?. Para desembarcar en las alturas ¿no había obligatoriamente que delinquir?

Para Graiver eran preguntas banales. De los riesgos no valía la pena discutir porque ellos son innatos a cualquier construcción de poder. Eso sí: una cosa son las herramientas y otra el hombre que las instrumentaliza. Esos aparejos, si se tiene claro al servicio de qué hay que ponerlos a trabajar, no pueden jamás corromper.

Lidia Papaleo no lograba digerir del todo ese precepto. Especificaba que la maldad podía llegar a fascinar, ejerciendo una peculiar seducción sobre los hombres que se frotan con sus velos, inoculando el placer de matar por matar. Lo falso podía convertirse en bello. Recapacitaba que lo que se hace prevalece por sobre lo que se dice o se piensa.

David disentía. Para él las opiniones personales eran inútiles. Solamente los hechos valían. Señalaba que el pensamiento creaba las palabras y los hechos, y no al revés; y que la mente podía mantenerse inmune a la cerrazón exterior. Por ese túnel Lidia se acercaba al fin de aquel diálogo inconcluso, aunque no convenía profundizar estas disquisiciones en ese instante, en medio del torbellino del poder.

Esta mutilada conclusión coincidía con que al arribar a ese punto, David se encrespaba y abandonaba la discusión. Lo que le enrostraba su mujer eran rezagos de izquierdismo universitario, polémica para él superada hacía rato. La última vez que lo habían hablado, David le dijo que no quería consagrar más tiempo a volver sobre aquello cuando Martínez de Hoz era el nuevo ministro de Economía y su problema era lograr que no le hiciera

la vida imposible con Papel Prensa, asfixiándolo con minuciosos controles del contrato con el Estado.

A David nunca le sobraba el tiempo y siempre estaba apurado. Pero lo cierto es que no hablarían más de aquello porque ahora lo habían matado. Quizás el destino le reservaba a ella la misma suerte. Pero Lidia tampoco tenía tiempo para ir hasta el final de tales razonamientos. ¿Debía resignarse a que jamás encontraría las respuestas a aquellas preocupaciones? Se consoló pensando que en esa ocasión no había lugar para la esperanza. Tampoco para la desesperación. Esas emociones siembran la confusión en la cabeza; debía aventarlas. Pero, ¿y si volvía el film que tumultuosamente acababa de revivir en su cerebro? Al igual que su marido, un hombre apurado, la viuda se dio cuenta de que debía mentir y, por qué no, mentirse. La idea le dio náuseas y la borró poniéndose de pie y escarbando otros pensamientos. Se acordó de la mudanza. Recompuso el maquillaje empolvándose los pómulos y pintando sus labios. Se levantó y, en un raptó de pánico, salió disparando.

–Gigi, por favor, haga embalar los cuadros y fotos de David y me los manda a Quinta y 81 que voy a preparar la mudanza.

Las cinco mujeres se besaron en las mejillas. Una de ellas no volvería a poner los pies en aquel alfombrado piso 23° del Olympic Towers.

* * *

Alto, 43 años, calvo, atildado, Baruj Tenenbaum gustaba fijar sus ojos azules en pinturas y esculturas. El Museo de Arte Moderno de Nueva York, en el 11 West de la calle 53, reunía todas las condiciones para deleitar su espíritu. Además

ofrecía una confitería al aire libre, amplias galerías y un espacioso jardín, lugar ideal para un agente secreto que debía mantener una conversación que no carcomiera micrófonos ni oídos interesados.

El Hotel Stanhope, donde se alojaba, quedaba enfrente de la residencia de los Graiver, en Quinta Avenida y 81. La telefonista del ABT le dijo que Lidia Graiver estaba en una reunión de directorio. Esperó el regreso de la viuda vigilando desde su ventana. Cuando la vio entrar dio por recibido el sobre lacrado dejado al portero. En su interior se había deslizado la contraseña que figuraba en uno de los apartados de las carpetas que Lidia acababa de revisar, y la invitación a encontrarse en derredor de cuadros y estatuas entre las 15 y las 17.

Eran las 13. Lidia tenía tiempo suficiente para acomodar sus horarios y no faltar. Tenenbaum la esperaría gozando con fruición. Contemplaría las esculturas de Renoir, Rodin, Maillol, Giacometti, More y Calder. Y las “Ninfas” de Monet, “Les Demoiselles d’Avignon” de Picasso, “Broadway Boggie Woogie” de Piet Mondrian, “Persistencia de la memoria” de Dalí, y el obsesivo “Target con cuatro caras” de Jasper Johns.

No hubo necesidad de contraseña. El contenido del sobre lacrado fue una formalidad necesaria. Tenenbaum y ella se conocían. David lo había llevado a almorzar a la quinta de San Isidro cuando estaba embarazada de María Sol. La psicóloga y el agente israelí tenían memorias visuales entrenadas por móviles disímiles. Lidia estuvo tan cordial como distante. No era judía, y el servicio de Inteligencia más eficaz del planeta le daba espanto. Lidia dio a entender que con una Papaleo en la punta de la multinacional sería distinto que con un Graiver. La viuda preanunciaba que no se sentía ligada a los compromisos de su esposo para con el Estado de Israel.

–No cuenten conmigo –escupió, mirando fijo a su interlocutor–. Las empresas tienen problemas y debo abocarme exclusivamente a resolverlos.

Tenenbaum no se inmutó. Sagaz, ofreció todo el apoyo que le hiciera falta, incluso la residencia permanente en Israel para la viuda y el resto de la familia. Indicó con minuciosidad a quiénes y cómo debía dirigirse si tuviera necesidad de auxilio en Buenos Aires, Nueva York, México, Bruselas, Ginebra o Tel Aviv.

–Le reitero que ni David ni usted nos deben nada. Nosotros estamos para ayudar. Lo hicimos antes. Lo volveríamos a hacer ahora o en el futuro.

–Yo lo sé. Pero que ello no implique un compromiso de mi parte. No voy a comprar armas ni ordenar operaciones financieras que mezclen los bancos con las actividades de ustedes. El capítulo de “Dudi”, en ese plano, está cerrado.

–No se preocupe, nosotros también lo entendemos así. Pero sería una irresponsabilidad y una falta de solidaridad ausentarnos ante los deudos de un fiel colaborador como fue David sin ofrecer nuestra cooperación. No es nuestro estilo, créame.

Lidia balbuceó un agradecimiento. La charla y el paseo por los corredores y senderos de aquel museo duraron 53 minutos. La viuda anunció que volvería pronto a la Argentina. Ventiló para Tenenbaum los problemas de iliquidez financiera que había encontrado en el ABT. Añadió que Deyan Brashich, de Brashich and Finley, un bufete de abogados neoyorquinos, demandaría en su nombre a Hansa Jet Corporation por 20 millones de dólares, acusándola de “negligencia, descuido y actos inicuos”.

Tenenbaum escuchó. Frunció los labios en una mueca pesimista. Y abrevió.

–Lo tapanán todo con tierra. No se haga ilusiones.

Así sería aunque para verificarlo faltaran años de recursos judiciales infructuosos. Tenenbaum no sólo estaba convencido de eso. Sabía también que aquella era su última misión ante los Graiver. Para el Mossad, detrás del accidente se enguataba la mano de la CIA, aunque las razones quedaban por dilucidar. Por principio, Tenenbaum estaba “quemado” y, precaución obliga, debía escabullirse rápido. El agente pidió no obstante la visión de la viuda, quien sin dar motivos irrefutables se pronunció por el atentado. Lidia no habló de los Montoneros. Mencionó los altímetros bloqueados inexplicablemente en una cifra suicida, la ausencia de la caja negra y la extraña coincidencia de que los cráneos de los pilotos se encontraron y el de David no.

El hebreo consideró agotada la conversación. Con sus dos manos apretó la derecha de Lidia. No la vería nunca más. Otro velaría por los intereses israelíes en las firmas Graiver, reemplazándolo en Buenos Aires, ciudad a la que no volvería. Esa noche volaba a Tel Aviv. Lidia, en cambio, haría escala en México antes de internarse en la boca del lobo.

María Sol había quedado con las abuelas. Entristecida por la lejanía, Lidia aceleró la mudanza para volver pronto al lado de su hija. El 20 de agosto de 1976 estaba otra vez en Paseo de la Reforma 2491, en las Lomas de Chapultepec. Necesitaba reflexionar y definir una estrategia. Para las exequias de David había hecho viajar desde Buenos Aires a Lidia Catalina Gesualdi, una de sus antiguas pacientes del consultorio de la calle Copérnico, de la Capital, cerca del cruce de las avenidas Las Heras y Pueyrredón, cuando ejerciera la psicología. También la rodeaban su madre, Hilda Elva Santos, y Hugo Arturo Papaleo, uno de sus dos hermanos.

Lidia Gesualdi, nacida el 2 de abril de 1937, entró a Egasa como secretaria de Graiver en septiembre de 1974 por consejo de Lidia. Desde 1963 estaba divorciada de Rolando Carlos Luis Mudrovici, su primer marido.

La Gesualdi, ex consultora de belleza en Revlon, era estéril. Se atendía con Lidia. Anhelaba que Juan Carlos Angarola, su segundo marido, la embarazara. Los análisis clínicos no revelaban ninguna anomalía anatómica ni fisiológica. El impedimento, rumiaba, debía ser psicológico. Terminó siendo amiga y confidente de Lidia Papaleo, a quien conoció de casualidad en una perfumería de la galería Promenade; ella como experta de belleza, la otra como clienta.

Cuando David emigró a los Estados Unidos y Rubinstein ocupó el vacío, Lidia Gesualdi lo “controlaba” por solidaridad con los Graiver. Tenía un puesto de observación de privilegio: jefe de relaciones públicas en Egasa. Cada vez que aparecía una duda, o necesitaba recabar información complementaria, “Dudi” telefoneaba fuera de los horarios de oficina al 850295, domicilio particular de Lidia Angarola en Peña 2108, 6to piso, departamento 14. Esta se consustanció tanto con la obsesiones de su patrón, que remolcó a su segundo esposo. De viajante de Grundig en las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Misiones, Juan Carlos Angarola pasó a vender departamentos del Bristol Center. Podía ser visto con frecuencia en las oficinas administrativas de Avenida Córdoba 1318, piso 11, Buenos Aires.

Mientras su mujer hacía una radiografía de la situación de las empresas en la Argentina, gastando las últimas horas de Lidia en la residencia mexicana, Silvia Cristina Fanjul, otra ex paciente de Lidia Papaleo, también por razones de esterilidad, montaba guardia en el piso 29 del

edificio Olivetti de Buenos Aires. Cercaba a Jorge Rubinstein. Silvia trabajaba en Egasa desde agosto de 1974.

Silvia Fanjul había nacido el 18 de noviembre de 1944. Casada durante varios años, no pudo quedar encinta de José Moretti. Se divorciaron en junio de 1974. Llevaba ya 24 meses de intenso tratamiento con la psicóloga Papaleo que le había sido presentada por María Rosa Celazco, una amiga común.

Silvia, ex estudiante de economía, virtual número 4 del grupo, coordinaba el equipo de contadores y abogados asesores de Egasa (Horacio Sepic, Orlando Reinoso, Hugo Bogani, Ana Winer, Celia Betty Halpern, Josefina Katz, Alberto Martínez Costas, Arrigo Ghitone, Isaac Kipersmidt, Sabino Fanjul). Pero para decidir debía someterse a Rubinstein. Este la despreciaba. Se daba cuenta de que la ex paciente de la mujer de David lo espiaba, rol que también adjudicaba sin equivocarse a Lidia Angarola. Sin duda para protegerse mejor, Rubinstein tenía a su hija Graciela, abogada, como su secretaria privada, paragolpe y cerco protector de miradas y oídos indiscretos siempre atentos a su agenda.

Luego de varios días de hablar con la Gesualdi y de estudiar las dos carpetas que le indicara David, Lidia se consideró lista para luchar. La empresa Global le prometía diligenciar la mudanza en 72 horas. Su ginecólogo de Nueva York, Natalio Swartz, le aseguró que su salud estaba restablecida luego del aborto natural de su segundo hijo, perdido en noviembre de 1975, y de las perturbaciones de los primeros días de viudez. Había subido de peso y las hemorragias y diarreas cesaron. Con la fuerza que da el dolor, abordó los prolegómenos del primer paso: volver a la Argentina para marcar de cerca el proceso sucesorio de

David, en el que le correspondía el 50 por ciento de los bienes, por su condición de custodia de la heredera principal, su hija María Sol. El otro 50 por ciento debería repartirse entre los padres de “Dudi” e Isidoro. Habló con estos y los convenció de trasladarse a Buenos Aires.

Un vez que se aposentara en Argentina podría hacerse un diagnóstico preciso de la situación, reuniéndose con Rubinstein y comprando datos con Silvia Fanjul. Salvo puntualizar los medios para evacuar la documentación comprometida que pudiera hacer traer de Buenos Aires, no tenía nada más que hacer en México, un lugar pasajero de residencia en vida de su marido, en el que el grupo carecía de intereses mayores y donde los días se le hacían cada vez más vacíos y amargos.

Tampoco había nada que hacer en Bruselas. Las autoridades belgas clausuraron la BAS el 13 de septiembre de 1976 ante su iliquidez irremediable. Dos días después cerraba el ABT de Nueva York disfrazándose el naufragio en una fusión con la banca Leumi de Israel. La filial estadounidense del principal banco comercial de Israel lo captó por sólo 12,6 millones de dólares. Una subfilial, el Banco Mizrahi, se ampararía un mes después en el Swiss-Israel Bank de Tel Aviv. El CNB fue adquirido por el Banco Exterior de España, rama internacional del Banco de España. El “Fed” facilitó las ventas a través de la Compañía Federal de Seguros de Depósito (FDIC), que garantiza desde el Estado los depósitos bancarios de los particulares. Granjeó que los compradores obtuvieran préstamos especiales y las quiebras pasaran de ese modo inadvertidas para el gran público.

Reservadamente, la justicia de Nueva York incoaba por su parte una investigación judicial nombrando jefe de la pesquisa a Robert Morgenthau, fiscal del distrito de Manhattan,

presidente del Colegio de Abogados de los Estados Unidos. Jamás pudo dilucidar todo pues un personaje clave de la historia no llegó a ser interrogado: José Klein perdió la vida en Ginebra el 8 de octubre de 1977, a las 16 y 30.

Abandonado a su suerte por el Mossad, después de notificarle que dejaría caer el ABT, según las versiones dominantes, Klein patinaba cuesta abajo en el lavado de capitales poco recomendables. Como su vecino, Michele Sindona, titular de la Finabank, de Ginebra, que moriría anegado por la P-2 de Licio Gelli y el desfalco de Roberto Calvi en el Banco Ambrosiano, Klein habría tronchado sus días con tóxicos. Tal es el recuerdo que queda de él en la banca ginebrina. La familia habló de un infarto.

Si se quiere fue algo parecido y no sólo por eso. Las crisis cardíacas las producen excesos de tensión. Sobredosis de medicamentos son causa de envenenamiento. Klein empezó a desbarrancarse al enterarse de la detención de los Graiver en la Argentina y al ver que los Montoneros asumían públicamente la inversión con David. Dicen que se dejó ir cuando Manuel Buendía, el gran periodista mexicano que sería asesinado por la CIA el 30 de mayo de 1984, transcribió en su famosa columna de *El Sol*, de México, el documento que Miguel Bonasso, jefe de prensa de Mario Firmenich, le dio como primicia para insuflar triunfalismo en la desfalleciente guerrilla peronista. Indujeron a que Buendía mintiera en la “Red Privada” difundida el 28 de julio de 1977, tergiversando que la millonada de dólares confiada a Graiver está “al margen de cualquier intervención oficial”, que ha sido “transferida a otros sectores de la burguesía nacional” y debidamente documentada y que “nos la harán efectiva recién a mediados del próximo año”. En resumen, una cortina de humo de rutina desde

que el núcleo de acero de la dirección montonera se sumergió fuera de la Argentina, a fines de 1976.

En la irremediable ausencia de mayores pruebas y testigos, Morgenthau se limitó a constatar que el 89 por ciento del portafolios crediticio del ABT había ido inexplicablemente a parar a trece sociedades de Graiver, que se revelaron ficticias pues fue imposible extraerles reembolso alguno. Morgenthau, brillante abogado diplomado en Yale, consultor del FBI, ex candidato a la gobernación del Estado de Nueva York y antiguo vicecalde de esa ciudad, convenció a Robert Fiske, fiscal federal, para que desatendiera el caso.

Klein, principal explotador del mineral de hierro en Chile; socio de la World Comerse Corporation de los Estados Unidos; accionista en fábricas de chocolate y astilleros; propietario del Santiago Centro, una de las inversiones inmobiliarias más importantes de la capital chilena, en la Alameda entre Ahumada y Estado; quien a su vez vendió el Swiss-Israel Bank y el ABT a los Graiver, debió llevarse otros secretos a la tumba del cementerio israelita de Veyrier, en las afueras de Ginebra. Según el diario italiano *Il Manifesto*, del 3 de octubre de 1973, el circuito bancario de Klein fue el itinerario de las divisas que sustentaron la interminable huelga de camioneros y otros sabotajes de índole parecida que prepararon las condiciones sociales y políticas para el sangriento derrocamiento de Salvador Allende. Dichos fondos habrían sido previamente recaudados por la organización ultraderechista chilena Patria y Libertad, en complicidad con la Democracia Cristiana, cuyo presidente, Eduardo Frei, visitó a Klein en Suiza en febrero, marzo y julio de 1972 y en enero de 1973.

Klein debía favores a Frei. Fue durante su presidencia, entre 1964 y 1970, cuando el húngaro que había llegado sin

nada a Chile a fines de la década de los 30, forjó el grueso de su fortuna, iniciada en un almacén de ramos generales frente a la Plaza Italia de Santiago. Al margen y pese a que ambos eran masones, Klein detestaba a Salvador Allende. Cuando este fuera presidente estatizó Santa Bárbara, la principal compañía minera de aquel, y el Banco Israelita, cuya vicepresidencia ostentara Klein durante varios años. Conjeturas aparte, lo sorprendente es que el general Augusto Pinochet fijaría domicilio, después del golpe del 11 de septiembre de 1973, en el barrio Golf de Santiago, en una finca de la calle Isidora Goyenechea, que había servido de residencia a Klein.

El desplome de Graiver precedió al cierre de la sucursal Londres del Continental Trade Bank, y de la Centrade, la filial en Bruselas. Fue al rumorearse que las listas de clientes contenían nombres inaceptables para el contraespionaje inglés y belga. Antes de rendirse a la muerte, Klein anunció su retiro de la presidencia del consejo ejecutivo del banco consiguiendo la promesa de que lo reemplazaría Henri Schmitt, un abogado de negocios que se aprestaba a abandonar la gobernación del Cantón de Ginebra. La treta no atenuó el desprestigio. Arturo Klein, hijo mayor y principal heredero de José Klein –cuyo nombre de pila fue elegido por su padre en homenaje al conservador presidente de Chile Arturo Alessandri– decidiría su disolución el 3 de agosto de 1978. Enseguida vendió los activos y parte de los pasivos a la Générale Occidentale, el holding francoinglés de Jimmy Goldsmith, que también integrara el Banco Occidental para la Industria y el Comercio de París, instituciones dirigidas por Gilberte Both, quien administrara los capitales del almirante Eduardo Emilio Massera en Europa.

Era la misma banca relacionada con Raymond Barre, ex primer ministro de la derecha francesa bajo el gobierno presidido por Valery Giscard d'Estaing. Ni que el mundo fuera un pañuelo.

El pasivo que Arturo Klein no pudo vender a Gilberthe Both lo juntó en una financiera ginebrina, la Sofincontal. Contra esa ignota y microscópica compañía perdida en la jungla bancaria helvética, los Graiver intentaron armar un pleito para la devolución de los 21 millones de dólares con que David comprara a Klein el ABT, considerando que el banco nunca le perteneció ya que el “Fed” jamás había aprobado el cambio de propietario. Arturo Klein no retrucó. Opinó que el responsable de la quiebra fue David Graiver, quien de hecho poseía el banco. Los cabildeos se desvanecieron.

Al día siguiente de la sepultura del ABT –el 16 de septiembre de 1976– Lidia Graiver, con su madre, su hermano, su hija María Sol y Lidia Angarola, tomarían tierra en Ezeiza. Tres días después los seguían Isidoro y los suyos. Los padres de David descenderían veinticuatro horas más tarde. La guerra terminaría por librarse en la Argentina, único lugar donde quedaba algo por salvar y destino de los desvelos de Graiver. Siguiendo con su filosofía de comprometer personalidades de peso en sus gesticulaciones, Lidia designó a un abogado intachable para la sucesión: Miguel de Anchorena, ya vinculado al grupo pues le daba lustre a Electroerosión y Metrópol integrando sus directorios. Primo de Tomás de Anchorena, embajador del general Videla en Francia, el letrado activaba en el plexo de los Bunge & Born, y de los financistas José Rafael Trozzo y Héctor Domingo Capozzolo, fundadores del Banco de Intercambio Regional (BIR), que promoviera

un escándalo en 1979. Entre tanto, ¿en qué escondrijo mexicano habían quedado “Tinieblas” y “Empresas Catalanas Asociadas”?

* * *

El piso 29 del edificio Olivetti de Buenos Aires era un desfile de dolientes. Los más afectados reclamaban la devolución de capitales depositados en el exterior. La mayoría habían naufragado en la BAS, recientemente declarada insolvente. Imposible rescatarlos. El Instituto de Redescuento y Garantía Bancaria de Bélgica restituía los depósitos de cualquier banco privado o estatal que anegara, pero si habían sido realizados en la moneda nacional. No lo era pues, como se sabe, los argentinos preferían apostar al dólar. El reguero de fondos que se perdió por las tuberías de Graiver entre Buenos Aires y Bruselas alcanzó los 7 millones y medio de dólares.

Mientras Lidia daba largas a los acreedores y palpaba el deterioro irremediable de las empresas por la falta de oxígeno financiero que antes bombeaba David desde Nueva York, el Banco Central argentino tomaba recaudos. El olor que despedían el ABT y la BAS acicateó poner veedores en el Banco Comercial de La Plata y en el Banco Hurlingham.

El desembarco de esos inspectores contagió de pavor a Lidia. En la soledad de sus noches, cuando apagaba la luz y se entregaba al sueño meditando sobre el espejismo de las glorias de este mundo, David parecía mofarse. Asomaba descaradamente por las rajaduras del cielorraso. Por momentos se exhibía como ella lo había idealizado: un ganador que canjeó el placer de los bienes materiales por la satisfacción moral del cambio social. De a ratos aparentaba

ser todo lo contrario: un canalla, arrogante trepador sobre las ilusiones perdidas. Cara y cruz de una misma moneda. Al fin y al cabo el engaño había sido su segunda naturaleza. La primera era la mirada penetrante y la espaciosa sonrisa, que hacía creer al interlocutor que en este mundo sólo él tenía importancia. La segunda, las intenciones definitivas de un crápula, que no vacilaba en pasar por encima de cadáveres.

Lidia Graiver revisaba una y otra vez el proyecto, largamente discutido, con el ahora ausente de aquel lecho de la Avenida Alvear 1678, 5° piso “B”. Lo que había parecido infalible hacía agua por varios costados. ¿Qué ocurrió? La pregunta daba vueltas en el dormitorio como una mosca enloquecida por el encierro. ¿Qué les pasó a los dos, que no previeron el estrepitoso fracaso?. Ese no era el puerto previsible que justificara las concesiones. ¿Se habían equivocado? ¿Dónde residía el error? Dudar o no dudar: el quid de la cuestión mortificaba a Lidia.

Su marido la convenció de que era factible armar un fabuloso poder industrial e inmobiliario en la Argentina, sirviéndose de apoyaturas políticas en los gobiernos de turno y de soportes financieros propios y ajenos. David Graiver se veía como ministro de Economía de un gobierno hegemónico o con participación de los Montoneros, al que podía tenderle un puente con la administración Carter que se avecinaba. Las aspiraciones políticas de “Dudi” entroncaban con Papel Prensa. Al banquero lo enfebrecía la ilusión de cerrar o abrir a su agrado el grifo que repartiría papel de diarios y revistas en Argentina y que tutelaría el periodismo escrito, hubiera o no democracia.

Ganaran o perdieran los Montoneros, David tenía por lema convertirse en un gran protagonista de la política argentina. Pudo observarse cómo personajes importantes y

variados de la franja dirigente se hallaban enganchados con él. Gracias a sus favores creía que neutralizaría la posibilidad que un gobierno hostil se propusiera perjudicarlo. Los males que llegaran a ocasionarle repercutirían en todo el cuerpo político. En ese sentido Papel Prensa era un verdadero reaseguro. Visto desde sus propios intereses, ¿quién sería capaz de desistir una asociación con él?. Elucubraba que si derrapaba fuera de ruta se los cargaba a todos al infierno.

Graiver bregaba para gestar las condiciones materiales que obligarían a los demás a pensar como él deseaba que pensarán. Los competidores debían llegar al convencimiento de que era más redituable ser sus aliados que sus enemigos. Él los dejaba venir y les aseguraba que habría para compartir satisfacciones: “tanto para vos, tanto para mí”. Los hacía pensar en las bondades del corto plazo. Ellos no debían imaginar que, en el largo, los vencería. Entonces se erguiría como el más fuerte: “todo para mí, nada para vos”. El principio del yudo le reportaría la victoria. Si todos copiaban la imagen que les proponía, las apariencias de igualdad estaban garantizadas. En el fondo esto era falso pero, en lo inmediato, lo hacía aparecer como cierto. No todos ganan en la concentración capitalista. Hay también perdedores. Los “tontos” de Mario Puzo. Graiver lo sabía tan bien, que se sentía el “vivo”. Al concluir se impondría el más listo, es decir él, que se llevaría por delante a los demás. Su liderazgo saldría de discusión, siendo demasiado tarde para ponerlo en tela de juicio. Después David iba a darse el lujo de decidir, si le convenía, a quién perdonarle la vida.

Era su escudo para inducir el pensamiento de adversarios o competidores desde una posición de poder en permanente crecimiento. Graiver presumía que estaba protegido del pecado que lo diferenciaba del resto de la capa política

y económica tradicional. Sus cimientos eran parcialmente, en efecto, capitales guerrilleros. Si alguna vez saltaba el secreto, o si los muchachos perdían la guerra, él se salvaría porque costaría menos su indulto que la correntada de escándalos que iba a arrastrar a muchos si lograban voltearlo.

Pero aquel pronóstico se estaba demostrando erróneo. Primero lo relativizaba una de las prerrogativas de los que detentaban totalitariamente el poder: si existe voluntad política de mantener la inmersión, no hay chanchullo que por sí solo salga a la superficie. Segundo, lo contradecía una triste constatación. El fabuloso modelo perdía sentido sin la presencia física de David. El proyecto había sido izado bajo una conducción unipersonal, y esta, por su esencia, como se sabe, no se lega jamás. Su violenta como temprana desaparición ponía en evidencia al mismo tiempo un tercer elemento que frustraría los sueños del más audaz e inescrupuloso banquero que haya nacido en la Argentina: la dictadura de 1976 a 1983 no tendría límites en su cabalgata represiva. Cualquier indicio de connivencia con la guerrilla equivalía a muerte. El grupo Graiver estaba condenado al aniquilamiento, a la par que los militantes de ERP y Montoneros. Por carácter transitivo, la derrota de estos tumbaría a los Graiver. No habría compromiso que valiera para impedir el desmantelamiento.

Este se cocía a fuego lento. El Swiss-Israel Bank había sido dado en garantía para apuntalar la compra del ABT. Su suerte estaba ligada a este, por tanto se lo fagocitaría la banca Leumi. Recuperar algo de lo que restaba del ABT, el CNB la BAS, saldados los litigios que obturarían las quiebras, ventas, traspasos de acciones y liquidaciones de por medio, no era previsible ni siquiera a mediano plazo. Con veedores en el Banco Comercial y en el Hurlingham,

y siendo un secreto a voces que habían sido dados en garantía en Nueva York y Bruselas, sus tasaciones se vendrían a pique. Hubo que rematarlos lo antes posible. Subvaluados, el primero fue a parar al Grupo Alianza por 8.300.000 dólares. El segundo a Juan Carlos Chavane por 3.000.000. Había que ponerle el hombro a la terminación del Bristol Center, las tres torres frente a la Playa Bristol de Mar del Plata. Sus cientos de departamentos, las galerías comerciales y confiterías se calculaba que valían 60 millones de dólares. En un principio David encaró la inversión con el Grupo Safra, dueño de los multinacionales Trade Development Bank y Republic National Bank, a través de su representante en la Argentina, Moisés Kaffif. Pero después decidió terminarlo solo.

De la venta de aquel complejo en el balneario más concurrido del país, en vías de terminación, debían salir los fondos que resguardarían lo principal: Papel Prensa, que lastraba millones. Se ensayaba no quedar descolocados ante el ministerio de Economía, que por cualquier subterfugio intentaría quitárselos. En ese marco de extremo deterioro, Lidia se esforzaba por emular a su marido: el poder financiero servía para consolidar el industrial. La ruina de los bancos no importaba, siempre y cuando se mantuvieran en pie las empresas industriales, comerciales e inmobiliarias.

–Tenemos que fortificarnos en Papel Prensa. Ese es el único combate que tiene sentido –dijo la viuda epilogando la acción táctica que infería para salvar lo vertebral de lo que les quedaba.

–Correcto –asintió Jorge Rubinstein, en la primera reunión a solas con Lidia.

Lejos del barullo ensordecedor de Egasa, almorzaban en el Ligure, de Juncal entre Suipacha y Esmeralda.

–Pero tu propuesta implica no pagar a nadie más. Te olvidás de los Montos. Dicho sea de paso, quieren verte –añadió Rubinstein, aprontándose a saborear un filet de pejerrey meunière, después de los huevos de codorniz en cocotte, con vieiras.

–¿Y vos que pensás? –Lidia masticaba rítmicamente un bocado de raya a la manteca negra, acompañado con puré de papas. De entrada había consumido un plato de pavita con crema de berros.

Rubinstein cambió el color de las copas vertiendo Sutter, etiqueta marrón.

–Hay que pagar. De algún lado tenemos que conseguir el dinero. Al menos mantengamos los 196.300 dólares de interés mensual que les fructifica el capital. Ojo, con ellos no se juega y está la palabra de David de por medio.

–¿Qué insinuás? –inquirió la viuda dejando los cubiertos sobre el borde del plato.

–Cuando se transa con gente que utiliza las armas para hacer política, hay que saber a qué atenerse si no se respeta el compromiso.

Rubinstein subrayó el consejo con el cuchillo, haciendo un círculo en el mantel.

–¿Te han amenazado? –La viuda puso sus brazos en jarros.

–No, mi relación con ellos es cordial. Acordate cuando se trabaron los 14 millones en Ginebra. Lo tomaron con paciencia. Nada estuvo fuera de tono. Estando vos aquí, te corresponde asumir la responsabilidad ante ellos. Así lo habíamos dispuesto con David.

Lidia tragó y dijo:

–Sin duda. Quedate tranquilo. Ellos saben que la única posibilidad que les queda de juntarse de nuevo con esa plata

es que yo esté viva, así que no van a hacer nada que me perjudique. Nos bancaran lo que sea.

–Sí, pero tené cuidado...

Rubinstein quería terminar con ese tema. Había hecho el nexo. Ahora la viuda debía tomar las riendas. Buscando al mozo con la vista habló de los postres.

–Imagino que no dejarás pasar la oportunidad de los mejores panqueques de manzana al sambayón.

Lidia pareció no escucharlo y siguió con los Montoneros.

–Ya sé que son de temer. Veremos qué dicen. ¿Cómo hacés para verlos?

–Por medidas de seguridad jamás vienen a nuestras oficinas. Tengo el teléfono de una mensajería donde se piden o dejan turnos con psicoanalistas. Yo los puedo convocar a lugares y horas prefijadas. Es el 51-8289. Lo sé de memoria. Ellos pueden hacer lo mismo, llamándome a Egasa o a mi casa con el pretexto de que una inmobiliaria se interesa en los departamentos del Bristol Center. Te puedo arreglar una cita para almorzar o para tomar el té. Irá “Ignacio”, a quien conocés. Llegado el momento, te explicará cómo arreglar un antiseguimiento, para que nadie sepa que los ves. A propósito, Isidoro y don Juan, ¿están al corriente?

–No. ¿Por qué?

–Porque en algún momento deberás abrir el juego. Te sugiero que aproveches la reunión general que tendremos los cuatro cuando vuelvan los abogados de Nueva York y Bruselas. Allí se podrá hacer una revisión global de la situación, es una buena oportunidad para dar vuelta todos los naipes. Por mi parte yo necesito que ellos lo sepan. Si no, no podría fundamentar mi posición que es no pagar a nadie, menos a los Montos, sin por tanto bloquear el salvamento de Papel Prensa.

–Podría ser. Por lo pronto, quiero ver a “Ignacio”. Hacedme una cita lo más pronto que puedas. Veremos cómo enfocan ellos la situación.

Los panqueques de manzana agotaron el vino y orientaron hacia el café y otros temas.

–Y con Gelbard, ¿qué pensás hacer? Manuel Werner vino a verme con una procuración por lo de los campos y el avión. Gustavo Caraballo se presentó con los poderes de Huescohills, la financiera del Caribe que hace de pantalla en aquel préstamo de 7 millones de dólares que David invirtió en la compra del ABT. De Canal 2 y *Crónica* todavía no hablamos.

–Yo no voy a negociar con representantes de Gelbard. Te corresponde a vos. Fijate a que se puede llegar cediendo en los bienes comunes con tal de que no se ponga insoponible con los 7 millones. De eso vamos a hablar recién cuando podamos. ¿Qué sé yo? Como murmuran que es medio dueño de *El Cronista Comercial*, en una de esas se embala en hacer sociedad con Timerman. Me han comentado que Palli, ese cubano que tiene de testaferro en Canal 2 con nosotros, le ha manejado su parte en *El Cronista*. Tantealo... y si esta gente se pone dura, dejámela a mí. Con los documentos de la coima de los ítalo-canadienses, lo de Aluar, la “Cruzada” y las cuentas comunes con López Rega les voy a empapelar Buenos Aires...

Perplejo, Rubinstein sacó otra pregunta.

–¿Y los sindicalistas?

Algo intempestiva, la viuda demostró que estaba preparada para la impiedad.

–Esos perdieron. Como los ingleses, ¿te acordás? Ninguno va a alzar la voz. Esa plata es robada de los gremios. Deciles que les pagaremos cuando se extingan los juicios

por los bancos en el exterior porque tenemos las cuentas congeladas. O sea, nunca. En cuanto a los demás, iremos viendo caso por caso. Y no habrá ninguna preferencia con la colectividad.

Rubinstein pagó el almuerzo, sin hablar.

La viuda anteponía una valla protectora. Casildo Herreras y sus compinches no llevarían los planteos a la plaza pública. Gelbard no estaba en condiciones de ir al enfrentamiento. Refugiado en los Estados Unidos con un pedido de extradición siguiéndole los pasos, entraría en la negociación. Ella la estiraría con promesas. No estaba equivocada. La deuda de Graiver con Gelbard se saldó recién en los estertores del alfonsinismo. En lo inmediato, Gelbard ganó posiciones en los bienes pero sus herederos tardaron más de una década en recuperar sus 7 millones de dólares. Don José no vio ese final. Un ataque cardíaco acabó con su existencia en Washington el 3 de octubre de 1977. En 1989 su hijo Fernando (su hija Silvia ya había fallecido en 1982), trataba de resarcirse de las humillaciones que sufrió de parte de la dictadura militar por su participación en el gobierno peronista precedente y por los vínculos con David Graiver. Designado como embajador del presidente Menem en París, demandó 20 millones de dólares de indemnización al Estado argentino “por el tiempo que no pudo utilizar los bienes de la familia interdictos por el gobierno militar”, según explicó el diario *Ámbito Financiero* del 6 de septiembre de 1989.

Lidia Graiver eludió pronunciarse sin ambages sobre el reembolso a los Montoneros. Su reticencia ante Rubinstein sólo confirmaba que su única preocupación era Papel Prensa. La reunión general con Rubinstein, Isidoro y don Juan, donde los términos debían aclararse, no llegó a

realizarse nunca. Acompañado por Flora Dybner de Ravel –la encargada de recibir dólares para los certificados de depósitos que ofrecía la BAS de Bruselas en sus oficinas de Florida 336, 6° piso–, Rubinstein tuvo un accidente automovilístico entre Buenos Aires y La Plata. Quedó postrado durante tres meses y necesitó cuidados especiales. El cardiólogo René Favalaro le había practicado un doble *bypass* de aorta años atrás. Su salud se deterioró. Parecía un anciano a pesar de que sólo había cumplido 50 años. Sin embargo jamás perdió la lucidez mental. La mantuvo hasta el final, cuando el coronel Ramón Camps se extralimitó en la dosis de corriente eléctrica que podía soportar su corazón. Rubinstein se fue de este mundo sin poder cobrar los 240 mil dólares de prima que los Graiver le adeudaban por haber obedecido a ciegas como primer empleado de David.

Su eclipse de las oficinas de Suipacha y Santa Fe fue aprovechada por Lidia que velozmente se instaló en el comando. El miércoles 20 de octubre de 1976, Lidia Papaleo poseía todo el poder. Enfundada en trajes sastre de Christian Dior de pantalones o pollera, y que repetía sólo cuando sus allegados olvidaban habérselos visto alguna vez, entró a maquinar sin respiro. En su entorno estaban Lidia Gesualdi y Silvia Fanjul, dominadas por la dependencia que la psicóloga con la que hicieron terapia había desarrollado en ellas, imbuidas del desafío de sacar a flote al grupo. Eran tres mujeres entrelazadas en íntima amistad. La irracionalidad del deseo sexual, latente en el duelo de la incipiente viuda, la catapultaba a la acción, como desesperada, no por poseer físicamente a un hombre, sino por aprisionar el poder que un hombre muerto había engomado con su influencia intelectual.

Las otras dos mujeres no supieron cómo hizo Lidia para apartar a Isidoro y Juan de la dirección. De un día para

otro el hermano y el padre de David dejaron de frecuentar los despachos de Egasa. A puertas cerradas, Lidia los puso secamente en la encrucijada: había 17 millones de dólares que pertenecían a los Montoneros. “Hay que dar la cara: o ustedes o yo en el comando. Además, Isidoro, vos te fuiste con la indemnización de 2 millones de dólares que te dio ‘Dudi’ a principios de año”.

Los hombres, aterrados por la revelación, retrocedieron.

En suma, Lidia apelaba al mismo método de conducción unipersonal de David. Institucionalmente tenía una posición inmejorable desde antes que “Dudi” falleciera: presidía Egasa, el esqueleto empresario de los Graiver en la Argentina, presidía Galerías Da Vinci, mediante la cual se ejercía el control sobre Papel Prensa, el futuro candado de los medios escritos de comunicación, e integraba el directorio del Banco Comercial de La Plata, a quien se referían financieramente las 30 compañías del grupo dentro del país. Sus antiguas pacientes, Angarola y Fanjul, jugarían en otro contexto el mismo papel de Rubinstein y Naón. Serían sus brazos accionando las palancas del poder.

Los Montoneros, por su parte, la escucharon. Con la mayor objetividad posible ante el panorama desolador, acondicionaron sus pretensiones. Le transmitieron tranquilidad para que rematara el grupo; luego verían cuánto quedaba al final del túnel y recién ahí vendrían los reclamos. El pacto se selló en Buenos Aires durante un almuerzo en Harrods, de la calle Florida, el viernes 22 de octubre de 1976. Ese día, a las 11 y 42, Lidia dejó sus oficinas en Olivetti, con aire de salir de compras. “Ignacio” Torres le hizo un contraseguimiento que dio resultado negativo. Entre Suipacha 1111 y Florida al 900 tardaron 37 minutos. La viuda tomó por la Avenida Santa Fe, cruzó Esmeralda y siguió

hasta toparse con una de las entradas de la estación San Martín del subte “C”, en la plaza del mismo nombre. Descendió y embarcó en dirección a Constitución. Dejó pasar las estaciones Lavalle, Diagonal Norte, Avenida de Mayo y Moreno, apeándose en Independencia. Siempre bajo el control visual guerrillero, como lo había acordado vía “Rupérez”, Lidia trasbordó a la línea “E” en dirección Virreyes-Bolívar, volviendo a trasbordar en esta última estación hacia Catedral en la línea “D”, que viene de Palermo. Se bajó en 9 de Julio, y pasó túneles y escaleras buscando la estación Carlos Pellegrini de la línea “B” que conecta Leandro Alem con Federico Lacroze. Subió nuevamente al subterráneo, abandonándolo en la estación Florida, de donde emergió a la superficie, finalizando 29 minutos de recorrido. “Ignacio”, que hasta allí se mantuvo a distancia, se le fue acercando mientras caminaban por la calle Florida, terminando de cerciorarse de que nadie se les había pegado. Cruzaron las calles Lavalle, Tucumán, Viamonte y Córdoba, entrando casi juntos a Harrods. En la sección damas de la tienda, la Papaleo supo que además del jefe de finanzas de Montoneros, encontraría a un oficial superior con mandato otorgado por su conducción nacional, con quien iba a comer en el restaurante del tercer piso.

Julio Roqué, “Lino”, era un cordobés parco de mirada mansa. Tenía 40 años. Usaba zapatos de cuero con suela de goma de Los Angelitos y llevaba el pelo corto. Desde el “Cordobazo” en 1969, apuntó a la lucha armada. De andar mesurado y fina inteligencia para calcular los riesgos, su corpulenta figura transitó del comando “Santiago Pampillón” en la insurrección del barrio Clínicas de Córdoba, hasta la escotilla del Peugeot 504 desde donde se alzó el fusil FAL que abatió al general Juan Carlos Sánchez.

Por torturador lo balearon el 10 de abril de 1972, en Rosario. Roqué fue promotor de las FAR y recorrió las cárceles de Lanusse, donde se enamoró de la “Rata” Gabriela Yofre. Abandonó las Ciencias de la Educación por la política, cultivando su confianza en la persuasión, propia de los intelectuales didácticos que se han convertido en cuadros de acción. Desaparecido el “Negro” Quieto, con quien Roqué había compartido “operetas” célebres como el asalto al camión militar de Pilar y la “expropiación” de un banco en Don Torcuato, “Lino” llevaba la última palabra de los Montoneros a Lidia Graiver.

Roqué dejó que hablara la viuda, mirando de tanto en tanto a “Ignacio”, quien enmudeció de improviso prefiriendo ocuparse de una milanesa con papas fritas. Lidia, lomito al plato con ensalada de lechuga y tomate de por medio, fue convincente:

—Déjenme salvar Papel Prensa, lo que quede es para ustedes. Si no llego a los 17 millones, con esa empresa funcionando a la larga los reembolsaré, pero no puedo seguir pagándoles, como hasta ahora, 196.300 dólares mensuales de interés, porque me están ahorcando.

“Ignacio” dijo que sí con un movimiento de cabeza. “Lino” paladeó los tallarines al ajo, y transigió. Guardó para otra oportunidad la acezante curiosidad que lo caracterizaba, absteniéndose de preguntar si esa concesión era suficiente para que el grupo Graiver se recobrara. Sirvió el resto de la botella de San Valentín, con lástima por Lidia Graiver. La mujer atravesaba una terrible circunstancia para la que aparentemente no se había preparado, aunque su imagen resuelta y decidida parecía mostrar lo contrario.

La viuda está contra las sogas, se dijeron “Lino” e “Ignacio”, cuando se retiró de la mesa. En el último momento

habían establecido un régimen de comunicaciones separadas con los jefes montoneros para situaciones de emergencia. Había que dejarla pelear, liberándola de ataduras. Total, convergieron, reconocía la deuda. Era de esperar que en el futuro no olvidara lo que representaba desistir de los intereses de la inversión para salvar el capital.

Los Montoneros no estaban apremiados financieramente: en algún país latinoamericano se guarecían otros 40 millones de dólares derivados del “arresto, interrogatorio, juicio y castigo” de la primera transnacional argentina. A Lidia le pareció que una bocanada de aire fresco había menguado el tórrido Buenos Aires volviendo a su oficina: contaba con 196.300 dólares más por mes para contener el derrumbe.³

* * *

Apartados Juan e Isidoro, puesto en vereda Gelbard y enseguida los gremialistas, y con los Montoneros en la heladera sin plazos ni condiciones, Lidia se puso de lleno a resolver el problema principal: Papel Prensa. La llave de la solución estaba en el Palacio de Hacienda, que debía aportar el

³ Según versiones periodísticas debidamente contrastadas y testimonios concordantes de militantes políticos argentinos y de dirigentes castristas que se han exiliado en los Estados Unidos, los Montoneros depositaron 40 millones de dólares en Cuba originados en el secuestro extorsivo de los hermanos Born. La inversión discurrió por acequias de Emilio Aragones, distinguido embajador de Cuba en Argentina, luego caído en desgracia. A propósito es recomendable consultar el libro de Norberto Fuentes, *Dulces guerreros cubanos*, Barcelona, Seix Barral, 1999, y el reportaje en la sección “Enfoques” de *La Nación* del 20 de octubre de 1996, firmado desde Miami por el periodista y catedrático Mario Diament.

quórum necesario a la reunión de accionistas que se celebraría el 3 de noviembre de 1976.

José Alfredo Martínez de Hoz sincopaba su despiadado plan en la Argentina. Para llevarlo a cabo necesitaba ahogar la protesta social, maniatar a políticos y sindicalistas, y hacer polvo lo que quedaba de la guerrilla. Las Fuerzas Armadas, en plena cacería “antisubversiva”, le caucionaban el silencio de los cementerios. Pero descuidaban el costo de su imagen, tanto dentro como fuera del país. La lógica del engranaje de la violencia impedía que los militares comprendieran. No era posible que desaparecieran hasta 30.000 personas, objetivo de la limpieza, sin que la tragedia repercutiera en la opinión pública. “Joe” Martínez de Hoz sabía que era una barbaridad pero la conceptuaba, fríamente, una barbaridad necesaria. Su trascendencia negativa ocasionaba problemas con gobiernos, organismos internacionales, bancos acreedores e instituciones financieras mundiales e iba a abrir heridas en el cuerpo social y en la imagen externa muy difíciles de cicatrizar.

“Joe” sabía eso. Era un pulcro civil que fumaba en pipa, espectador privilegiado del exterminio en los balances semanales de las reuniones de gabinete presidencial. Había que llevar la coerción hasta el final pero tomando los recaudos para que la fotografía en que los militares pretendían confundirse con la Nación sólo se desluciera lo indispensable. A los uniformados de tierra, mar y aire, esto los tenía sin cuidado. Eran brutos, hacían el trabajo de un cirujano con manos de carnicero. La conciencia colectiva de los argentinos merecía ser engañada sin tanta impericia. Los genocidios podían vestirse con pretextos y alocuciones que desviaban la atención de la gente común.

Martínez de Hoz se preocupó. El abogado Guillermo Walter Klein, su *adláter* de Coordinación y Programación

Económica, voló a Nueva York por otros motivos que los estrictamente vinculados a la hacienda de los argentinos. En el 230 de la Avenida Park, escuchó de viva voz cómo los especialistas de Burson Marsteller desmenuzaban la cuestión y proponían paliativos. La firma ya había sido apalabrada para mejorar el maquillaje de la dictadura en vistas del Mundial 78 de fútbol. Era la multinacional de las relaciones públicas, donde se congregaban eminentes sociólogos, economistas, politólogos, semiólogos, periodistas, yuppies blancos, rubios, de apropiada inteligencia, bien comidos y vestidos, hasta con psiquiatras a su alcance.

A su retorno Klein informó detalladamente al “Chicago boy”. Este lo consignó negro sobre blanco. Lo elevó al general José Villarreal, en la Secretaría de la Presidencia, la trastienda de la “institucionalización de la dictadura”, en la que sudaban dos prominentes civiles del “proceso”, Rosendo Fraga y Ricardo Yofre.

Estos convencieron a Videla. El jefe del Ejército lo resumió tan bien que el almirante Eduardo Emilio Massera y el brigadier Orlando Ramón Agosti, sus colegas en la Junta Militar de la “Reorganización Nacional”, dieron el sí. Mientras se atormentaba y asesinaba había que aturdir al ciudadano corriente, abarrotando a las agencias noticiosas internacionales con la falsa percepción de que en la Argentina no pasaba nada anormal. La guerra sucia se debía impulsar a fondo pero procediendo para que sus consecuencias hacia fuera y hacia dentro resultaran lo menos nocivas posible para las Fuerzas Armadas, responsables de la desestructuración de la Nación a sangre y fuego. Para eso estaban los radios y los canales de televisión. Nada difícil, por cierto. El peso del Estado en los medios de comunicación electrónicos era abrumador. Martínez de Hoz supo completar los consejos de

Burson Marsteller y opinó que se incorporara algo de prensa escrita a la ominosa jugada. Su idea fue aceptada sin reparos.

Hacían falta periódicos y revistas dóciles que se sumaran al concierto de la obsecuencia mientras detrás del escenario se consumaba el homicidio colectivo; social, político y económico. Nada mejor que juntar a los tres diarios de mayor circulación nacional y hacerles un fantástico regalo de Navidad en ese diciembre de 1976. Martínez de Hoz los alentó a que se asociaran, y por la bagatela de 8.300.000 dólares, forzó la venta de Papel Prensa. La empresa valía varias veces esa suma.

El método fue simple. El Estado advirtió con suficiente antelación a los accionistas privados que no iba a dar quórum para la Asamblea General prevista para el 3 de noviembre de 1976. En esa reunión se discutiría el futuro de la empresa, seriamente comprometido por la iliquidez que padecía el grupo Graiver, su principal fuente financiera, aparte del Estado. Ante la evidencia de que el gobierno retiraba el imprescindible auxilio para seguir adelante, el día antes la viuda fue convencida por la persona apropiada a inclinarse y firmar el pre-boleto de venta sin protestar. El traspaso se confirmó el 18 de enero de 1977 en actas suscriptas por las partes contractuales. Si *La Nación*, *Clarín* y *La Razón* llegaban a mostrarse reacias a retribuir el obsequio en los funestos seis años que vendrían, el ministerio de Economía tendría prerrogativas para hacerles cambiar de parecer.

Lidia no preveía que Martínez de Hoz la vencería tan rápido. Pensaba que le quedaba una chance de colarse entre las redes. El estudio de Martínez de Hoz, de la Avenida Corrientes entre Florida y San Martín, en el mismo edificio de donde David sacara a Alberto Naón para fundar la BAS, seguía cobrando honorarios del grupo Graiver desde

finés de la década de los 60 por su asesoría en varios negocios. El doctor Pedro Jorge Martínez Segovia, socio de Martínez de Hoz en el bufete, y su primo hermano –según decía–, ilustraba el directorio de la BAS en Bruselas. David también lo puso en la presidencia de Papel Prensa para realzar el perfil de la firma. El testafierro de los Graiver en la compañía seguía siendo, empero, Rafael Ianover.

Cuando Martínez Segovia vio venir el escándalo, se dio vuelta como una media y le entregó a “Joe” un plan de traspaso de la empresa. Este lo adjuntó a las sugerencias de Burson Marsteller. En una reunión de directorio –en las que Lidia participaba pues integró desde un principio la dirección de la sociedad donde David había cifrado muchas de sus esperanzas– Martínez Segovia se transmutó en caballo de Troya de Martínez de Hoz. Fue la persona apropiada que aconsejó a Lidia ponerse de rodillas y firmar el dictamen del 2 de noviembre de 1976. Manuel “Lito” Werner, invitado por David a ese directorio para de algún modo asociar a Gelbard, perdió el habla. La viuda reunió a Juan e Isidoro. Suspirando de rabia, les pidió que no la dejaran sola en el solemne acto, celebrado en *La Nación*, de Florida entre Corrientes y Sarmiento. Fue en el despacho del doctor Bartolomé Mitre, a quien acompañaban Patricio Peralta Ramos de *La Razón* y Héctor Magnetto de *Clarín*, encontrándose también como invitado Máximo Gainza Castro de *La Prensa*.⁴

⁴ En su libro testimonial *La Noble Ernestina*, Buenos Aires, Cooperativa Editora Astralib, La Cartonera, marzo de 2003, consagrado a Ernestina Laura Herrera viuda de Noble (“El misterio de la mujer más rica del país”), su autor, Pablo Llonto, descubre algunos entretelones de cómo los Graiver cedieron Papel Prensa a la coalición abroquelada en el sello Papelsa, de los diarios Clarín, La Nación y La Razón, “la

La “razón de Estado” se impuso. De nada valió que Graiver hubiera adobado durante años al estudio de Martínez de Hoz. “Joe” olvidó el pasado en función del futuro. Es decir, el Palacio de Hacienda y su designio monetarista para la Argentina. Nada novedoso bajo el sol: Martínez de Hoz, como en un pase de magia, repitió lo que ya había hecho Gelbard con Papel Prensa tres años antes, sirviéndola en bandeja a Graiver, después de sacársela al Grupo Civita”.

El firmamento, de pos sí ya suficientemente nublado, se le enmarañó a la viuda cuando el Grupo de Tareas de la ESMA secuestró a “Ignacio”, y a dos de sus asistentes, el 15 de enero de 1977. Cuatro días más tarde “Lino” convocó a Lidia en emergencia. Según una clave concertada a solas en el restaurante de Harrods, mientras el responsable de finanzas fue al baño, la telefonaron de parte del “Sr. Linares”.

Se acordó una cita en Egasa. Para neutralizar el riesgo de que el teléfono estuviera intervenido, el encuentro tendría lugar dos días después y tres horas más tarde de la que se había fijado, en otro lugar previamente establecido: el romántico Parque Lezama. Los jefes montoneros no concurrían

más importante operación de compra de silencio por parte de la dictadura”. Confirma lo revelado en este libro, adicionando que los capitales para concretar la adquisición fueron agilizados por el régimen militar. Salieron de “prestamos bancarios del Banco Nacional de Desarrollo, del Banco Español del Río de La Plata y del Banco Holandés Unido de Ginebra”, en confesiones atribuidas al contador Héctor Magnetto, de Clarín. El pacto incluyó “que el Estado no realizará ningún estudio técnico sobre Clarín, La Nación y La Razón para averiguar como financiarían el proyecto”, y que “tampoco se exigiría el cumplimiento en términos de las obras y menos que menos se pedirían avales de patrimonios personales”.

a las oficinas Graiver por seguridad. Quedaron en verse un lunes a las 10 de la mañana. En verdad sabían que se encontrarían el miércoles siguiente a las 13.

Sin que lo supieran de antemano, “Lino” Roqué y Lidia Papaleo tuvieron esa vez la última reunión. La cita era peligrosa pues no se había efectuado antiseguimiento de la viuda. Varios transeúntes eran en realidad montoneros armados que protegían a uno de sus jefes. Este acababa de enviudar al desaparecer su compañera Gabriela Yofre. Paseando como una pareja anodina por el Parque Lezama, Roqué le propuso a Lidia Papaleo que se fuera de la Argentina. No existían garantías para ella después de la caída de “Ignacio” y de sus dos compañeros, todos al corriente de la inversión de los 16.825.000 dólares. Configurando una acumulación de riesgos, estas desgracias se agregaban a otras dos que también tenían que ver con David y con ella: las caídas de Roberto Quieto y de Enrique Walker, ex novio de Lidia. Tangencialmente a la causa del encuentro, Roqué repitió la ecuación que sus colegas de la conducción nacional nunca entendieron. La represión se extendía como una mancha de aceite y si no cambiaba la política, se encaminaban a la muerte colectiva.

Lidia pareció entender. Dijo que sí. Arreglaron formas de “enganche” en Madrid y México. En esas capitales los Montoneros tenían infraestructura de funcionamiento detrás de “Casas Argentinas”. Lidia aseguró que la documentación de Empresas Catalanas Asociadas no estaba en la Argentina. Se despidieron. El hombre moriría en combate el 29 de mayo de 1977, en Haedo. Al cabo de varias horas de tiroteo y para no dejarse atrapar vivo, pues había agotado sus municiones, Roqué ingirió una cápsula de cianuro. No tuvo tumba. Los marinos de la Escuela de Mecánica de la

Armada cremaron el cuerpo en un baldío de Vicente López. Lidia, por el contrario, intentaría cambiar de campo.

Porque Lidia no se fue. Se encerró durante dos días en su departamento de la Avenida Alvear y reformuló la estrategia. Dejó a su hija con sus padres, escuchó a Mozart, recordó su pasado anarco y pensó mucho. Mandó limpiar Egasa, de donde retiró tres valijas de documentos que alguien llevó al extranjero. Iría a hablar con los “monstruos” invitándolos a asociarse, poniéndose a su disposición. “Si no puedes vencerlos, únete a ellos. Después vendrá el tiempo en que buscarás una salida. Ahora sobrevive como sea”. Todo se alineaba dentro de una determinada lógica de razonamiento propia de David, pero que estaba como encallada en otro tiempo, cuando tenía poder. Ahora las quiebras eran incontables. De momento, Lidia podía argüir que estaba fuera del urdimbre Graiver-Montoneros, si se lo imputaban. Era un locura de su marido que ella desconociera hasta que se la comunicaran los mismos guerrilleros. Quería aclarar las cosas y que la protegieran porque los “terroristas” peronistas le habían dicho que la matarían si no devolvía los 16.825.000 dólares. Se le antojó que esa era la única forma de quedarse en Buenos Aires donde todavía podía salvar bienes y recuperar fondos, y de parar la embestida represiva que dejara entrever Roqué. Había que anticiparse. Copiando a David y su principio del yudo, utilizaría la fuerza del adversario en su favor.

Tomó los recaudos necesarios para que los Montoneros no pudieran hacer contacto con ella si se percataban de su presencia en Buenos Aires. De la Avenida Alvear 1678, 5° “B” se mudó a Darregueyra 2842, donde estaba otro de los departamentos de David. Y en las oficinas de Suipacha 1111 pidió a Florencia Fernández Górgolas, Mercedes Cabrera,

Estela Soria y Alicia Fernández, las recepcionistas, que cuando respondieran al público o a los teléfonos, preguntaran de parte de quién y se lo comunicaran antes de pasarle una llamada o franquear el paso a una visita.

En su vocabulario, los “monstruos » eran los generales Jorge Rafael Videla y Roberto Edurdo Viola, conocidos de su marido y ella. La última vez que cenaron los cuatro había sido a comienzos de enero de 1976, durante una semana de vacaciones del matrimonio en Punta del este. Fueron expresamente a Buenos Aires para la ocasión. Los uniformados les anunciaron el golpe que se venía para el 24 de marzo. David los había invitado a comer para sonsacarles, haciéndose un poco el desentendido, qué había pasado con su amigo Roberto Quieto, desaparecido días antes en Buenos Aires. No hubo respuesta, como si no lo escucharan.

Un año después de aquella comida, Lidia haría algo semejante. Para “aproximarlos” emprendió vías confluyentes. Lidia Gesualdi de Angarola llevó personalmente una carta manuscrita de la viuda a la Casa Rosada, pidiendo audiencia al presidente. Con la constancia de recepción de la misiva firmada por Marta Bettoni –una de las empleadas de Videla– Lidia tenía la prueba de su intención de rendirse con todos los honores que esperaba le dispensaran los generales. La mostró a quien se le pusiera cerca, buscando influencias que aceleraran la respuesta positiva de Videla.

Lidia no concebía otra cosa. Puso el recibo bajo los ojos del general Lanusse, quien prometió telefonaría al general Videla. Francisco Manrique, que trajinara los pasadizos de los regímenes militares, visitó a los generales Juan Antonio Vaquero, secretario general del Ejército, y Roberto Viola, jefe del Estado Mayor, en unas oficinas de la calle Madero. Bernardo Neustadt intercedió ante los generales Carlos

Guillermo Suárez Mason, jefe del Primer Cuerpo del Ejército, e Ibérico Saint-Jean, gobernador de la provincia de Buenos Aires, con los cuales tenía enlace. También contribuyó Mario Bartolomé, esposo de Virginia Lanusse, la primera secretaria de David en Buenos Aires. Bartolomé, había sido policía de la Federal, pero por cuenta de la compañía de servicios Alega (25 de Mayo al 500, en la Capital) dirigió la custodia personal de Graiver. Con posterioridad pasó a ocuparse de cuidar a Videla y su esposa, junto a Iván Szerasuk, otro guardaespaldas de Graiver, asimismo salido de la Policía Federal.

Si en las altas esferas del régimen pudiera no estar claro que Lidia retenía todo el poder de lo que quedaba del grupo, ella había mandado a Isidoro a que se lo explicara de viva voz a los generales Viola y Vaquero. Estos ya habían sido puestos en onda por Manrique.

Mientras Videla hacía desear una respuesta que jamás llegaría, Lidia desgranó el plan para Lidia Gesualdi de Angarola y Silvia Fanjul, que se desayunaron con premura: bajo sus narices los Montoneros habían vertido casi 17 millones de dólares en el tesoro de David. Era tarde para retroceder. No quedaba tiempo que perder. Las tres mujeres complotaron con Isidoro y Juan Graiver la versión que Lidia “vendería” a Videla para que este ordenara a las fuerzas Armadas la protección de los Graiver. Era un cambio radical, enrareciendo el ambiente político, donde ya se olía que les tirarían encima la represión.

La conjura parecía no dejar cabos sueltos. Los despachos del piso 29 del edificio Olivetti albergaban una especie de reunión permanente entre los cinco, ajustando por menores. Se pulían los detalles para que aparecieran como las víctimas de un chantaje “sedicioso”, y que se diluyera la imagen de la inversión de la guerrilla peronista, aceptada de

común acuerdo por David y su mujer. Rubinstein, en su lecho de enfermo en La Plata, en el 7º piso “C” del 421 de la calle 56, fue informado por cortesía. Lidia le presentó el hecho consumado. Lo puso personalmente al corriente del diagrama el 12 de febrero de 1977. Rubinstein no dijo ni que sí ni que no. Apuntó algunas notas para saber a qué atenerse.

Los actores de la estudiada comedia jugarían sin embargo sus roles en una indeseada tragedia. Las pujas en la cúpula del poder militar determinaron que el libreto no subiera al escenario como sus autores lo habían imaginado en apacibles escenas y meras consultas con oficiales de Inteligencia. Soñaban que en la madriguera de los “Grupos de Tareas”, recepcionarían el problema para defenderlos del “terrorismo”. Los Graiver, como tantos otros, acaso fantaseaban que era cierta la “lucha antiliberal”.

La caída de “Ignacio” Torres en dependencias de la Marina infundió temor a Viola. Lo que hasta allí era sólo secreto para los jefes del Ejército podía extenderse a Massera. Con los apetitos presidenciales que se le conocían al almirante, haría todo, “más allá o más acá de la muerte”, con tal de apropiarse de algo del capital montonero. Lo necesitaba imperiosamente para su campaña política. Massera se apuraba a despegarse hacia la izquierda del Ejército, para seducir a los partidos políticos y los sindicatos. Si se enteraba de la inversión en los Graiver, valiéndose de los tormentos a que era sometido sin descanso del jefe de las finanzas montoneras, procuraría apoderársela. Por más que las fuerzas represivas no lo supieran fehacientemente todavía, la faena era irrealizable. El capital era inexpugnable por una suerte de seguro anti-delación y contra las deserciones. Había sido invertido de tal forma en el exterior que no estaba al alcance de los guerrilleros, quienes

ni forzados por la tortura podían entregarlo, apenas el menudeo de los intereses circulaba dentro del país. Pero el universo de Viola era contradictorio con el de Massera. El Ejército debía contrarrestar cualquier atisbo del primer almirante que no profesaba el antiperonismo, y que hasta se sentía otro Perón, susceptible de acercarlo a la Casa Rosada. Viola no estaba dispuesto a que la ocupara alguien de la Armada, fiel a la historia que aprendían los cadetes en el Colegio Militar.

Sin embargo, Massera no era la única preocupación de Viola en la sucesión de Videla. Tenía otro frente de tormento. Viola era jefe de Estado Mayor, es decir, apenas un general sin tropa. Para colmo se lo calificaba como un “blando”, diferente de los “duros” de la gesta golpista. Estos eran Luciano Benjamín Menéndez, en Córdoba (Tercer Cuerpo) y Carlos Guillermo Suárez Mason, en Buenos Aires (Primer Cuerpo). En los cerebros de estos la distensión no pasaba por incorporar alguna franja de civiles adictos, como pensaba Viola, sino en seguir repartiendo muerte. Ahora, el objetivo era alcanzar a los que no la habían merecido por su “connivencia” con la guerrilla, pero eran candidatos al aniquilamiento por “prevención”.

Enterados todos del rapto de “Ignacio” por boca de los oficiales del Ejército diseminados en los “GT” de la Marina, era extraño que el “Tigre” Acosta, jefe de “Selenio”, centro de exterminio plantado en la ESMA, no operara sobre los Graiver. O “Ignacio” se resistía a cantar, o el “Tigre” disimulaba y andaba husmeando vestigios del capital montonero.

Lo cierto es que “Ignacio” seguía vivo en la ESMA, según los partes difundidos en las cloacas de la comunidad informativa interarmas. Llamaba la atención que un mes y medio después de su detención no lo hubieran “trasladado”

a las profundidades del Océano Atlántico y que no hubiera una continuidad operativa a partir de los interrogatorios en la fatídica sala 13 de la “Avenida de la Felicidad”, en los sótanos del casino de oficiales de la Armada, entre Avenida del Libertador y las orillas del Río de la Plata. La picana iba de mano en mano: de Acosta al “Gato” González Menotti, y de este al “Duque” Whamond.

Entre suposiciones y titubeos, Suárez Mason impartió el orden de abrir fuego graneado. Sin que Videla respondiera a la solicitud de la entrevista requerida por Lidia Papaleo, el coronel Ramón Camps, titular de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, dio el puntapié derribando puertas y organizando el “chupe” generalizado de los Graiver. Lo titularon “Operativo amigo”. Probablemente porque el blanco era barrer con los bienes, familiares y colaboradores de quien los había burlado haciéndose pasar por devoto de las Fuerzas Armadas.

Uno a uno los Graiver y su séquito fueron engrosando las listas de los “pozos” bonaerenses. Juan Graiver el 8 de marzo de 1977. El 14 de ese mes “levantaron” a Lidia Papaleo, Silvia Fanjul y Lidia Angarola. El 17 le llegó el turno a Isidoro Graiver y su madre. Enseguida los represores sacudieron las ramas del árbol empresarial: Edgardo Sajón y Jorge Rubinstein se “quedaron” en las “parrillas; Jacobo Timerman; “Paco” Fernández Bernárdez; Hipólito “Tucó” Paz, después embajador de Menem en Portugal; Oscar Evangelista Abelardo Marastoni, que llevaba y traía los sobres y mensajes del banquero; Celia Helpert, abogada; Mauricio Weinberger, cadete; Flora Dybner, vendedora de “certificados de depósitos” de la BAS en Buenos Aires; el sastre Ignacio Jorge Mazzola; Araceli Noemí Russomano de Gramano; Matilde Matraj de Madanes; Martín Aberg Cobo; Gustavo

Caraballo; Orlando Reinoso; Dante Marra y Julio Daich, cambistas de poca monta. Algunos solo fueron retenidos por unas horas. Serían veinticuatro los que un mes después fueron blanqueados como detenidos “legales” del Poder Ejecutivo Nacional usurpado por las Fuerzas Armadas.

Que Suárez Mason se anticipara no convenía ni a Viola ni a Massera. El jefe de Estado Mayor debía impedir que uno de los “duros” que competía con él por la sucesión de Videla obtuviera dólares para una futura campaña publicitaria y política en su favor. El COARA (comandante de la Armada) concordaba en ese punto, aunque iba mas lejos: la única alternativa de poder en el seno de las Fuerzas Armadas para el “recambio” de Videla debería ser Massera y ningún otro. La fortuita y pasajera coincidencia de intereses entre Viola y Massera, que luego dirimirían la cuestión del sillón que se arrogaba Videla, dio sus frutos. Ambos persuadieron a este de “legalizar” las detenciones. Había que someter a los Graiver a un consejo de guerra y regularizar el procedimiento que estaba viciado de anomalías. Y salpicaba a franjas sensibles del mundo político y sindical, potenciales aliados del “proceso”, algunos inclusive con un cierto predicamento en las filas castrenses. De ese modo prendían las luces y nadie se enriquecía en las sombras, que es la única manera de hacerlo con o sin dictadura, como se desprende de la historia criminal contemporánea.

Detrás de la escenografía teatral de militares “respetuosos de la ley”, así se gestó la conferencia de prensa del 19 de abril de 1977, dada por Videla, Viola y los generales, Luciano Adolfo Jáuregui, Jefe de Operaciones, y Carlos Alberto Martínez, Jefe de Inteligencia. Con bombos y platillos pasaron a los Graiver por derecha, desaparecidos un mes antes por izquierda, entrando legalmente al saqueo del

conjunto de los bienes. Después de muerto, David Graiver recibía las palmas de “subversivo” y “corrupto”.

Las Fuerzas Armadas aprovecharon la ocasión para cantar victoria sobre el “terrorismo”, declarando por primera vez que lo habían vencido. Una semana después la oficina de prensa del Partido Montonero emitía el comunicado número 14, rubricado por Jorge Salazar. El texto confirmaba oficialmente que la guerrilla peronista había viabilizado fondos a través de David Graiver, pero que estos no estaban a tiro de la dictadura.

“Mellizas” II

*Para la naturaleza humana
no hay nada inaceptable.*

THOMAS WISEMAN, *Operación Amanecer*

—¡Turríta! ¿Dónde tienen la guita? ¿A quién le pagaban los intereses? ¡Contame, guacha de mierda, entre nosotros no puede haber secretos!

Esmirriado, con cara de pájaro, cuarentón, morocho y de ojos pardos, el comisario Miguel Osvaldo Etchecolatz jadeaba encima de Lidia Graiver. Una mesa de billar doblaba en dos a la desnuda viuda de 33 años. El victimario la aprisionaba contra la baranda profanándola por detrás. Los senos y el rostro de la mujer se aplastaban sobre el paño verde. La cercanía de la lámpara pendiente del techo encandilaba. Los quejidos esporádicos de la víctima podían interpretarse como exteriorizaciones de beatitud.

Lidia no sentía dolor ni placer. Gemía de rechazo. No participaba de la mutua sumisión con un hombre en la reciprocidad de la violencia altruista del sexo. El policía tenía los tobillos engrilletados por pantalones y calzoncillos. Con la camisa desprendida frotaba su pecho contra su voluntad la humillaba, una de las tantas técnicas empleadas para encorvar la resistencia de los interrogados. En su omnipotencia le demostraba que no sólo podía secuestrar-

la sino también violarla. Ablandada psicológicamente Lidia debería allanarse a su voluntad. Al final, referiría qué había pasado con los dólares de Montoneros.

–¡No sé! ¡Basta... basta!... –suplicaba Lidia.

–Burguesita traidora... ¿Sí?... ¿Sí?... ¿Sí?...

El director de investigaciones de la Policía de la Provincia de Buenos Aires imploraba una respuesta para eyacular correspondido. Llegó al clímax mordiéndole la nuca y aferrando sus largos cabellos castaños con manos torpes. En Lidia el odio explotó y bramó desahogada. El comisario percibió el aullido como manifestación del orgasmo.

–Viste putita, al principio te negabas a gozar pero acabaste como todas...

La respiración entrecortada del policía se aquietó. Los espasmos de la detenida se espaciaron. La “sala de situación” del “Pozo de Banfield”, uno de los 340 campos de concentración de la dictadura, recobró significado para Etchecolatz. La inmolada quedó flácida e inmóvil. Una serenidad palpable la embargó lentamente en aquella pose ridícula; los pies descalzos en el parquet, las mejillas arreboladas, quebrada sobre una mesa de billar. Llamada a silencio, juró vengarse no dejándose abismar en el desaliento. Ninguna derrota sería la última.

Los ruidos de la finca volvieron a ocupar el espacio. La pareja estaba en uno de los centros clandestinos de detención del Primer Cuerpo de Ejército, en la intersección de las calles Vernet y Siciliano, en el partido de Lomas de Zamora, al sur, en las afueras de Buenos Aires.

Por orden del general Suárez Mason, el coronel Camps, a la sazón jefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, dirigía “las averiguaciones sumariales”. El “Pozo de

Banfield” era un edificio desahogado de la Brigada de Seguridad, Investigaciones e Inteligencia de la repartición a sus ordenes. Constaba de tres plantas y fue elegido por su gran patio interno, para tapiar el movimiento de autos, imposible de observar desde la calle. En ese enorme playón también se podía practicar el aterrizaje y despegue de helicópteros.

–¡Vestite!

Crispado, Etchecolatz se abrochaba el cinturón del pantalón.

Lidia se arqueó. Recobró la vertical. De carne prieta, su piel brillaba de sudor. El bajo vientre y el cuello mostraban pequeños moretones violáceos, secuelas del pasaje de corriente eléctrica. Fue hasta unos sillones de mimbre donde estaba su ropa y se la puso con premura.

El comisario apoyó sus asentaderas en una silla giratoria al fondo del salón. Una mesa le hacía de escritorio. Encendió un Marlboro y se puso a releer una ficha de Inteligencia sobre un tal Ramón Ñeziba, firmada por el coronel José Osvaldo Ribeiro en el Comando de Institutos Militares de Campo de Mayo.

–Vení, sentate aquí adelante –invitó Etchecolatz, entrecerrando los párpados por el humo del cigarrillo. Aspiró una larga pitada y largó su discurso sobre la necesidad de la colaboración para impedir mayores sufrimientos y terminar con la guerra.

–¿No entendiste todavía que vos estás acá por izquierda? Hace cuatro días que te trajimos y ya te comiste varias horas de máquina. Teóricamente sos boleta. Nadie sabe ni sabrá que fuiste detenida, y si querés la vida que te ofrecemos, no seas boluda, agarrala. Cantá y te pasamos por derecha, a una cárcel legal. Esto es una guerra y no hay otra

forma de ganarla. Si te seguís haciendo la imbécil te vas para arriba. Hoy no te di con la *susanita* para ofrecerte una chance, pero seguís empecinada. Me hiciste perder la paciencia. Son las tres de la mañana, hace calor y estoy cansado. Me pasé toda la tarde dirigiendo los interrogatorios del viejo y de tu cuñado, y de las otras dos frías. Fijate que a Rubinstein le falló el cuore. Sajón se rechifló cuando lo traíamos y hubo que cortarlo... Debe estar contento porque se salvó de la parrilla. Bah, total, qué importa, era un alcahuite de Lanusse. Por culpa de ese empezó todo. Vos sabés muy bien que este quilombo lo armó el viejo aquel que se podría haber jubilado en España.

El fracaso del GAN pareció interrumpir el discurso de Etchecolatz. Ofreció un cigarrillo. La viuda lo rechazó con una mano, saludando al vacío de uno de los rincones. La espantó la ligereza con que acababa de revelar dos muertes, la de Rubinstein y la de Sajón. La mención del instrumento que había ocasionado una la sobresaltó. "Susanita" era una empuñadura de madera del tamaño de una agujereadora portátil, de la que sobresalían dos electrodos regulables. Lidia la conocía.

—Espero que vos nos ahorrarás otro espectáculo de esos. Del resto se están ocupando, como podés escuchar, aunque... son perejiles en esto de la mosca de los montos. ¿No?...

El silencio se cortaba con una hojita de afeitar.

—Bueno, no me hagas perder más tiempo porque todo concuerda. Tenemos la confesión de un montonero que cobraba los intereses de la inversión. Fanjul y Angarola corroboraron. Hasta me contaron cuando se psicoanalizaron con vos. Isidoro llegó ayer y no hubo necesidad de preguntarle. Un sopapo para que hable y dos para que se calle. Le grabé tres cassettes. Coincidió con Juan Graiver, o sea que

dejate de joder. Nena, no quiero hablar más. Voy a prender el grabador y vos me contás y nos vamos a dormir. Miguel Etchecolatz te da su palabra. ¿Viste que aquí no nos andamos con nombres supuestos como en otros chupaderos? Nosotros ponemos la jeta.

De los cuartos contiguos llegaban los gritos ahogados de los tormentos. Luis Héctor Vides, Alberto Roussé, Norberto Cozzani y Jorge Bergé se turnaban martirizando. Lidia entendió que si no hablaba la confrontarían otra vez con la picana. Hasta allí aguantó dos sesiones diarias sin abrir la boca pero ya no sabía qué iba a pasar si seguían. La sola idea de que volverían a rociarla con agua para que la electricidad hiciera más efecto le resultó insoportable. Esa noche se mantuvo firme ante las preguntas del comisario pero este montó en cólera. Apenas la cacheteó unos minutos, comenzó a sacarle la ropa a los tirones, abusando de ella a empujones de lascivia, impaciencia y cansancio.

Miguel Osvaldo Etchecolatz, a quien por desmanes de este tipo lo condenarían a infinitos años de cárcel cuando retornara la democracia, volvía a la carga. Pero su voz cascada denotaba fuerzas estragadas. Esto lo hacía más peligroso. Su desgastada paciencia alimentaba imperceptiblemente la vehemencia. Por si algo faltaba, Camps había fracasado con Rubinstein matándolo antes de que hablara. Juan e Isidoro Graiver esbozaron empero una primera versión. Silvia Fanjul y Lidia Angarola la ratificaron y profundizaron. El todo enganchaba con lo que había arrancado "Balita" Ribeiro a Ramón Ñeziba. Lo que dijera la viuda era capital. De allí que Camps confiara el interrogatorio a su mejor torturador.

Etchecolatz estaba no obstante proporcionando las referencias para una confesión que confirmara lo medular, si

bien falseando el contexto. Contándola a ella el comisario individualizó sólo a seis personas del grupo Graiver, cinco de las cuales habían convenido una explicación de los hechos pensando en la pacífica confesión que le ofrecerían a Videla. No había razones para que alguien se apartara de aquel libreto. La alusión a un montonero prisionero que cobraba los intereses era vaga. Ninguna mención de “Jarito” Walker, desaparecido el 17 de julio de 1976. Nada de Carlos “Ignacio” Torres, caído el 15 de enero de 1977, ni del “Negro” Quieto, secuestrado el 28 de diciembre de 1975.

Lidia decidió arriesgarse, siguiendo la línea argumental trazada en Egasa. El comisario quería que “cantara”. Le daría lo que pedía pero intoxicándolo. Lo desviaría de la verdad, noble intención, dada la naturaleza y fines del interlocutor, aunque la argucia ensuciaría algunas mortajas. La viuda puliría la versión adelantada por Juan, Isidoro, Angarola y Fanjul, cargando tintas al rol de Rubinstein –a quien ya no podrían sacarle ninguna otra declaración– y descargando la totalidad del acuerdo con los Montoneros sobre los hombros del finado David. Lidia no era de aquellas que van a rendirles cuentas a los muertos.

Sus dotes de simulación –abrevadas desde que abriera su primer consultorio de psicóloga en 2 y 51, en La Plata– la rodearon de un aura de inocencia. El brillo del despecho se desvaneció en sus pupilas. Sosegó la respiración. Dosificó un torrente de palabras con una estratagema ingeniosa. Que hablara después de haber resistido cierto tiempo a la tortura, daba mayor credibilidad a la versión. Los interrogadores desconfiaban cuando las víctimas vertían su historia apenas los tocaban.

Clareando el amanecer del viernes 18 de marzo de 1977, Etchecolatz apagó el grabador. De buen talante, llamó a un

guardia e hizo conducir a Lidia a su calabozo. No cabían dudas. Los cinco sobrevivientes directamente implicados concordaban, y habían sido interrogados por separado. La totalidad de las deposiciones robustecían lo que por otro lado había confesado el “correo” montonero en el “campito” de Institutos Militares: la guerrilla peronista había invertido casi 17 millones de dólares con David Graiver y eso deven-gaba alrededor de 200.000 dólares mensuales de interés. El coronel Camps tendría su informe ese fin de semana.

La versión que dio Lidia Papaleo resistía al análisis de mentes obsesivas y simplificadoras como las de Etchecolatz y Camps. Los dos obnubilados por igual con el bosque de un complot judeo-marxista sellado por la sinarquía y el terrorismo a escala internacional, no veían el árbol de un pacto criollo entre quienes hacían política con las armas y un afortunado financista que hacía política con el dinero. Los dos desaparecidos de Buenos Aires se contentaron con la confirmación de sus disparatadas hipótesis.

Las anécdotas amasadas por Lidia para sus captores sobre los 17 millones de dólares, despuntaban en México, a la semana del estallido aéreo. Uno de esos mediodías, Lidia dijo que recibió una llamada telefónica que la consternó. Desechó el almuerzo y se encerró en su pieza. Cuando salió, Lidia Angarola, que hacía de dama de compañía en el duelo, le preguntó qué ocurría. La viuda sólo contestó que la presionaban debido a una deuda de David por 30 millones de dólares.

Días después confió que los acreedores se identificaban como montoneros. Reducían sus exigencias telefónicas a 17 millones de dólares y amenazaban de muerte a ella y a su hija si no pagaba. Lidia nunca había escuchado a David mencionar una deuda de esa naturaleza. Para asegurarse de su existencia chequeó la información con Rubinstein al

volver a la Argentina. Este la convalidó, aconsejando devolver el capital porque los intereses eran altos y desangraban. La viuda, que seguía recibiendo conminatorios mensajes telefónicos en Buenos Aires, comunicó la novedad a Isidoro y Juan Graiver, que la oyeron por primera vez en su vida. La Papaleo hizo extensivo el anuncio a Lidia Angarola y Silvia Fanjul, también ignorantes del asunto, agregando que “los iban a exterminar a todos” si no cancelaban el pasivo. La deuda quedó inscripta en la contabilidad de Egasa en el rubro de “Los Mexicanos”. Ninguno de los herederos directos la reconocía, y rechazaban pagarla, en oposición al “administrador” Rubinstein, que por eso fue declarado prescindible, bajo el pretexto de sus problemas de salud.

Los cuatro notificados unieron retazos de anécdotas vividas en un pasado inexplicable. Lidia revalidó ante Etchecolatz lo que había escuchado de su cuñado y de su suegro cuando David se reducía a cenizas. Juan Graiver evocó que “Dudi” le dijo un día haber conseguido fondos a largo plazo y con bajo interés de una “mafia internacional”, y que ese capital “se garantizaba con la propia vida”. Isidoro recién entonces descubrió de dónde su hermano había sacado los fondos para comprar bancos en el exterior ya que las ganancias de los negocios en la Argentina no daban para tanto. También recordó un diálogo cortante con David luego del fallido intento de raptarlo el 14 de mayo de 1975.

—Quedate tranquilo que no son ni el ERP ni los Montoneros. Deben ser las bandas del “Brujo” López Rega.

—¿Y vos cómo lo sabés?

—Hablé con Quieto.

—¿De dónde lo conocés?

—Cuanto menos preguntes, mejor.

Fanjul y Angarola aducían a otro aspecto de la versión, al que en menor medida también contribuirían Isidoro y Lidia Papaleo. Los Montoneros enviaban mensualmente a las oficinas de Egasa a los que podría denominarse como cobradores. Pasaban a recoger partidas de dinero que en teoría deberían haber sido los intereses que producía el capital guerrillero. En ese marco se delinearon los nebulosos perfiles de dos “doctores” y la secretaria del primero de ellos. Uno respondía al apelativo de Peñalosa. Otro al de “Paz”. La muchacha llevaba el pelo largo y unas minifaldas fuera de moda. Los hombres no tenían señas particulares significativas. Tenían entre 1 metro 75 y 1 metro 80 de altura, eran robustos, jóvenes, sin bigotes, de cabellos castaños, piel blanca y ojos claros, siempre con traje y corbata. Llegaban de improviso y pedían ver a David. Si este no estaba, los acogía Rubinstein. Cualquiera de ellos los recibía de inmediato, interrumpiendo incluso otras entrevistas importantes. Los cobradores montoneros se retiraban rápido con grandes sobres o portafolios supuestamente repletos de dólares.

Fanjul y Angarola habían creído que esos visitantes eran testaferros de los sindicalistas que sacaban y entraban dinero del país, pero a la luz de las declaraciones de Lidia, sin duda tendrían que ser montoneros.

Lidia, Juan e Isidoro no conocían estas idas y venidas de los diplomados montoneros pues eran épocas en que no frecuentaban la base de Suipacha 1111. Les quedaba a trasmano de sus desplazamientos habituales. Lidia criaba a María Sol en la quinta de San Isidro. Isidoro presidía el Banco de Hurlingham, cuya casa central se encontraba en el noroeste del Gran Buenos Aires, y su domicilio era un departamento de La Pampa y 11 de Septiembre, en las

Barrancas de Belgrano. Juan Graiver vivía en La Plata, a 60 kilómetros de la Capital Federal, agitando su inmobiliaria. A David le apetecía reinar en Egasa, cuya exclusiva sombra era Rubinstein.

Solamente la viuda había tenido el disgusto de conocer al “doctor Paz” cuando retornó al país desde México. Dijo que este se le apersonó sin anunciarse en su despacho al no estar más Rubinstein al frente de Egasa como sucesor de David, amenazándola con matar a su hija y con hacerle tragar una cápsula roja de cianuro si no pagaban.

Lidia aseguró que no estaba dispuesta a abonar semejante suma a los Montoneros. Primero, porque no podía, dada la iliquidez del grupo tras la muerte de “Dudi”. Y después porque reñía con sus convicciones, acuñadas en la militancia universitaria antiperonista y anticomunista en la agrupación “Impulso”, a mediados de los 60. Tanto era así que Lidia había pedido una audiencia con Videla para entregar el grupo “en buenas manos” y buscar auxilio contra la extorsión guerrillera, como le aconsejaron el general Lanusse y el capitán Manrique. En ese sentido tomó también en cuenta la advertencia del periodista Timerman, quien en alusión a Papel Prensa temía que con Lidia pasara lo mismo que con Marcos Satanowsky, el abogado asesinado en junio de 1956 por los sicarios de la Revolución Libertadora, cuando se negara a entregar las acciones de *La Razón*.

Sin embargo, como los Montoneros conformaban “una mafia de la cual nadie la podía salvar” Lidia dijo que accedió a una entrevista conjunta con dos de ellos. Fue con Isidoro, pero para entretenerlos. Entendía que si abría conversaciones, desistirían de eliminarla. Lidia creía que era la mejor manera de preservar la fortuna legada por David —parte de la cual le correspondía a su hija de quien ella era

custodia hasta que alcanzara la mayoría de edad— sino por los 2.500 empleados que dependían de Egasa.

Se vieron un domingo por la mañana de diciembre de 1976 en el departamento de Lidia Angarola, en Junín y Peña. La dueña lo había prestado creyendo que era para una reunión de negocios que por razones imaginables en un grupo económico en crisis no se debía transparentar en Egasa. Los Montoneros querían sondear a Juan, Isidoro y Lidia. El primero desistió. Fueron los dos restantes. Los guerrilleros estaban representados por el “doctor Paz” y por otro que no se identificó ni abrió la boca pero que no era “Peñalosa”, según confrontó Lidia después con Angarola y Fanjul, quienes lo habían visto varias veces.

La charla fue corta. Isidoro prometió pagar cuando tuvieran dinero, algo imposible por el momento. Lidia asintió. “Paz” pidió que contemplaran la posibilidad de entregarles papeles negociables e Isidoro contestó que no tenían. Los bancos estaban prácticamente intervenidos, habían sido derrotados en Papel Prensa y el Bristol Center postergaba concluir sus obras por falta de capitales. Los demás bienes tambaleaban o habían sido dados en garantía. La reunión, siempre según Lidia, careció de sustancia. Antes de irse los montoneros repitieron que “la vida de todos dependía del pago”.

Etchecolatz escuchó sin interrumpir, garabateando notas que se transformaron en preguntas cuando Lidia terminó de hablar. ¿Cómo era posible que hubiera recibido en sus oficinas a un “doctor Paz” sin conocerlo antes? ¿Por qué no advirtió a las autoridades de la existencia de la inversión “subversiva”? ¿Como se arribó a la entrevista con Isidoro, “Paz” y el otro montonero?. Y finalmente, ¿por qué aceptó concurrir? El comisario no reparó en

la agrupación “Impulso”, una genuina originalidad en la ensalada de mentiras condimentada por Lidia.

La interrogada dio el golpe de gracia. Cuando le anunciaron al “doctor Paz”, aparentemente creyó en Hipólito “Tuco” Paz, abogado asesor de David, en 1989 embajador de Carlos Menem en Portugal, hoy fallecido. Tal vez lo confundió con Samuel Oliver, acaso Samuel Paz, un crítico de arte, director del museo de Arte Moderno, amigo personal de “Dudi”. Ya en su despacho, el intruso no le había dado tiempo de hablar. La tomó de un brazo y empujándola hasta los ventanales del piso 29 de Suipacha 1111, le mostró como sería despeñada. Lidia repitió que el guerrillero empuñaba una pastilla roja de cianuro, amenazándola con hacer que la tragara por la fuerza. En la descripción pasó por alto que el cianuro es blanco. La imaginativa historia carecía de lógica porque presentaba a un montonero ejecutando un chantaje sin armas de fuego, rodeado del propio personal de la víctima y sin escapatoria, en la cumbre de un rascacielos del centro de Buenos Aires.

La viuda añadió que no denunció la inversión por miedo a las represalias aunque pensaba hacerlo. Agregó que como tampoco había pagado consideraba que no había cometido delito alguno. La entrevista con los montoneros, a la que fuera con Isidoro, se articuló por teléfono y para atajar los reiterados reclamos. Los guerrilleros llamaban sin cesar a Egasa y dio la cara para dilatar las exigencias. Prometió pagarles cuando tuviera fondos, lo que era entonces materialmente imposible por la situación financiera y legal del grupo, tal como se podía apreciar fácilmente. A su pedido, la Angarola le prestó el departamento un domingo en que iba a estar ausente, visitando a sus padres.

Isidoro y la Angarola confirmaron la coartada. Etchecolatz digirió la píldora en seco. Al ver Lidia que se lo había metido en el bolsillo, pidió, sin remilgos, que resaltara en su declaración la expresa voluntad de entregarse manifestada de hecho en su solicitud de audiencia al presidente Videla. Hizo hincapié en sus contactos con Manrique y con el general Lanusse, y en la entrevista de Isidoro con los generales Viola y Vaquero, cuando instigado por ella, se puso a las órdenes de las Fuerzas Armadas. Aquellas gestiones, concebidas para intentar negociar con el régimen habían sido vanas. Ahora, al menos, la excluyeron de nuevos tormentos físicos.

* * *

La legalización de los Graiver tuvo sus bemoles. El anuncio de Videla del 19 de abril de 1977 obligó a sus secuaces a dar un viso legal a los procedimientos. Las declaraciones del quinteto quedaron legitimadas por Martín Bertruccio, un subcomisario instructor, y como secretario al oficial subinspector Juan José Fantozzi. Tuvo la forma de una instrucción policial, con fecha retroactiva a los días de los secuestros que fueron a principios de marzo.

Los expedientes no engrosaron ninguna causa en la justicia civil. Se los envió a la esfera militar. En este fuero la Dirección de Seguridad de la Zona Metropolitana designó al general de brigada Oscar Bartolomé Gallino como oficial superior preventor general. Gallino volvió a interrogar a cada uno de los detenidos. Se acomodaba a lo que prescribía la Ley 21.460, sancionada por la Junta Militar el 18 de noviembre de 1976, y a la “Directiva del Comandante en Jefe del Ejército N° 231/76”, para que se investigara “la presunta vinculación

de la organización subversiva autodenominada Montoneros y las personas integrantes del denominado grupo Graiver”.

Lidia, Juan e Isidoro Graiver, secundados por Silvia Fanjul y Lidia Angarola continuaron armando sus frágiles estrategias en el “Pozo de Banfield”. Los Montoneros, alegaron, los habían menoscabado comunicándose con ellos por teléfono y apareciendo sin previo aviso. Demandaban el reembolso de una fantasmal e indocumentada deuda de 17 millones de dólares contraída por David, y amagaban con letales cápsulas de cianuro color rojo y la muerte para ellos y sus familiares, incluida la pequeña María Sol, de 2 años.

El 27 de mayo de 1977 el general Gallino elevó los resultados de la “prevención” al comandante del Primer Cuerpo del Ejército, general de división Carlos Guillermo Suárez Mason, en cuya jurisdicción habían actuado los Graiver. En 35 carillas a simple espacio Gallino historió “las actuaciones de prevención”, proponiendo poner a disposición del Poder Ejecutivo a veinticuatro personas. No se percató de que cinco conspiraban, y diecinueve boyaban al vaivén de la macabra reconversión represiva.

Suárez Mason derivó la documentación al teniente coronel Alberto A. Freyer Spangenberg, jefe de la asesoría jurídica de la comandancia, que unos días después produjo el dictamen 19.536, donde fundamentó en trece folios la acusación de “asociación ilícita” y “encubrimiento”.

El palabrerío sirvió de base para las deliberaciones del “Consejo de Guerra Especial Estable N° 2”, compuesto por los tenientes coroneles Fernando Vivanco, Raúl Alberto Ramayo, Alberto Ronaldo Odurquet, Raúl Schirmer y Héctor Tomás González, los capitanes de fragata Juan Miguel Saralegui y Miguel Carlos A. Pita y los vicecomodoros Carlos

Julio Beltramone y Alberto Salvador Álvarez. Todos bajo la presidencia del coronel Clodoveo Antonio Battesti.

La instancia, que celebró audiencias a puertas cerradas en los meses de septiembre y octubre de 1977, retuvo acusaciones contra seis de los veinticuatro detenidos: las tres mujeres y dos hombres de esta reseña, más Francisco Fernández Bernárdez, el cambista de las grandes combinaciones financieras de David Graiver. Los imputados tuvieron derecho a defensa en juicio oral. El teniente coronel Adolfo G. de Keravenant se ocupó de Isidoro Graiver, el capitán de fragata Francisco Finardi de Juan Graiver, el teniente coronel Juan Francisco Bolla de Lidia Papaleo, el teniente coronel Vicente Cerdá Riveros de Silvia Fanjul, el teniente coronel Alberto Hugo Di Santo de Lidia Gesualdi y el vicecomodoro Carlos Raúl Vinatier de Francisco Fernández Bernárdez.

Fueron dictadas las prisiones preventivas rigurosas de Lidia Papaleo, Juan e Isidoro Graiver por encontrárselos incurso *prima facie* en el delito de “asociación ilícita calificada” previsto por el artículo 210 bis del Código Penal. Igual temperamento procesal fue adoptado respecto de Lidia Gesualdi y Silvia Fanjul por el delito de encubrimiento, calificado por omisión de denuncia, previsto por el artículo 278 quater en función del 20 bis, segundo párrafo. Por similares imputaciones se agregaron Eva Gitnach de Graiver, madre de David, Lidia Brodsky, esposa de Isidoro, aunque las preventivas en estos dos últimos casos fueron atenuadas. En puntas de pie, “Paco” Fernández Bernárdez pudo zafarse, todo un enigma.

Las penas de quince años dispuestas por el “Consejo de Guerra Especial Estable N° 2” para Juan, Isidoro y Lidia Graiver, de siete años para Silvia Fanjul y Lidia Angarola, y de cuatro años para la madre y cuñada de “Dudi”, fueron

apeladas ante el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, como permite el Código de Justicia Militar. En diciembre de 1977, este impuso las condenas de doce años de reclusión a Juan, Isidoro y Lidia Graiver, cinco años a Silvia Fanjul y Lidia Angarola, y tres a Eva Gitnach de Graiver y Lidia Brodsky de Graiver.

Los Graiver interpusieron entonces un recurso extraordinario ante la Corte Suprema de Justicia de la Nación. La Corte dejó sin efecto las sentencias, ordenando remitir los autos al juez de turno en lo Criminal y Correccional Federal. El Alto Tribunal trasladaba las causas de la justicia militar a la civil. Los tiempos cambiaban en la Argentina. Las Fuerzas Armadas preparaban su retirada, para recomponer su propio frente interno, abrumado por la derrota en Malvinas y el desquicio del “proceso”.

El doctor Fernando Zavalía, a cargo del Juzgado Nacional de Primera Instancia en lo Criminal y Correccional Federal N° 6, declaró la nulidad de casi todo lo actuado en la jurisdicción castrense, y volvió a ordenar la comparecencia de los procesados, concediendo la habilitación de las actuaciones de la acusación y la defensa. Todo volvía prácticamente a fojas cero.

En las indagatorias, el quinteto tuvo esta vez abogados civiles, los doctores Isidoro De Benedetti y Horacio Oser Roldán. En primera instancia los acusó el fiscal Julio César Strassera. Los Graiver mantuvieron sus declaraciones del “Pozo de Banfield”. La prueba del delito seguía siendo nada más que aire movido por los labios de dos cadáveres: David Graiver y Jorge Rubinstein.

Strassera, quien años más tarde obtuvo la cadena perpetua para Videla y Massera, pidió cinco años de cárcel para Isidoro y Lidia, solicitando el sobreseimiento del resto. El fiscal basó su acusación en el artículo 225 quater del código

Penal, que pena con dos a seis años de cárcel “al que entregare medios económicos, propios o de terceros, o los pusiere a disposición de quienes, para lograr las finalidades de sus postulados ideológicos, intentaren o preconizaren alterar o suprimir ilegítimamente el orden institucional o la paz social de la Nación”.

El juez Zavalía no lo siguió. Absolvió y liberó a los Graiver el 16 de julio de 1983. Obedeciendo instrucciones de la Procuración General de la Nación de que, entre el mantenimiento de una acción pública y su archivo, los fiscales debían optar siempre por la primera, Strassera recurrió el fallo. La Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal Correccional Federal confirmó la absolución dictada por Zavalía. En lo penal, los Graiver pasaron a ser “cosa juzgada”.

No en lo civil. En 1984 la familia de David litigó reparación por los daños materiales que les había causado la dictadura. Raúl Alfonsín ocupaba la Casa Rosada y acababa de abolir el artículo 225 quater promulgado por Videla el 16 de julio de 1976. Era el último resquicio legal que permitió afianzar una acusación contra los Graiver.

Por decreto 1301/84 el presidente Alfonsín instruyó a Pedro Fassi, procurador general del Tesoro, a emprender negociaciones para resarcir a los damnificados ya que la Cámara Nacional de Apelaciones del Fuero Contencioso Administrativo Federal había dictado sentencia el 18 de octubre de 1984 ordenando reintegrar todos los bienes confiscados a los Graiver por las Fuerzas Armadas.

Las tratativas fueron espinosas. Se desarrollaron en el despacho de Fassi. El abogado de la Nación tuvo que verse las con Isidoro De Benedetti, un experto en derecho penal

económico en representación de los Graiver. Estos comenzaron pidiendo 155 millones de dólares. Las dificultades se presentaron cuando debió demostrarse que los activos familiares habían sido bien habidos, tomando en cuenta el valor de las sociedades según los balances realizados por las intervenciones militares. En el tire y afloje de las valuaciones, los Graiver renunciaron a una reparación por daño moral, resignando las rentas potenciales que habrían correspondido a las firmas expropiadas y cubriendo algunas costas del juicio. Además, desistieron de cualquier otro tipo de pleito. Las partes se avinieron redactando cuatro convenios. Los relativos a las empresas y activos desaparecidos, a las empresas y activos que seguían existiendo pero que no realizaban actividad económica alguna, a las empresas en funcionamiento y a los bienes inmuebles. El paquete se firmó el 17 de diciembre de 1985 por el monto de 74.119.204 australes (cerca de 84 millones de dólares) y la devolución de cuarenta propiedades. Fue refrendado por el decreto presidencial 2530/85, dado a conocer el 28 de enero de 1986, que puso “término a un prolongado proceso confiscatorio y lesivo de derechos esenciales, evitando la proliferación de nuevos reclamos judiciales que finalmente habrían generado mayores perjuicios al erario”. Al día siguiente *Clarín* afirmaba que “los supuestos delitos y conexiones con organizaciones terroristas no fueron probados a la luz del derecho”. La Sala 1 de la Cámara Contencioso-Administrativo Federal, el fiscal de Cámara y el asesor de menores no opusieron reparos al pronunciamiento.

Hasta el 20 de marzo de 1986 el Tesoro argentino había desembolsado el 40 por ciento de la suma. Después inició pagos trimestrales, a partir de mayo de 1986, para saldar el

60 por ciento restante. El 63 por ciento de todo ello debía ir a para a los bolsillos de Juan Graiver, Eva Gitnach e Isidoro Graiver. El 37 por ciento restante sería para Lidia Papaleo, por sí y como custodia de la heredera principal, María Sol Graiver.

Solemnemente los Graiver prometieron quedarse en la Argentina y reactivar las empresas.

* * *

Ramoncito Estévez nunca había sentido el olor a lubrili-
na. Hasta esa noche del martes 14 de abril de 1987 los únicos proyectiles que rozaron su cabeza fueron pelotas de tenis. Sus combates más encarnizados habían tenido lugar en canchas de polvo de ladrillo. Para ponerle un adjetivo benévolo, su adhesión a los Montoneros fue tardía.

Hacia fines de 1975 la guerrilla peronista había dilapidado casi toda su representatividad popular, acuñada contra la dictadura militar entre 1966 y 1973. En aras de un revolución posible pero por caminos y tiempos diferentes, el prestigio de los Montoneros se derritió bajo el sol de la vuelta justicialista de 1973 y 1974. Tras 17 años de proscripción política soportada por el peronismo, prefirieron enfrentar las carencias y contradicciones de la nueva institucionalización de la República con las armas guerrilleras antes que con los instrumentos democráticos del debate público de ideas, el voto, la organización y la movilización de la gente. La pelea con Perón por un tránsito veloz al socialismo fue abordada en inferioridad de fuerzas y con un discurso que no caló hondo en el pueblo. Salieron mal del fuego antidictatorial y cayeron en las brasas democráticas. Una vez muerto Perón, el último caudillo de los argentinos, los dólares de

Bunge & Born sostuvieron una lucha interna feroz por el control del movimiento peronista y contra el gobierno de Isabelita Martínez. En esa lucha, los Montoneros llevaron las de perder. A un promedio de dos muertes diarias de un lado y de otro, no lograron detener la ofensiva de la extrema derecha, repartiendo una violencia que ascendió hasta las fronteras de la desestabilización, ahondando la anarquía y el vacío de poder necesarios para que una Junta Militar se encumbrara el 24 de marzo de 1976. Solamente entre noviembre de 1973 y septiembre de 1974 fueron asesinados 450 militantes Montoneros y dinamitados 60 de sus locales. La réplica guerrillera fue autoclandestinarse y ejercitar el ojo por ojo, diente por diente. Los partidos políticos, la Iglesia y los sindicatos se hicieron a un lado para que el vendaval de las Fuerzas Armadas saneara la sociedad.

Los intentos de reflotar la lucha armada desde el exterior en 1979 y 1980 fueron sepultados. La “subversión” montonera perdió, en total, 5.000 de sus mejores hombres en la resistencia contra Videla, como contabilizó públicamente Mario Firmenich, uno de los tres jefes sobrevivientes de la hecatombe. Representaban el 80 por ciento de sus huestes organizadas, La conducción nacional de los Montoneros esquivó la debacle partiendo al extranjero en diciembre de 1976. Primero en Roma, después en México, en La Habana y más tarde en Managua.

El 10 de diciembre de 1983, al asumir Alfonsín la Presidencia de la Nación, los Montoneros renunciaron oficialmente al empleo de la lucha armada. Creyéndose el principal factor de la recuperación democrática, Firmenich se entregó en Río de Janeiro el 12 de febrero de 1984, tal vez esperando que iban a condecorarlo. El remanente de sus seguidores dio en llamarse “Peronismo Revolucionario”, un grupúsculo

que preconizaba la reinserción en el Partido Justicialista, superponiéndose la imprevista batalla por la liberación del *primus inter pares*.

En esa coyuntura brillaría Ramoncito Estévez. Rubricaba editoriales en *Liberación*, el periódico quincenal de la secta, concedía reportajes y redactaba artículos. Ello no impediría que el 19 de mayo de 1987 Firmenich fuera condenado a treinta años de cárcel por haber anunciado que Jorge Born estaba libre en la conferencia de prensa del 20 de junio de 1975. Esa rueda con periodistas lo transfiguró en virtual responsable del conjunto de una operación en la que, la verdad ha sido dicha, poco tuvo que ver. Una vez más su desmesurada codicia de protagonismo le jugó una mala pasada.

De los Montoneros que secuestraron a los hermanos Born en 1974 no quedaba ninguno vivo el 14 de abril de 1987. Esa noche Estévez los representaba. La vida le sonreía a los 29 años. Nada le preocupaba; bien parecido, largo pelo castaño, ojos marrones y nariz aguileña, vivía de las rentas montoneras. Como portavoz de glorias pasadas y ajenas, el joven se parapetaba frente a un escalope de lomo al vermouth, en la mesa 12 de Harper's, en Junín 1763, Buenos Aires, escuchando una larga perorata sobre millones de dólares y enjuagues políticos. Era una historia que había oído contar a otros novatos como él. Como entrada eligió champignones farcies. Estévez medía 1,76 y esa noche vestía jeans, mocasines, camisa celeste y un suéter amarillo.

El sesentón bien conservado que lo invitara se había pronunciado por muzzarella Elaine's, encargando como segundo plato el chicken pie, tradicional de Harper's. De riguroso traje azul y corbata verde y roja, se le veía una calvicie pronunciada. Peinaba escasos cabellos plateados,

poseía un carácter reservado, era corpulento, alto, y de origen griego. Una botella de tinto Chateaux Montchenot estaba a medio terminar.

La cena en uno de los antros de la *nouvelle cuisine decoraba una cita política*. Su libreto era idea de Horacio Coramo, viejo amigo de Lidia Papaleo de Graiver, y cómplice de “Jarito” Walker, con quien compartiera la fundación de la revista *Gente* como publicista y la simpatía por la “jotapé”. Este trabajaba ahora para el gobierno radical pero había conservado su identidad peronista. También había mantenido un corto romance con la viuda cuando ella abandonó la cárcel. El día que Lidia le pidió un puente con Firmenich –extraditado del Brasil el 21 de octubre de 1984, y desde entonces preso en la U2 de Villa Devoto– el empalme preliminar se tejió con fluidez.

La viuda no podía mostrarse en público con un mascarón de los Montoneros, en pleno Buenos Aires y a pocos meses de haber empezado a embolsar la mitad de los 84 millones de dólares de indemnización y ya recobrados los numerosos inmuebles. Pero sí su amante, un empresario divorciado, poco conocido del jet set y de los servicios. Juan e Isidoro Graiver habían emigrado a España con sus familias y no pocos dólares en las alforjas. En la Argentina sólo quedaba Lidia para afrontar la escabrosa tarea de borrar los signos comprometedores de la pesada herencia de David, reparar agravios, suturar heridas y prevenir nuevas agresiones.

Lidia sabía que los Montoneros habían sido aniquilados como alternativa política de poder para la Argentina, pero no como “banda armada”. De la clandestinidad, del extranjero y de la cárcel podían convocar unos veinte cuadros con buena formación militar, capaces de reinstaurar

las acciones de comando y ensangrentarlo todo nuevamente. De Mario Montoto, Nilo Gambini, Gustavo Gemelli, Pablo Unamuno y Ramoncito Estévez, los cinco paramontoneros a sueldo, el último merecía la preferencia de Firmenich. Lo había demostrado una semana antes dándole un lugar privilegiado entre los firmantes de la solicitada de bienvenida a la Argentina al Papa Juan Pablo II, que publicó *Clarín* el 6 de abril de 1987. A cambio de la amnistía para el procesado Firmenich y los prófugos Roberto Perdía, Rodolfo Galimberti y Fernando Vaca Narvaja, ellos suplicaban al guía espiritual de la Iglesia Católica que se apiadara de los militares.

La conciliación con las Fuerzas Armadas de la Doctrina de la Seguridad Nacional no era una propuesta innovadora en Firmenich y sus incondicionales. En horas del crepúsculo guerrillero, cuando la derrota ya era un hecho, comenzaron a difundirla. La guerra de las Malvinas les brindó la primera oportunidad. Firmenich propuso “desde algún lugar de América Latina” ir a pelear al Atlántico Sur bajo el mando del general Leopoldo Fortunato Galtieri. Lo desoyeron pero la semilla reiteraba fecundar el surco. A esa política retornarían algunos dólares de “Melillizas” confiados a Graiver.

Lidia alternaba Buenos Aires con las pistas de ski en Chamonix, Francia, y Gstaad, Suiza. El mundo y sus espasmos no constituían más una guerra. Quería una playa de desembarco en tierras de paz. Pretendía gozar de la fortuna y del venturoso porvenir de un nuevo hombre definitivo en su vida afectiva antes que el desgaste del cuerpo la disminuyera. Tenía 43 años y seguía deslumbrando con sus ojos verdes orientales y su figura, que los cinco años de prisión no habían raído a pesar de un tumor de cerebro que le fue extirpado a principios de 1982.

En abril de 1987 los problemas de la viuda no eran cómo lograr que le trajeran comida desde los restaurantes hasta la celda del pabellón 25 de la cárcel de Villa Devoto, o que le dejaran vestir blusas de seda italiana en los recreos. Sus problemas arrancaban en Miguel Etchecolatz. El comisario estaba empeinado en una campaña de prensa que trabara el resarcimiento financiero de los Graiver, blandiendo utilizar la colección de cintas grabadas en los interrogatorios del “Pozo de Banfield”, que según repetía no habían sido suficientemente explotadas.

Las penurias de Lidia se dilataban en Juan Martín Romero Victorica, fiscal del Juzgado Federal N° 1 de San Martín, de la zona norte del Gran Buenos Aires, quien amalgamaba esos días su acusación contra Firmenich por el “doble secuestro extorsivo y doble homicidio calificado” en perjuicio el primero de los hermanos Juan y Jorge Born, y el segundo, de Alberto Bosch y Juan Carlos Pérez. El fiscal entresacaba y ampliaba pruebas de la causa 725, “Graiver, Isidoro y otro s/asociación ilícita calificada y encubrimiento”, sobreseída finalmente por el juez Miguel Guillermo Pons, sucesor de Fernando Zavalía en el Juzgado N° 6 de la Capital Federal.

Los testimonios de Juan e Isidoro Graiver, y la viuda de David, confirmados por Lidia Angarola y Silvia Fanjul, pronunciados bajo la dictadura, fueron en lo esencial refrendados durante la democracia y en sede judicial. La fiscalía de Romero Victorica, a quien se adjuntara Alfredo Bisordi, magistrado enviado especialmente por la Procuración de la Nación, había además obtenido declaraciones de quince allegados a los Graiver, quienes escucharon, les dijeron o les pareció ver dólares montoneros en las intrigas de Egasa (Francisco Fernández Bernárdez, María Florencia Fernández Górgolas

de Rojo Vivot, Carlos Julio Caballero Nieves, Ana Alicia Fernández García, Alcira María Matilde Courtaux de Ramos Vértiz, Pedro Adán Oliva, Iris Doreen Bruzzone de Ferratti, Ricardo José Ravelli, María Mercedes Insúa Oliveira de Menárquez, Inés Gómez de Barberis, Silvia Cristina Insúa Oliveira, Celia Betty Helpert, Sabino Domingo Fanjul, Horacio Hermenegildo Sepic e Isabel María Dora Parsons).

Se sospechaba que estos aportes formaban parte de ciertos contratos verbales de los Graiver con el gobierno radical a cambio de la indemnización. La cuestión era consolidar la sentencia de Firmenich, alargando las inculpaciones a otros supuestos militantes políticos que, por su pasado o presente, tuvieran o no que ver con la guerrilla de diez años atrás, dificultaran digerir la “teoría de los dos demonios”. Esta teoría sobrevaloraba culpas guerrilleras en los desaciertos de antaño, borraba la responsabilidad de políticos, sindicalistas y prelados y dejaba un saldo justificador del genocidio perpetrado por las Fuerzas Armadas. Sin transición se cursaron órdenes de captura contra cuatro activistas que molestaban con la denuncia de los crímenes dictatoriales y señalaban la impunidad y la corrupción que empañaban la democracia.

Lidia alegaba que había sido inevitable reavivar los expedientes judiciales a pesar de que la causa estaba archivada. No podían negarle colaboración a un gobierno que los había amnistiado, restituyéndoles honores materiales.

En el seno de los Graiver se logró consenso. A pesar de la promesa de permanecer en el país y de reinvertir la indemnización en la Argentina, el objetivo a largo plazo sería poner a salvo en el exterior plata y familia. Juan e Isidoro Graiver montaron cuartel en España, creando la cadena de boutiques Coccon, en los multicentros Serrano y Orense,

de Madrid. También invirtieron en la industria de la construcción, amontonando de a poco los reaseguros financieros en las cuentas de un banco suizo.

Juan e Isidoro habían ahuecado alas con los primeros capitales viajando por tierra a Brasil, de donde volaron Madrid. Lidia era la más vigilada. Además de los controles del Tesoro, válidos tanto para Juan e Isidoro como para ella, tenía a Alejandro Molina en los talones. Molina era el juez de menores que en 1986 había dictaminado un riguroso control financiero, alertando sobre el hecho de que un porcentaje importante de la fortuna pertenecía a la menor María Sol Graiver, y que subsistía el rescoldo de que parte de ese dinero podía ir a parar otra vez a los Montoneros.

Hasta allí Lidia había jugado a una sola punta, pero la cercanía de la condena del cabecilla de los Montoneros, la decidió a jugar a dos. Temía que Firmenich, acorralado, desatara una locura desde el pabellón 49 de Villa Devoto. David la había prevenido que el único intratable en la conducción montonera era precisamente Firmenich. Lidia había leído en la cárcel la nota de tapa de *Somos* sobre la muerte de Julio Roqué en 1977, y supo más tarde del asesinato de Raúl Yaguer el 30 de abril de 1983. Como no conocía a Vaca Narvaja ni a Perdía, no le quedaba más remedio que terminar en Firmenich, llegando hasta él por subalternos.

Para esto cenaba su amante con Ramoncito Estévez. El muchacho bebía y absorbía información como una esponja para hacer después un parte de guerra detallado. El griego embrolló convenientemente verdades con mentiras. Una segunda botella de Chateaux Montchenot acompañó las crêpes souzettes, el clásico postre de Harper's. Nadie tomaba agua en esa mesa.

El empresario dividió su exposición en dos capítulos. Uno político y otro económico. Sin identificar al gobierno, en el primero explicó que, concomitante a transacciones políticas, había sido ineludible confirmar ante Romero Victorica las versiones en las arcas de Graiver de un parte del rescate por el rapto de los Born, preservando el cariz extorsivo para quedar a salvo.

En cambio, arguyó que el incontrolable había sido Romero Victorica, desbocado en su cruzada, como si quisiera demostrar a los militares que desde un juzgado civil bajo la democracia se podía apresar el capital montonero. En ese cometido los “chupaderos” de la dictadura habían sido impotentes.

—Y con el “Tico” es mejor quedar bien porque si no te hace pomada. ¿Leíste *Partes de Inteligencia*, de Jorge Asís?

Ramoncito Estévez movía la cabeza en sentido vertical. Sabía que la apreciación sobre el *primus inter pares* de la “Coordinadora” radical era verdad.

El griego bajó el telón político, explayando que los Graiver habían padecido mucho por la inversión de los Montoneros con David y que había que hacer tabla rasa sobre los malestares de unos y otros buscando los medios para bosquejar una línea y saldar en mutuo entendimiento.

La línea era económica. Como empresario eficaz el griego tradujo en cifras concretas lo que representaba la indemnización de 84 millones de dólares, especificando lo recibido hasta la fecha y las cuotas trimestrales que restaban. Para mantener las apariencias, parte de ese dinero debía destinarse a reanimar ciertas empresas a fin de que el Tesoro no generara conflicto valiéndose de la promesa de reinversión que los Graiver habían hecho. Esto no impedía desglosar periódicamente ciertas sumas colocables en el exterior exportándolas por el mercado negro o

transformándolas en dólares dentro de la Argentina para luego enviarlas al exterior en secreto, como ya los Graiver lo estaban haciendo. Fracciones de esas remesas podían destinarse a fin de ratificar el armisticio y abordar el futuro en paz.

Ramoncito Estévez tomó nota de los números y las fechas en su agenda Morgan. Bebió su café y no esperó que trajeran la cuenta. Aceptó una nueva cena para la semana entrante en el Catalinas de Reconquista 875. El griego alcanzó a garabatearle el 3129772 en una servilleta. Si surgía algún contratiempo podía dejarle un mensaje en ese restaurante. El vocero de Firmenich se fue a pie, caminando por el borde del cementerio de la Recoleta. En Azcuénaga dobló a la izquierda hasta la Avenida Las Heras. Tomó un taxi y se volatilizó en la madrugada.

* * *

En julio de 1987 Juan Graiver tenía 74 años. No sabía que había fortunas asesinas, como la suya, que de un infarto se lo llevaría a la tumba en febrero de 1989. Quería poner a resguardo el legado financiero de David y perfeccionar un mecanismo para seguir extrayendo los dólares del Banco Central de la República Argentina. Para burlar los parámetros impositivos de la Unión Europea, de la que España forma parte, había que ubicar esos capitales fuera de ella. Siendo Suiza uno de los pocos países de la región que no la integra, Juan e Isidoro decidieron que su banca seguía siendo el sitio ideal donde apilarían sus platas.

España le convenía para domiciliarse porque requería inversiones mínimas para obtener un permiso de residencia y por la ventaja del idioma castellano para la educación de

los nietos. Pero España no era idónea para traficar con capitales y eludir al fisco.

Julio y agosto son meses de verano en Europa. En ellos pasa por España la mayor parte de los 30 millones de turistas anuales que la visitan. El control de los puestos de frontera, salvo en el país vasco, se relaja.

La temporada se presentaba propicia para hacer un viaje a Ginebra y desplegar el telar de cuentas y claves que movilizarían la fortuna en torno a los pactos ratificados en Buenos Aires en la planta baja de Catalinas.

La preferencia por las rutas terrestres se había acentuado en Juan e Isidoro desde que el avión de David se estrellara en México. El único inconveniente para un viaje de 1391 kilómetros en esa época era el calor, pero los remises de Autos América, en el 23 de la calle Cartagena, tenían aire acondicionado.

Atizados por la condena de Firmenich, los Graiver subieron al asiento trasero de un BMW con chofer y unieron Madrid-Ginebra en un día de autorutas. Un fondé de pouvoir de un banco especializado en la administración de fortunas los esperaba esa noche en el Hotel Beau-Rivage. Era un empleado jerárquico que podía comprometer al banco con su firma. El sol se sumergía en el Lemán a las 21 y 47. Los bancos habían cerrado sus puertas al público a las 16 y 30, no para Isidoro y Juan, que dormirían junto a valijas vacías de dólares.

A la mañana siguiente el recibo del depósito dio paso a diferentes contratos de inversión, claves escritas y telefónicas para el gobierno del capital. Esa misma noche, Juan e Isidoro partirían de regreso a Madrid.

* * *

Livio Gancedo tampoco conocía la lubrilina. A los 45 años no jugaba al tenis. Su deporte era la homosexualidad. Morocho, de tez cetrina y talla mediana se lo conocía como pastor protestante. Cuatro años después del regreso a la democracia en la Argentina, mantenía el estatuto de refugiado en Noruega. No sabía ponerse otra cosa que trajes grises y corbatas negras. Como el Consejo Mundial de Iglesias tiene su asiento en Ginebra, los viajes de Gancedo a esa ciudad se revestían de una apariencia religiosa, dándole asimismo una buena cobertura para alquilar provisoriamente un pequeño departamento en el tranquilo barrio de Chene-Bougeries.

Gancedo se había hecho montonero en el exilio. Huyó de la Argentina por las dudas. A la luz de los episodios posteriores ese sería su único acierto de la década. Varios de sus amigos habían desaparecido. Se ganó el crédito de los dirigentes guerrilleros residentes en La Habana cuando organizó comités de solidaridad en la Península Escandinava. Sus múltiples contactos con organismos no gubernamentales de ayuda al Tercer Mundo lo posicionaron para abrir cuentas bancarias en Suiza que encausaran la solidaridad con la Argentina. Gancedo integraba los comités latinoamericanos de Oslo a favor de la revolución latinoamericana.

El eclesiástico montonero había terminado de conquistar la confianza de Perdía y Vaca Narvaja batallando para que el Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas (ACNUR) le concediera el estatuto de refugiado a Firmenich. Cuando este vio que la extradición de Brasil a la Argentina se avecinaba y que en Ezeiza no lo esperarían las masas fervientes sino la soledad de un calabozo, fiscales rabiosos y tal vez hasta un “boleta” de algún fanático militar fuera de órbita. Encomendó a Gancedo la gestión de un salvoconducto en Ginebra, en la misma sede central del ACNUR.

El pastor se hizo acompañar por los padres de Firmenich. Juntos golpearon todas las puertas. Al final la única que se abrió estaba en el Pabellón 42 de la U2 de Villa Devoto en la Argentina. Debía rendir cuentas en dos procesos por homicidios en los que, para colmo de calamidades, Firmenich no había actuado sino propagandizado la autoría montonera: las muertes ligadas al secuestro de los Born y los asesinatos de Francisco Soldatti y el chofer Ricardo Durand, el 3 de septiembre de 1979, en la Avenida 9 de Julio y Arenales, Capital Federal. Romero Victorica y Bisordi encuadraron la acusación como delito común y no hubo pretexto político que valiera. El ACNUR respondió que no podía hacer nada.

Gancedo fracasó en la obtención del estatuto de refugiado para Firmenich en Ginebra pero no en fundar la central administrativa de los dólares. Por allí pasaban los dividendos de las inversiones guerrilleras en un país de América Latina. Es decir, del capital que no fue a parar a las manos de David Graiver. Por allí pasarían las cómodas cuotas mensuales con que una viuda, su cuñado y su suegro iban a generar los poderosos anticuerpos que podían vacunarlos contra la ira de Firmenich.

Gancedo no viajaba solo. Solía acompañarlo una redactora de la revista *Triunfar*, un libelo guerrillero editado en México y destinado a la Argentina. La periodista sacó lustre reiterando los rancios libretos sin admitir que la guerra se había perdido. Su pluma se exaltaba con la abominable vanidad de negar las equivocaciones que habían apartado a los Montoneros de la gloria del reconocimiento popular.

El Crédit Suisse retenía la correspondencia en su sede central de la Place Bel-Air. Todos los meses Gancedo se encerraba en alguno de los despachos del cuarto piso acondicionados para los clientes extranjeros. En agosto de 1987, mientras en

las dependencias contiguas discretos empleados seleccionados se afanaban por disimular las transferencias bancarias del Irangate entre Teherán, Ginebra, los Estados Unidos y Centroamérica, Gancedo y la periodista tuvieron bajo sus ojos el primer extracto de cuenta que reflejaba una transferencia proveniente de un emisor desconocido. El círculo de “Mellizas” comenzaba a cerrarse en Ginebra.

El maletín con los 400.000 dólares en efectivo era pesado. El trayecto de un banco a otro para borrar los rastros de su procedencia era corto. Gancedo transpiraba aunque el otoño anunciaba que el calor cesaría pronto.

El pastor y la redactora cruzaron miradas cómplices y apuraron el paso.

La periodista era bonita, joven, de 1 metro 65 y llevaba sus largos cabellos rubios trenzados. Calzaba sandalias de cuero crudo, vestía una pollera amplia de tela multicolor, artesanía de indios guatemaltecos, y una blusa blanca en la que resaltaban generosos pezones.

Dialogando jocosamente, se mimetizaban como una pareja de recién casados que han entrado a un banco a cambiar cheques del viajero. Al empujar la puerta giratoria y zambullirse en una inmensa sala refrigerada el pastor tuvo la ocurrencia:

—¡Si Calvino viviera sería montonero! —exclamó.

Neutralizado el hambre del frente guerrillero con módicas entregas mensuales, a la viuda sólo le faltaba cubrirse de Miguel Etchecolatz. La solución iba a tardar. El mismo comisario la haría pública en una repentina visita a la redacción de *La Prensa*, el lunes 27 de marzo de 1989. El diario transcribió al día siguiente la denuncia: aprovechando su ausencia del departamento de Charcas 2337 por un viaje de fin de semana a la ciudad de Azul, “desconocidos” le

robaron las grabaciones de los interrogatorios de los Graiver y de Jacobo Timerman, sin “ejercer violencia alguna”.

“El victimario que fue víctima”, tituló *Página/12* del 29 de marzo de 1989. La viuda se regocijó con la ocurrencia. El “destino” se había fagocitado las pruebas que podían complicar una posible reapertura de la causa judicial.

Lidia recorrió las páginas del matutino riendo para sus adentros. Pero los argentinos estaban en otra cosa. Faltaban 46 días para las elecciones presidenciales del 14 de mayo. Los jefes del Estado Mayor proclamaban su prescindencia política, los jubilados y pensionados pedían audiencia para plantearle a Alfonsín sus reclamos, CTERA solicitaba para los maestros un sueldo básico de 3.200 australes, Boris Yeltsin explicaba los ritmos de la Perestroika y “Batata” Clerc volvía para jugar la Copa Davis. Menem y Angeloz disentían en público sobre la propuesta de Antonio Cafiero de conformar un gobierno de coalición para la Argentina.

* * *

Lidia iba a trastabillar con el terremoto que produjo la llegada de Carlos Menem a la Casa Rosada. La compañía Bunge & Born en el Ministerio de Economía, Juan Bautista “Tata” Yofre en la SIDE (Secretaría de Inteligencia de Estado) y Juan Martín “Petro” Romero Victorica en la fiscalía del Juzgado Federal de San Martín bregaban por la reapertura del “caso Graiver”.

No todo estaba bien atado. Los pronósticos le fallaron a la viuda porque la plata torna frágiles los pactos. El dinero no tiene bandos. Los dólares corrompen todo, hacen y deshacen coaliciones. El viernes 1 de septiembre de 1989, el juez Carlos Luft —de homónimo apellido al de un

dignatario de Bunge & Born— embargaría bienes a los Graiver por 46.233.577 dólares, considerándolos “verdaderos socios de una asociación subversiva” al haberse “confundido con el activo o bienes que integraban su patrimonio” 17 millones de dólares de los Montoneros. A petición del fiscal Romero Victorica, Luft fijó la suma del embargo aplicando el 8 por ciento de interés anual acumulativo al capital de origen que invirtieran los guerrilleros en el grupo Graiver. Al ver tropezar a la viuda, los Montoneros tomaron distancia y se abstuvieron de pronunciarse hasta cuando fuera provechoso. Después de entrevistarse con el presidente Menem, que lo había indultado, Roberto Perdía respondió a los periodistas acreditados en la Casa Rosada: “sobre eso se ha hablado mucho. De los Graiver hace mucho que no tenemos ninguna noticia. Sobre ese hecho, cuando corresponda, haremos una declaración”. Bernardo Neustadt escucharía la misma versión en “Tiempo Nuevo”.

Seguramente incentivado por sus partidas de caza mayor con Alberto González Menotti —el notorio torturador y apropiador de bienes de desaparecidos en la ESMA—, Romero Victorica encontró la argucia jurídica para, ya que estaban cerradas las puertas del caso Griver, entrar por la ventana. Se basó en la confirmación por parte de la Corte Suprema de la sentencia contra Firmenich dando por sentado que, lo hasta allí no probado a la luz del derecho, podía serlo por obra y gracia de sus dos años de infructuoso seguimiento de los dólares de “la segunda organización terrorista mundial”, según sus propias palabras.

En la copia de un escrito que hizo llegar a ciertos diarios se lee que “estos hechos” (la inversión financiera de los Montoneros con Graiver) “fehacientemente comprobados, fueron puestos de manifiesto por esta fiscalía al alegar sobre

el mérito de prueba, y a su turno se los dio por ciertos y comprobados para dictarse la sentencia en la causa mencionada respecto del coencausado Mario Eduardo Firmenich, argumentaciones que el tribunal hizo propias en el citado alegato”.

Romero Victorica iba a expresar la decisión suscripta por los cinco miembros de la Corte Suprema de Justicia de la Nación el 8 de agosto de 1989 (José Severo Caballero, Augusto César Belluscio, Carlos S. Fayt, Enrique Santiago Petracchi y Jorge Antonio Bacqué). El fallo sucedió a uno anterior de la Cámara Federal de San Martín del 14 de septiembre de 1988 y al dictamen de Andrés José D’Alessio, procurador general de la Nación del 8 de junio de 1989, que asintieran el confinamiento de Firmenich por 30 años.

En un arrebato que muchos juzgaron tardío, Lidia respondió con una solicitada en *Clarín* del 10 de octubre de 1989. La acompañaron en la firma un muerto (Juan Graiver) y un refugiado en Madrid (Isidoro Graiver). Lidia fue más lejos que nunca y se puso en víctima de “una nueva campaña donde, como ayer, se mezclan lo ideológico, afanes de notoriedad personal y el negocio del escándalo”, y denunció el objetivo de “un nuevo intento de confiscación”. Recordó los trámites judiciales que los habían declarado inocentes poniendo a la Presidencia de la República como garantía. Rebatió las acusaciones de Romero Victorica y Bisordi. Volteó a los Montoneros y desestimó haberse contaminado con dinero de los Born. Mencionó por primera vez los apellidos de Firmenich y Quieto, perseverando en que “con posterioridad a la muerte de David fuimos extorsionados y amenazados de muerte bajo el reclamo de una suma que variaba, de exigencia en exigencia, por quienes se decían Montoneros”. Al propio tiempo Lidia denunció la colusión entre los Born y la justicia acusando “a quienes

guardaron un prudente silencio durante catorce años de pretender recuperar, a nuestra costa, parte de lo que tan ilegítimamente les sustrajera la subversión, escudados en la actuación de funcionarios estatales ávidos de notoriedad y sin asumir la responsabilidad que implica la interposición de una demanda temeraria”.

Volviendo sobre la historia sin detenerse a mirar en dónde pisaba, el texto de Lidia contenía un párrafo que debe de haber hecho revolver a algunos muertos en sus tumbas: “En vida de David jamás supimos –y todavía hoy no sabemos– que existiera relación voluntaria alguna entre él y la organización subversiva”. Traducido a idioma lato y sencillo, Lidia Papaleo de Graiver pretendió que si esa relación había existido fue, en cuanto a su ex marido, involuntaria.

El triángulo Born, Yofre y Romero Victorica haría estragos. El magnate cerealero quería revancha, vale decir la restitución de lo que había quedado del rescate, y preferentemente en secreto. El periodista, travestido en patrón de espías, todas las mañanas tomaba mate con el presidente argentino y producía *papers* que taladraban las redacciones: su obsesión era que la culpa de cuanto mal había en el país debían tenerla los radicales. Romero Victorica, el amo de *Sultán* y *Canibal*, dos perros de presa que vigilaban su chalé en Bella Vista, pareció desligarse de lo resuelto por el gobierno radical. Ensoberbecido, el magistrado consideró llegado el momento de hacer su propia “Mellizas”: juntar al réprobo Firmenich con Raúl Alfonsín, cuyas flaquezas permitieron la condena a los comandantes de la “guerra sucia”, algo que Romero Victorica no podía perdonarle. Los efluvios de uno contagiarían al otro en la singular fotografía, borrando

la memoria de que fue un decreto de Alfonsín el que también ordenó el juzgamiento de Firmenich.

Esa “Mellizas”, Romero Victorica la cocinó con Alfredo “Yuyo” Bisordi, fiscal de la Procuración de la Nación adscripto a la fiscalía Federal de San Martín. Alumbraron la causa 41.811 considerada “causa paralela” a la número 26.094, en la que Firmenich pagó los platos rotos por el secuestro de los Born. Cualquiera diría que en esa “causa paralela” se acomodaron las supuestas informaciones e indicios que no utilizaron en la “causa madre”. Todo pareció indicar que la segunda daba continuidad a la primera, como para disponer de una instrucción abierta a fin de seguir adelante en los procesamientos, una vez que la Corte Suprema declarara “cosa juzgada” la privación legal de la libertad para Firmenich hasta el 13 de febrero del 2014, por más que nadie sabía aún que la condena sería abolida en diciembre de 1990 por un indulto presidencial de Carlos Menem.

La medida cautelar de Romero Victorica, militante de la derechista Falange de la Fe, mereció seis columnas en *La Nación* del 3 de septiembre de 1989. Con frenesí, el “Potro” disparó un escrito de 7 carillas, cuyos argumentos estaban sujetados por alfileres. Por un lado bloqueó el pago de tres pagarés por 10.410.214, 10.750.781,46 y 11.046.993,48 dólares, mediante los cuales la Tesorería de la Nación debía finiquitar la indemnización a los Graiver, respectivamente el 1 de septiembre de 1989, el 1 de marzo de 1990 y el 1 de septiembre de 1990, desgajados de lo visto en páginas anteriores. Por otro, cerró los desembolsos de la viuda y de Isidoro a los guardaespaldas de Firmenich, cortando el flujo de dólares estatales a la resaca de la guerrilla. En tercer término, gestó el clima para que Alfonsín pudiera ser

catapultado a tribunales por connivencia con la “subversión” al haber refrendado el decreto presidencial de indemnización a los Graiver. ¿Adonde apuntaban, si no, los siguientes párrafos?

“...resulta al menos, de una manifiesta negligencia que quienes estaban encargados de defender los intereses del Estado en las referidas negociaciones no procuraron determinar estos hechos que impedirían abonar o, más exactamente, restituir más de diez millones de dólares al grupo Graiver, por la ilícita del objeto, exponiendo al erario público a la posibilidad de abonar dos veces dicha suma si los damnificados en aquella causa lo reclamaran”, proponiendo en consecuencia “que deben instruirse en el área de la Presidencia de la Nación las actuaciones administrativas tendientes a deslindar responsabilidades por los hechos expuestos en los términos del artículo 5° de la ley 21.383, sin perjuicio de las responsabilidades penales que pudieran surgir del curso de las mismas”, y emplazando “la nulidad parcial, absoluta y manifiesta de los convenios celebrados entre el Estado Nacional, representado por el entonces procurador del Tesoro de la Nación, Dr. Héctor Fassi, y el Dr. Isidoro De Benedetti, como apoderado del grupo Graiver”.

Estas consideraciones fueron aliciente para que el procurador del Tesoro, César Arias, se pusiera a revisar las carpetas del acuerdo entre los funcionarios radicales y los herederos de “Dudi”, ensamblando apreciaciones en vista de un dictamen administrativo elevado al presidente Menem. Arias no descartaba, como hipótesis, encausar en responsabilidad compartida a Héctor Fassi y Alfonsín por el reembolso a los Graiver. La presentación del citado dictamen se retrasó supuestamente por la nominación de Arias

a la Secretaría de Justicia de la Nación, siendo reemplazado por Carlos Alfredo García en la Procuración del Tesoro.

Romero Victorica, yerno del general Julio Aguirre, –involucrado en la dictadura del general Juan Carlos Onganía– introdujo una cuña para complicarle a Menem el indulto a Firmenich. De paso echó arena en los engranajes del presidente peronista y Jorge Born, quienes pretendían cohesionar a las Fuerzas Armadas con perdones presidenciales, alistándolas para la faena represiva cuando los ajustes del plan “B&B” aumentaran el descontento y estallaran los saqueos.

Romero Victorica refrendó quizás no casualmente otro escrito destinado al juez federal Miguel Pons en el que, por elevación y con soberbia, le explicó al presidente que, a su entender, carecía de base jurídica para indultar a guerrilleros.

A Menem se le puso complicado el arbitraje para cerrar heridas en el tema de este libro. A Born no le alcanzó con digitar el Ministerio de Economía. Por momentos daba la impresión de que deseaba poner a Firmenich de rodillas y recuperar lo que quedaba del rescate. Con tal de salir de Villa Devoto, Firmenich quizás estaba dispuesto a todo, incluso a tragar el amargo cáliz de una “misa de reconciliación” con los personeros del genocidio. Y a devolver hasta 30 millones de dólares del rescate de “Mellizas”, en forma de asistencia financiera a los argentinos pobres.

En la navidad de 1989, la contumacia de Romero Victorica pareció recibir auxilio de Alberto Piotti, juez federal de San Isidro, quien tenía en sus manos la causa por el secuestro de Metz, también realizado por los Montoneros. El rescate por Metz, de 4 millones de dólares, fue en parte asimilado por el grupo Graiver. El 24 de diciembre de 1989 se conoció que, a instancias del fiscal Martín Ernesto González del

Solar, el juez Piotti había embargado a los Graiver por 13,5 millones de dólares, cantidad que acumulaba el botín del que se hicieron los guerrilleros más los intereses de catorce años, transcurridos entre el secuestro y la medida judicial.

Con todo esto, Romero Victorica enarboló que haría comparecer a Raúl Alfonsín ante la justicia. Pero la intimidación quedó en el aire. Tampoco cumplió la promesa de desglosar responsabilidades en las filas de los Montoneros, cuyo jefe, Mario Eduardo Firmenich, mereciera la gracia presidencial de Carlos Saúl Menem en 1990. Expropiados para financiar la “revolución socialista” en la Argentina, los dólares del secuestro del siglo tuvieron su lápida. Parte de esos dólares quedaron atrapados en los tentáculos de los Graiver, la otra se la tragó el régimen de una isla del Caribe. Su destino final se halla envenenado por la incertidumbre, conclusión palpitante para el crimen de Graiver.

Epílogo

*La opulencia se nutre de
la miseria ajena*

ORIANA FALLACI, *Inshalah*

A diecisiete años de haber escrito este libro en 1990, conviene retomar la cronología de los hechos recordando que el fiscal Juan Martín Romero Victorica, encargado de velar por los intereses de la sociedad argentina en el escándalo Graiver-Born, logró inicialmente interrumpir el pago de la indemnización discernida entre el gobierno de Raúl Alfonsín y la familia Graiver. Puso al abrigo en las arcas del Estado las tres cuotas que faltaban efectivizar del monto resuelto en 1985, por cerca de 84 millones de dólares al contado, y la devolución de unas cuarenta propiedades.

El fiscal abrió así un compás de espera aprovechado por los Born, quienes se presentaron en el expediente como querellantes, reclamando una porción del dinero destinado a los Graiver. Romero Victorica denunció oportunamente “la existencia de nuevos elementos de prueba suficientes para promover la acción de nulidad parcial de los convenios aprobados por decreto N° 2.530/85 y considerar la responsabilidad que podría eventualmente corresponder a los firmantes del mencionado decreto, adjuntando al efecto documentación pertinente obrante en ocho cuerpos...”. Sin

transición se hizo eco el subsecretario de Justicia, César Arias, en su resolución 3/91 del 7 de enero de 1991.

Sin embargo, pocos meses después, el representante del Ministerio Público cambió de parecer. Consiguió del poder político la revocación de la medida, solicitando una resolución contraria que dejaba sin efecto la suscripta por Cesar Arias a instancias de la fiscalía. El magistrado debió quizás percibir que el sumario no podía volver a fojas cero porque los Born había irrumpido en la causa, cuestionando la legitimidad de los Graiver en tanto únicos damnificados. Como si el propio Romero Victorica hubiera dispuesto las piezas a propósito, el 28 de octubre de 1991 las partes le sometieron un convenio que él aceptó, por el cual los Graiver y los Born se repartían la plata pendiente en proporciones negociadas. De los 90 millones de dólares que por la acumulación de intereses faltaban embolsar, los Born se contentaban con 16 millones, quedando el resto para los Graiver. El 1° de noviembre de 1991 el juez interviniente homologó el reparto avalado por el fiscal. En tiempo récord el Tesoro pagó al cabo de diez días hábiles.

Quedó finalmente demostrado que Romero Victorica trocó de doctrina, dejando planear la curiosidad sobre el móvil, un giro veloz e inesperado. Al comienzo de la causa parecía motivado por la restitución al Estado de una indemnización mal habida, amenazando a Raúl Alfonsín con meterlo en la cárcel, en virtud de haber firmado como presidente de la Nación un decreto que ordenara restituir a los Graiver los bienes incautados por el régimen militar. La advertencia fue insinuada al semanario alemán *Der Spiegel* el 22 de octubre de 1990, un anticipo de la revista española *Tiempo* del 23 de julio del mismo año. Romero Victorica modulaba que la fortuna estaba “contaminada”

por cerca de 17 millones de dólares provenientes de la “subversión” montonera, al tratarse de una parte del rescate del secuestro extorsivo de los hermanos Born perpetrado por una de las “formaciones especiales del justicialismo”, cedido en inversión a David Graiver. Al tiempo, Romero Victorica acusaba al gobierno radical de corrupción, estimando que el Estado se había desangrado en unos 3.500 millones de dólares pagando indemnizaciones a personas esquilmadas por la dictadura de las Fuerzas Armadas. Anunciaba que tenía documentos que incriminaban a funcionarios de la administración pública haber desviado en sus beneficios comisiones ocultas del 15 por ciento, exigidas para agilizar los trámites de resarcimiento, imputaciones que jamás fueron sustanciadas en tribunales.

Ante la imposibilidad de diferenciar expresamente los billetes de papel moneda procedentes del rapto de los demás capitales acumulados lícitamente por Graiver, una variante era traspasar la integralidad de los fondos al Estado y definir luego el desagravio de los expoliados, pero el fiscal desechó arbitrar en ese sentido. Avisaba de indicios que supuestamente obraban en autos, que habrían sido brindados por los presuntos ex montoneros Roberto Cirilo Perdía, Fernando Vaca Narvaja, Rodolfo Galimberti, Daniel Zverko, Carlos Alberto Patané, Raúl Melchor Magario y Pablo González Langarica, conjeturas que trazarían la andadura de los dólares de los Born hacia el grupo Graiver. Con todo, daba la impresión que no le alcanzaba para probar, a la luz de la ley, que fracción de las propiedades de los Graiver pudieron cazarse con el dinero extirpado a los Born. Tal vez por eso, a Romero Victorica no le quedó otra alternativa que bendecir lo pergeñado mediante los letrados de los actores en litigio,

Mariano Wechsler y Omar Amílcar Espósito por los Graiver, Enrique Constantino Peláez por los Born.

Los interrogantes que preñaban los tramos finales de la primera edición de este libro se han disipado. Los Born desistieron de que el Estado le quitara a los Graiver lo que les estaba dando, a cambio de otorgarles a ellos un bocado proporcional. Los Graiver cesaron de pretender la totalidad de la indemnización definida por decreto del Poder Ejecutivo Nacional, sacrificando lo mínimo indispensable, protegiendo el grueso del botín. El fiscal no pudo vencer a la viuda y al hermano del malogrado banquero, aunque vaya a saber si realmente quería hacerlo. El dispositivo que desplegara quizá sólo buscaba ejercer presión para que se avinieran a negociar una solución de consenso, conduciéndolos a que renunciaran a un porcentaje menor para salvar lo esencial de la indemnización, cuyos términos globales Romero Victorica no alcanzó a modificar. Los Graiver soltaron 16 millones de dólares que les faltaban cobrar, sin que se cuestionara lo conciliado con el Estado, alzándose con alrededor del 90 por ciento de lo que estipulaba el decreto presidencial de 1985. Jorge Born llevó la voz cantante por él y por su hermano Juan. Debió contentarse con un magro pedazo, insuficiente a la vista del costo político que le insumió conseguirlo, recurriendo a Rodolfo Galimberti para motorizar la iniciativa penal, vocero de mentiras y disparates, acosando a diestra y siniestra, movilizand o sospechosas delaciones y forzadas confesiones que distorsionaron las diligencias judiciales. Esa alianza derivó en negocios sulfurosos que erosionaron la imagen de Jorge Born, tenido por un capitalista austero y víctima ascética del “terrorismo”, preocupado ante todo por la suerte del país, según refleja la sonada entrevista que le hiciera la revista argentina *Noticias* el 2 de

noviembre de 2002. Alfonsín salió ileso y la agitación no le impidió a su sucesor, Carlos Menem, indultar en diciembre de 1990 a las juntas militares y al inveterado jefe de Montoneros, Mario Firmenich, blanco dilecto de Romero Victorica. La prepotencia y la impunidad personal de las que hiciera gala este fiscal le bajaron el telón a su gloria de perseguidor de inactivos y antiguos guerrilleros peronistas. Como casi todas las glorias, esta también ha sido efímera.

JUAN GASPARINI,
Ginebra, marzo de 2007

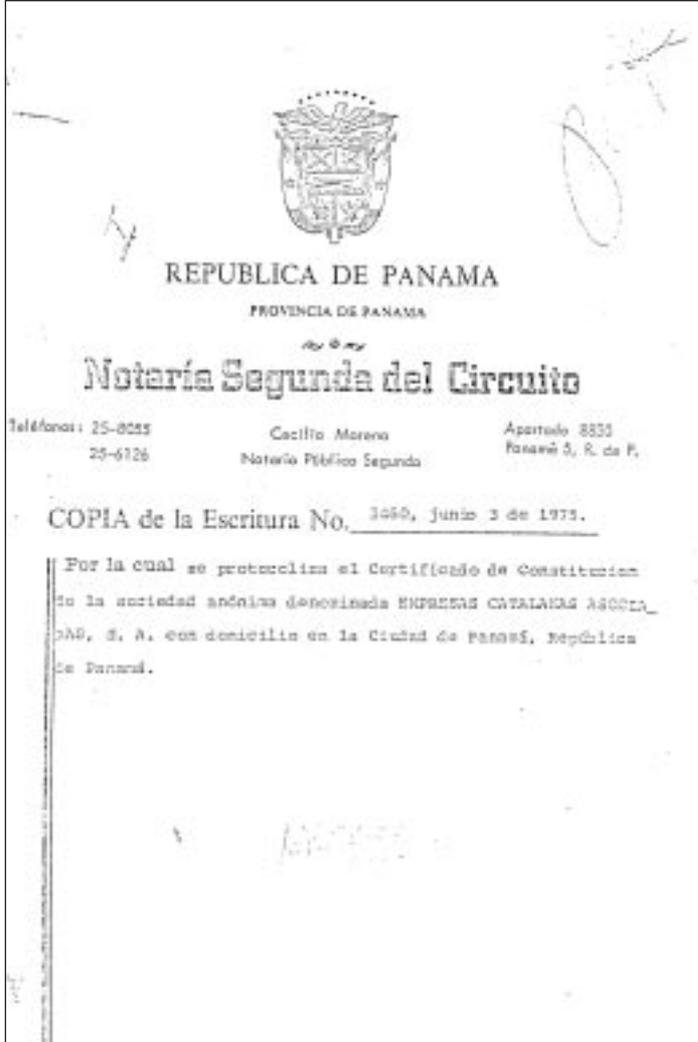
Anexo

LA CIA ESPÍA A GRAIVER

Después de la muerte de David Graiver, el investigador privado Karl Singer recibió de agentes de la CIA relevamientos telefónicos de las dos líneas del banquero en Paseo de la Reforma 2491, Lomas de Chapultepec, México. Singer había sido miembro del Mossad antes de dedicarse a la investigación privada, cuando recibió la misión de seguir el Caso Graiver. Las fichas manuscritas fueron confeccionadas por Singer a fin de reconstruir la madeja de las relaciones de Graiver a partir de la identificación de sus comunicaciones telefónicas. Graiver estuvo bajo vigilancia telefónica de la CIA en México prácticamente desde el mismo momento en que se estableció allí.

AGRADECIMIENTOS

A las archivistas de fotografía Marisel Flores y Graciela García Romero, que me consiguieron las fotos históricas de este anexo, y a la revista *Veintitrés* por la instantánea de Romero Victorica.



Carátula de la sociedad instrumental panameña Empresas Catalanas Asociadas S. A., pantalla organizada por Graiver para formalizar las inversiones recibidas de los Montoneros.



Ficha de apertura de cuenta en el Continental Trade Bank de Ginebra de dos montoneros con identidades falsas, a resultas de un entendimiento con David Graiver.

July 24, 1975

Union de Banque Suisse
Rue de Yverne 8
Geneve, Switzerland

Gentlemen:

I should like to request a total transfer of existing funds in my account number 477-193 - 60 9 (100) to Suisse Credit Bank account number 127023, Place Belair,, 2 Geneve.

In this way we shall proceed to liquidate the account.

Greetings to you,


Victor Vitar Smith

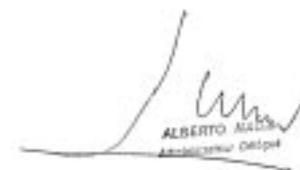
BANQUE POUR L'AMÉRIQUE DU SUD S.A.
RUE DE LA LOI 56
1050 BRUXELLES

LEMBANGTATPAA ABÉCÉ

Recibí de Empresas Catalanas Asociadas S.A.

la suma de \$2,825,000 Dólares Estadounidenses que serán invertidos por nuestro intermedio y que le serán reintegrados el día 5 de Marzo de 1977 contra la presentación de este recibo.

Bruxelas, 3 de Marzo de 1976


ALBERTO NAÓN
Administrador Delegado

TELEGRAMS: BUNASUD
SWITZERLAND

TELEX: 34300

CABLES: BUNASUD

SWITZERLAND

Carta a un banco suizo del montonero con nombre fraguado de Victor Vitar Smith, para cerrar una de la cuentas utilizadas en el trasiego la parte del rescate por el secuestro de los hermanos Born cobrado en Ginebra.

Reconocimiento formal de Alberto Naón, Administrador Delegado de David Graiver en su banco de Bruselas, admitiendo en 1976 la inversión de 2.850.000 dólares por parte de la sociedad panameña atribuida a los Montoneros, provenientes del secuestro de Henrich Franz Metz, directivo de Mercedes Benz en Argentina.



Jorge Born en el cautiverio montonero.



David Graiver acusado de "subversivo" por la dictadura militar.



Dos fotos de David "Dudi" Graiver.

Roberto “Negro” Quieto
en Cuba, tras la fuga
del penal de Rawson
en 1972.



Rodolfo Galimberti,
cuando militaba en la JP.



Lidia Papaleo de Graiver –a la izquierda de la foto–, sentada a la derecha
de Dina Askeff de Gelbard, ambas al costado de David Graiver.



Roberto Quieto, en el medio, de perfil y mirando hacia atrás, entre los
dirigentes de la “Juventud Peronista”, Juan Carlos Dante Gullo, a la
izquierda, y Rodolfo Galimberti, a la derecha, el 12 de marzo de 1974.

Edmond Safra, uno de los banqueros competidores de Graiver en Nueva York y Ginebra.



Juan Martín "El Potro" Romero Victorica, otrora perseguidor de Montoneros, frustrado candidato a juez de la Nación de Carlos Menem, hoy fiscal de la Cámara Nacional de Casación Penal, donde se atascan una centena de sumarios por violaciones de los derechos humanos durante el régimen militar (*Clarín*, 3 de agosto y 11 de noviembre de 2006, *Página/12*, 12 de febrero de 2007).



David Graiver, José Ber Gelbard y Roberto Quieto acusados de subversivos por la dictadura militar.

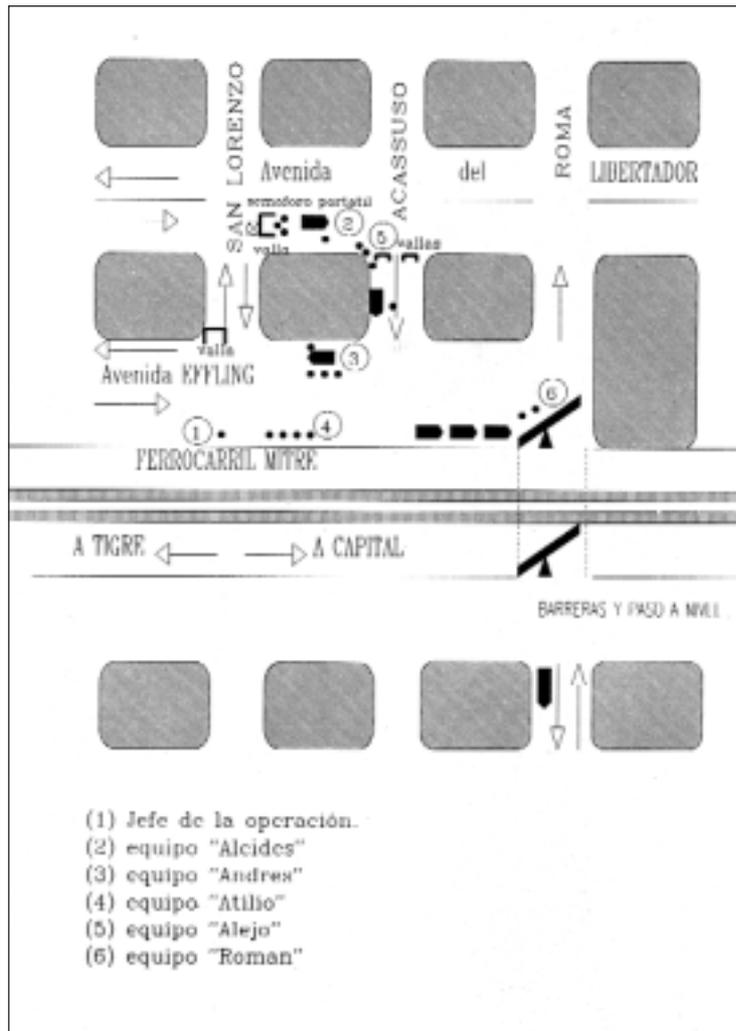


Gráfico de la distribución de los equipos para el "Operativo Mellizas", secuestro de Jorge y Juan Born. (Realizado por F. Rosales según la descripción del texto de Gasparini).

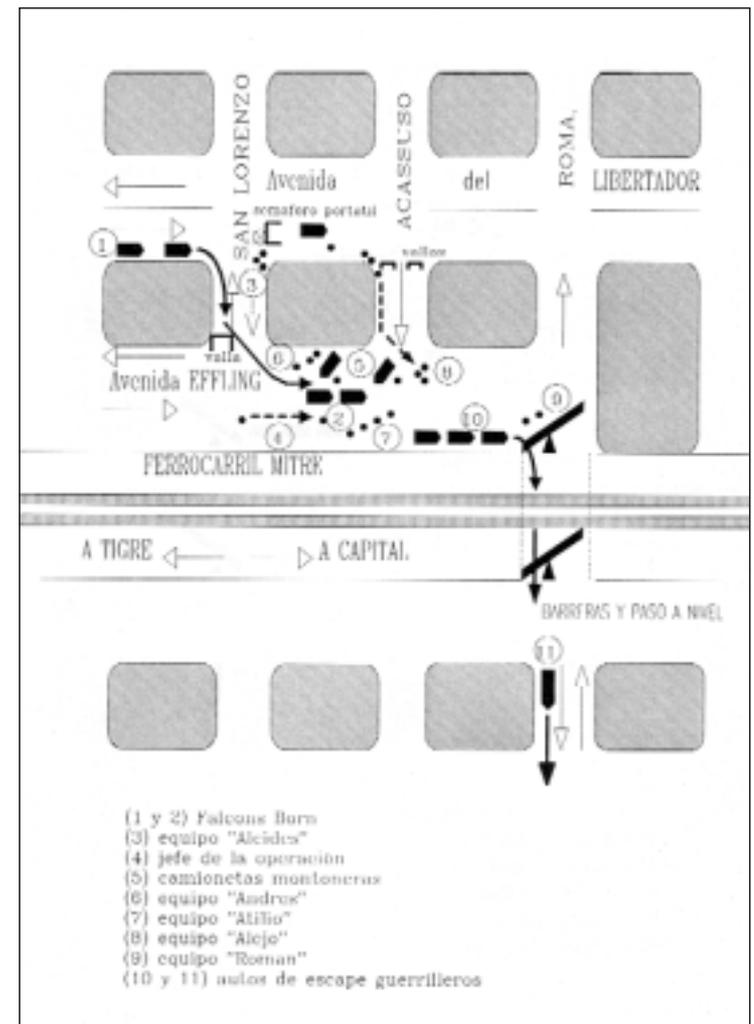
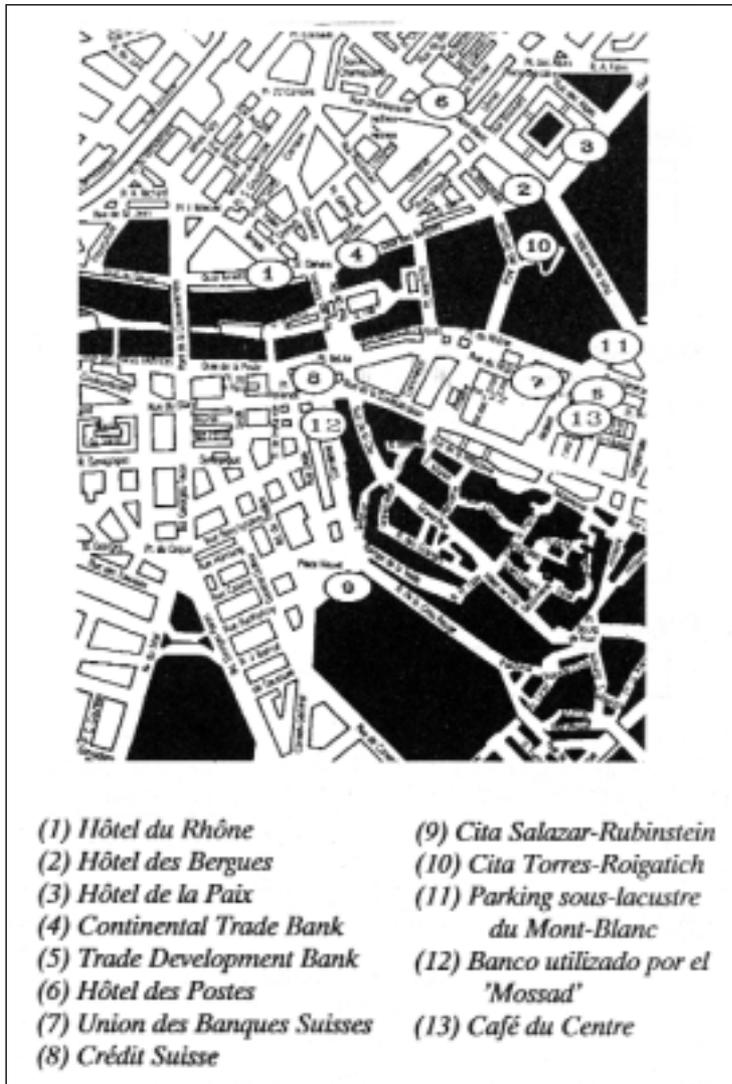


Gráfico con los movimientos del secuestro de los hermanos Born. (Realizado por F. Rosales según la descripción del texto de Gasparini).



Plano de la ciudad de Ginebra en el sector donde se concreta el pago del rescate por la libertad de los Born, que permite seguir la descripción en el texto de la obra.

